

**UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
CARRERA DE DOCTORADO EN HISTORIA
(MODALIDAD PERSONALIZADA)**

**PLANTEOS TEÓRICOS EN LA
HISTORIOGRAFÍA DE LOS AÑOS 90.
POLÉMICAS HISTORIOGRÁFICAS EN LA
ARGENTINA Y EL BRASIL.**

Autora: Nidia Carrizo de Muñoz

Director: Dr. Cristian Buchrucker

Mendoza, 30 de septiembre de 2007

INDICE

PLANTEOS TEÓRICOS EN LA HISTORIOGRAFÍA DE LOS AÑOS 90. POLÉMICAS HISTORIOGRÁFICAS EN ARGENTINA Y BRASIL

INTRODUCCIÓN

Planteo del tema. El oficio del historiador y la década del 90. Textos y autores. Estado de la cuestión. Fundamento de la necesidad de este trabajo. Hipótesis. Metodología. Procedimientos.

Notas.....pág.18

PRIMERA PARTE: Análisis crítico de la problemática teórica en la historiografía.

Capítulo I: Teorizar desde la Historia.....pág. 19

1.1. La construcción de la teoría como trabajo del historiador. La discusión regional sobre teoría y metodología y su conexión con el debate global.

1.2. La actitud del historiador frente al pasado.

1.3. La historiografía y el estudio del pasado.

1.4. La perspectiva holística.

1.5. La teoría enraizada.

1.6. Rescate de la racionalidad para el análisis histórico

Notas.....pág.35

Capítulo II: Los caminos teóricos de la historiografía del 90.....pág. 37

2.1. El mundo real, la demitificación y la racionalidad.

2.2. Sobre el mundo real y su rescate como objeto histórico.

2.2.1. De la historia ideologizada a la historia representada.

2.2.2. Los cuestionamientos.

2.3. Sobre la demitificación como propuesta historiográfica de la década del 90 frente al nuevo pensamiento mítico-simbólico.

2.3.1. Interpretaciones unidas a convicciones políticas, culturales o sociales.

2.3.2. Interpretaciones unidas a lo simbólico, que orientan la realidad a la ficción

2.3.3. Interpretaciones unidas a una adhesión acrítica a corrientes historiográficas.

2.3.4. Interpretaciones unidas a identificar memoria con historia.

2.4. Sobre la racionalidad e irracionalidad. Pensamientos de diversos investigadores.

2.5. Acerca del “Embate de paradigmas”

Notas.....pág.69

Capítulo III: La historiografía: carencias y excesos.....pág.72

- 3.1. Exceso emocional y escasez de racionalidad en el ámbito latinoamericano?
- 3.2. Predominio de una visión simbólica sobre ciertos hechos de la realidad.
- 3.3. Consideraciones sobre las herencias en las tradiciones historiográficas latinoamericanas.
- 3.4. La influencia francesa.
- 3.5. Aceptación de las corrientes posmodernas como teoría de la historia.
- 3.6. Diferencia entre mito y utopía
- Notas.....pág. 94

Capítulo IV: Categorías usadas en la historiografía..... pág. 96

- 4.1. La historia entre la erudición y la reflexión.
- 4.2. La influencia de la Antropología en la Historia.
- 4.3. Categorías explícitas e implícitas utilizadas por los historiadores. Análisis sobre historiadores argentinos
 - 4.3.1 .En torno a la historia social.
 - 4.3.2. En torno a la historia económica
 - 4.3.3. En torno a la teoría de la historia
 - 4.3.4. Análisis crítico de dos categorías en la historia política
 - 4.3.5. Una mirada crítica sobre los autores argentinos.
- 4.4. Categorías explícitas e implícitas utilizadas por los historiadores. Análisis sobre historiadores brasileños
 - 4.4.1 En torno a la historia política
 - 4.4.2. En torno a la historia económica
 - 4.4.3. En torno a la historia social
 - 4.4.4. En torno a la historia de las mentalidades
 - 4.4.5. Una mirada crítica sobre los autores brasileños
- Notas.....pág.187

SEGUNDA PARTE: Aplicación de hipótesis de investigación sobre populismos latinoamericanos. Argentina y Brasil. Tendencias en la década del 90.

Capítulo V: Los historiadores toman la palabra.....pág.192

- 5.1. Fundamentos de la hipótesis
- 5.2 Una tendencia en la década del 90
- 5.3. Antecedentes sobre populismos.
- 5.4 Las discusiones, las categorías y los enfoques tradicionales.
 - 5.4.1. Respecto a la ideología populista
 - 5.4.2. Populismo como reformismo
 - 5.4.3. Un fenómeno urbano
 - 5.4.4. Las alianzas
 - 5.4.5. El pueblo
- Notas.....pág.214

Capítulo VI: Los historiadores y el fenómeno populista.....pág. 216

5.5. Acerca del Peronismo en la historiografía de los años 90.

5.6. Acerca del varguismo en la historiografía del 90

5.7. Comparación de las investigaciones sobre los populismos argentino y brasileño

5.8. Síntesis

Notas.....pág. 251

**Capítulo VII: Los historiadores y las categorías sobre el
populismo.....pág. 253**

5.9. Exploración de algunas categorías en distintos autores.

5.9.1. Sobre las categorías de legitimidad y representación.

5.9.2. Sobre la categoría corporativismo.

5.9.3. Sobre la categoría antifascismo identificada con antiperonismo.

*5.10. La extrema facciosidad. Tendencia a exacerbar la subjetividad del autor y la
sobredimensión emocional.*

Notas.....pág. 265

CONCLUSIONES.....pág. 267

BIBLIOGRAFÍA.....pág. 291

INTRODUCCIÓN

Planteo del tema

En este estudio se pretende explorar la discusión sobre los planteos teóricos en la historiografía de los años 90, buscando la contribución a ella de los investigadores argentinos y brasileños sobre este aspecto de su quehacer. El análisis de las obras estudiadas procura contribuir al conocimiento de la reflexión teórica de los historiadores latinoamericanos y a identificar los debates más relevantes sobre las nuevas corrientes historiográficas.

Se señalan en este sentido, algunas de las cuestiones sostenidas por historiadores de la década del 90, sobre el oficio del historiador. Varios de ellos replantean la necesidad de la reflexión teórica, proponiendo a los mismos historiadores como constructores de las teorías sobre su quehacer, y definiendo esta tarea como propia de su labor. Este tema se erige otra vez en un problema y resurge así la polémica sobre las teorías que se construyen desde otros ámbitos disciplinarios, y el modo en que debieran o no aceptarse por los historiadores.

La tarea se ha realizado desde el punto de vista cualitativo, sobre la producción historiográfica de historiadores representativos del más alto nivel e intenta conectar las polémicas de la década del 90 en la región latinoamericana con las cuestiones que a escala global han contribuido a su desarrollo. Se analiza la producción específica sobre teoría y metodología si existe, y si no, buscando en la producción más relevante los fundamentos teóricos y metodológicos explícitos o implícitos.

El estudio de las polémicas teóricas y los historiadores latinoamericanos de los años 90, se plantea desde *una perspectiva histórica*, es decir desde su propio estatuto disciplinar, con una mirada abierta hacia las otras ciencias sociales. La investigación de esta problemática se circunscribe al trabajo reflexivo de los historiadores sobre su disciplina, pero consciente de que la complejidad de la realidad social contemporánea, necesita de los aportes convergentes de las distintas ciencias para explicar sus problemas.

En el primer capítulo se plantean los problemas emergentes entre los historiadores de la década del 90, entre ellos la influencia del pensamiento posmoderno en la historiografía y la reacción frente a él. Por supuesto que ese problema lleva a la discusión sobre el papel de la teoría en la historia y también sobre la necesidad de construirla, considerando la importancia de la abstracción en el oficio del historiador- carencia significativa en la historia de la historiografía- a pesar de sus honrosas excepciones. Los historiadores observan en cierta historiografía la dependencia de teorías extradisciplinares que llegaron a distorsionar el mismo objeto de estudio de la historia, y que fueron aceptadas como tendencias progresistas y modernizantes de la historiografía. En muchos casos tuvo como resultado la atomización de la disciplina tanto en sus métodos como en sus objetivos. Por otra parte y como contrapartida diferentes historiadores impugnan estas corrientes, defendiendo la ambición de validez universal del pensamiento histórico.

Se advierte también sobre la necesidad de que la historiografía organice principios teóricos sólidos para el estudio del pasado, para lo cual, será indispensable la reflexión teórica de los historiadores. Se propone una historiografía que asuma criterios racionalmente defendibles, entendiendo por esto la necesidad de construir un modo de pensar y percibir el mundo que tenga su base en criterios de racionalidad, concibiendo ésta, como el trato inteligente con la realidad de las relaciones de poder, de la lucha de intereses y de los hombres en general, juntamente con el análisis de los ideales y su realización política.

El segundo capítulo rastrea en el pensamiento de diversos investigadores los criterios sugeridos para el análisis histórico: la reflexión racional y su rescate contra las propuestas irracionalistas de las últimas teorías que influyeron en la historiografía. También sobre los procesos demitificadores que se destinaron y aplicaron a la historia llamada “tradicional” y su ambivalencia y dualidad cuando en ciertas ocasiones en el afán de demitificar, se creaban nuevos mitos. La definición del campo de lo real para la investigación histórica, un tema controvertido en cuanto ataca el centro mismo del objeto de la historia como disciplina; y el modo en que llega a confundirse lo diverso con otra realidad, creando un mundo de representaciones que ha puesto en crisis parte de la historiografía.

El tercer capítulo invita a reflexionar junto a diversos autores sobre el exceso emocional en la cultura latinoamericana y la escasez de racionalidad en la práctica historiográfica, dejando abiertas preguntas sobre la influencia de antiguas y recientes culturas y su recepción por los latinoamericanos.

El capítulo cuarto, llamado “la historia entre la reflexión y la erudición”, marca cierta tendencia que contrapone dos términos que en realidad debieran complementarse. Intenta reflejar el pensamiento de algunos historiadores que eligieron como tema de investigación la reflexión teórica, buscando las categorías que señalan como utilizadas en la historiografía en distintas épocas y algunas con permanencia en varias épocas. Se buscan categorías de análisis en historiadores argentinos y brasileños, en una observación comparativa que señala parecidas preocupaciones, y advirtiendo en dos obras fundamentales de la exploración del pensamiento teórico en la historiografía brasileña, la construcción de un paradigma.

Por último, y teniendo en cuenta que los cambios de importancia en un subsistema de los que componen la sociedad del pasado bajo estudio, da lugar a cambios congruentes en los otros, se fija la mirada en los producidos en el subsistema de participación en las sociedades argentina y brasileña en la época de los llamados populismos. Esos cambios lógicamente dieron lugar a transformaciones económicas, culturales y políticas en sus sistemas sociales. La historiografía tradicional analizó estos cambios con diferentes categorías y la historiografía del 90 las re-examina y propone rescatar algunas y pensar otras para el análisis de estos fenómenos históricos. Comparar la mirada de historiadores argentinos y brasileños de esta década sobre los fenómenos históricos del peronismo y del varguismo, considerados populismos, abre nuevas alternativas para el análisis, donde surgen conceptos sobre la racionalidad, la mitificación y el juicio de realidad en la historiografía.

Textos y autores

Después de introducir los capítulos que forman el cuerpo de este trabajo, parece necesario justificar la selección de textos y autores sobre los que se trabaja, señalando que no se intenta agotar el análisis bibliográfico. Se tiene clara conciencia de que es amplia la bibliografía y que se dejan fuera del estudio obras valiosas. Se han elegido autores de la década del 90, contemporáneos a los cambios que se

producían en la historiografía y que aportaban una mirada crítica tanto a una historiografía tradicional como a la “nueva” que acompañaba a cierto pensamiento desintegrador que influía en varios historiadores.

Toda selección necesita ser acotada a una determinada época y problemática y a ciertos autores que permitan el diálogo y la reflexión dentro de esos márgenes, sobre la experiencia historiográfica.

La época es la década del 90 porque se detecta como una etapa en que nuevos y viejos investigadores se detienen y razonan en una encrucijada: la historiografía tradicional ya ha sido suficientemente cuestionada y aparece el tiempo de discrepar con los cuestionadores en varios aspectos, e incluso señalarles que cometen errores parecidos a los que ellos han marcado en “la vieja” historiografía.

Entre las obras elegidas se ha tenido en cuenta especialmente la exploración del pensamiento teórico-metodológico de los autores, ya sea por que se han dedicado substancialmente a ese aspecto, o porque contiene elementos teóricos que permiten apreciar el fundamento de la obra. Existen muchas publicaciones muy valiosas de historiografía, pero no ha sido la intención recrear una historia de las escuelas o autores sino una exploración de pensamiento teórico. Para ejemplificar señalo dos que se han considerado fundamentales en el análisis general: la publicación de Julio Aróstegui, *La investigación histórica: Teoría y método*, de 1995, que es una reflexión ineludible sobre la historia, basada en que esa problemática debe ser dilucidada desde la propia disciplina y que trabaja sobre tres ejes: la naturaleza de la disciplina historiográfica, la construcción del conocimiento historiográfico (teoría historiográfica) y el método. Esta obra se toma como un parámetro comparativo porque está circunscripta al tema de investigación tanto por la problemática abordada como por presentarse como una excelente síntesis de información historiográfica, con la actualización más completa hasta el momento.

La otra es la obra de Joseph Fontana, *La historia después del fin de la historia* de 1992, que es también fundamental para el análisis teórico del impacto del pensamiento de la posmodernidad en la historiografía y en la exploración del concepto de lo real en la historia.

También han sido consultados los varios tomos publicados de *Historia a Debate*, dirigidos y compilados por Carlos Barros, desde 1995, que constituye una amplia red de difusión donde se trata la teoría de la historia y el futuro de la historiografía por muchos autores de diversos países latinoamericanos y del resto del

mundo. Para una transferencia mediada a profesores se seleccionó como un ejemplo, el libro de Saturnino Sánchez Prieto, *¿Y qué es la historia?*, 1995, porque son reflexiones epistemológicas, donde se pone énfasis en la formación del profesorado en estas cuestiones.

Señalo la especial importancia de estas obras españolas para el debate en América Latina, por la influencia de los escritores de esta nacionalidad en el ámbito argentino y porque existe una conexión de la discusión especialmente en el Cono Sur, con el debate internacional global.

Para América Latina, indico una serie de publicaciones especialmente representativas que se presentan a continuación:

Una obra fundamental referida de manera concreta a la selección y tratamiento de los contenidos desde perspectivas teóricas explícitas y aplicadas al contexto latinoamericano es la *Historia de América Latina*, dirigida por Leslie Bethell de la Universidad de Cambridge, publicada en 1992, que por sus características se convierte también en parámetro comparativo desde el punto de vista expresado.

La obra *Iberoamérica*, (Barcelona, Península, 1996), del autor español Thomas Calvo, es considerada como pertinente a esta investigación porque está enfocada a un estudio comparativo de Argentina y Brasil (1570 a 1910) y referido especialmente a la descomposición de las fuerzas tradicionales hasta el siglo XIX, poniendo énfasis en la categoría de continuidad social y cultural. El autor dice de sí mismo “dados mi origen español y mi cultura francesa, el hecho de haber pasado gran parte de mi existencia adulta en Latinoamérica, hace posible que a veces mi lectura privilegie facetas familiares al público español”.

El libro de Luis González y González, *El oficio de historiar*, (México, Clío, 1998) desgrana los problemas a que se enfrenta el historiador y las formas para llegar a solucionarlos. Los procesos de la teoría y del método y la búsqueda de lo que es digno de historización. La cabal comprensión de la teoría de la historia, del saber del historiador y la relación con otras disciplinas.

Fernando Devoto presenta en *Notas sobre la situación de los estudios históricos en los años 90*, (Bs. As., Ministerio de Cultura y Educación de la Nación, 1997) a la historiografía como una forma de pensamiento crítico sobre la realidad y expresa “la necesidad de promover una reflexión crítica sobre la forma de construir los relatos, más allá de estériles informaciones acumulativas”.

También en Argentina es ineludible la obra de Oscar Cornblit, autor y compilador de *Dilemas del conocimiento histórico: Argumentaciones y Controversias*, (Sudamericana, 1992), que reúne las distintas visiones de la historia que se sustentan en la época, que trata sobre su explicación y concepción, y los enfoques más relevantes de la disciplina. Un reconocido elenco de especialistas con el eje de la discusión entre historiadores, pero convocando además a filósofos y sociólogos para dilucidar las influencias recibidas por los historiadores a través del tiempo. Cornblit traza un vasto panorama de la evolución de los debates en épocas anteriores y su conexión con el presente. Además permite el recorrido por las diversas categorías utilizadas en la historiografía y la búsqueda de aquellas que interesan especialmente a este trabajo: demitificación, campo de lo real y racionalidad.

Diálogos con la historia y la política de Natalio Botana y Felix Luna, publicada en 1995, es una obra interesante que pone de relieve los temas que se tratan en esta exposición, dado que los autores expresan que es oportuno hacer un aporte teórico desde la historia y la teoría política. Ellos tienen la impresión de la carencia de marcos conceptuales y seleccionan categorías para trabajar esos marcos: democracia y autoritarismo, estado y anarquía, legitimidad y representación y cambio y continuidad, de los cuales se discute en este trabajo democracia y autoritarismo.

Entre las obras brasileñas, se señalan dos que se destacan en la bibliografía sobre la temática, una es *Dominios da História. Ensaio de Teoria e Metodologia*, 1997, de Ciro Flamarión Cardoso y Ronaldo Vainfas. Es una obra colectiva que traza un amplio panorama general y actualizado de varios campos de investigación en el área de la historia, dando cuenta de los caminos historiográficos, de los principales conceptos y de los debates y polémicas que se hicieron presentes en la historia de la disciplina y de la investigación con énfasis en las controversias actuales. Controversias relacionadas con lo que muchos consideran ausencia o embate de paradigmas en el escenario contemporáneo de las ciencias humanas. Sobre esos dilemas y confrontación de paradigmas trata la introducción del libro, una contribución necesaria e inevitable en el ámbito latinoamericano a los debates historiográficos contemporáneos. Los distintos capítulos están confiados a uno o dos especialistas que han constituido un equipo de historiadores especializados en la temática. La otra obra es *Historiografia Brasileira em Perspectiva*, 1998, labor

colectiva organizada por Marcos Cezar de Freitas. Ella ha sido seleccionada porque presenta una organización diferente para la historiografía brasileña y puede compararse con la argentina. Se basa en dos criterios organizativos distintos, primero traer a la luz las fuentes investigadas por los historiadores, para evidenciar con que recursos descriptivos, normativos y filológicos se ha buscado el acceso al pasado. Más importante que revivir discusiones sobre el pasado, se pidió a los investigadores que releyeran y revisaran las fuentes que habían sido investidas de la condición de intérpretes de “momentos decisivos” de la historia de Brasil. El segundo criterio fue traer al debate los procesos de adquisición de nuevas fuentes para producir diferentes estudios sobre el pasado.

En esta parte se encaminó la discusión sobre la recepción de nuevos aportes y escuelas en la historiografía y las investigaciones sobre las posibilidades heurísticas presentes en las configuraciones de campos singulares en la historiografía como de género, de artes o de ciudades. Básicamente se trató de explicar la emergencia de campos históricos particulares, los dilemas entre lo particular y lo universal y como interfiere en la escritura de la historia la percepción, la literatura, con que recursos la filosofía abre la interlocución con la historia en “territorio extranjero”, para problematizar la producción de imágenes en las prácticas discursivas de la historiografía. También se investigó como la historia y la historiografía se convierten en productos de y para el mercado o sea ¿qué es un libro de historia?

Se abre en esta obra un espacio de análisis sobre la presencia del conocimiento histórico y la arquitectura teórica y metodológica de otros campos epistemológicos y disciplinares. Esta es la primera de una serie de publicaciones que articulan la producción de una historia de la historiografía brasileña.

A modo de ejemplo se han señalado algunas de las obras seleccionadas para explicitar los criterios utilizados. Ellas han servido de base para trabajar sobre los problemas teóricos en la llamada “crisis de la historiografía” en la década del 90, donde parece haberse profundizado el desfasaje entre la tarea del historiador y la reflexión teórica, lo que no implica ausencia de la percepción del problema por parte de los mismos historiadores.

El estado de la cuestión

En el marco global podemos señalar que al final de los 70, Lawrence Stone vaticinaba el fin de una época, aquella que intentó aportar una explicación coherente y científica de la evolución del pasado.

Los años 80 y 90 presentaron una renovación de los estudios históricos donde la historiografía se acercaba a movimientos y perspectivas antropológicas, lingüísticas, microsociológicas, historias de vidas y de la vida cotidiana, todo lo que parecía apuntar a un cansancio de la investigación globalizadora, despersonalizada, que buscaba las condiciones abstractas de la acción y resultados de lo histórico y marcaba el descontento con la historia practicada hasta ese momento (Spiegel)¹.

El marco paradigmático en que surgen es el de la Posmodernidad, que pone en juicio a los paradigmas interpretativos más importantes de la historiografía: la Escuela de los Annales y su dispersión, el descreimiento de las dogmáticas interpretaciones marxistas, el cuestionamiento a lo que se consideró sería un aporte indiscutible del cuantitativismo.

Bajo el influjo de “esta nueva, amplia y difusa actitud intelectual, sensibilidad cultural conocida como posmodernismo” según la caracteriza Josep Fontana,² la concepción de la vieja disciplina historiográfica entró en crisis.

Julio Aróstegui³ y también otros investigadores señalan que la crisis ha producido en el mundo de la historiografía, dos tipos de realidades, una es la devaluación de los fundamentos de la práctica del historiador en función de la cual se han producido búsquedas por caminos externos a la propia historiografía; y la otra es la respuesta a la crisis desde el propio seno de la historiografía y con sus propios instrumentos. Esta última ha sido obra de historiadores menos influenciados y que ha procurado la aparición de propuestas de nuevas concepciones y campos de estudio ante el agotamiento de los antiguos.

Aróstegui plantea tres perspectivas que considera con entidad suficiente para detenerse en ellas, independientemente de que le parezcan o no bien encaminadas: La primera la MicroHistoria: cuyo objetivo ha representado entre otras cosas, la vuelta al sujeto individual de lo histórico. Su principal exponente es Carlo Guinzburg⁴ (1976) quién propone una reducción en la escala de observación,

análisis microscópico y estudio intensivo del material documental, y exposición a través del nuevo género narrativo. La segunda, la Nueva Historia Cultural: más cercana a los problemas de la representación, sus principales exponentes son Robert Darnton ⁵ sobre la Historia cultural francesa, quién hace un estudio de las creencias culturales colectivas como objeto etnográfico, para ver la representación mental simbólica y Rogert Chartier ⁶ que focaliza el análisis en el mundo de las representaciones (creencias, imaginario social y las prácticas sociales). Y la tercera, el Enfoque Social Estructural: es la tercera perspectiva, que es una forma de resurgimiento de la Historia de inspiración social - estructural, heredera tanto de la Historia social como de la sociología histórica, a la que Christopher Lloyd, ⁷ llamó *Ciencia histórica socio estructural* que insiste en una pretensión científico - social y una fuerte vinculación con la Sociología. Rescata la Historia comparativa, y el estudio socio-histórico en el largo plazo, apunta a definir una nueva práctica que consiste en conceptualizar y descubrir el proceso real del cambio social - estructural. Es una propuesta de estructuralismo metodológico, superadora del individualismo y del holismo. Se distingue de los otros enfoques en que no trabaja especialmente sobre el mundo simbólico, que es el más referido en las otras dos.

En el marco interno latinoamericano, Luis Alberto Romero ⁸ expresa que hoy se observa en la práctica historiográfica una formidable expansión y fragmentación de los objetos de estudio, que acompaña a una similar fragmentación de metodologías y enfoques. En el aspecto teórico señala que el saber histórico - el de los historiadores- se construye dentro de los marcos de la conciencia histórica, pero se diferencia de ella en su preocupación por la rigurosidad y tiene instrumentos de control- los propios de su oficio, de su metodología, que ayudan a mantener ese rigor. La tensión entre conciencia y saber es permanente y marca el enriquecimiento del saber con la conciencia pero marca también la diferencia con el oficio del historiador, problema que no está claramente dilucidado en la producción historiográfica.

Fernando Devoto ⁹ polemiza sobre la llamada crisis de la historiografía, a la que hacen referencia los autores antes señalados. Para este historiador esa crisis está focalizada en dos dimensiones: la real o presunta pérdida de centralidad del papel del historiador en el seno de las sociedades contemporáneas, (en especial en Europa donde ese papel fue efectivamente significativo) y por otro con la crisis de los modelos macrosociales de análisis y de las filosofías de la historia finalistas en ellos

implícitos. Argumenta contra la postura de crisis expresada en forma global, presentando la cantidad de volúmenes de producción historiográfica de la última década y los niveles académicos logrados, por lo cual cree que los estándares de la profesión se han elevado significativamente en los contextos nacionales más diversos incluídos los latinoamericanos desde la transición democrática. Pero a la vez y esto es lo importante de destacar, plantea que los avances de la profesión parecen vincularse más fuertemente con el instrumental de técnicas utilizadas para valorizar nuevas fuentes o con la capacidad de refinar las hipótesis específicas, y que esos avances no aparecen sin embargo igualmente acompañados en la mayoría de los casos por una renovación de las hipótesis más generales o de los modelos de análisis de la sociedad ni por una nueva discusión de los aspectos teóricos de las formas de conocimiento histórico.

En el lapso 1980-1989, en Argentina se publican muchas obras de historiadores en relación con diversas temáticas, y algunos trabajos esporádicos sobre teoría general de la Historia, que se han dado conocer en esta etapa señalada¹⁰

Hay gran producción sobre la historiografía de los diferentes países latinoamericanos hechas por historiadores sobre su país, existen publicaciones que se refieren a los trabajos historiográficos y temáticos de los historiadores latinoamericanos, pero no referidos a esta línea de búsqueda.

Desde los puntos de vista planteados, puede decirse que en todo este siglo la historiografía ha encontrado nuevas vías de investigación no tanto en ella misma, como en el estímulo que le proporcionan otras ciencias sociales. En el plano epistemológico se refleja idéntico desfasaje entre el desarrollo del oficio del historiador y “las proposiciones generales que intentan explicar y legalizar su tarea”, como lo afirma Julio Aróstegui y con diferentes expresiones, varios historiadores. Pareciera que tanto en la opinión de los que plantean la crisis de la historiografía, como en los que la matizan particularizando aspectos, coinciden en que en el nivel global como en el latinoamericano no existe el mismo desarrollo entre la tarea del historiador y su reflexión teórica generalizante acerca de su disciplina.

Autores de la década del 90 expresan que lo paradójico del caso es que una disciplina como la historiografía, que siempre mostró endeble teorización sobre su objeto, profundiza esta debilidad en los ochenta cuando prende una nueva corriente antiteórica que pareciera que justamente por constatación de esa carencia, pretende justificarla.

No se observa en la década elegida que se hayan realizado recorridos globales que trabajen sobre la perspectiva propuesta ni estudios que exploren la figura del historiador como productor de conocimiento teórico entre los historiadores latinoamericanos. Por lo cual la investigación plantea una perspectiva diferente, que se abre camino en esta década, en la búsqueda del historiador que piense la teoría histórica desde su propia disciplina y por ello la necesidad de explorar una selección relevante del contexto de producción latinoamericano y su conexión global.

Fundamento de la necesidad de este trabajo

Consideramos que la historiografía es un tipo específico de práctica científico-social; que necesita de fundamentaciones particulares y generales y desde este punto de vista es pertinente el análisis de los soportes teóricos.

Se puede fundamentar esta propuesta de investigación en las siguientes apreciaciones:

- Existe la necesidad de una reflexión sobre la teoría de la historia, desde la propia historiografía. Esta tarea es mucho menos frecuente de lo que parece, y raras veces se encuentran las respuestas que se necesitan en las disquisiciones que se hacen desde fuera de su disciplina.
- No se puede pensar en un progreso historiográfico sostenido sin reflexión teórica. El historiador escribe la Historia, pero debe también teorizar sobre ella. Sin preparación teórica y sin práctica metodológica que no se limite a rutinas, no es posible la aparición de buenos historiadores.
- Se requieren estudios exploratorios del pensamiento historiográfico en algunos autores latinoamericanos en la década del 90 y los métodos y categorías que emplean; así como las influencias de pensamiento teórico recibido y su elaboración.
- Para ello, es importante contar con un contexto de producción sometido a exploración, revisión y comparación con la producción historiográfica existente fuera de la región.
- Si los planteos teóricos que afectan a la disciplina histórica no tienen suficientes contribuciones de los mismos historiadores, es necesario investigar el porqué de esta situación y referirla especialmente los historiadores latinoamericanos.

- En esta línea de investigación es importante conocer cuales son las polémicas de los historiadores latinoamericanos y los aportes originales que han producido.
- Creemos que es necesario interesar a los estudiosos en la investigación teórica, sobre “la crisis de la historiografía” y sus paradigmas, para lograr una producción y difusión historiográfica cada vez más fundamentada y científica.

Hipótesis

- La teoría como quehacer de la historiografía.

La primera reflexión que sugiere esta investigación, es que la teoría y el método de la historiografía debieran ser esclarecidos por los historiadores mismos. Muchas veces se ha planteado que la reflexión de los historiadores sobre su propia disciplina, no ha sido todo lo suficiente que este quehacer necesita; y que tal vez por ello muchos historiadores, han tomado las reflexiones de otras disciplinas sobre la historia.

Decir esto, de ningún modo significa descalificar los aportes interdisciplinarios, o intentar un regreso a la historia encerrada en si misma; lo que trata de decirse es que la Historia necesita de la reflexión teórica de sus especialistas, una reflexión autónoma, propia, que parta de sí hacia fuera, para discutir y compartir con las otras ciencias desde su propio bagaje teórico-metodológico y no desde su carencia, como un receptáculo vacío de fundamentos que se llena desde afuera.

Esta investigación aspira, a través de un balance crítico de las obras de los autores latinoamericanos seleccionados, explorar el pensamiento teórico en la región, señalando los cambios en la reflexión crítica que se han producido en la década de 1990. Existe un interrogante sobre el aporte de los historiadores latinoamericanos a la reflexión teórica- metodológica. Es inseguro que el nexo entre teoría y producción historiográfica sea vigoroso y los intercambios tan fructíferos como sería deseable. La siguiente reflexión que impulsa la investigación es preguntar sobre el aporte de los historiadores latinoamericanos a la discusión historiográfica, quedando abierto el interrogante sobre la originalidad y peso propio de la comunidad científica regional en la discusión internacional sobre este tema.

- La propuesta de profundizar el estudio de categorías teóricas como la demitificación, el mundo real y la racionalidad.

Los problemas teóricos actuales de la disciplina no carecen de antecedentes. Se propone como necesario revisar con una reconstrucción crítica las categorías tradicionales de análisis, fieles al empirismo como es tradición entre los historiadores, pero cada vez más avanzado el análisis teórico y el espíritu crítico. No se podrá perder de vista que los debates que alimentó la historiografía, siguen siendo substancialmente los mismos, sostenidos y redefinidos en otros tiempos, pero siempre presentes en la confrontación de la historia con las demás ciencias sociales, y la construcción de lo social a través de las categorías que permiten pensarlo.

Al recorrer obras historiográficas de la década del 90, se pueden distinguir los dilemas del conocimiento histórico que se han planteado los historiadores y algunas categorías utilizadas para su análisis. También se puede explorar si se analizan o utilizan categorías generales como la racionalidad, el concepto de mundo real y la demitificación, que este trabajo propone como categorías instrumentales para el trabajo teórico que superen las definidas en cada caso específico. En la década del 90 se presenta la exigencia de repensar la teoría, de repensar la historia. Es innegable que en estos últimos años del siglo se produce un retorno crítico de los historiadores sobre su quehacer, sus procedimientos y sus convicciones. Es la etapa de la reflexión la que avanza en la historiografía.

- La exploración de las categorías usadas por los historiadores de la década del 90, y su aplicación al estudio del fenómeno populista en Argentina y Brasil.

Se han seleccionado publicaciones de historiadores argentinos y brasileños para el análisis y comparación de las categorías utilizadas siguiendo el mismo hilo conductor de exploración de categorías. Se investigan conceptos generales y específicos similares que fueron aplicados al estudio de los populismos, especialmente peronismo y varguismo, en la década del 90.

Metodología y Procedimientos

La perspectiva teórica que sustenta la investigación es la de la Historia macro-analítica comparativa. Se utiliza la metodología de identificación de problemas y el tratamiento controversial de ellos a partir de las interpretaciones de la comunidad científica en el análisis de las obras documentales. La integración de esos problemas se hace en una versión analítico - explicativa de la realidad social. Se

trabaja sobre las fuentes documentales seleccionadas y su crítica, con una orientación fuerte en la búsqueda de categorías de investigación y en el método comparativo entre tipos de fenómenos o procesos paralelos. Se propone el análisis de casos: La ejemplificación histórica elegida que permita el análisis específico de una obra o situación y también el análisis comparativo.

Los Procedimientos utilizados consisten en:

- La recolección, selección y jerarquización de la información.
- La selección y comparación de categorías de análisis
- La interpretación y explicación de la información obtenida utilizando las comparaciones y las relaciones pertinentes.
- La elaboración de explicaciones más complejas vinculadas al uso de las categorías de análisis de las ciencias sociales.
- La formulación de conclusiones, distinguiendo entre resultados alcanzados y cuestiones abiertas.

Notas

¹ G.M.Spiegel, *History and Postmodernism*, Past and Present,135 (mayo de 1992)

² Josep Fontana: *La Historia después del fin de la Historia*, Barcelona,Crítica,1992

³ Julio Arostegui:*La investigación histórica:Teoría y Método*, Barcelona,Crítica,1995

⁴ Carlo Guinzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos de un molinero del siglo XVI*, Muschnik,Barcelona,1981, (primera ed.1976)

⁵ Robert Darnton, *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*,Random Hause, Nueva York, 1984

⁶ Rogert Chartier, *El mundo como representación*, estudios sobre Historia cultural, Gedisa, Barcelona, 1992

⁷ Cristopher Lloyd, *Las metodologías de la Historia social*, 1991, cit. por J.Aróstegui,obra cit. publicado en History and Theory.

----- *The Estructures of History*, Londres, Blackwell, Oxford,1993

-----*Explanation in Social History*, Londres, Basil Blackbwell,1986

⁸ Luis Alberto Romero, *Desarrollos recientes*, en Fuentes para la transformación curricular, Ministerio de Cultura y Educación de la Nación , Buenos Aires, 1996/ 1997

⁹ Fernando Devoto, *Situación de los estudios históricos en los años 90*, (1996). Fuentes para la transformación educativa, Ministerio de Cultura y Educación de la Nación, 1996/1997 y (comp.) *La historiografía Argentina en el siglo XX*, BsAs, CEAL,1994

¹⁰ Hugo Biagini, Hebe Clementi, Bou: *Historiografía Argentina: la década del 80*,Bs.As.,Edic de América Latina, 1996

PRIMERA PARTE: Análisis crítico de la problemática teórica en la historiografía.

Capítulo 1: Teorizar desde la Historia.

1.1. La construcción de la teoría como trabajo del historiador. La discusión regional sobre teoría y metodología y su conexión con el debate global.

Al plantear los temas emergentes entre los historiadores de esta época, se analiza entre ellos la influencia del pensamiento posmoderno en la historiografía y la reacción frente a él. Por supuesto que ese problema lleva a la discusión sobre el papel de la teoría en la historia y también sobre la necesidad de construirla, considerando la importancia de la abstracción en el oficio del historiador.

La hipótesis que planteamos, es que en principio la teoría y el método de la historiografía han de ser dilucidados por los mismos historiadores como actores principales en la construcción de los fundamentos de su quehacer. Se parte del supuesto que el trabajo historiográfico no es solamente el contenido informativo y recopilador de las teorías y de las escuelas historiográficas, sino la formación de un hábito reflexivo y creativo en los historiadores mismos, lo que producirá en definitiva, una cultura historiográfica científica.

Si por historiografía se entiende la construcción teórica y metodológica que sobre diversos soportes (escritos, orales, audiovisuales) permiten desarrollar un discurso coherente de los comportamientos a que se alude en las sociedades del pasado¹, ella se presenta como un tipo específico de práctica científico-social que necesita de fundamentaciones particulares y definiciones sobre el conocimiento que puede aportar. Los investigadores observan en el aspecto epistemológico, un desfasaje entre el desarrollo del oficio y las propuestas generales que intentan explicar y legalizar su tarea.

El historiador que escribe la Historia, debería también teorizar sobre ella, porque la práctica del historiador se adquiere, elabora, interpreta, construye y se fundamenta en actividades teóricas. Sin teoría no hay avance del conocimiento.

En el siglo XX -como ya han observado algunos investigadores,- la historiografía ha encontrado motivos de inspiración y nuevas vías de investigación no tanto en ella misma, como en el estímulo que le proporcionaron otras ciencias sociales. Muchas

veces se ha planteado que la meditación de los historiadores sobre su propia disciplina, no ha sido todo lo profunda y extendida que la tarea necesita; que muchos de ellos marcados por esta carencia, han tomado las consideraciones de otras disciplinas sobre la historia, creando zonas de ambigüedad epistemológica, que llevadas a su extremo han confundido los métodos, procedimientos y reflexiones teóricas propias del historiador. Puede decirse – sin dejar de reconocer que entre los historiadores se encuentran aquéllos que siempre han meditado sobre su quehacer - que la reflexión teórica en épocas de la historiografía tradicional o metódica, quedaba en general en poder de los filósofos y que en la historiografía de la “nueva escuela” se buscaba en el ámbito de los sociólogos. A partir de la posmodernidad, esa reflexión pasó al terreno de la Antropología. En todo este siglo la historiografía se ha respaldado vigorosamente en el desarrollo teórico de otras ciencias sociales. Hay que señalar que crecen las quejas de investigadores del tema por la falta de interés de los historiadores por la teoría y la metodología. Por ejemplo Julio Aróstegui plantea que la historiografía necesita de fundamentaciones y el grado alcanzado por tales fundamentos es por ahora, muy débil: “(...) dado que las teorías explican algunos aspectos del mundo, deberían existir teorías históricas o teorías dentro de la ciencia historiográfica que (...) con el grado de formalización que fuese, explicaran la existencia histórica² .

Fernando Devoto en Argentina, cree que los avances de la profesión no van igualmente acompañados - en la mayoría de los casos - por “una renovación de las hipótesis más generales o de los modelos de análisis de la sociedad ni por una nueva discusión de los aspectos teóricos de las formas de conocimiento histórico”³.

Este problema lleva a plantear y replantear el quehacer historiográfico. Un camino propuesto es que la historiografía pueda concebirse a sí misma como teoría y práctica de los historiadores, así lo expresa Cezar de Freitas: “como un espacio de análisis del conocimiento histórico, con posibilidades de construcción de teorías a partir de los marcos disciplinares y aprovechar de otra manera la teoría y metodología de otros campos epistemológicos y disciplinares”⁴.

¿La historiografía latinoamericana del 90 fue capaz de suplir las deficiencias respecto a las fundamentaciones teóricas específicas para llevar adelante su quehacer?

La percepción es que en general, no hay contenido de pensamiento teórico historiográfico que ayude al desarrollo disciplinar, aún cuando los propios historiadores lo marcan como una carencia y una necesidad. Pensar la teoría historiográfica es una exigencia no sólo como fundamento de cada obra, sino como contribución a la formulación de criterios indispensables para analizar la historiografía de los diferentes contextos.

Los principales temas en debate y los cuestionamientos que recibe la historiografía actualmente y que fueron también problemas prioritarios de la década del 90 fueron: la falta de reflexión teórica, la atomización de la disciplina y la fuerte aceptación acrítica de la filosofía posmoderna como teoría para la historia. En realidad los cuestionamientos en el fondo, van a los fundamentos científicos del discurso histórico.

Estas carencias de la historiografía han sido señaladas por historiadores de diversos ámbitos que han observado esa fragilidad reflejada en la práctica de la profesión y que han culpado de ella a la formación de los profesionales. Además se indica que mucho del avance procedimental y técnico de la disciplina, hasta aún el triunfo del eclecticismo y el sometimiento a los supuestos de otras disciplinas, son consecuencia de “la miseria teórica”⁵. Julio Valdeón, historiador español, ha explicado que la miseria de la teoría se refleja en la escasez de aportaciones reflexivas y en la frecuente ausencia de fundamentos en la labor investigadora. El autor sostiene que la actividad de los historiadores debe asentarse en un territorio teórico, que establezca con la mayor claridad posible, las reglas de juego a desarrollar. De esta manera se superaría el concepto de “lo histórico” como que vendría dado por la competencia en el manejo de fuentes específicas, pero no por ninguna propuesta teórica singular.

Expresa coincidentemente José Luis de la Granja de la Universidad País Vasco, que en España “hay un claro pluralismo y eclecticismo metodológico que obedece a la crisis de los grandes paradigmas, pero también a la penuria teórica”.

Incluso se pide a los historiadores que no dejen su propia reflexión en manos de terceros: “La historia y los historiadores no parecen actuar en consecuencia de estos problemas que se van detectando, dejando los esfuerzos de reflexión sobre (...) la mutación de la realidad presente y futura en terceras manos y en todo caso en terceras cabezas”⁶.

La historia no puede limitarse a una mezcla de hechos reconstruidos con criterio de historiador más una serie de préstamos metodológicos y teóricos tomados de las diversas ciencias sociales. También hay métodos y teorías propios de la historia. Tal como expresa Jörn Rüssen, “es perentoria la necesidad de que el historiador use los recursos cognitivos de la teorización”⁷, afirma que dado que existen multitud de historias, es necesaria una idea de la unidad de experiencia histórica, de lo contrario se caerá en un completo relativismo cuyo precio es demasiado alto.

Tal vez no parezca descabellado hacer una referencia a una escuela historiográfica no europea que trabaja sobre las relaciones entre cultura e historia: Los “Subaltern Studies” son interesantes en la medida en que desarrollan una teoría en torno a su práctica, donde se manifiestan los problemas esenciales que afectan a la historiografía del presente. El grupo surgió a fines de 1970 y su órgano de expresión llevaba 10 números aparecidos entre 1982 y 1999. Parte de su importancia radica en la forma de articular los problemas y la perspectiva singular que la historiografía india aporta, entre otras cosas, en el intento de superar la escisión entre formas de conocimiento intuitivas, basadas en culturas locales y culturas universales. El nuevo significado está en la idea de subalternidad. Lo subalterno no es el objeto de estudio, sino la perspectiva de algunos historiadores que escriben desde el mundo subalterno. Así definen la historia por la posición del historiador. Pero el interés especial en este grupo reside en que su situación los lleva a la reivindicación de la teoría, a la necesidad del fundamento teórico para su quehacer. Al decir de Enrique Gavilán, “el rasgo fundamental de esta escuela a lo largo de su trayectoria es la buena relación con la teoría, que surge menos de una necesidad de legitimación teórica honorable de su empresa, que de una búsqueda que la peculiaridad de sus propósitos hacía imprescindible”⁸.

Si la primera preocupación para los historiadores de esta época fue la carencia teórica, la segunda fue la atomización de la disciplina. Ésta se produce como consecuencia de la crítica a los metarelatos, de la crisis de los modelos de explicación macrosociales y de las fuertes hipótesis que no resistieron la desmentida que les proporcionaba el propio desarrollo histórico y los tiempos menos ideologizados. Este proceso se reflejó en la multiplicación de estudios de casos en vertiginoso crecimiento y la posibilidad de multiplicar las lecturas del pasado. El cambio fue interesante como aporte y crecimiento, pero en las últimas décadas la

práctica historiográfica se ha visto desbordada por la irrupción de nuevos temas, ya se trate del estudio de mentalidades, de lo cotidiano o de lo marginal, como también de los mitos y creencias y buena parte de las publicaciones actuales se dedican al análisis de lo anónimo y lo intrascendente.

Estas últimas tendencias han sido acompañadas de una crítica a la racionalidad en la historia, sometiendo a la disciplina al poder irracional de la creencia, que se presenta de este modo como un verdadero poder. Se produce entonces un problema teórico fundamental que perturba a la historiografía del presente y que es la destrucción de los límites entre realidad y ficción, porque afecta el objeto disciplinar de la historia y va acompañado generalmente del postulado implícito o explícito de la “racionalidad con arreglo a fines” que identifica razón y poder. Esta tendencia en su extremo, destruye la capacidad crítica de la razón y en consecuencia provoca una fuerte tendencia a la anomia y a la exacerbación de fuerzas emocionales e irracionales. Este fuerte avance ¿puede desmentir que la historia tenga como finalidad explicar el sentido de los grandes procesos de las colectividades humanas?

Los historiadores concientes de estos sucesos historiográficos, apelan a la necesidad de un retorno a enfoques más generales y algunos, más aún, a la construcción de teorías históricas que lo sustenten.

La aceptación acrítica de la filosofía posmoderna como teoría para la historia es el tercer cuestionamiento. La historia como disciplina, ha pagado un alto costo por la fuerte dependencia de ciertas corrientes del pensamiento posmoderno. Miguel Angel Cabrera Acosta, en su artículo, *La historia y las teorías del fin de la historia*, expresa la imperiosa necesidad de que los historiadores fijen los criterios con los cuales incorporarán el pensamiento filosófico posmoderno. Un criterio es el de su contribución o no al avance del conocimiento de la realidad social. Ello supone la introducción de dos categorías: avance del conocimiento y *referente real*.

El autor expresa su discrepancia con un modo de proceder que otorga a la filosofía de la posmodernidad una capacidad cognoscitiva sobre el desarrollo histórico que no posee, y que consiguientemente deduce de la desaparición de los grandes relatos, la imposibilidad del conocimiento objetivo. Esta deducción es coherente con la consideración de la realidad como una representación construida por el metarelato, pero su aceptación acrítica privaría a la historia y a las demás ciencias sociales de su razón de ser. Acepta la crítica posmoderna del metarelato progresista

de la historia, considerando que en la actividad historiográfica, solo cabe la síntesis conceptual y generalizadora a partir de la investigación empírica. Expresa que los metarelatos deben someterse, por lo que a las ciencias sociales interesa, a una crítica científica, no filosófica.

Algún avance sobre estos temas⁹ que ya se han puesto en discusión en revistas especializadas, me permitieron reflexionar sobre los caminos (de inicio o recuperación), para sistematizar criterios referidos a la teoría de la historia, los cuales pueden definirse recorriendo el pensamiento de investigadores dedicados al tema. Entre esos criterios creo que la afirmación del mundo real como objeto de la historia, la consolidación de una nueva racionalidad y los procesos de demitificación pueden ser vías para discutir sobre la teoría de la historiografía. Además, sería conveniente que la disciplina no representara un papel ambiguo y, sin embargo, ocurre, cuando no están claros los objetivos de su uso para la producción, la enseñanza y la difusión de la historia.

No puedo dejar de recordar el pensamiento de Jacques Le Goff sobre esta temática en su obra *Pensar la historia* (1991): “la objetividad de la historia pasa por privilegiar el consenso de la profesión en torno a un conjunto de criterios racionalmente defendibles”¹⁰.

1.2. La actitud del historiador frente al pasado

Historiadores dedicados al estudio historiográfico, piensan que los investigadores necesitan reunir dos condiciones:

La primera sería que el historiador tenga una firme y precisa visión del presente con sus perspectivas de futuro. Sin esa clara y razonable visión del presente se hace muy difícil estructurar una teoría que fundamente el quehacer historiográfico. La segunda es que posea adecuados instrumentos metodológicos recogidos en la específica tradición de su ciencia. Esta segunda condición - referida a instrumentos y métodos - es considerada la más cumplida entre los historiadores, mientras que la primera - más relacionada con el desarrollo de la teoría - es la que se observa con menor crecimiento.

En áreas como la historiografía de América Latina, la primera condición se hace imprescindible en tanto y en cuanto la tradición propia de la disciplina historiográfica

no pertenece a su espacio histórico, donde se define la visión del presente y del futuro.

El análisis de la historia y de la historiografía necesita de un pensamiento creativo, basado a mi modo de ver, en una nueva discusión sobre el mundo real como objeto y campo específico de la historia, en la demitificación como propósito y objetivo disciplinar y el rescate de la racionalidad o razonabilidad, para la explicación de los problemas reales de las sociedades del presente y del pasado.

En la historiografía del 90 y por las influencias posmodernas de corrientes filosóficas y antropológicas con énfasis en los aspectos culturales, pareciera que en varios casos, la atención de los historiadores se ha desplazado a concentrar la investigación sobre pequeños grupos o sectores, poniendo especial interés en sus mentalidades y otras formas culturales que son reveladores de las profundidades de la experiencia humana, pero cuya importancia nacional y decisional son muy bajas. Por ejemplo, en la expresión de Carlos Ginzburg, máximo exponente de la microhistoria, al optimismo globalizador radicalizado de los años 50 y 60 se contraponen - a partir de la década del 70- las crecientes dudas acerca de los procesos macro-históricos tales como el triunfo del reino fraternal del socialismo y del ilimitado progreso tecnológico y de allí deriva la preocupación por los estudios “micro” y temas muy relacionados con lo cultural como lo privado, lo personal o lo cotidiano. Dentro de esta corriente Francisca Colomer Pellicer agrega que: “Una historia cercana, real, humana, cotidiana, es mucho más entendible y explicativa que cualquier informe cargado de datos y nociones macroscópicas” (...) ¹¹

Puede rastrearse esta tendencia, como uno entre varios ejemplos, en la obra *Histórias do Cotidiano*¹², de Mary del Priore, incluso corroborada por la misma en una entrevista publicada en la Revista *Valor Económico*, Cultura, el 26 de noviembre de 2001, donde expresa que para ella la llamada “grande História”, hecha de personajes consagrados, interesa cada vez menos, pues consolida lo excepcional y aparta los antihéroes que somos todos nosotros.

“A história, na verdade, é feita de criaturas ordinárias e anónimas, cujos pequenos prazeres e dramas banais representam o maior número de pessoas. Daí a importância de pensarmos o banal, o insignificante, o que é deixado de lado. Nessas pequenas coisas, a meu ver, reside a complexidade da história”¹³. Agrega la comentarista: “Com esse mergulho nas pequenas pérolas cotidianas, Mary contribui para engrossar o caldo do que se convencionou chamar de pos-modernidade”.

Creo que esta conceptualización, enunciada ya por Paul Veyne, cuando expresaba que “se pasa del conocimiento de la historia al de los resortes de la historia y de la naturaleza humana”¹⁴, ha influido significativamente en varios historiadores de la historiografía latinoamericana del 90.

Lo que ocurre es que si este modo de pensar se convierte en la historia dominante es muy funcional a los intereses de ciertos sectores. Mientras más estudiemos lo insignificante, otros estudiarán lo que es verdaderamente decisivo en la construcción de realidades que pesan de manera desigual sobre la humanidad. Es sabido que a un poder sólo se puede contraponer otro poder construido desde la política, desde la economía y la sociedad. Difícilmente el contrapoder se construye desde lo banal, lo insignificante, realizado por personas ordinarias y anónimas. El interés extremo y predominante en esta tendencia, nos revelará la complejidad de la historia, el desarrollo de la vida cotidiana, pero nos dirá poco de los senderos por donde ciertamente marcha el mundo de las decisiones que después sufrimos como ciudadanos, si no nos reconciliamos con la necesidad de distinguir los caminos reales por los cuales se construye el poder.

Otro elemento que hay que recordar por su influencia en estas construcciones teóricas, fue el paso del enfoque de los historiadores de la historia política a la historia social, de las élites a los fenómenos colectivos, del tiempo breve del acontecimiento al tiempo largo de los sistemas, lo que provocó en muchos casos, una importante pérdida de realismo para valorar los actores y las decisiones contundentes en las políticas mundiales. El destino de los hombres muchas veces se juega en el corto plazo, depende del acontecimiento, sobre todo si se está prisionero de acontecimientos militares, en estos casos, se necesita una explicación de plazos históricos cortos,- especialmente en la época contemporánea- porque el mundo, los países y sus alianzas se modifican aceleradamente.

Esta tendencia a establecer la importancia fundamental de pensarnos desde lo banal y lo insignificante, a veces tiene que ver con una serie de mitos que se instalan en la historiografía y que perturban la visión del pasado. Si las bases del conocimiento de la historia se corresponden con percepciones erróneas, es mayor el riesgo que corremos de equivocarnos en la apreciación de nuestro presente o de que se nos induzca a apreciarlo equivocadamente.

Dice Mario Rapoport que: “cuanto más grandes fueron en algún momento las expectativas y los sueños de la gente, tuviesen o no una base real, más se tiende a

mitificar lo que ocurrió y a mirar con un lente deformante la realidad que nos circunda”¹⁵.

Por otra parte, es interesante la reflexión de los historiadores brasileños Joao Fragoso y Manolo Florentino, frente a los extremos de la influencia cultural, cuando entienden que hoy el estado de la cuestión, puede ser sintetizada de esta manera:

“(…) las relaciones económicas y sociales no son anteriores a las culturales, ni las determinan; ellas mismas son campos de práctica y producción cultural, lo que no puede ser deductivamente explicado por referencia a una dimensión extracultural de experiencia”¹⁶.

El historiador Paolo Macry, opina que concebir la existencia de estructuras mentales y culturales como inmutables en el tiempo, a través de las que se puede definir la esencia de los grupos humanos, pareciera negar la utilidad misma de la historia. Las estructuras mentales, culturales, ambientales, si han escapado a la conciencia de quien habla y escribe, son parte de la historia, pero los historiadores no renuncian, sino que por el contrario, “trabajan especialmente las conscientes elecciones de los individuos y los grupos”¹⁷.

Frente a esto se hace necesario rescatar una certera imagen del presente basada en la consideración del mundo real, para llevar esa misma competencia a la observación del pasado. Al menos así lo piensan algunos investigadores:

“Durante los últimos decenios se ha puesto de moda...negar que la realidad objetiva sea accesible...El pasado que estudiamos es una construcción de nuestra mente... Una de esas construcciones es tan válida como cualquier otra, tanto si se puede respaldar con lógica y hechos como si no... Resumiendo, creo que sin la distinción entre lo que es y lo que no es, no puede haber historia. Cómo reunimos e interpretamos nuestra muestra escogida de datos verificables (que pueden incluir no solo lo que pasó, sino lo que la gente pensó de ello), es otra cosa. El relativismo no vale en la historia más de lo que vale ante los tribunales de justicia.”¹⁸

La insistencia del historiador en procedimientos científicos, que significa acompañar las afirmaciones con pruebas, fuentes y citas, es sumamente parecida a la de los procedimientos en los tribunales de justicia, que insisten en la supremacía de las pruebas. A menudo de forma muy parecida, demuestran que la diferencia entre la verdad y la falsedad no es una cuestión ideológica, por lo cual insistir en la

supremacía de las pruebas y en el carácter fundamental de la distinción entre realidad y ficción histórica que pueda verificarse, es una de las maneras de ejercer la responsabilidad del historiador.

Este realismo, entiende que las cosas “se dan de cierto modo” lo que no significa que se pueda conocer toda la realidad o que un día se conocerá toda. Significa, que aunque no se conociera nunca, las cosas se darían así y no de otra forma. Que incluso aceptar un mundo siempre mutable, es justamente “el modo en que se dan las cosas”. Pero el verdadero problema está según lo expresa *Ciro Flamarión Cardoso*¹⁹, en que la historia no está condenada a pasar de ser una ciencia a veces mal conducida - comprometida con teorías defectuosas de causa y de determinación - hacia las evanescencias de la “deconstrucción” y al imperio exclusivo del relativismo y del microanálisis.

1.3. La historiografía y el estudio del pasado

La historiografía tiene distintos modos históricos de volverse hacia el pasado, se podrían advertir los siguientes:

- a) Inventariar lo que en cada época viene a agregarse, organizado según historiadores o escuelas.
- b) Rastrear en que medida y con que modalidades se pudo continuar la actividad historiográfica a través de los problemas aportados por el contexto institucional, así como las certidumbres en que se había apoyado.
- c) Considerar como rasgo fundamental de una nueva exploración historiográfica, la buena relación con la teoría, por la necesidad de legitimación teórica del trabajo. Recorrer un camino historiográfico rastreando los fundamentos teóricos del quehacer, poner interés especial en la reivindicación de la teoría y en la consideración del método histórico como un modo de pensar el mundo que pueda enriquecer la investigación.

Se ha dicho muchas veces que la conformación de la historiografía es hija de su ambiente, definiendo a la historia desde la posición del historiador. Si se acuerda con este pensamiento, aún no se ha insistido suficientemente en teorías que fundamenten científicamente el quehacer desde la perspectiva de los historiadores que escriben “desde el mundo subalterno”, conectadas al mundo global. Pareciera que este intento tiene una tarea por delante que consiste en recorrer un camino con un

eclecticismo sin complejos, flexible, sin posiciones extremas pero que al mismo tiempo profundice su compromiso teórico.

Para que cierta certeza o ciencia surja del trabajo historiográfico, es indispensable la travesía de la abstracción. Esta es la carencia de la historiografía, que recalca Macry, cuando expresa que el análisis de individuos específicos y situaciones empíricas, está relacionado con casos concretos y por tanto infinitamente variables y que es un conocimiento incierto y conjetural en la medida que no se complementa con un trabajo teórico que sustente el cometido.²⁰

La historiografía necesita de una renovación, que coloque en el centro de sus investigaciones la interacción entre el conocimiento, las ideologías, las exigencias de la escritura, los criterios, en suma aspectos diversos del trabajo del historiador que permita lanzar un puente desde sí misma a las otras ciencias, una historia del conocimiento y de los diversos usos que se hace de él.

1.4. La perspectiva holística.

¿Por qué los historiadores tomaron distancia de la teoría a través de las distintas épocas? Podría pensarse que esa indiferencia se debe a la experiencia escasamente satisfactoria que se tuvo con algunas famosas obras de la filosofía de la historia, en la medida que produjeron teorías de perfecta construcción de ingeniería pero alejadas de los análisis contextualizados. No delimitaron un alcance medio, sino que fueron elaboraciones a las que se les pretendió dar efecto mundial y resultaron bastante frustrantes.

Esta mala relación de los historiadores con la teoría tiene sus antiguas razones en la convicción de la historiografía tradicional (y también en la estructural), de que la teoría es una abstracción despegada de la realidad. En la época “posmoderna”, la retracción de los historiadores frente a la teoría se produce por un desencanto frente a lo que se consideraron “los grandes relatos” y sus prospecciones sin realizaciones reales. También jugó un papel relevante la opinión de varios investigadores que abandonaron la creencia en la posibilidad de una transformación de la sociedad global, y de allí el apoyo a movimientos parcializados de lucha o reivindicaciones y a la creencia sólo en los microentornos. Esto ocurrió como resultado de trayectorias personales de intelectuales que pueden ser considerados “la generación de 1968” en

su recorrida de la década del 70, portadores de esperanzas revolucionarias y que fueron desilusionados por el “efecto realidad”.

La posición de Jörn Rüsen, respecto a la relación entre “teoría” y “posmodernidad”, es clara en cuanto combate la tendencia a desvalorizar el trabajo teórico de aprehensión conceptual de la vivencia histórica como un todo y reivindica “(...) los esfuerzos en el sentido de una síntesis abarcadora, ya que sin ellas, la propia tentativa posmoderna de buscar un nuevo significado histórico para sus objetos estaría condenada a la dispersión y a la irrelevancia, por limitarse a una contraposición abstracta entre las condiciones de vida actuales y las alternativas histórico-temporales, sin que las relaciones entre ellas sean esclarecidas integradamente”.²¹ En definitiva, se tratará a futuro, que el historiador obtenga o recupere el don de la teoría.

1.5. La teoría enraizada

Existen construcciones teóricas (demasiado ausentes del mundo de los historiadores) que ayudarían mucho a la renovación del pensamiento histórico, no obstante se están abriendo caminos que consideran al método no solo como conjunto de procedimientos sino como un modo de pensar y de percibir el mundo que puede enriquecer la investigación.

Esta manera de pensar se condice perfectamente con nuevas metodologías que fundamentan la investigación cualitativa y que pueden aplicarse en la historia, como ha dado en llamarse “técnicas y procedimientos para desarrollar Teoría Enraizada”²², en nuestro caso una teoría histórica enraizada en los datos de la realidad. El valor de esta metodología radica en su habilidad no solo para generar teoría sino también para enraizar la teoría en los datos. Los métodos de construcción de teoría son aconsejables cuando el propósito del investigador es lograr una nueva comprensión y expresarla teóricamente. Tanto la teoría como el análisis de los datos implica interpretación, pero de un tipo basado en la investigación sistemática.

Se llama teoría al conjunto de proposiciones referidas a la realidad empírica, que intenta dar cuenta del comportamiento global de una entidad, explicando un fenómeno o grupo de ellos entrelazados. Otro paso consiste en darse cuenta que las formas de análisis de los datos, en realidad se construyen unas sobre otras, incorporando la teoría aspectos de ambos.

Para que el historiador inicie el proceso de desarrollar una teoría necesita diferenciar entre descripción, ordenamiento conceptual y teorización. Describir es retratar, sin intentar interpretar los eventos o explicar porqué ocurren ciertos eventos y otros no. El ordenamiento conceptual busca clasificar los eventos y objetos a lo largo de dimensiones explícitamente establecidas, sin relacionar necesariamente las clasificaciones entre sí, para formar un esquema explicativo global.

La teorización es el acto de construir a partir de los datos un esquema explicativo que integre sistemáticamente varios conceptos por medio de proposiciones relacionales. Una teoría permite algo más que comprensión o retratar una imagen vívida. Permite a sus usuarios explicar los hechos históricos y predecir probables eventos, por lo que ofrece guías para la acción. Es posible que las teorías enraizadas, puesto que son elaboradas a partir de los datos de la realidad, permitan hacerse una idea posible de futuro, fortalezcan la comprensión y explicación y ofrezcan una guía para la acción. No obstante y aún cuando cimentar conceptos en datos es la característica principal de la teoría enraizada, la creatividad de los investigadores constituye un ingrediente esencial o sea que se trata de la unión del pensamiento crítico y del creativo.

Las ideas teóricas tienen un valor precioso. Teorizar es concebir o intuir ideas (conceptos) y formularlos en un esquema lógico, en el corazón de la teorización radica la influencia recíproca de hacer inducciones (derivar conceptos, sus propiedades y dimensiones a partir de los datos) y deducciones (establecer hipótesis sobre las relaciones entre los conceptos, relaciones derivadas de los datos pero que ya han sido abstraídos por el analista de los datos en bruto). Hay muchas maneras de hacer estas cosas, por desgracia a veces los investigadores son muy dogmáticos sobre la forma correcta de recolectar datos o validar hipótesis u otros pasos de la investigación.

Pensamos con Strauss y Corbin que: “Teoría denota un conjunto de categorías bien desarrolladas, (temas, conceptos), que están relacionadas sistemáticamente por medio de proposiciones relacionales, de modo de conformar un marco teórico que explica algún fenómeno social o de otro tipo²³”.

Las características propias del teórico enraizado en la historia, son la habilidad para tomar distancia y analizar críticamente las situaciones; la de reconocer

la tendencia a hacer apreciaciones sesgadas; la habilidad para pensar en términos abstractos, la sensibilidad hacia las acciones y palabras de los sujetos estudiados.

Básicamente hay tres componentes en la investigación cualitativa: primero los datos, segundo los procedimientos, (que se usan para interpretar y organizar datos y que ordinariamente son conceptualización y reducción de los datos, elaboración de categorías y relaciones por medio de series de proposiciones. Conceptualizar, reducir, elaborar, y relacionar es lo que se llama codificación). Los informes escritos y verbales configuran el tercer componente.

1.6. Rescate de la racionalidad para el análisis histórico

Podemos decir que actualmente se encuentra preocupación entre algunos pensadores por el rescate de la racionalidad. Se ha vuelto a plantear el antagonismo en términos de racionalidad e irracionalidad. No en el criterio de una razón fuerte y abstracta, sino en el de “una humana racionalidad”, al decir de Umberto Eco. En este rescate del pensamiento racional, se recuerda especialmente, que si hubo un pensamiento de ruptura con el pasado mítico, fue el pensamiento ilustrado y su herencia fundamental es que hay un modo razonable de razonar, con los pies sobre la tierra, con sentido común. ¿En la década del 90 aparece un rescate de la racionalidad?, Sí, pero con los cambios propios de la época. Se puede decir que se fortalece la idea de rescatar la cordura, el buen sentido, el trato inteligente con la realidad. El rescate de la razón como tarea abarcadora, no abstracta sino personal, concreta, histórica y vital.

Sobre este tema es interesante la perspectiva macroteórica propuesta por Ciro F. Cardoso²⁴ para el análisis historiográfico actual - que comparten los autores brasileños consultados- en cuanto a la oposición entre dos tradiciones o paradigmas rivales a través del tiempo. A esas tradiciones las convierte en hilos conductores para dilucidar en la historiografía los problemas de la epistemología y método histórico.

Cardoso identifica dos grandes paradigmas ambos opuestos al académico conservador tradicional:

“ el iluminista que es partidario de una historia científica y racional y por lo tanto convencido de la existencia de una realidad social global e históricamente explicada y otro posmoderno, escéptico en lo que se refiere a las relaciones y explicaciones globalizantes y tendiente a enfatizar las representaciones construidas históricamente²⁵.”

Afirma el autor que este hilo conductor se liga en el siglo XX a un proceso largo cuya fase decisiva se produce entre 1968-1989 y se puede ver como el colapso de una larga visión de la humanidad comenzada en el Renacimiento e intensificada por la Ilustración que termina en el período posmoderno. La ilustración marcó las pautas del proyecto cultural moderno y sometió mitos y relatos a un examen y comprobación rigurosos.

Este paradigma iluminista, llamado también moderno -que ahora es el amenazado en su hegemonía por los cultores de la otra “Nueva Historia”, algunos dicen que ya destronado- tuvo su época de mayor dominio entre 1950 y 1968, pero nunca fue total y se opuso durante varias décadas del siglo XX, a la corriente historicista en sus varias vertientes y a su método estrictamente hermenéutico o interpretativo que ella propugnaba.

Los cultores del paradigma moderno defendieron una Historia que pretendían científica y racional y su punto de partida fue la producción de conocimiento hipotético y deductivo y siempre racionalista. Se trataba de una Historia analítica, estructural y por lo mismo macroestructural, explicativa. Estos son los rasgos centrales de su racionalidad, de su asumida científicidad. (Si bien Cardoso aclara que esta metodología raramente se practicaba con rigor porque muchos de los historiadores carecían de la formación necesaria para ello).

Las tendencias filosóficas que servían de fundamento al paradigma iluminista, venían del siglo XVIII y XIX y se vieron reforzadas en el XX por el empleo de modelos macro-históricos y teorizantes. En la época posmoderna, al ser puestas en duda y rechazadas estas formas de validación del conocimiento histórico, se han producido nuevas búsquedas por caminos externos a la propia historiografía. Entre las nuevas concepciones que han influenciado sobre la historia están las que priorizan los procesos hermenéuticos de interpretación con posiciones que varían bastante desde la subjetividad del autor individual a la de un lector implícito y también individual, a las posiciones de grupos de personas diversamente designados: “comunidad interpretativa”, “comunidad textual”, “sociedad discursiva”. Las interpretaciones son necesariamente múltiples respecto a un tema dado, no existen formas aceptables de escoger entre ellas, son todas válidas si satisfacen los criterios del autor y aquéllos que con él concuerden. En posiciones extremas se puede recurrir al simple recurso de que es innecesaria cualquier validación, o imposible o indeseable. Lo anterior conduce a un relativismo radical visto en su conjunto. Desde

las posturas radicales se juzga que honrar o enaltecer a la razón es peligroso, porque ella es una excusa para la represión y la codicia o un disfraz de la agresión colonial y la dominación y en el estudio de la historia, en muchos casos, se ha considerado el uso de parámetros racionales con una fuerte identificación entre razón y poder.

Particularmente influyeron sobre los historiadores en estas últimas décadas las reflexiones relativas a las formas de representación histórica, siendo esta última postulada como elemento constitutivo por excelencia del pensamiento histórico. Aparecen especialmente concepciones tomadas en préstamo de la Antropología (con frecuencia de Clifford Geertz o alguna otra vertiente de culturalismo relativista).

En la perspectiva de Cardoso, “la inexistencia de teorías globales satisfactorias sin duda torna difícil la defensa de una perspectiva holística (...). La debilidad de este momento, es lo que da más fuerza a las concepciones de disolución de la historia en múltiples historias y del abandono de los grandes lineamientos históricos” y en esto coincide con Aróstegui, cuando este historiador expresa que “en los tiempos de frontera en que vivimos donde hay pocas certezas, una de ellas, puede ser “el descrédito de los esquemas elementales para el análisis”.

Cardoso cree que debe producirse una nueva reflexión teórica surgida en el campo de las ciencias sociales, específicamente en los historiadores: “porque sin ella no hay cómo proporcionar un cambio cabal del estado de cosas imperante en dirección a un futuro distinto”.

En resumen, en palabras de Hobsbawm, “en la actual situación, se requiere de los historiadores, (con toda su buena disposición a aprender de todas las disciplinas), que enseñen, en lugar de aprender”.²⁶

En conclusión se puede decir respecto a las representaciones míticas y su valor en la historia, que la diversidad de las realizaciones históricas está limitada por condicionamientos concretos mucho menos flexibles que los proyectos basados en mitos y representaciones simbólicas.

En cuanto a la relación del historiador y el mundo real, el historiador trata de reflejar una realidad externa marcando la diferencia entre sujeto y objeto como partes suficientemente separadas. Si la historia tratara acerca de meras construcciones convencionales, no habría necesidad de poner a prueba las hipótesis confrontando con los sucesos del pasado, por otra parte perdería sentido el objeto mismo de la historia. El historiador supone la existencia real e independiente de aquello a que se refieren sus hipótesis y la observación de la realidad le impone los

límites con dureza, lo que hace que deba corregir sus supuestos. Por ello es conveniente que logre una certera imagen del presente basada en la consideración del mundo real, para llevar esa misma competencia a la observación del pasado.

Notas

-
- ¹ Emilio De Diego, *Historia. del Mundo Contemporáneo*, Barcelona, Actas, 1994, pág. 20
- ² Julio Aróstegui, *La investigación histórica, teoría y método*, Barcelona, Crítica, 1995, pág.45.
- ³ Fernando Devoto, *Situación de los estudios históricos en los años 90*, en Fuentes para la transformación educativa, Bs. As, Ministerio de Cultura y Educación de la Nación, BsAs,1997, pág. 70. También autor (comp.) de *La historiografía argentina en el siglo XX*, BsAs, CEAL, 1994.
- ⁴ Marcos Cezar de Freitas (org), *Para una história da Historiografia Brasileira* en *Historiografia Brasileira em Perspectiva*, San Pablo, Contexto, 1998, pág.9.
- ⁵ Julio Valdeón, *La historiografía española de finales del siglo XX: Miseria de la Teoría*, Univ. de Valladolid, en *Historia a Debate*, T1, HAD, 1995, págs.309 / 317
- ⁶ Juan Roberto Muro Abad, *La idea del progreso como lastre en las filosofías de la historia*, *Historia a debate*, T1, Univ. de Valladolid, HAD, 1995, pág. 248
- ⁷ Jörn Rüsen, *La historia entre modernidad y posmodernidad*, *Hacia una nueva historia*, Madrid, 1993, pág. 133
- ⁸ Enrique Gavilán, *Historia subalterna*, en *Filosofía de la cultura*, Valencia, 2001, Joan Llinares y Nicolás Sanchez Durá (eds.), *Actas del IV Congreso Internacional de la Sociedad Hispánica de Antropología Filosófica (SHAF)*.
- ⁹ Nidia Carrizo de Muñoz, *La construcción de la teoría*, *Rev. Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, Fac. de Fil ,y Letras UNCuyo, vol.18-19,año2001-2002,set., 2003, pág. 63. ver también *Los caminos teóricos de la historiografía del 90*, *Rev Ciclos*, nº 25-26, 2003, pág. 225 a 251
- ¹⁰ Jacques Le Goff, *Pensar la Historia, Modernidad,Presente,Progreso*, España, Paidós, 1991,pág.31/32
- ¹¹ Francisca Colomer Pellicer, *Biografía y cambio social*, en *Historia a Debate*, Santiago de Compostela, HAD,1995, t III, pág 167.
- ¹² Mary del Priore, *Histórias do Cotidiano*, Río de Janeiro, Contexto, 2001. ver también *Historia do cotidiano e da vida privada*, en *Domínios da História*, Brasil, Campus, 1997, págs. 259/274
- ¹³ Entrevista a Mary del Priore, de Claudia Barcillos, sobre su libro *Histórias do Cotidiano, O cotidiano revisto pela historia*, *Valor Económico*, nº 394, Ano 2. Sao Paulo, 2001.
- ¹⁴ Paul Veyne, *La historia conceptualizante*, en *Hacer la historia*, Jacques Le Goff, (org.), Barcelona, Laia, 1978, V .I, pág. 103.
- ¹⁵ Mario Rapoport, *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)*, Bs As, Macchi, 2000, Introducción, pág. XVI.
- ¹⁶ Joao Fragoso e Manolo Florentino, en *Historia Económica*, en *Domínios da História*, *Ensaio de teoria e metodologia*, Ciro Flamariòn Cardoso e Ronaldo Vainfas, Brasil, Campus, 1997, cap. I, pág.27.
- ¹⁷ Paolo Macry, *La Sociedad Contemporánea, Una introducción histórica*, Barcelona, Ariel, 1997, pág. 29.
- ¹⁸ Eric Hobsbawm, *Sobre la Historia*, Barcelona, Crítica, 1998, pág. 271.
- ¹⁹ Ciro Flamariòn Cardoso, *Historia e Paradigmas Rivais*, en *Domínios da História*, Rio De Janeiro, Campus, 1997, pág. 23.
- ²⁰ Ver Paolo Macry, *Op. cit.*
- ²¹Jörn Rüsen, *Consientizacao Historica Frente a Pos-modernidade*, *A História na Era da "Nova Intransparencia"*. *Historia. Questoes e Debates*, Curitiba, vol 10, nº 18-19, junho a dezembro de 1989.
- ²² Anselm Strauss y Juliet Corbin, *Basics of Qualitative Research, Techniques and procedures for Developing Grounded Theory*, Thousand Oaks London New Delhi 1998. Única traducción para la cátedra de Metodología de la Investigación Educativa, Facultad de Educación Elemental y Especial, UNCuyo, Dr Valentin Gonzalez y otros.
- ²³ *Ibidem*

²⁴ Ciro Flamariòn Cardoso, *Historia e Paradigmas Rivals en Domínios da História*, Rio De Janeiro, Campus, 1997, pág. 23.

²⁵ Ibidem

²⁶ Eric Hobsbawm, *Sobre la Historia*, obra cit., pág.89.

Capítulo 2: Los caminos teóricos de la historiografía del 90.

2.1. El mundo real, la demitificación y la racionalidad.

Ahora buscaremos en el pensamiento de diversos investigadores los núcleos y criterios que proponen para recorrer los caminos teóricos de la historiografía. Indagaremos especialmente las propuestas de reflexión racional y su rescate frente a los supuestos irracionalistas de las últimas teorías que influyeron en la historiografía.

Esta búsqueda se hace extensiva a los procesos demitificadores que se aplicaron a la historia llamada “tradicional” y su ambivalencia y dualidad cuando en ciertas ocasiones, en el afán de demitificar se creaban nuevos mitos. Y además por cierto, a la definición del campo de lo real para la investigación histórica, un tema controvertido en cuanto ataca el centro mismo del objeto de la historia como disciplina.

A mediados del siglo XX, fue evidente el predominio de un paradigma común entre los historiadores que presentaba dos aspectos sobresalientes: por un lado, la rivalidad de dos escuelas (Annales y Marxista) que entablaron un combate exitoso contra la historia tradicional y por el otro, la supervivencia de un componente positivista que se reflejaba en el carácter manifiestamente empírico que ha seguido impregnando el oficio de historiador, con lo que tiene de positivo (crítica y uso de fuentes) y de negativo (desprecio por la reflexión y la teoría). Por ello, la necesidad de la propia reflexión es el punto de partida, que el historiador Carlos Barros expresa como: “*El historiador del futuro reflexionará sobre metodología, historiografía y teoría de la historia, o no será*”¹.

Frente a la llamada crisis de la historiografía en la década del 90, los críticos entienden que sería un retroceso de la disciplina, el condicionamiento entre una vuelta al positivismo antiguo o una fuerte inclinación hacia el escape del análisis del mundo real y la dificultad para comprenderlo, revelarlo y explicarlo. Si hubiera que optar entre estos caminos extremos, se infringiría una gran derrota a la historia, que la llevaría hacia una incapacidad para comprender y prever grandes acontecimientos. El resultado sería- expresa Barros- “una historia cada vez más (...) próxima a la ficción o al interés erudito de una excelsa minoría, una historia con dificultad

creciente para hacer ver su utilidad social y su papel capital en la investigación y en la educación de sus ciudadanos”.

Se ha dicho que en esta década del 90, se exploran los caminos hacia la propia reflexión teórica, a la discusión sobre el mundo real como objeto de la historia, a las diferentes vías de demitificación de la disciplina y a una nueva consideración sobre la racionalidad, que son posiblemente preparatorios de una teoría fundada en el propio aparato teórico y metodológico de la historiografía.

Respecto a los embates contra la razón y la posibilidad del conocimiento del mundo real, si bien al principio de la década del 90, se impulsaron fuertemente las críticas posmodernas, en la misma época aparecieron las voces controversiales que animaban al rescate de una racionalidad renovada, una nueva ilustración, una reformulación de la idea de progreso. El mismo autor citado más arriba, expresa que aparece: “una nueva idea racional- no teleológica- del progreso que seguirá incluyendo rupturas y revoluciones políticas y sociales, culturales, y científicas, que coloca al sujeto en el centro de la historia, que reconoce el papel movilizador de las utopías pero no las confunde con las ciencias”.

Las voces controversiales frente a la historiografía posmodernista de la década del 90, pretenden recuperar una visión histórica del mundo real y descubrir los nuevos mitos creados en la historiografía del 90. Se señala que algunos de ellos surgen en muchos casos, porque los historiadores optaron por la alternativa de los estudios de la marginalidad, con una tendencia a confundir compromiso social con acciones irrelevantes y cargadas de discurso utópico, que ha llegado a oponer el compromiso social del historiador con su trabajo de investigador, exacerbando la subjetividad del autor en una tarea alejada de lo científico.

2.2. Sobre el mundo real y su rescate como objeto histórico.

¿Qué pasó con el mundo real como objeto de la historia? ¿Existe un nuevo objeto de la historia? Aquí se presenta el problema y su discusión:

Actualmente aparece un cambio cualitativo que se refiere a una nueva concepción sobre lo real, sobre lo social, sobre el mundo circundante en general y sobre su posible inteligibilidad y entonces surgen tendencias a enfocar ciertos

aspectos que antes no eran considerados centrales por la historiografía. Esta preocupación de vieja data sobre el concepto de mundo real se profundiza en la historiografía cuando nuevos aspectos del mundo social irrumper como temas propios de la historia, en realidad una parte de la vida de los hombres que antes no tenía un lugar dentro de la historia consagrada. De pronto el mundo se observa como mucho más amplio que la temática tratada por la historiografía tradicional. La multiplicidad de temas y enfoques irrumpen con fuerza y con escepticismo en la concepción del mundo real. Esta expectativa puede sintetizarse en la inquietud por la diversidad implícita en la constitución de la sociedad, que lleva en muchos casos a aceptar teorías (más moderadas o radicalizadas) que cuestionan la posibilidad de conocer el mundo real.

Los principales referentes posmodernistas contemporáneos fueron los filósofos franceses Michel Foucault (1926-1984) y Jacques Derrida (1930-2004). De ellos se alimentaron las nuevas tendencias que influyeron en la historiografía. Gran parte de la crítica historiográfica posmodernista deriva de su influencia, lo que no significa que suscriban todos los postulados de sus seguidores. Muchos otros nombres (en general franceses) se unen a los primeros. Jacques Lacan en psicoanálisis, Roland Barthes en crítica literaria y Jean Francois Lyotard en filosofía. Sin duda, fueron Foucault y Derrida quienes expresaron los argumentos cruciales. Foucault trabajó en Suecia, Alemania, Tunes y California y Derrida nacido en Argelia, enseñó largo tiempo en EEUU. Ambos desafiaron los supuestos más fundamentales de la ciencia social en Occidente. Negaron la capacidad de representar la realidad de manera objetiva y postularon “deconstruir” la noción de individuo como agente autónomo consciente de sí mismo. Cuestionan la racionalidad, la objetividad y la capacidad de conocer del hombre occidental. En suma atacan todo el proyecto de la ilustración.

Al decir de Joyce Appleby: los posmodernos son intelectuales profundamente desilusionados que insisten en la equivalencia de las ideologías imperantes pues las impulsaría el deseo de disciplinar y controlar a la población en nombre de la ciencia y de la verdad. Para ellos ninguna realidad puede trascender el discurso que la expresa “(...) el postmodernismo es una visión irónica, quizá desesperada del mundo, otorgando un espacio asaz reducido a la historia tal como la conocemos. (...) Utilizan la historia contra sí misma (...)”²

Como es conocido, en las corrientes posmodernas de la historiografía, muy influidas por la Antropología y la Literatura, se focaliza el interés en el ámbito de la representación y de los símbolos. A veces un interés ultra dimensionado subsume el mundo real en el simbólico, perdiendo nitidez las diferencias entre uno y otro.

Esa es una elección que se explica por el clima cultural, imperante especialmente en Francia, con la fuerte influencia del estructuralismo sobre las ciencias sociales. El estructuralismo nacido con la lingüística de Saussure y de Jakobson y con los textos del historiador de las religiones George Dumézil, envuelve durante los años 50 y 60 a amplios sectores de la inteligencia occidental y se une a sólidos sectores del pensamiento marxista (Louis Althusser).

La modernidad se manifestaba en una historia de la cultura que exhibía su interés en los orígenes sociales o contextuales de las motivaciones y actos humanos y sus investigadores apelaban a la sociología y a la economía. Los historiadores de la cultura en la posmodernidad apelan a la antropología, la lingüística y la teoría literaria.

La nueva historia cultural³ es una corriente que se presenta como modelo surgida de la crisis y que adopta para la realidad que pretende estudiar una visión discursivo-simbólica. El énfasis puesto en este ámbito supone que creencias y rituales interactúan con las expectativas sociales y económicas de la población y no solo reflejan su situación socioeconómica. Esta tendencia nacida en la antropología, que persigue más el sentido que la búsqueda de leyes, se pronuncia a favor de un modelo más cercano a la literatura y a la crítica cultural y concede un papel central al mundo de las representaciones. Deja a un lado las orientaciones anteriores hacia una historia social de la cultura, para adentrarse en otra del simbolismo cultural o de la representación mental simbólica de los objetos culturales.

Lévi-Strauss, refleja en este pensamiento como se entiende el mundo cultural:

“los grandes significados simbólicos de las culturas, los mitos, son adoptados por los hombres sin que se den cuenta. Las estructuras culturales son restricciones mentales y por lo tanto excluyen la idea de que los hombres den forma de manera consciente, a su cultura: en una palabra deniegan las ilusiones de libertad”⁴.

La historia cultural desde una perspectiva posmodernista, puede robustecer el ataque a la razón y a los valores universales, porque se pone énfasis en la razón

humana actuando en un contexto cultural específico. De este modo opera una apreciación distinta de la racionalidad porque la gente piensa al interior de su universo mental propio.

Esta postura tiene obvias afinidades con las propuestas posmodernas de la filosofía de Foucault y Derrida. Varios historiadores de la cultura se unieron a estos grupos de investigadores, buscando el modo de interpretar el sentido que la gente en el pasado, le otorgaba a sus experiencias. Entre las décadas del 70 y 90, los estudios historiográficos muestran que especialmente en Francia, abandonaron lo político y social en beneficio de lo intelectual y cultural. El porcentaje de publicaciones francesas referidas a lo político y diplomático disminuyeron a un cuarto, y las económicas y sociales a la mitad, fenómeno que no se repitió en otros ámbitos geográficos e intelectuales.

Otras influencias estimularon esta tendencia, el interés marxista en las formas culturales a partir de Gramsci, de acuerdo con sus reflexiones sobre la manera de construir hegemonía a través de la cultura, entendiendo que una elite ejerce su poder cuando domina culturalmente a otras clases sociales y por ello la necesidad de formular una cultura independiente de la clase trabajadora, es decir su propia concepción original del mundo.

Muchos historiadores de la tradición marxista británica retrocedieron ante las posiciones extremas del posmodernismo por considerarlas lesivas para el materialismo histórico, entre ellas el negar a los seres humanos un papel en la formación de su propio destino y el temor a apartarse de la historia real al abandonar el lenguaje de la condición social de la historia.

Los miembros más jóvenes de Annales, desencantados con los niveles de experiencia histórica marcados por Braudel, adoptaron con entusiasmo la lectura cultural. La cultura o mentalidad ya no se caracterizaba como parte de un tercer nivel de la experiencia histórica sino como un determinante primario de la realidad histórica. Aunque el concepto de cultura no excluya explicaciones sociales y económicas, el suponerla como motor de la historia o hacer depender ésta totalmente del contexto cultural, plantea interrogantes acerca de los métodos y objetivos de la historia y de la misma explicación histórica. La tendencia de la historia cultural se acerca a los planteos filosóficos del relativismo y del escepticismo y se refuerzan entre si.

La etiqueta “mentalidades” sirvió para separar la vida cultura y mental de los procesos económicos y sociales y demográficos que antes habían ocupado a los historiadores, considerando que las estructuras mentales no se pueden reducir a elementos materiales. La adopción del enfoque cultural por parte de los analistas se enfocó en las prácticas mentales compartidas colectivamente o en las estructuras mentales de una sociedad.

El concepto de estructura en la historia (siguiendo a Braudel) es diferente al comentado, porque no pretende identificar una esencia universal del hombre, sino que se refiere a determinados períodos, a veces largos, y se limita a áreas específicas, aunque sean amplias. Es decir que el tiempo es el factor predominante en esta categoría histórica.

Los modelos que pueden obtenerse de la historia de la cultura tienen probablemente un contacto cada vez menor con las realidades sociales porque los períodos caracterizados por cambios constantes, rápidos y fundamentales, así como por su complejidad afectan a la sociedad mucho más allá de la experiencia del individuo o incluso de su comprensión conceptual. El estudio de la historia apunta a las transformaciones sociales que se experimentan y clasifican como tales durante las cuales la sociedad se reorienta y transforma. No está de más tener en cuenta las reflexiones de los brasileños Joao Fragoso y Manolo Florentino- frente a los investigadores que extreman la influencia cultural, -cuando no aceptan las referencias a una dimensión extracultural- sino que entienden que las relaciones económicas y sociales son campo de práctica y de producción cultural. Esta es una explicación más dinámica e interrelacionada de la cultura.

2.2.1. De la historia ideologizada a la historia “representada”

Hay historiadores que reflexionan sobre las nuevas alternativas historiográficas posmodernas de la década del 90, entendiendo que se pasa de una historia de procesos a una historia de la pluralidad, dándole primacía al mundo de la representación. Estas tendencias tienen en cuenta ciertas afirmaciones como la de Mircea Eliade, quien considera que la conciencia teórica, práctica y estética, el mundo del lenguaje y del conocimiento, la ley, el derecho y la moral, las formas fundamentales de la comunidad y del estado, todas ellas se encuentran originariamente ligadas a la conciencia mítico-religiosa. O en las afirmaciones de

Ernst Cassirer, quien fundamenta su toma de posición en el supuesto según el cual el mito se sitúa en el núcleo primordial de todo imaginario social, como matriz generadora de procesos de construcción de sentido de la condición humana. Por lo tanto el corolario es que la historia y las ciencias constituyen la forma de producir y de decir el mito hoy, como respuesta a los problemas fundamentales e incesantes de la existencia colectiva.

Según opinión de autores que trabajan sobre la demitificación de la historia en la actualidad, así como el mito de la ideología caracterizó una etapa de la historiografía, el mito de la representación sobrevuela la del 90: de la ideología a la representación.

Lo que aparece claro es que se intenta un verdadero cambio epistemológico que afecta a la historia, en el sentido de una nueva forma de concebir la realidad y las posibilidades de la ciencia para conocerla. En este sentido se habla del desplazamiento de una concepción realista del mundo y de la historia a otra, en la que se examina el discurso histórico como un conjunto de representaciones. De este modo toda narración histórica, sería una construcción imaginaria, que se diferencia de la novela sólo por trabajar con acontecimientos padecidos por los hombres. Entonces la realidad aparece ahora fragmentada, como desorden, y los discursos que se refieren a ella tanto los que se encuentran en el pasado –como material a utilizar por el historiador- como los del propio historiador, deben ser considerados como diversas representaciones de realidades cuya trama sería necesario develar para encontrarles significado. El modo de acercarse al pasado no se refiere a la búsqueda de lo real pasado, sino a cómo era vivido lo real.

Lo expresa claramente Mónica Gordillo: “Ya no se trataría de buscar los hechos, las cosas que les han ocurrido a los hombres y mujeres y cómo reaccionaron frente a ellos sino que, si hay una línea común, algo que entreteje los distintos objetos, ésta sería la pretensión de aprehender los distintos significados, los distintos saberes como categorías que hacen a la identidad de los hombres y mujeres y los distintos discursos que expresan esos saberes que son también estrategias de poder que impregnan todas las relaciones humanas”⁵.

La fascinación por la nueva historia cultural, llevada a su extremo, corre el riesgo de convertir a la historia en receptáculo de objetos, términos, y significados procedentes de otras disciplinas: cultura, mentalidades, psicología colectiva,

representación. Hay que observar un aumento de los trabajos que fluctúan entre historias microscópicas y reconstrucciones imaginativas.

2.2.2. *Los cuestionamientos*

En la última década, la excesiva tendencia al relativismo que según María Alba Pastor se ha “caracterizada por el abandono de la búsqueda de ciertas verdades ordenadoras de proyectos sociales, por la acusada eliminación de lógicas totalizadoras y explicaciones históricas globales y por el traslado de los sujetos históricos al anonimato (...) Las propuestas centrales del nuevo discurso histórico (...) se han dirigido a descubrir estructuras inconcientes de comunicación (...) y de una captación de las realidades por caminos menos racionales y mas sensitivos y emocionales. (...) y por la capacidad de estas tendencias para hacernos reflexionar en la cultura como un cuerpo de códigos y mitos”⁶,

Esta propensión al relativismo ha planteado debates recientes sobre la historiografía del 90. Algunos cuestionamientos, como el realizado por Carlos Barros, se refieren a la crisis finisecular de la historia, como acompañada de un formidable incremento en la producción historiográfica de una manera desigual, sin reflexión, sin orden ni concierto. Y propone “que las comunidades científicas reconstruyan a través de procesos críticos su acervo común”⁷.

Para Barros, el concepto de historia debe cambiar al mudar el concepto científico de la realidad y contemplar el sujeto y el objeto de la historia como una misma realidad. Son las condiciones para un pos-posmodernismo, que anuncia las precondiciones para una nueva ilustración. Expresa que roto el consenso historiográfico sobre una definición y una práctica objetivista de la disciplina, solo se podrá recomponer asimilando los historiadores la nueva racionalidad científica, de signo relativista y transdisciplinar que va a caracterizar el siglo XXI, -pero dejando claro que- “la ciencia no ha abandonado sus bases de partida materiales, realistas”.

Más cuestionamientos (Josep Fontana, Julio Aróstegui, Valdeón Baroque, Ciro Flamarión Cardoso, entre otros) se constituyen como alegato a favor de la recuperación de las señas de identidad de la historiografía crítica. Entre esas señas de identidad se encuentran el tradicional objeto de estudio de la disciplina. ¿Qué tipo de realidad es y estudia la historia?, ¿Cómo se autoidentifica?

Ciertos imaginarios pueden influir o provocar rupturas en el ordenamiento social, no por ello se crea un nuevo objeto de estudio para la historia, porque es evidente que la realidad social se compone de hechos empíricos y de construcciones mentales sobre ellos, de instituciones y de relaciones, de comportamientos sociales y de sus pautas, de estados mentales y de pensamiento simbólico. Por ello se considera que la historiografía es un conocimiento de comportamientos de distinta naturaleza insertos en la realidad social, pero esa realidad desde el punto de vista de la historia como ciencia, se construye como su objeto en base a hechos empíricos, que se presentan más o menos dados, más o menos reconstruidos por el pensamiento metódico.

Si se entiende que las disciplinas se auto-identifican porque poseen objetos específicos, los historiadores críticos ponen énfasis en la defensa de la existencia del mundo real como campo definido de la historiografía, con la denotación de que tal realidad contiene el tiempo. La historia muestra el comportamiento temporal de las sociedades, la historiografía es la ciencia de la temporalidad humana, el problema del tiempo es entonces medular y constitutivo ya que es el material fundamental de la historia.

De este modo lo expresan varios historiadores cuando reivindican el concepto de mundo real, de tiempo y de continuidad en la historia:

“La reivindicación del tiempo histórico como una categoría fundamental del análisis teórico de la sociedad, rescata la condición dinámica entre la acción humana y la estructura social, no como un problema abstracto, sino como una cuestión empírica de la historia mundial”⁸.

La historia de la sociedad, tiene al tiempo cronológico real como una de sus dimensiones, porque se ocupa no solo de las estructuras y sus mecanismos de persistencia y sus posibilidades de transformación, sino también de lo que en realidad ocurrió. (en estas reflexiones coinciden Julián Casanova y Julio Aróstegui). Respecto a la otra novedad de la posmodernidad, una invasión de análisis de discurso- según Josep Fontana- amenaza con reemplazar la realidad. Hay que luchar contra la esterilización del trabajo histórico, “Que pretende reemplazar el estudio de los problemas reales de los hombres por los discursos que se refieren a ellos”⁹. Sin desconocer los elementos útiles, y sin descalificar la contribución del análisis de discurso hay que tener en claro que el historiador trabaja con todo tipo de fuentes, muchas de las cuales no pueden ser “deconstruidas”.

Así expresa Fontana que, la concepción de la vieja disciplina historiográfica parece ser arrastrada más bien hacia la creación literaria, hacia el análisis semiótico, la exploración microantropológica y hacia un relativismo general que rechaza las anteriores pretensiones de encontrar explicaciones, más o menos apoyadas en la teoría del movimiento histórico.

Respecto al juicio de realidad, la mayoría de los historiadores dan por sentado que el pasado realmente existió y al abordar su tarea, parten de esta premisa. Esta afirmación trata de demostrarse, como resguardo del campo disciplinar, en tanto defensa del mundo real como existente y como su objeto de estudio. ¿Qué se quiere decir con la existencia del mundo real? Que la realidad exterior al hombre existe efectivamente, en forma auténtica e independiente y no es una mera ilusión, algo que solo está en los sujetos. Dicen los investigadores: el juicio de realidad consiste en (...) “procurar reconstruir el pasado de la manera más verdadera posible”¹⁰, no como un compilador de hechos sino aventurando hipótesis para explicar e intentar verificar sus conjeturas.

Eric Hobsbawm se expresa categóricamente sobre este tema: “(...) definiendo firmemente la opinión de que lo que investigan los historiadores es real. El punto desde el cual deben partir los historiadores (...) es la distinción fundamental (...) entre los hechos comprobados y la ficción. Durante los últimos decenios se ha puesto de moda (...) negar que la realidad objetiva sea accesible (...) y afirmar que el pasado que estudiamos es una construcción de nuestra mente (...), que una de esas construcciones es tan válida como cualquier otra, tanto si se puede respaldar con lógica y hechos como si no. (Pareciera que) mientras forme parte de un sistema de creencias emocionalmente fuerte, en principio no hay, ninguna manera de decidir que la crónica bíblica de la creación de la tierra es inferior a lo que proponen las ciencias naturales: son sencillamente distintas (...). Pese al riesgo de que se me acuse de positivista hay que dejar sentada la naturaleza no controvertida de ciertas afirmaciones y de los medios de manifestarla. Algunas proposiciones son verdaderas o falsas, más allá de toda duda razonable”.¹¹

La historia pretende explicar el mundo real y entra en contradicción con el discurso posmoderno, así lo expresa también el historiador Buchrucker: “Hay una cierta tendencia dentro de lo que suele llamarse el discurso posmoderno a pretender que por la multiplicidad de puntos de vista y la ambigüedad semántica de muchos

discursos, se produciría, la disolución del mundo real. Todo el que vive en el mundo real (y creo que fuera de los que están en ciertos establecimientos para casos especiales, la mayoría vivimos en el mundo real), sabe que esto no es cierto (...) Y descubre que esa realidad fuerte y dura, se adapta más a ciertos discursos que a otros. No todos los discursos la cubren con la misma facilidad ni la explican igual. La realidad se resiste a todo discurso y tiende a modificarlo”¹².

La historia requiere, que apliquemos, si no un modelo formalizado y complejo, por lo menos un orden aproximado de criterios teóricos que marquen prioridades de investigación. El juicio de realidad del historiador, actuando sobre el presente y el pasado es posible que aporte los mejores resultados. Miguel Angel Cabrera Acosta, en su artículo ya mencionado, insiste en la necesidad de que los historiadores establezcan criterios con los cuales incorporarán el pensamiento filosófico posmoderno y propone la introducción de dos categorías: avance del conocimiento de la realidad social y referente real.

La conciencia histórica de los historiadores sostiene la realidad del pasado y considera que éste, en su modo de ser y hasta cierto punto en su contenido, no es por naturaleza diferente al presente. Esa conciencia reconoce lo sucedido como ya cumplido y admite que existió una vez, que tuvo su lugar y su fecha, tal como existen los hechos que se desarrollan frente a nuestros ojos, esto significa que de ningún modo cabe tratar a lo sucedido como ficticio o irreal. La no actualidad de lo que tuvo lugar, no puede en modo alguno identificarse con su no realidad.

2.3. Sobre la demitificación como propuesta historiográfica de la década del 90 frente al nuevo pensamiento mítico-simbólico.

La demitificación de la historia es una cuestión en la cual se involucran historiadores latinoamericanos y que está relacionada con la discusión sobre el mundo real ya planteada. Una de las preocupaciones es saber si en la escritura de la historia latinoamericana hay un predominio de una visión simbólica sobre ciertos hechos de la realidad, sobredimensionando las representaciones ideales. Y si es así, investigar si hay influencias y tradiciones culturales que influyan también en esta nueva historiografía demitificadora como influyó en la tradicional. El historiador

español Thomas Calvo insiste en señalar “la multiplicación de categorías eruditas alejadas de la realidad”¹³ que se proponen en América Latina.

¿Porqué demitificar? Si hay que realizar este trabajo es porque se supone que la escritura de la historia adolece de este mal. A medida que se desarrollaba la historia de la historiografía, se presumía que se marcaba el cambio de contraponerla a las antiguas explicaciones de la realidad a través del mito. De este modo se producía el avance de la historia científica. El origen de la historia como disciplina, se encuentra en la necesidad de abandonar el mito, es decir en la necesidad de distinguir la verdad de la ficción. En ese contexto las distintas corrientes historiográficas coincidían en que el científico de la historia requería una formación que abarcara también, la condición de acercarse lo más posible a la verdad de los sucesos, aún sabiendo de su relatividad y de sus límites. Sin embargo, el pensamiento del Dr. Eduardo Diatahy B. de Menezes, hace temblar esta idea tan estructurada cuando dice que duda en afirmar que el pensamiento mítico haya sido abolido y que por el contrario, él consigue sobrevivir, aunque radicalmente modificado o perfectamente camuflado. Y lo que le resulta sorprendente, es que más que en cualquier otra parte, ese pensamiento sobrevive en la historiografía¹⁴.

Hay un criterio básico para el historiador: lo imaginado es sensiblemente distinto a lo real. Emanciparse del mito significa “liberación”. Lograr un conocimiento profundo de las realidades pasadas y presentes convierte al historiador y a su disciplina en una pareja adecuada para marcar probabilidades en el futuro. El retorno del mito en la historiografía no es liberador, por el contrario aleja del conocimiento de la realidad (que es dura, tenaz y resistente) y finalmente aplasta al que quiere ignorarla. La realidad puede ser cambiada, pero desde la realidad misma, no desde el mito, que solamente construye huídas y refugios pasajeros. Habermas explica que el proceso liberador del mito carga con “el estremecimiento ante la pérdida de las raíces y el respiro de alivio tras el acto de huida”.¹⁵

En la historiografía del 90 aparece una fuerte corriente demitificadora, que intenta producir un aligeramiento revisando los mitos de la historiografía tradicional, pero que muchas veces no logra evadir visiones cargadas nuevamente de valor simbólico. Esta ambivalencia recarga la historiografía de la época.

¿Por qué subsisten los mitos en la historiografía? Entre muchas razones, porque algunos son aprovechados ideológica y políticamente para enfrentar el hambre, la miseria y el caos político. Otros para favorecer intereses de determinados grupos sociales, en desmedro del resto. A veces se mantienen porque no interesa a ciertas instituciones oficiales publicar documentos que pueden manchar la imagen de actores individuales o colectivos. Por otra parte, algunas concepciones filosóficas magnifican la importancia de la creación mental de tal manera, que confunden mitos y realidades. También la adhesión desmedida a escuelas o tendencias histórico-culturales hace que se sobredimensionen aspectos de la realidad hasta otorgarles una relevancia más sostenida míticamente, que fundada en certezas empíricas. Además los mitos ayudan a sobrellevar realidades amargas de las cuales se prefiere escapar.

Si bien hay que decir que es también en la historiografía donde se crean los anticuerpos. Cezar de Freitas¹⁶ dice que ese ámbito es el espacio de investigación en el cual hasta la simulación y los mitos consiguen ser traídos a la luz para reconocerlos y que para ello al historiador le ayuda el juicio de realidad (hoy también bastante confundida en su definición) y la tenacidad de comprobar repetidas veces la historia.

Esta preocupación demitificadora tiene a mi modo de ver, la importancia de tratar de “limpiar” la historiografía, desbrozar y desembarazarse de ciertos pesos ideológicos y políticos, de esclarecer las confusiones entre memorias e historia, de moderar influencias sobrecargadas de radicalidad venidas de otros ámbitos, que confundieron y muchas veces impidieron que los propios historiadores se encarguen de la reflexión sobre la teoría y el método, a partir de una afirmación en la propia disciplina.

Obviamente, no es la intención emprender aquí un análisis exhaustivo de la historiografía que trabaja sobre demitificación, sino plantear una reflexión acerca de los procesos de elaboración de la historiografía latinoamericana que preocupa a varios investigadores.

Se podrían identificar cuatro vías de demitificación que se recorren actualmente en la historiografía:

1. *En primer lugar*, la que investiga las interpretaciones demasiado unidas a convicciones políticas y culturales. Las versiones míticas aparecen en algunas obras respaldadas en posturas ideológicas, en otras, basadas en razones de tipo cultural y social. Estas últimas se asientan en construcciones teóricas ideales e inmóviles para

reforzar el sentido de identidad, de patriotismo o de rescate cultural. Dan como resultado una narración histórica que sustenta posturas simplificadoras que son causa de posiciones fanáticas y de invenciones míticas.

El peligro acecha cuando la demitificación está asentada en nuevas convicciones políticas, ideológicas o culturales y se realiza sólo un reemplazo de una mitificación por otra que responde a otros intereses. Toda destrucción de ídolos tiene sentido en la medida que no se creen otros en su reemplazo.

2. *En segundo lugar*, la que intenta diferenciar el rescate de lo simbólico - como dimensión legítima del análisis histórico - de una actitud mítica que pretende situar la realidad en la ficción y hacer pasar una por otra. Se puede decir que se ha transitado del mito de una historia ideologizada al mito de una historia de la representación. En este sentido, algunos historiadores advierten sobre las corrientes extremas, muy influenciadas por la Literatura y la Antropología, donde subyace la idea de que todos los hechos a los que se presupone una existencia objetiva no son sino meras creaciones mentales, es decir que no hay diferencia clara entre la realidad y la ficción.

3. *En tercer lugar*, la que pretende apartarse de la extrema intensidad de las reacciones y emociones que anidan en las adhesiones a las corrientes historiográficas, reconociendo radicalidad sin medida a las posiciones que sustentan y que terminan en la mitificación de la realidad, tanto del presente como del pasado.

4. *En cuarto lugar*, Los intentos realizados para diferenciar entre la historia sistemática y la memoria histórica, porque esa confusión dificulta ver claro el aporte y la función de cada una de ellas, en la reconstrucción del pasado.

2.3.1. Primer caso. Interpretaciones unidas a convicciones políticas, culturales o sociales

El rastreo de estas influencias políticas y culturales que en muchos casos terminan en una mitificación de la historia, se hace recorriendo la llamada historiografía tradicional. Se entiende por ella, el legado que viene de la producción de las instituciones históricas reconocidas oficialmente, que generó una vertiente bien acogida no sólo en las élites académicas. Esa historiografía llamada tradicional, fue suficientemente divulgada y conocida y generó paradigmas que formaron a generaciones de historiadores que, a su vez, se constituyeron en difusores del mismo. Hay textos que pretenden contemplarse con la designación de historiografía

tradicional, y esto debiera aclararse, porque hay experiencias –como el caso argentino- donde otros textos desmienten cuanto se creía haber aprendido sobre el país bajo la guía de una disciplina demasiado segura de sí misma

Por ello algunos historiadores, piensan que habría que aclarar qué criterios marcan la designación de historiografía tradicional. ¿El cronológico, que establecería que las obras más antiguas son necesariamente más conservadoras y los textos más recientes más progresistas?

Machado de Assis define con bastante precisión la opinión generalizada entre los autores que así la designan, como la historiografía formada por “obras que no presentan una articulación explicativa y que operan como si se supusiera un orden normal y más o menos permanente de existencia colectiva, del que divergen algunos hechos episódicos y perturbadores, estando en la base de la principal producción de nuestros manuales de historia patria en todos los niveles”.

En general se toma como criterio, el carácter prestigioso de su recepción, que instituye los llamados “autores consagrados”. Se observa, comparando algunos trabajos de la historiografía demitificadora brasileña y argentina, que sus fuentes se buscan en la historiografía así definida:

Veamos algunos ejemplos:

María Luisa Tucci Carneiro, historiadora brasileña, trabaja sobre la demitificación del tema racismo en Brasil. Expresa que siempre se trató de sustentar la imagen de que Brasil era un país sin preconceptos de raza y religión pero que en realidad este es un país imaginado muy diferente del país real. Cree que esta imagen se construyó a partir de una historia escrita por historiadores que quisieron preservar el mito como forma de absorber las tensiones sociales y enmascarar los mecanismos de explotación o de subordinación del otro, del diferente. Así recorre discriminaciones de negros, mulatos, indios, gitanos y judíos. Insiste en que el brasileño tiene una mentalidad racista y antisemita por tradición. Recorre la historia brasileña desde el siglo XVI, observando los documentos que debían probar la pureza de sangre, precisando la expresión “raza infecta” que aparece en los documentos coloniales. Hasta fines del siglo XVIII, persistió en Brasil un racismo de Fundamentación teológica, - afirma - que estigmatizaba a judíos, moros, mulatos e indígenas.

Según la autora, en este sentido en Brasil, hay un racismo camuflado, disfrazado de democracia real y que este aspecto está oculto en la historiografía

tradicional. Agrega que eran raros los intelectuales brasileños de comienzo del siglo XX que tenían conciencia del peligro representado por su adhesión a teorías racistas importadas de Europa. Y señala a historiadores y otros intelectuales importadores de racismo, como Silvio Romero, Nina Rodríguez, Francisco Varnhagen, Euclides da Cunha, Oliverio Vianna.

Desde este punto de vista, se propone analizar el pasado,

“sin reincidencia en errores, sobre el estudio de los mitos que persisten en nuestro pasado, intentando explicar (...) ese Brasil imaginado, caracterizado por la democracia racial, y el país real, racista y antisemita por tradición”¹⁷.

En Argentina el proceso es parecido y se puede ejemplificar por los estudios sobre Juan Manuel de Rosas y el muy debatido tema del origen de la Nación Argentina. La historiadora Diana Quattrocchi Woisson, expresa que el interés de los argentinos por su pasado, fue fuente de divisiones y de debates interminables sobre los orígenes de la nacionalidad y que este es un dato que sorprende a cualquiera. Porque esa sed de pasado, casi una obsesión por la identidad, contrasta con el escaso dinamismo y autonomía de la historia profesional. Explica como el vacío dejado por la disciplina histórica fue ocupado por un movimiento de contrahistoria militante- el revisionismo- que logró hacer de la figura de Rosas y su gobierno (un acontecimiento del siglo XIX) una referencia principal de las batallas políticas del siglo XX y *más aún, el espacio mítico de la verdadera argentinidad*.

Este libro manifiesta una vez más la íntima unión de las ideologías y la política con la visión de la historia, demostrando como toda la historiografía ha padecido el uso sociopolítico. La estrecha relación entre historia y política será un rasgo principal en la actividad historiográfica argentina y esta limitación de la historia académica pesará sobre la vida intelectual argentina, de tal manera que “la profesionalización de la historia también se acompañaba de un empobrecimiento teórico, intelectual y literario”. Expresa Diana Quattrocchi Woisson, que “Así comienza a organizarse toda una cultura del hecho nacional, a partir de imágenes fuertemente emotivas. Una liturgia patriótica y una idealización sistemática de una argentina grande y digna, opuesta a las grandes potencias mundiales: Francia e Inglaterra. Una Argentina heroica y valiente destinada a ser la gran potencia sudamericana. Para afirmar la identidad, la lucha contra el otro, se vuelve instrumento indispensable.(...) Esta revalorización de la argentinidad será tanto más

maniquea y estereotipada en tanto se inscribe en una sociedad donde todo lo que venía de afuera –sobre todo si ese afuera era la Europa blanca - gozaba hasta entonces de un prestigio excepcional”¹⁸

También historiadores argentinos como Romero, Chiaramonti, Devoto, han intentado demostrar la mitificación sobre el concepto mismo de nación en la Argentina. Para ellos, la afirmación de la existencia de la Nación Argentina y el sentimiento de pertenecer a ella, se fueron construyendo en la segunda mitad del siglo XIX. Esta nueva interpretación se hace frente a lo sostenido por la historiografía tradicional de una nación preexistente. Expresan que ese concepto se crea a través de la historia tradicional, especialmente desde Mitre, y que se desarrolla esa “concepción mítica” a través de la enseñanza de la historia.

Sobre el tema, es paradigmático el trabajo de Juan Carlos Chiaramonte- quién sostiene, que los grupos sociales que dirigieron esos procesos fueron construyendo un mito sobre los orígenes de la Nación Argentina como también de otros países latinoamericanos. Ese mito les permitía presentarse como continuadores de una misión histórica y legitimaba -frente a toda la población -sus decisiones sobre la forma de organizar el régimen político, la economía y la sociedad en su conjunto. Expresa Chiaramonte que “como fundamento de la nación no existían ni una idea ni un concepto de una nacionalidad preexistente”¹⁹.

Tulio Halperin Donghi,²⁰ cuando analiza la Revolución de Mayo, dice que la noción de revolución esta en el punto de partida de toda la historia argentina como nación, y que no es sorprendente que las incertidumbres que nuestro destino como nación despiertan, se vuelquen de inmediato en la imagen que de esa revolución se hacen los argentinos.(...) y a los investigadores que con tanta sutileza intentan renovar la imagen de nuestro surgimiento como nación, sería acaso oportuno recordarles un hecho demasiado evidente, que por ocupar un primer plano es sin embargo fácil dejar de lado: lo que se esta estudiando es, en efecto una revolución.

Esta demitificación del concepto de nación y el surgimiento histórico de la nación argentina, está inserto en la corriente universal que recorre este camino demitificador del surgimiento de las naciones. En el caso de los investigadores europeos, existe una polémica en torno a esta corriente demitificadora sobre la formación de la nación, y sobre la vieja discusión de nación cívica y nación étnica. No es el objetivo tratar aquí este tema como contenido, sino dejar en claro que el recorrido demitificador del concepto nación, trata de demostrar que la historiografía

tradicional es responsable de invenciones míticas inexistentes en la historia, entre ellas, la invención de la nación.

Sobre la historiografía del 90 que trabaja el mito o “la invención de la nación” recaen algunas críticas- por la posible construcción de otro mito- acerca de un supuesto sujeto, originario y fundador, que más o menos conciente, más o menos situado en el tiempo, sería un protagonista que dirige la escena o el desarrollo de la trama, a partir de una autoconciencia. Los modelos fundados en la acción iluminada y oportunista de determinados individuos, se encuentran seriamente cuestionados. Tan cuestionado es esto como el punto de vista positivista de que la historia documental recupera toda la verdad del pasado.

Podemos incorporar la visión histórica de Buchrucker, quién critica las posiciones extremas. Considera que nación es una formación histórica, un tipo de agrupamiento caracterizado por diversos factores:

“En el transcurso de la historia la presencia de una estructura política ha sido a menudo un impulsor para el fortalecimiento de los elementos culturales y económicos; pero también hay mucha evidencia de que no es una simple obra de ingeniería social "construir" una nación a través de actos emanados del poder militar y burocrático. (...) En realidad las naciones nunca «son», sino que se van «haciendo», al vincular a sus integrantes por medio de relaciones múltiples y cada vez más estrechas, o se van «deshaciendo», en épocas durante las cuales predominan procesos de desvinculación de las partes y debilitamiento de los nexos”.²¹

En síntesis, para situar la problemática de los orígenes de la nación y de los nacionalismos, Anthony Smith recomienda contextualizar teniendo en cuenta el concepto de identidad nacional, que es concebido como multidimensional y que debe considerarse como un fenómeno cultural colectivo.

“Aún cuando se parta de la base de que el concepto nación es exclusivamente un constructo de los nacionalistas (...) no está claro que la demanda de una nación homogénea tenga el mismo significado para todos los nacionalistas. (...) Aún así las tradiciones inventadas deben aprovechar una identidad cultural y política si pretenden llegar a las fibras más profundas del pueblo”²²

En realidad es interesante señalar, que en el ámbito latinoamericano y especialmente en el argentino, aparentemente no aparece aún una clara posición

teórica crítica que discuta y modere esta corriente demitificadora del concepto nación, como ocurre en la historiografía europea, en la cual se plantean múltiples controversias.

Siempre debiera preverse el riesgo de caer en una nueva invención historiográfica que pretenda irse al extremo de considerar que la historiografía tradicional es un mito construido por los historiadores, del cual sería bastante ajena la realidad de la historia y el trabajo disciplinario.

2.3.2. Segundo caso. Interpretaciones unidas a lo simbólico, que orientan la realidad a la ficción

Decía Halperín Donghi ya en 1986, a propósito de la historiografía argentina que cuando aparecen proyectos de renovación historiográfica, “si no están claros los vínculos entre ese proyecto y la imagen del presente y del futuro nacional o de la región que se trate, los proyectos de renovación se basarán en concepciones míticas, ufanías colectivas, arrogancia política - ideológica y arrogancia científica y se buscará el pasado para justificar obsesiones retrospectivas”.²³ En general los historiadores adoptan una epistemología realista y también falible, pero no escéptica o negadora de la existencia de lo real “(...) saben que parte del pasado puede conocerse al menos parcialmente, saben que toda reconstrucción es imperfecta y perfectible a la luz de nuevos datos, nuevos enfoques y nuevas miradas desde el presente”²⁴.

¿Qué desvía al historiador de esta búsqueda de la verdad, de la mirada realista?

Entre las falsificaciones de la historia, se encuentra la eventualidad de fabricar y suprimir pruebas o malinterpretar deliberadamente pruebas auténticas (mistificar) y la otra posibilidad es hacer pasar explicaciones míticas por reales (mitificar)²⁵.

Una de las modalidades es exacerbar el sustento cultural simbólico, idílico o pavoroso, idealizando los aspectos políticos, culturales y sociales, confundiendo mito y realidad o estableciendo diferencias tan ambiguas que en realidad no marcan disimilitud.

Un ejemplo podemos detectarlo en Analía Ponce:

“Aún siendo de tan vital importancia para el ser humano, las creencias, los mitos, las leyendas son considerados por los herederos del pensamiento iluminista (...) como supersticiones, o sea fantasía, imaginiería, irrealidad y engaño, la invención de la imaginación que se interpone en el conocimiento de la verdad. Contra esa

concepción, nosotros sostenemos que el mito no se opone a la realidad y a la verdad, sino que su verdad y su realidad son de naturaleza distinta, porque no pertenecen a la dimensión fáctica, es decir lo ocurrido en el ámbito de la experiencia sensible, sino a una dimensión simbólica. (...). Es verdadero si logra la finalidad de otorgar sentido a la acción de un sujeto colectivo, social, de un grupo humano, de una comunidad. Lo fundamental es que el mito responda a las preguntas existenciales de los sujetos sociales que son sus creadores...”²⁶

La demitificación pasa también por evitar la construcción de nuevos mitos culturales, que buscan la originalidad y la grandeza en el rescate apasionado del protagonismo de grupos sociales que avalan las convicciones personales del autor. Analizando un artículo sobre la Revolución de Mayo, que ponía el acento en el papel desempeñado por los negros, los indios y los marginados en la revolución, del cual se desprendía que la verdadera revolución se hizo en función de mejorar la situación de esos grupos y que en definitiva fueron ellos sus verdaderos actores y no los que la historia tradicional ha consagrado. El título, “La Rebelión de los Marginados”, ya indicaba el enfoque del autor. No hay duda que es una contribución importantísima el rescate de todos los grupos humanos que participaron de procesos relevantes en la historia, especialmente para tener en cuenta las profundidades y complejidades humanas, para saber como vivió el hombre común el proceso y las consecuencias de la Revolución; pero lo que no hay que perder de vista es la dimensión, las proporciones en que cada uno contribuye a producir hechos concretos, los intereses profundos que más o menos encubiertos están siempre presentes detrás de declaraciones y discursos. Si aparecen sobredimensionadas las realizaciones de los grupos que son de interés especial de estudio del investigador, como en este caso sobre el proceso de la Revolución de Mayo, se puede escribir una historia –que pretende demitificar- y que puede ser profundamente mitificadora:

“...tales eran los términos en que se planteaba entonces la cuestión social. El régimen de castas (...) era la clave de la dominación española y del reparto de la riqueza (...) era el talón de Aquiles del sistema colonial. Contra esa injusticia se levantaron los pueblos americanos, conducidos por los revolucionarios de la primera hora. (...)

Los mestizos, igual que los indios y negros, estaban excluidos de los cargos públicos y demás privilegios de la conquista, el principal de cuales era tener encomiendas... (...)

Estos criollos que querían fundar una patria sobre la base de la libertad y la igualdad, habían leído a Rousseau, pero además tenían una sensibilidad y una experiencia propia sobre las diferencias sociales. La cuestión étnica es neurálgica en la historia de la independencia inconclusa de América latina...es un tema pasado por alto que debería contribuir a la comprensión de la dependencia en que aún están sumidos los pueblos. (...)

Señalamos la filiación, posición y la sensibilidad que tuvieron algunos hombres, no todos, de la generación política de 1810, aquéllos que no casualmente constituyeron la vanguardia del proceso libertario de los países sudamericanos. La revolución tenía para ellos un componente problemático de índole étnica y cultural, (...) esa percepción se reflejó desde la primera hora en el seno de la Junta.²⁷

En realidad hay que explorar las investigaciones de historiadores sobre este tema, para saber que la teoría de la revolución no marca necesariamente un rumbo político o social, sino que descubre una nueva fuente de legitimidad para el poder político y precisamente porque así procede, rompe decididamente con las justificaciones que la tradición política española ha ofrecido para explicar el surgimiento y la validez del poder. En este sentido, la actitud de los hombres de mayo era revolucionaria, aún en los más moderados. En el plano de los concretos contenidos del programa revolucionario, la moderación parece haber sido el rasgo dominante. Es interesante destacar este ejemplo de Halperin Donghi: “¿se quiere un rasgo de la organización jurídica colonial mas universalmente censurado que el reconocimiento en expresas disposiciones, de las divisiones de castas? (...) y sin embargo, cuando la Revolución mandó sus ejércitos a liberar el Norte, conservaron éstos la estructura de castas heredada del régimen aborrecido; y cuando un oficial negro mereció, a juicio de Juan José Castelli, premio por su conducta heroica, (...) no dejó sin duda de señalar en prosa menos inflamada de lo que acaso cabría de esperar de su vehemencia, lo que la situación inferior hecha a las castas tenia de injusto. Pero esta denuncia no fue acompañada de ninguna decisión, sino de una tímida consulta”.²⁸ Así- expresa el autor- la actitud revolucionaria domina entre quienes participan del movimiento de mayo dándole un carácter menos heterogéneo del que suele atribuírsele.

Si consultamos a los historiadores James Lockhart, y Stuart Schwartz , nos dicen que “a veces las guerras de independencia dieron a conocer a gentes de condición oscura, (...) no obstante al final dicho proceso no supuso ningún punto de partida para la sociedad hispanoamericana, (se produjeron algunas incorporaciones individuales a otros círculos) sin que ello supusiera ningún cambio en la situación general de la clase a que pertenecían”²⁹. El destino de los individuos no es exactamente el mismo que el de sus agrupamientos. En resumidas cuentas y por lo que interesa a los cambios históricos en la realidad, puede decirse que el grado de continuidad en los ámbitos social, económico y cultural entre el periodo anterior y el posterior de la revolución, era bastante abrumador.

Las referencias a los discursos democráticos no prestan realmente mucha ayuda en este caso, dada la multiplicación a lo largo del siglo de las guerras de castas y levantamientos de tipo tradicional que producen más que escepticismo acerca de la realidad de la integración.

En la búsqueda de tanto material escrito sobre la Revolución de Mayo se pueden encontrar coincidencias de los más importantes investigadores respecto a que hay tres crisis dentro del sistema colonial: la crisis comercial o económica, la crisis militar y la crisis de legitimidad, evidenciadas en 1810, que son reconocidas como causas históricas de la Revolución. La crisis comercial se hace evidente porque España no podía abastecer a sus colonias con productos manufacturados porque no tenía capacidad industrial, la militar se hizo evidente cuando las invasiones inglesas demostraron que España a principios del siglo XIX no tenía fuerza militar ni naval, o sea que no estaba en condiciones de defender sus colonias y Buenos Aires organizó su propia defensa. La crisis de legitimidad se profundiza cuando la dinastía usurpadora en España, pretende ejercer el poder en las colonias, cosa que no es aceptada. Estas causas bien sintetizadas en el libro Diálogos con la historia y la política de Natalio Botana y Feliz Luna (Sudamericana, 1995) son analizadas en la amplia bibliografía existente sobre estos temas y evidencia que las causas de la Revolución se gestaron en los intereses políticos, económicos y militares de la época y que esos intereses fueron los decisivos en el desencadenamiento de la revolución, más allá de innumerables situaciones de injusticia y de desigualdad existentes, que sobrepasando las declaraciones de los involucrados en la dirigencia de los hechos, no se solucionaron por el triunfo revolucionario.

También es mitificar desviar la mirada del mundo real al mundo simbólico como una huida compensatoria: Para Dosse, en este caso el papel del historiador se modifica y la historia se vulgariza.

Expresa que: “la historia que se consume se vuelve un recurso terapéutico para llenar vacíos (...) A la falta de un presente que entusiasme y a la vista de un futuro inquietante, subsiste el pasado, lugar de resguardo de una identidad imaginaria. Esa búsqueda se torna cada vez más individual, más local, a falta de un destino colectivo movilizador. (...) El historiador...se calza las botas del etnólogo y abandona lo económico, lo social, el cambio. El precio a pagar por esta reconversión es (...) el reflujo de lo social hacia lo simbólico y cultural.”³⁰ En la década del 90, bajo la influencia de la posmodernidad, “se ha fundido el hecho con el signo y se equipara la historiografía con la literatura”.

En el ámbito latinoamericano, es sugerente la opinión del historiador Thomas Calvo quién dice que a través de la historia latinoamericana, “dos fuerzas han sobrevolado como pensamientos fuertes por encima de liberales y conservadores, de tradicionalistas y progresistas y ha sido la representación ideal, simbólica, utópica de la realidad”. Este autor se pregunta si las nuevas generaciones de historiadores, insistirán en una historiografía “simbólica”.

Según Luis González y González, esta última visión prevalece en la Historia Latinoamericana, especialmente en México, y señala como un factor responsable de ella a la influencia de la historiografía francesa contemporánea. “Sin duda los historiadores franceses contemporáneos son los más influyentes en la temática de la historiografía mexicana actual”³¹

2.3.3. Tercer caso. Interpretaciones unidas a una adhesión acrítica a corrientes historiográficas

La historiografía que sustenta posiciones extremas, cualquiera sea la tradición en que se fundamenta, termina constituyendo una trama mítica de la historia. Esto ha ocurrido con la llamada historia tradicional y también ocurre con nuevas corrientes historiográficas.

Las adhesiones absolutas a corrientes posmodernas que consideran a los símbolos, al mito y al discurso como constituyentes nucleares de la historia, sirven para ejemplificar esto y además puede notarse como ellas se acercan de manera reveladora al periodismo. Los medios como empresas que son, utilizan las historias

de vida, los relatos, mezcla de realidad y ficción porque atraen a los lectores. Por ello, la microhistoria, es usada especialmente como recurso estilístico y método indagador. Las historias de vida, no importa su grado de veracidad, venden porque aportan mucha emoción, el hombre se entretiene con las vicisitudes de sus semejantes.

Resulta paradójico -dice la historiadora Colomer Pellicer- que la *ciencia de la larga duración sea tributaria, en la actualidad, de los profesionales del "flash"*. Cuenta – para el asombro- que una profesora de historia de la Universidad de Murcia a cargo de la asignatura 'Historia Contemporánea', dijo que la historia, hoy la están escribiendo los periodistas y que los libros que ella utiliza para sus investigaciones están escritos, en su mayoría, por periodistas. Se recuerda y completa la opinión de Francisca Colomer Pellicer:

“Una historia cercana, real, humana, cotidiana, es mucho más entendible y explicativa que cualquier informe cargado de datos y nociones macroscópicas. Las teorías globalizadoras, los modelos acabados, las explicaciones redondas de los hechos históricos, son historia de laboratorio”.³²

Acerca de estas expresiones bastante radicalizadas se puede decir que se corre el riesgo de banalizar el perfil de la historia, permitiendo que la disciplina se diluya en la atomización de las interpretaciones individuales y en relatos poco significativos, que den la razón a quienes piensan que la derrota de la historia que transita estos caminos, estará en su incapacidad para comprender y prever los grandes acontecimientos. Por eso el camino debe ser muy claro: La historia con sus textos largos, con su argumentación serena, con la fundamentación de una afirmación y su amplia argumentación con ayuda de documentos y textos, es irremplazable cuando se quiere discutir a fondo un asunto.

A veces la exigencia del relato breve, producto de la sociedad apresurada y de la dinámica discursiva de los medios es un impedimento para difundir a la vez, una historia interesante y con característica de divulgación científica. Difundir un tema con abordaje serio con características breves, es ya una dificultad intrínseca.

“Para la mayoría de los historiadores difundir cosas serias implican textos no tan breves. Los textos breves se basan en una fórmula, en un esquema, cuando más

sin tética es la fórmula y menos variable es el esquema, más se falsea la realidad. La obsesión por la brevedad no puede disculpar la carencia de un mínimo análisis y sobre todo de sentido. Por lo tanto, en un relato breve, se alcanzan a plantear los grandes interrogantes solamente”.³³

El encandilamiento por las corrientes historiográficas posmodernas (que sin los planteos extremos, han aportado su cuota a la apertura de la ciencia histórica) en oportunidades ha provocado la pérdida de los caminos de reflexión y prudencia en ciertos seguidores. Éstos pretenden entre otras cosas, que las grandes teorías en la historia por estar en crisis, sean, como lo define Aróstegui, “reemplazadas por un sustituto, una especie de intuicionismo descriptivista que personaliza la captación de la realidad por el investigador”³⁴.

2.3.4. Cuarto caso interpretaciones unidas a identificar memoria con historia

Entre la memoria y la historia hay diferencias. Tanto en una como en otra, se produce mitificación, pero debiera tenderse a que el ámbito sistemático estuviera más preservado de toda interpretación mítica.

Para responder sobre estas cuestiones hay que recurrir a las propuestas de algunos historiadores que marcan las diferencias entre conciencia histórica y saber histórico (Romero) o memoria histórica e Historia (Pomian)

Luis Alberto Romero, expresa que: “en el aspecto teórico el saber histórico - el de los historiadores- se construye dentro de los marcos de la conciencia histórica,(...) pero se diferencia de ella en su preocupación por la rigurosidad (...) y tiene instrumentos de control, los propios de su oficio, de su metodología - que ayudan a mantener ese rigor”.³⁵

La tensión entre conciencia y saber es permanente y marca el enriquecimiento del saber con la conciencia, pero también la diferencia con el oficio del historiador.

Para Krzysztof Pomian, toda memoria como conjunto de lo que se cree haber vivido, visto u oído, es memoria de alguien (sujeto individual o colectivo), en general cristaliza alrededor de objetos - reliquias, siempre es tributaria de una perspectiva que da prioridad en los acontecimientos a sus efectos para la persona que habla o en nombre de quién se habla.

Esto marca la diferencia entre la historia de los aficionados, más cercana a la memoria, a veces identificada con ella y la historia de los profesionales de la investigación y la enseñanza, donde deben manifestarse, criterios, métodos y procedimientos propios del quehacer. La historia profesional no impone a sus adeptos una opinión determinada sobre los hechos del pasado, sino

“los criterios que deben satisfacer los argumentos para ser aceptados y los procedimientos que permiten llegar a un consenso o delimitar el espacio de la discordia. Sin duda, que la historia profesional debe tender hacia estas características, en la realidad se sabe que no es tan tajante la distinción entre memoria e historia, pero este abordaje permite ver mejor las dificultades del trayecto que lleva de una a la otra. Ese trayecto debe hacerlo cada país por su cuenta, para superar el monopolio de los relatos memoriales y hacer del pasado un objeto de trabajo histórico”.³⁶

Existe la necesidad de historiadores con condiciones intelectuales capaces de desmitificar la historia, capaces de no creer que la escuela de su elección sea la única o la última que superó todo lo demás, capaces de reconocer la buena historia de la mala.

Esta función demitificadora de la historia, que pareciera prevalecerá en las investigaciones, deberá diferenciar “la conciencia histórica crítica” del “mito histórico político”, en palabras de historiadores:

“la persistencia de las memorias antagónicas por la acción deliberada de las élites políticas, religiosas e intelectuales constituye otro factor conflictivo de considerable peso. Si bien difícilmente pueden encender una nueva lucha por su sola presencia, suelen reforzar todos los temores y odios que derivan de un conflicto distributivo o material al proyectar sobre el mismo la luz enfermiza de guerras, invasiones y sufrimientos de siglos pasados (...)”³⁷

Se puede decir que hay tres ámbitos en los cuales se puede hacer un seguimiento del uso de la historia: el de la producción, el de la enseñanza y el de la divulgación. ¿Qué se pide a los productores, a los mediadores y a los divulgadores del conocimiento histórico, en la dimensión del uso de la historia? A todos se les pide lo que puede quedar sintetizado en estos conceptos de Mario Bunge: “mentes críticas para elevar el nivel del debate, desconfiar de las afirmaciones simplistas, aprender a descubrir en la historia mecanismos sociales recurrentes, disipar ilusiones, apoyar

esperanzas, destruir mitos, cuidarse de propiciar movimientos políticos y sociales regresivos y tendenciosos”.³⁸

2.4. Sobre la racionalidad e irracionalidad. Pensamientos de diversos investigadores.

Los problemas teóricos esenciales que afectan a la historia en el presente no son del todo originales, porque traen la carga historiográfica de los últimos 20 o 30 años, pero surge como tendencia clara entre ellos, el cuestionamiento de “la razón” y el predominio de “la interpretación” junto al destierro de la teoría. Estos dilemas, están incluidos en uno mayor, de características filosóficas propias de la historia de occidente en las últimas décadas. En esta situación se agudizan los debates sobre la validez o legitimidad de los nuevos caminos de la historia.

A partir de los años setenta y consolidándose en los ochenta, la actitud intelectual posmodernista se fortalece con ciertas proposiciones básicas como la afirmación sobre la crisis y muerte del proyecto intelectual basado en la valoración de la racionalidad, que tiene sus raíces en el pensamiento de la ilustración.

No es fácil definir lo que fue la ilustración, pero podemos decir que significa un conjunto de ideas filosóficas basadas en la valoración de la razón, opuestas al despotismo, a la superstición, a la intolerancia y también como un proyecto reformador que desde el interior del estado trató de transformar las instituciones tradicionales.

La apreciación más fuerte de la condición posmoderna y que se ha hecho común, se basa en la negación de que el pensamiento racionalista de la modernidad conduzca al progreso y desarrollo humano. Estas ideas que cuestionan la razón ilustrada, aportan otro problema a la concepción de lo histórico, reavivando los debates sobre el tema. Esta discusión se inserta a través de los tiempos, en lo que pareciera una dualidad (que ha marcado la visión historiográfica) con el modo romántico de ver el pasado, donde la épica, magia, mito, hacían las veces de historia y se priorizaba el interés por modos de vida y pensamientos irreductibles a la razón. La cultura romántica, irracionalista ha tenido una permanencia enorme a través del tiempo. Frente a esta tendencia ha surgido en algunos historiadores la necesidad de re-valorar una visión racional del mundo real del presente y del pasado.

Si hubo un pensamiento de ruptura con el pasado mítico fue el pensamiento ilustrado. Se puede decir con Scalfari, fundador del diario *La Repubblica*, (...) “que aún hoy el mundo sufre, no por exceso, sino por un dramático déficit de racionalidad. Es la racionalidad, la que merece una acción histórica de recuperación”.

Este rescate de la racionalidad es el propósito de algunos investigadores que aún conociendo las dificultades de ese sueño de la ilustración y de las perversiones que pudieron dañarlo en el pasado, pretenden salvar los valores que lo fundamentaron, porque creen que aún son válidos en nuestra época. Es así que combaten la influencia desmesurada de la ideología posmoderna en la historiografía actual:

Ciro Flamarión Cardoso, autor brasileño, acusa a las tendencias históricas surgidas en la ideología de la posmodernidad “de dedicarse al estudio de lo periférico, de iluminar fantasmas, y sobre todo de negar las totalidades sintéticas de la historia renunciando a posturas explicativas”³⁹. Cardoso ve en la crisis del racionalismo, la brecha por donde “las mentalidades” invadirían el territorio del historiador, retirándole a éste el afán explicativo e inhibiendo el compromiso social y crítico, inherente a su trabajo.

También Carlos Barros señala el problema: “La crítica despiadada de la idea de progreso- base filosófica común del paradigma de los historiadores contemporáneos- y el todo vale metodológico, animan a bastantes historiadores a instalarse cómodamente en la fragmentación actual de la historia, considerando incompatible la presente libertad de géneros, temas y métodos con la vigencia de cualquier paradigma unificador. El carácter mas destructivo que constructivo del posmodernismo frena sus efectos y lo inutiliza como alternativa historiográfica”.⁴⁰

Se puede establecer en general que bajo los influjos señalados y cuestionados, la nueva tendencia predominante en la teoría historiográfica sería la enorme importancia concedida al “mundo de las representaciones” y como consecuencia la orientación cultural. Lo cual no podría identificarse como problema, en la medida en que no intentara ser una visión totalizadora de la historia, porque fija la atención solamente en una parte del fenómeno histórico. En este caso la significación de la historiografía pasaría a ser la interpretación y no la realidad objetiva, concepto este último que perdería sentido.

La tendencia culturalista ha provocado sin duda, una importante reivindicación de la conciencia de la comunidad, pero también un surgimiento de las formas culturales de resistencia al espíritu racional ilustrado.

La Nueva Historia difunde su presencia en todas partes y también en América Latina. Penetra en Brasil a mediados de la década del 80, cuando ya estaba en proceso de reformulación la historia de las mentalidades en Francia. La nueva historia cultural aparecía como su heredera, con una característica distinta de la antigua historia de la cultura que estudiaba las manifestaciones oficiales o formales de la cultura de determinada sociedad en las artes, literatura, filosofía. Esta nueva tendencia no recoge de modo alguno las expresiones culturales de élites o clases letradas, sino que revela predilección por las manifestaciones de las masas anónimas: fiestas, resistencias, creencias heterodoxas, en una palabra revela una especial afición por lo informal y lo popular y se distancia de la historia del pensamiento formal, de la filosofía y de los grandes pensadores. Una característica bastante nítida es su preocupación por rescatar el papel de las clases sociales, de la estratificación, del conflicto social, de las estructuras inmóviles.

La llamada historia cultural es una historia plural, presenta importantes caminos alternativos para la investigación histórica, pero muchas veces resultan confusos. Es interesante referirse al trabajo de Ronaldo Vainfas, cuando realiza la crítica del libro *The new cultural history*, colección de ensayos organizada en Estados Unidos por Lynn Hunt y traducida al portugués, aparecido en 1992. Analiza la parte que tiene por título *Modelos de historia cultural*, que se compone de cuatro ensayos de historia de la cultura: 1. al modo de Foucault, 2. la historia de la cultura de “historiadores”, reducida a un artículo de comparación entre las ideas de Thompson y Natalie Davis, 3. una comparación nítidamente antropológica entre Geertz y Sahlins y 4. una historia cultural asociada a la crítica literaria para ver relaciones entre historia y literatura comparando a Hayden White y Dominick La Capra.

Expresa Vainfas que: “Este libro por sí mismo indica la citada pluralidad de esta nueva historia pero también es un testimonio de desaciertos que se pueden marcar en esta tendencia. En ella se habla de ausencia de paradigmas que desorientan a los historiadores, pero si fuésemos a adoptar los que proclaman estos modelos, tendríamos que agregar el caos teórico de este “nuevo campo”. Se presentan nuevos modelos para la historia cultural que nada tienen en común o que se oponen abiertamente, hasta entre los autores incluidos en un mismo modelo. Además la

incongruencia de incluir como modelo la obra de Foucault que además de no ser nuevo contiene un cuestionamiento a la propia historia como forma de conocimiento de lo real. Lo mismo se puede decir de Geertz o White, tratándose de autores cuestionadores de la historia como forma de conocimiento, hecho por otra parte reconocido por los articulistas. Si no hay duda de que Foucault descubrió nuevos temas para el historiador y Geertz aportó algunas buenas ideas para pensar lo simbólico en la historia, es al menos discutible que provean modelos consistentes para el trabajo propiamente historiográfico”.⁴¹

Las diferencias entre los modelos de historia cultural son abismales, agrega el autor referido, si bien compara y rescata las obras de Ginzburg, Chartier y Thompson, porque rehabilitan la importancia de los contrastes y conflictos sociales en el plano cultural, a pesar de sus diferentes y a veces excluyentes maneras de pensar.

La historia cultural ha realizado sus aportes en el rescate de una temática importante, definida por Carlo Ginzburg como “conjunto de actitudes, creencias, códigos de comportamiento propios de las clases subalternas en un cierto período histórico”. Esta definición está inspirada en la antropología cultural y es una visión que se define ante todo por la oposición a la cultura letrada u oficial de las clases dominantes. En la reflexión de Genevieve Bolleme, estudiosa de la “literatura de cordel” en Francia, se exhibe el triunfo de una cultura original y espontánea de las clases populares sobre los proyectos aculturadores de las élites letradas.

Esta ruptura con el pensamiento ilustrado aparece además con un supuesto: que lo racional está ligado a fines de dominación. Este mito que aparece como fundamento explícito o implícito en varias obras de la historiografía de la actualidad y pretende establecer que en la cultura moderna, la razón queda definitivamente despojada de su pretensión de validez porque está asimilada al poder.

Así por ejemplo Keith Jenkins ⁴², afirma que todos los discursos históricos se ligan a bases jerarquizadas de poder, sin que en su libro aparezca un esclarecimiento de cual es la base de poder de su propio discurso. Y no se trata de una excepción. La denuncia de la ciencia y del racionalismo en función y al servicio de poder, está lejos de significar que los posmodernos, una vez ubicados en situaciones de poder, sean

más tolerantes en la práctica, debido al relativismo que pregonan, que aquéllos que critican o combaten.

Tal como reflexiona Jürgen Habermas, reducida la enunciación al postulado “la racionalidad con arreglo a fines”, si la racionalidad se descarta porque está unida al poder, la capacidad crítica queda neutralizada, puesta en cuestión, ante la oscura fusión de pretensiones de validez y de pretensiones de poder. Se hace imposible distinguir entre enunciados válidos y no válidos, aún cuando

“no ha sido demostrado que la razón, hasta en sus más recientes productos, como la ciencia moderna, las ideas morales jurídicas universalistas, y el arte autónomo, permanezcan sometidos al dictado de la llamada *racionalidad con arreglo a fines*.”

El desenmascaramiento del mito solo puede venir por la crítica y por lo tanto hay que mantener un criterio para poder explicar la corrupción de todos los criterios racionales cuando se identifica razón con poder. Si esto no es posible, de nuevo se está trabajando en el mundo mítico”.⁴³

Habermas, expresa que la secularización y el “desencantamiento” de las cosmovisiones, con la pérdida que implica de su capacidad de orientar la acción y la tradición cultural en su conjunto, son la otra cara de la creciente racionalización de la acción social.

2.5. Sobre el “embate de paradigmas”

Ya se analizó que los seguidores del paradigma iluminista, defendieron una historia que pretendían científica y racional y que las tendencias filosóficas que le servían de fundamento, podían ser distintas pero se inclinaban siempre hacia la inteligibilidad, a la explicación y a la expulsión o por lo *menos*, a la *delimitación de lo irracional*.

El historiador brasileño *Ciro Flamarion Cardoso*⁴⁴ afirma que el tema de la ilustración se liga en el siglo XX a un proceso largo cuya fase decisiva se produce entre 1968-1989 y se puede ver como el colapso de una larga visión de la humanidad comenzada en el Renacimiento e intensificada por la Ilustración que termina en el período posmoderno como un colapso de la civilización racional entendida a la francesa. Sería un triunfo de la concepción cultural de la historia de fuerte tradición alemana sobre la concepción racional del Iluminismo.

Historiadores brasileños consultados aclaran que el embate de paradigmas se refleja en todos los ámbitos de la historia y lo demuestran aplicándolo como método para analizar los procesos sufridos por la historia social, la económica, la historia política o las relaciones de historia y poder y la historia de las ideas. Desde estos diversos campos de la historia intentan comprobar el auge o la declinación del paradigma iluminista, tomando específicamente de él, las características señaladas referidas a los problemas teóricos.

Ronaldo Vainfas, realiza un balance general de esta perspectiva y concluye que la declinación del paradigma iluminista es relativa, ya que se puede observar que es muy nítida en la historiografía francesa actual, pero casi imperceptible en la historiografía anglosajona y sobre todo en la norteamericana.⁴⁵

Muchas veces los investigadores que se refieren a los cambios de perspectiva producidos en la historiografía universal, marcan los elaborados por la historiografía francesa. “La historiografía universal abarca mucho más que Francia, ¿donde se observa la muerte de la historia política?, ¿de la historia de las ideas?, ¿la atomización de la historia en estudios particulares?, en Francia. ¿Y fuera de Francia y en los ámbitos latinoamericanos, que ocurre con la investigación historiográfica? ¿Cuánto son de predominantes los nuevos métodos de la escuela francesa, en la producción?”

Este estudio lleva a reflexionar sobre la “pseudo universalidad del paradigma posmoderno” en la historiografía, ya que este quedaría muy especialmente circunscripto a la historiografía francesa, y esta comparte la universalidad de la historiografía con las obras de otros ámbitos donde no parece que el paradigma posmoderno prevalezca ni en las obras de historia política, ni social ni económica.

Para concluir es interesante tener en cuenta que la búsqueda de la racionalidad para la explicación histórica tiene que ver con un proceso de cohesión lógica. Cuando se hace historia de las mentalidades o historia cultural, es necesario prestar debida atención a la coherencia del sistema social y encontrar una relación lógica entre varias formas de comportamiento, de pensamiento y de sentimiento, verlas como formas que concuerdan entre sí. Si es sólo para revelar que la gente posee culturas diferentes sin descubrir la conexión interna y la lógica de su sistema de vida, la lógica de sus formas de reaccionar y poder explicarlo se queda solamente en ver las creencias como una reacción emocional, no como parte de un sistema coherente de creencias relativas a la sociedad en que se desarrolla.

Tal vez se debiera tener en cuenta que la construcción del pasado dependió, como la construcción del presente, de la responsabilidad de las élites y de la sociedad en general para fundar realidades que sean heredadas por las generaciones siguientes. Tal vez se debiera pensar en explorar reformas conscientes, paulatinas y experimentales de las instituciones sociales que sirvieron y sirven para mejorar la condición humana y recuperar el sentido de una historia que trabaje sobre el avance del conocimiento, teniendo siempre presente la construcción de realidades. Sin obviar la necesidad de investigar aspectos del pasado relacionados con los microanálisis, con el estudio de las mentalidades, de las antiguas políticas familiares, de las creencias y los mitos y de las viejas utopías.

Las utopías son indispensables como horizontes de valor, como reguladoras de la acción humana para acercar sentido a un mundo donde haya bienestar para el mayor número posible de personas. Para acercarse a esto, debe necesariamente recurrirse a los principios utópicos, que no surgen de la realidad tal como se da, sino de la realidad tal como creemos que debería ser. Estos son precisamente los ideales.

Construir un pensamiento teórico renovado, una teoría nueva, diferente, deberá contar con que los historiadores combatan de frente ciertas tendencias perversas de la actualidad como el uso de nuevos mitos para avalar teorías culturalistas inmóviles. Se impone la necesidad de una nueva mirada histórica y real sobre objetos legítimos de estudio y debate.

Notas

¹ Carlos Barros, *La historia que viene*, Historia a Debate, Universidad de Compostela, Sgo de Compostela, España, HAD, 1996, Tomo I, pág. 111

² Joyce Appleby, Lynn Hunt, Margaret Jacob, *La verdad sobre la historia*, Sgo. de Chile, Andrés Bello, 1994, pág. 195

³ Entre otros, los autores que la reflejan son Robert Darnton, Roger Chartier, Lynn Hunt.

⁴ Claude Levi-Strauss, *Las estructuras elementales del parentesco*, Introducción III - V. Barcelona: Planeta, 1985 y *Antropología estructural, mito, sociedad, humanidades*. México: Siglo XXI, 1983

⁵ Mónica Gordillo, *Nueva Ciencia, Nueva Historia, La redefinición de sus objetos*, Revista Estudios, Centro de Estudios Avanzados, UNCórdoba, Junio 1995 / 96

⁶ María Alba Pastor, *La unidad o el divorcio de la función teórica y la función social de la historia*, UNAM, América Latina, Historia a Debate, España, HAD, 1996, pág. 50.

⁷ Carlos Barros, obra citada, pág. 117

⁸ Definiciones sintetizadas extraídas de Julián Casanova, *La historia social y los historiadores*, Crítica, Barcelona, 1991

⁹ Josep Fontana, *La Historia después del fin de la Historia*, Barcelona, Crítica, 1992, págs. 94 y 100

¹⁰ Mario Bunge, *Las ciencias sociales en discusión*, Bs.As., Sudamericana, 1999, pág. 320

¹¹ Eric Hobsbawm, *Sobre la Historia*, Barcelona, Crítica, 1998, pág. 8 y 135

¹² Entrevista a Cristian Buchrucker, sobre el tema Historia y Comunicación, Mendoza, 1995

- ¹³ Thomas Calvo, *Iberoamérica, de 1570 a 1910*, Barcelona, Península, 1996, pág. 267
- ¹⁴ Eduardo Diatahy B. de Menezes, *Oriografía tradicional de Canudos*, Prof. Titular do Deptº de C. Sociais e Filosofia da UFC e da UECE, Brasil, Dpt. de C. Sociais, 1998
- ¹⁵ Jürgen Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad*, BsAs, Taurus, 1989
- ¹⁶ Marcos Cezar de Freitas, *Para uma História da historiografia brasileira*, en *Historiografía Brasileira em Perspectiva*, Brasil, Contexto, 1998
- ¹⁷ Maria Luisa Tucci Carneiro, *O Racismo na História do Brasil. Mito e Realidades*, Brasil, 1999, Atica, pág.8
- ¹⁸ Diana Quattrocchi Woisson, *Los males de la memoria*, Bs As, Emecé, 1995, págs77 y 326.
- ¹⁹ Juan Carlos Chiaramonti, *En torno a los orígenes de la nación argentina*, en *Para una historia de AméricaII. Los nudos (1)*, coord.Carmagnani y otros., El Colegio de México, Fondo de Cul. Económica, 1999. Ver difusión nivel medio: *El Mundo Contemporáneo, Siglos XV,XVIII y XX*, Estrada, 1999
- ²⁰ Tulio Halperin Dongui, *Tradición política española e ideología revolucionaria de mayo*, BsAs, Bibliotecas Universitarias, Centro Editor de América Latina, 1985, pág 119.
- ²¹ Cristian Buchrucker y colab, *El miedo y la esperanza* Tomo I, Mendoza, EDIUNC,1999, pág.42
- ²² Anthony Smith, *National Identity*, 1991, primera edición en español, *La identidad nacional*, Madrid, Trama, 1997, pág. 136.
- ²³ Tulio Halperin Donghi, *Un Cuarto de Siglo de Historiografía Argentina (1960-1985)*, Desarrollo Económico, v 25, Nº 100 (enero-marzo 1986)
- ²⁴ Ibidem
- ²⁵ El diccionario hace esta diferencia entre mitificar y mistificar. El mito equivale a la explicación simbólica de algo que no puede ser razonado o demostrado, ver mito en Jose Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*, Sudamericana, 1956, pág.623. Ver mistificar en Larousse, *Dudas e incorrecciones del idioma*, México, Larousse, 1996, pág. 379.
- ²⁶ Analía Ponce “*Los mitos, otro modo de conocer el mundo*”, Diario Los Andes, 2002, Report.en la Univ Nacional de San Juan.
- ²⁷ Hugo Chumbita, *La rebelión de los marginados*, mayo de 1810, dossier, Documento: El 25 de mayo y la lucha de clases en la Revolución, Rev. Veintitrés, 23 de mayo de 2002
- ²⁸ Tulio Halperin Dongui, *Tradición política española e ideología revolucionaria de mayo*, Bibliotecas Universitarias, BsAs, Centro Editor de América Latina, 1985, pág 115,116. El autor cita la carta de Castelli a la Junta, 11 de noviembre de 1810, publ. en Carranza, A. P., Archivo General, segunda serie, TII, BsAs, 1947, pag.36-37
- ²⁹ James Lockhart, y Stuart Schwartz, *América Latina en la Edad Moderna*, obra cit. ,pág. 387/388
- ³⁰ Francois Dosse, *A historia em migalhas* (dos Annales a Nova Historia) Campinas, Ensaio/Unicamp, 1992.
- ³¹ Luis González y González, *El quehacer histórico en México*, México, Nexos 241, enero 1998, pág.270. También autor de *El oficio de historiar y Pueblo en Vilo*.
- ³² Francisca Colomer Pellicer, *Biografía y cambio social*, obra citada, 1995, pág. 167.
- ³³ Entrevista citada con Cristian Buchrucker, sobre Historia y Comunicación.
- ³⁴ Julio Aróstegui, *La historiografía en España hoy*, Mesa LL de Debate, Historia a Debate, TI, 1995, pág.66
- ³⁵ Luis Alberto Romero, *El conocimiento histórico*, en *Fuentes para la transformación curricular*, Ciencias Sociales II, Ministerio de Cultura y Educación de la Nación, Argentina, 1997, pág.181
- ³⁶ Tal vez los conceptos de conciencia histórica e Historia puedan asimilarse a la diferencia establecida entre Memoria e Historia por Krzysztof Pomian; la Historia asume la complejidad y conflictualidad del pasado tal como ha sido vivido y ha quedado impreso en los diferentes recuerdos, pero pretendiendo elaborar una imagen de ese pasado que no pueda reducirse a ninguno de ellos. *Prefacio a Los males de la Memoria*, Emecé, 1995, pág.14
- ³⁷ Cristian Buchrucker y colab, *El miedo y la esperanza*, obra cit., Tomo I págs, 45/46
- ³⁸ Mario Bunge, obra cit. pág. 316
- ³⁹ Ciro Flamarión Cardoso, “*¿Uma Nova História?*”, en *Ensaio racionalistas*, Rio de Janeiro,Campus,1998
- ⁴⁰ Carlos Barros, *La historia que viene*, Universidad de Compostela, obra cit.,pág.99
- ⁴¹ Ronaldo Vainfas, *História das mentalidades e história cultural* en *Domínios da história*, Rio de Janeiro,Campus,1997, págs.149/150
- ⁴² Keith Jenkins, *Re-thinking History*,Londres,NewYork,Routledge,1991
- ⁴³ Jürgen Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad*, BsAs, Taurus,1989. Ver también *Ciencia y técnica como “ideología”*, España,Tecnos,1984, pág. 54

⁴⁴ Ciro Flamarión Cardoso, *História e Paradigmas Rivals* en Domínios da História, Rio de Janeiro, Campus, 1997

⁴⁵ Ronaldo Vainfas, *Caminhos e Descaminhos da História*, en Domínios da história, Rio de Janeiro, Campus, 1997, pág. 442

Capítulo III: La historiografía: carencias y excesos

3.1. ¿Exceso emocional y escasez de racionalidad en el ámbito latinoamericano?

La problemática de la historiografía latinoamericana no difiere sustancialmente de la de otros países, ya que se puede hablar de fragilidad teórica en su trayectoria, tanto en lo que se refiere a la formación de los profesionales de la disciplina como en lo que respecta a su práctica concreta. Pero se puede observar que en este ámbito aparece otra preocupación que se refiere a saber si en la historia y su escritura, hay un predominio de una visión simbólica sobre ciertos hechos de la realidad, sobredimensionando las representaciones ideales. Y si es así, es interesante explorar si hay influencias y tradiciones culturales en este sentido, que influyan en el pensamiento de investigadores tanto de la nueva historiografía como en la tradicional.

Algunos intelectuales piensan que en nuestras sociedades los mundos totales, ideales, fueron vividos de manera tal que tuvieron más importancia que la vida real. De allí que la cotidianidad tenía menos dignidad que las hazañas soñadas y las grandes utopías. Los investigadores se preguntan si esta manera de afrontar el pasado y el presente tiene que ver con la cultura épica hispánica, si es una tendencia de las sociedades latinoamericanas, de los grupos intelectuales o de las élites dirigentes. También se interrogan sobre otras culturas, acaso en ellas ¿fue menos intensa la ensoñación, porque siempre se dio más importancia a los problemas cotidianos, materiales y prácticos?

Estos y otros interrogantes, si bien son imposibles de dilucidar en su totalidad, merecen un nuevo acercamiento desde la teoría de la historiografía. Sería interesante averiguar si las corrientes irracionistas de pensamiento tienen una marcada influencia en la historiografía latinoamericana y examinar si ese influjo se vincula con la hipótesis de que la filosofía posmoderna - como teoría para la historia - ha tenido mayor aceptación o ha influido más radicalmente en los historiadores latinoamericanos.

3.2. Predominio de una visión simbólica sobre ciertos hechos de la realidad

¿Esta crítica es real para el ámbito latinoamericano? ¿La historia cargada de miradas míticas, ideales, se detecta en la historiografía latinoamericana?

Es interesante saber que deliberan los historiadores y otros investigadores del tema dado el supuesto que desde el lugar del historiador, combatir los mitos y la irracionalidad es pensar históricamente. No obstante volviendo a Thomas Calvo - como se aludió antes- este autor señala la multiplicación de categorías eruditas alejadas de la realidad que se proponen en América Latina, y agrega que la representación ideal, simbólica, utópica de la realidad prevalece en éste ámbito, preguntándose si las nuevas generaciones de historiadores, insistirán en una historiografía “simbólica”.

Según Luis Gonzalez y Gonzalez¹, historiador mexicano, esta visión simbólica prevalece en la historia latinoamericana actual, especialmente en México, y señala que los historiadores franceses contemporáneos son los más influyentes en cuanto a la temática y a la visión simbólica de la historiografía mexicana actual. Indica de este modo, como un factor responsable de esta tendencia a la influencia de la historiografía francesa contemporánea. Esta influencia es reconocida también por Boris Fausto, organizador de la obra “História Geral da Civilização Brasileira. O Brasil Republicano”. El autor reconoce este trabajo como producto de intelectuales con formación diversa y que la visión que contiene la obra, con fuerte influencia interdisciplinar, “es propia de la muy importante conexión con la historiografía francesa” y según advierte el investigador: “nossa maior inspiração²”.

Eduardo Devés citando a Carlos Rangel, hace patente que desde Bolívar a Carlos Fuentes todo latinoamericano profundo y sincero ha reconocido, al menos por momentos, el fracaso hasta ahora, de América Latina. Este fracaso ha sido compensado refugiándose en la mitología como explicación para la frustración e invocación mágica de un desquite futuro. Explica Devés que un objetivo desde el neoliberalismo latinoamericano ha sido desmontar mitos que consideraba obstáculos para la instalación de la economía de mercado, de la sociedad abierta, del comportamiento racional, en síntesis de la modernización. Este neoliberalismo latinoamericanizado detectó en nuestra realidad problemas particulares considerando que los mitos son placebos para nuestro fracaso y nos mantienen allí.³

Por otra parte piensa Carlos Rangel que la ideología del tercermundismo (como mentalidad mítica tercermundista), se conecta a mitos muy profundos y ello tiene para él una explicación que se ubica entre el ámbito psíquico y las mentalidades. El tercermundismo es una creencia que engañando alivia, y que por ese relativo alivio y por ser ilusión mantiene la situación de desamparo.

En consonancia con esta línea de pensamiento, Plinio Apuleyo Mendoza y otros, definen esta tendencia de los latinoamericanos como cobardía y debilidad frente a la realidad y los definen como poseedores de una propensión neurótica a eludirla substituyéndola por una realidad ficticia. Agregan que no es extraño que un continente con estas inclinaciones fuera la tierra propicia del surrealismo, del ensueño y la desconfianza hacia lo racional. Ello explicaría, según los autores, que América latina haya producido grandes artistas, músicos, poetas y novelistas de excepción; y pensadores tan poco terrestres y tantos ideólogos en entredicho perpetuo con la objetividad histórica y el pragmatismo. Por otra parte señalan que en la región proliferan los autoritarismos y fracasan los intentos de la tolerancia y la responsabilidad individual que son el sustento de la democracia. “Ambas cosas parecen consecuencia de una misma causa: una incapacidad profunda para discriminar entre verdad y mentira, entre realidad y ficción.”⁴ Entienden como realidad ficticia una serie de “mitos” que aparecen en la bibliografía latinoamericana, tanto de historiadores como de ensayistas y pensadores. La bibliografía que utilizan es propia de las décadas de 1960/1970, especialmente las que cuentan con la influencia de la “teoría de la dependencia”.

Identifican como mitos: el suponer que las culpas de los males latinoamericanos las tienen solamente el imperialismo y la dominación extranjera, que resumen en “somos pobres, la culpa es de ellos”, donde siempre hay alguien, una empresa, un país, una persona responsable de nuestra suerte. El mito de la revolución salvadora, que puede cambiar la sociedad y sacarnos de la pobreza; el mito de la liberación nacional; el mito de que la violencia es la gran partera de la historia; de que una nueva sociedad generará un hombre nuevo; que el fenómeno histórico de la guerra entre España y EEUU fue el enfrentamiento entre la espiritualidad de Ariel y el materialismo de Calibán. Expresan que:

“las idioteces más grandes son metafóricas; les encanta la imagen, la comparación, la hipérbole (...) los enemigos de la democracia, son mucho mas

fosforescentes en el uso de la retórica y del lenguaje en general, que los grises demócratas que con sus excepciones constituyen el club de los sensatos”. Agregan que la vida intelectual de los latinoamericanos sigue en gran parte estancada, ciega y sorda a los grandes cambios que ha experimentado el mundo, inmutable en su rutina, sus mitos y sus convenciones.

La clave de los mitos criticados por estos autores en el pensamiento latinoamericano, son los que aluden al pensamiento “identitario” pero dejan intactos los mitos liberales y los de la modernización, piensa Eduardo Devés Valdés. También Juan Gabriel Labaké, desde una posición opuesta y controversial, polemiza frente a las tesis liberales sostenidas por los autores nombrados, y señala algunas expresiones como “mitos liberales” de dicho manual, tales como que “la mejor manera de ayudar a los pobres es no tratar de defenderlos, o que lo extraño del capitalismo es que en las desigualdades radica la clave de su éxito”, pero acepta que el tratamiento de los problemas latinoamericanos adolece de falta de realismo, en este caso culpando a los liberales, de quienes expresa “que siempre han sido ellos los que han despreciado la realidad, su criterio parece ser, la realidad no existe y si existe no me importa” .⁵

En realidad lo que puede detectarse en una amplia bibliografía es una tendencia señalada por varios autores en la década del 90: las reivindicaciones son guía de la historiografía latinoamericana: la de la identidad, la de la tradición católica-hispánica, la de la inmigración, la de la tradición criolla, la de la modernización, etc. y frente a ellas, las contrarias.

Natalio Botana también cree que hay presencia de recursos mágicos cuando analiza el presente de las democracias latinoamericanas, donde crece la idea negativa de que el modo reformista ha fracasado y que no se encuentran soluciones alternativas. El autor se pregunta que democracia de fines perseguimos, que tipo de democracia queremos,

“¿acaso una democracia imbuída de ilusiones mágicas, tan distante de la realidad como de la tenaz voluntad para resolver problemas y levantar el edificio paso a paso? (...) recursos mágicos, en suma, para cambiar súbitamente la realidad con palabras”...⁶

Se puede continuar el análisis leyendo más autores, específicamente sobre los mitos que abundan en la historiografía: Mario Rapaport entiende el mito como la falsa percepción de un fenómeno de la historia compartido por especialistas en ciencias sociales como por la opinión pública en general. Los mitos simbolizan determinados aspectos profundos de la vida humana y representan una forma primaria de encarar la experiencia, esos mitos instaurados en la sociedad perturban la visión del pasado, porque si bien la historia dificultosamente intenta descubrir la verdad, cuando las bases de que parte se corresponden con apreciaciones erróneas, se corre mayor riesgo de no lograr explicar el pasado y entender el presente.

El autor citado señala algunos mitos propios de la historia argentina: “Entre otros, la idea de que el país estuvo alguna vez, en las primeras décadas del siglo XX, entre los más avanzados del mundo por el nivel de vida de sus habitantes, o que fue el granero del mundo, o que la decadencia argentina comenzó en los años 40 con el proceso de industrialización y las políticas económicas intervencionistas. O los que surgen de creer que las alternativas económicas se reducen a tomar decisiones sobre un puñado de antinomias que no pueden evitarse (...). En la comprensión de las políticas económicas los mitos toman la forma de opciones aparentemente inevitables: endeudamiento externo vs. ahorro interno; hiperinflación vs. convertibilidad; estatización vs. libertad absoluta de los mercados, etc”.⁷ El mismo agrega que en verdad, esto no constituye un defecto propio de los argentinos, y ejemplifica con un historiador belga, Paul Bairoch, quién puso en cuestión una quincena de mitos que pueblan la historia económica mundial. El historiador demostró la falsedad o poca solidez empírica de todos ellos y, sin embargo, son aceptados comúnmente por la opinión pública en general y también por muchos estudiosos.

El uso del mito puede encontrarse en cualquier época histórica, con mayores o menores consecuencias políticas y sociales. Félix Luna se queja del mismo cuando analiza la Argentina de 1958, en su obra *Diálogos con Frondizi*, (1998):

“(...) no era lo peor el estancamiento económico que paralizaba al país. Esto con ser grave admitía soluciones. Lo peor era que la Argentina de 1958 seguía manejándose con esquemas mentales propios de medio siglo atrás: con eslóganes irracionales, con mitos, con tabúes, con prejuicios impropios de un país, que en otros aspectos, estaba resueltamente lanzado hacia delante. (...) ciertos territorios de creencias, fobias y supersticiones eran intocados por todo gobernante, popular o de

hecho, retrógrado o progresista (...) Territorios inviolables por el inmovilismo o la cobardía mental”.⁸

La apreciación del exceso emocional no es solo de autores contemporáneos, también Miguel Cané- quién tampoco se libró del mismo- en junio de 1899 presentaba su proyecto sobre expulsión de extranjeros (antecedente de la Ley de Residencia de 1902), basado en referencias europeas. En la *Review of the River Plate*, comentaba: “en un país donde el exceso de entusiasmo es un defecto común y la ausencia de reflexión moderna origina actos apresurados e impulsivos por parte de las autoridades de menor rango, sería más seguro no dejarles demasiada libertad (...)”⁹

Fernando Devoto detecta excesos de la historiografía. Mitos como “la pertinaz creencia de los argentinos en el sentimiento de la futura grandeza del país y la búsqueda de los culpables del fracaso y otro pertinaz mito argentino: el de su excepcionalidad en el contexto americano”. y agrega que esta tendencia ya había sido observada por Juan Agustín García en la *Ciudad Indiana* y también por Ortega y Gasset¹⁰. Este mito de la argentina europea, estaba presente en los sectores medios de origen inmigrante y en los intelectuales intermedios (de maestros a periodistas).

José I. García Hamilton, dice: “(...) La educación patriótica también introduce valores negativos: la guerra, la pobreza, la dictadura, el chauvinismo... el mito no permite la discusión, porque es mito, no es ciencia, no es razón, sino que más bien es religión, eso es negativo...”¹¹

Thomas Calvo, expresa con mucha lucidez en este análisis que: “frente a las realidades que vivían los pueblos americanos - terribles y escindidas por las revueltas - la filosofía de la ilustración corría el riesgo de ser demasiado desencarnada; en realidad, lo que se necesitaba era la esperanza. Y en este dominio la religión estaba mejor armada que la ilustración, que solo apostaba al progreso.”¹²

Como se ha dicho en el capítulo anterior Diana Quattrocchi Woisson, opina que el interés de los argentinos por su pasado, fue fuente de divisiones sobre los orígenes de la nacionalidad porque la disciplina histórica como tal, dejó un vacío que fue ocupado por historias militantes y más aún, se convierten en espacios míticos de la verdadera argentinidad. Destaca las improntas emocionales cuando dice que se organiza toda una cultura del hecho nacional, a partir de imágenes fuertemente emotivas, un culto patriótico y una idealización sistemática de la Argentina, heroica

y valiente destinada a ser la gran potencia sudamericana. Para afirmar la identidad, la lucha contra el otro, se vuelve instrumento indispensable.

En la Argentina han pesado más los dramas filosóficos e ideológicos de cada etapa que la realidad concreta, razón por la cual raramente ha existido verdadera preocupación por mejorar las instituciones o por gobernar con un mínimo de eficacia.

Muchos autores coinciden en que la influencia mítica y reivindicatoria sobrevuela y guía la historiografía latinoamericana. En la Argentina existió y aún puede detectarse una historiografía combatiente y militante. En épocas pasadas las luchas fueron entre historiadores e investigadores de diversas escuelas, tendencias o corrientes históricas, actualmente esa tendencia ha pasado al periodismo de investigación o a profesores dedicados al nivel de difusión y también entraron las discusiones en los libros de texto. No han descubierto una historia nueva ni un combate nuevo. Esta forma de escribir historia puede ser de mucha aceptación por un público que necesita proyectar sus expectativas incumplidas y encontrar responsables de ello, pero lo que es de difícil justificación es el combate y la militancia por un pasado que no tiene regreso ni enmienda, y esas energías debieran guardarse para mejorar el presente y luchar por optimizar la vida de la gente hoy. Esta manera de escribir la historia no compensa ni remedia nada y por lo mismo que es combate y militancia, no puede explicar ni asumir la propia historicidad con su complejidad, con la diversidad de factores e intereses que intervienen y con las limitaciones que la realidad de cada época imponen al accionar de los actores. Esto no se aplica ni significa justificar las violaciones a los derechos humanos y crímenes de lesa humanidad que exigen siempre reparación para la sociedad involucrada y para toda la humanidad.

3.3. Consideraciones sobre las herencias en las tradiciones historiográficas latinoamericanas

¿Existe en la herencia indígena e hispana una inclinación a sobrevolar la realidad y a escapar de ella montados en los símbolos y los mitos?

A pesar de las vastas transformaciones y pérdidas en el mundo indígena, algunos tipos de organizaciones sociopolíticas autóctonas persistieron desde los tiempos más remotos hasta, durante y tras el periodo colonial, siempre que los pueblos que las crearon siguieran considerándose existentes. Esto demuestra la obra

de Lockhart y Schwartz, quiénes expresan “que al mismo tiempo que estas regiones se mostraron desvalidas ante la conquista y las pérdidas de población, sus formas básicas de vida social, política y económica tenían una extraordinaria energía y la capacidad de sobrevivir bajo grandes presiones.”¹³

La cultura heredada de épocas precolombinas y de los largos años de la colonia habían generado un sistema de valores sociales tradicionales que determinaba los límites posibles de la transformación hacia la modernidad; entre ellos la conservación de la mentalidad mágico-mítica y la cultura de lo colectivo por encima de los valores individuales. Pareciera que estos elementos culturales se han conservado en sectores de la sociedad y en grupos de intelectuales, lo que provoca un fuerte choque con las formas modernas de la democracia. En recientes declaraciones sobre este tema, Alain Touraine lo expresa claramente cuando dice que: “la forma moderna de la democracia básicamente es personalista. Se trata del valor del individuo. La tarea central de la democracia es defender al individuo (...) el progresismo es hablar de lo individual no de lo colectivo.”¹⁴

La discusión entre la cultura de lo colectivo y lo individual sigue siendo un tema de la agenda actual. Pero es necesario decir que muchos autores y actores contemporáneos encuentran que la incomunicación entre una cultura individualista y una cultura solidaria y de colaboración es un factor desestabilizador de gran importancia. También se considera así en la Encíclica “Centesimus Annus”, cuando se expresa que no hay democracias estables sin la construcción de nuevas síntesis que alejen a la sociedad de la polarización extrema entre cultura comunitaria y de la competitivo-individualista. Creer que se debe optar por alguna de ellas como molde único para todas las personas y grupos también se convierte en un mito y destruirlo es un gran desafío de este siglo.

Para el caso de las culturas indígenas, señala Juan Schobinger, que los estudios a escala continental llevan a pensar que las prácticas shamánicas y sus resultados constituyen un trasfondo básico de la cosmovisión americana precolombina.

“América representa una notable conservación de la mentalidad mágico-mítica que constituye uno de los grandes jalones en la evolución cultural de la humanidad.” Señala también que en América las prácticas shamánicas se dan

prácticamente en todos los pueblos. Para el autor, el shamanismo está asociado, más que a una forma exterior de cultura o de economía, a un tipo de mentalidad. · “Se ha dicho que la religiosidad americana es de naturaleza esencialmente shamanística y esto explicaría que hasta en las altas culturas se trasluzcan ritos de este tipo. (...) el shamanismo da origen a un peculiar esoterismo americano, (...) que sólo puede ser valorado si se reconoce la realidad de un mundo espiritual o si se quiere arquetípico, cuya captación representó una fuerza energética para los grandes procesos históricos-culturales, incluido el arte”.¹⁵

La palabra shamanismo se refiere a las prácticas religiosas del shaman, que consisten en procedimientos de acceso espiritual a realidades sobrenaturales. El shaman se desliga temporariamente del ambiente cotidiano y realiza el llamado “vuelo mágico” a otras regiones del cosmos. Por su parte Juan A. Vázquez, dice que: “se plantea así el problema de la comunicación, dentro de una sociedad que vive entre dos mundos: el de los hombres y el de los espíritus, y que tiene en la experiencia chamánica¹⁶ la prueba de la existencia de una realidad diferente”.¹⁷

El fenómeno del shamanismo presenta para este autor varios problemas, entre ellos el de la índole de la realidad, especialmente de la forma de ser del mundo de los espíritus y en general, de lo que hay más allá. Expresa que acaso se dirá que todo lo que dice es una locura, que la única realidad es ésta, “pero que todos solemos, de una manera u otra, alcanzar otra realidad, por ejemplo viajar (...) es un modo de dejar un mundo para entrar en otro: ver otro país, otras personas, otra cultura”.

La comparación puede no ser demasiado feliz, en la medida que en el shamanismo se habla del mundo de los espíritus y del viaje mágico, cosa que no podría aplicarse a los viajes hacia otros lugares del mundo. Tampoco al mundo del arte y la pintura y la literatura, donde el que ingresa no confunde realidad con representación o ficción.

Para Ronny Velazquez, investigador venezolano, la relación cuerpo-naturaleza se ha prefigurado a través de explicaciones míticas, que son mantenidas por el conocimiento shamánico y su concepción adquiere características de realidad., “(...) si se analizan los procesos de la desacralización a los cuales ha sido sometido el ser humano, por la homogeneización de la cultura económica dominante, que impone símbolos descaracterizantes, vergonzantes y falsos sin tener respeto por la diversidad cultural.(...) Sin embargo, ese mundo simbólico jamás podrá agotarse

aunque imponamos nuestra pretendida científicidad (...) y sus concepciones cosmogónicas serán las que nos seguirán brindando las razones más aproximadas a la auténtica verdad del hombre...”¹⁸

En estos párrafos casi puede confundirse el pensamiento mítico del shamanismo, con las apreciaciones del autor, donde aparece una base de irracionalismo casi desenfrenado, tipo “revuelta contra la razón” de los años 1919-39. Esta concepción es bien diferenciada en el trabajo de Schobinger, cuando expresa que “hay un cambio paulatino de la mentalidad humana, desde el estado arcaico, pasando por el mágico y el mítico hasta el estadio mental que caracteriza básicamente a nuestra civilización occidental”.

Si se consultan otros autores dedicados a la Historia Latinoamericana como Leslie Bethell, Thomas Calvo, Peter Smith y Richard Konetzke coinciden en destacar que las grandes culturas americanas encerraban una cierta desesperación, la dualidad vida muerte obsesionaba a las poblaciones, que la idea de regeneración era alimentada por el sacrificio, que eran culturas preparadas para su propia muerte. Religiones fatalistas indígenas donde las luchas internas, la espera de cataclismos, los mitos del retorno de los dioses, los dioses regenerados por la sangre, regulaban su vida comunitaria. Diversidad, aislamiento y conservación de antiguas tradiciones siguen siendo, en general sus características.

Existía también de manera evidente, una insistencia cultural en la colectividad más que en el individuo. Se asentaban más en las defensas y prácticas comunitarias que individuales, siendo siempre las primeras las más importantes; favorecidas por los cultivos extensivos con auge demográfico, por la necesidad de responder a las exigencias del estado; por las necesidades del riego. En cuanto al sistema económico, éste se asentaba en la producción comunal y legitimaba al estado y su gobierno en la organización interna porque se basaba en un principio de reciprocidad. Las técnicas tradicionales sobrevivieron en una muy extensa duración.

Los aborígenes tenían un concepto sombrío de la vida, como ciclos de existencia y destrucción de un destino inevitable donde sus dioses serían vencidos. Señala José Luis Romero que posteriormente a la conquista y colonización, los elementos de la estructura sociocultural sometida comenzaron a recuperar valor y vigencia,

“Quizá nunca podamos conocer con exactitud la densidad del mundo de ideas y la complejidad de las situaciones que se escondían detrás de las rebeliones

indígenas, signos de aquella recuperación. Pero si podemos medir los efectos del mestizaje y la perduración de ideas y creencias, costumbres y actitudes que pudieron sobrevivir a la terrible presión conquistadora.”¹⁹ A veces, y de tanto en tanto, mezcladas en la cultura popular latinoamericana aparecen motivaciones religiosas de tipo mesiánico que enlazan diferentes tradiciones culturales y se convierten en banderas reivindicatorias. En el análisis de Calvo sobre América Latina, se puede leer que:

“Con la construcción del estado nacional y la victoria del liberalismo, los valores tradicionales se ponen a la defensiva (Iglesia, familia, corporativismos y jerarquías sociales) y de ellos derivan los enfrentamientos. Fue muy difícil afirmar el liberalismo en el plano político. Es posible que los valores tradicionales se vieran reforzados mediante su repliegue a terrenos más seguros, como el social. En Europa el siglo XIX es el siglo de las revoluciones, mediante ellas la modernidad se impone sobre el Antiguo Régimen. (...) En Europa, las fuerzas populares hacen avanzar la modernidad; en América, se levantan en nombre de la tradición”.²⁰

En la mayoría de los países de América Latina las fuerzas populares se levantan en nombre de la tradición y especialmente en resguardo de derechos muy unidos a sus intereses materiales. Por ejemplo, para preservar la identidad e integridad comunitaria, la mayoría de las luchas son de campesinos e indígenas, y son en definitiva por la tierra, dirigidas contra el dominio territorial: la mayoría de los levantamientos rurales en México son en defensa de la tierra: de 1820 a 1854, el 56% y el 47% en defensas comunitarias. De 1855 a 1876, el 40% en defensa de la tierra y el 51% por defensas comunitarias. De 1877 a 1905, el 51% en defensa de la tierra y el 63% por defensas comunitarias²¹. La exploración de estos ejemplos, en cierto modo relativiza la idea de un indio o pueblo prisionero de puro pensamiento mágico, ya que luchaban por objetivos muy reales y concretos que hacían a sus intereses vitales, pero sin duda, tal como lo revela José Luis Romero, en general, “tradicionalismo, actitud mágica más que religiosa, obediencia espontánea y sobre todo una actitud inerte frente al contorno y frente al futuro caracterizaba el comportamiento de los grupos rurales. Solo el mestizo (...) buscó liberarse de la dependencia por vía indirecta de la marginalidad. (...) Todo retorno a esta tradición

de indómita soledad, amparada en una concepción telúrica de la vida, escondería en el futuro un signo de disconformismo social”.²²

Para hacer una exploración general y erudita sobre la construcción de mitos latinoamericanos, es beneficioso recorrer el capítulo de *Latinoamericanismo o el mito de la América mágica* de Juan José Sebreli,²³ más allá de compartir o no la totalidad de la visión del autor. Sebreli destaca que América era percibida por sus descubridores, por sus literatos y por muchos de sus habitantes como un continente mágico, de este modo fue sitio propicio para las utopías literarias del renacimiento y también para la realización práctica de otras utopías. El mito de la América mágica surgió desde las cartas de Colón a la reina Isabel: *creo que allí es el paraíso terrenal adonde no puede llegar nadie salvo por voluntad divina*. A veces las visiones no eran paradisiacas sino infernales, donde América aparecía habitada por monstruos, pero el mito del buen salvaje predominaba en los europeos del siglo XVI. Posteriormente, el auge de América Latina se dio en los salones europeos franceses del siglo XVIII, donde el romanticismo coincidía con el clasicismo en su fascinación por los indígenas. Era el continente de la nostalgia. No obstante, en el siglo XIX, cientificista, las ideas positivistas contribuyeron a desvalorizar lo americano identificando a indios, negros, mulatos y mestizos con razas inferiores, esa interpretación predominará también entre los latinoamericanos. Pereza, resignación, indiferencia, melancolía, fueron consideradas las características heredadas de los indios, negros y mestizos y de los españoles, con su trasfondo árabe. El racismo se unía al determinismo geográfico. Era la época en que abundaba la literatura y la historia anti-indigenista. Ya en el siglo XX surgieron en Europa corrientes de oposición al positivismo que adquirieron orientación irracionalista. En esta nueva visión del mundo, América Latina seguía teniendo características opuestas a Europa, similares a las que les adjudicaban los positivistas pero ahora alcanzaban un signo positivo: América se oponía a Europa como el alma al cuerpo, la cultura a la civilización, la vida a la razón, lo inconsciente a lo consciente, lo natural a lo urbano, el romanticismo al clasicismo.

Ya había surgido entre los propios latinoamericanos la idea de que el continente era un receptáculo de la espiritualidad latina frente al mercantilismo sin alma, de la cual José Enrique Rodó en 1900 es su representante característico, sólo que ahora la confrontación era con EEUU, no con Europa. Esta nueva mentalidad se formó en un grupo de escritores mexicanos agrupados en el Ateneo de la Juventud. El dominicano

Pedro Henriquez Ureña²⁴ también contribuyó en este sentido con la difusión de su conocimiento de las corrientes irracionistas alemana, francesa y norteamericana, aunque sin compartirlas en todo. José Vasconcelos²⁵ escribió, *La raza cósmica, misión de la raza iberoamericana* en 1926, donde sostenía la necesidad de crear la propia cultura y filosofía, basada en características psicológicas y espirituales propias. Viajeros extranjeros²⁶ veían en los latinoamericanos una reserva de emoción que contrastaba con el utilitarismo deshumanizado de los países industriales. La tradición identitaria según Devés, (señalada anteriormente) es identificada por Sebrelli con una nueva generación, la de Leopoldo Zea, a quién hermana con la línea de Vasconcelos, y señala que en sus obras primeras²⁷, sostenía la necesidad de crear la cultura propia, desarrollando la teoría de que las formas europeas importadas chocaban con la verdadera naturaleza latinoamericana.

Dice Sebrelli que específicamente en Argentina, tan europeizada y desprovista de exotismo, también la problemática de la identidad cunde con las oleadas inmigratorias de fin de siglo: “Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones, Manuel Galvez, Carlos Ibarguren, Vicente Sierra, Martinez Zubiria rescatan la raza hispánica, la indígena y el criollismo. Los nacionalistas de los años 30 y 40 coincidían con los liberales en la interpretación telurista”. En las últimas décadas del 40 y 50 aparece una nueva generación de escritores americanistas influidos especialmente por Martinez Estrada y Rodolfo Kush, Victor Massuh, Solero y Murena.

Massuh exaltaba la irracionalidad americana:

“(…) Aceptación de la barbarie porque ella es América y toda creación por lo tanto debe venir de su núcleo. Transformación del hombre a oponerse allí, aceptando sus fermentos irracionales, sus sueños míticos, tradiciones, primitivismo, resentimientos raciales, impulsos contenidos, misterios telúricos, contactos culturales y hostiles y atendiendo en fin al oscuro lenguaje de todos esos caracteres inorgánicos de la historia hispanoamericana”²⁸

Opina Sebrelli que los pensadores de la década del 60 y 70 se agotaban en la búsqueda de la identidad cultural, pero que quienes más contribuyeron a crear el mito de Latinoamérica tierra mágica, fueron los escritores extranjeros y latinoamericanos: “Los narradores latinoamericanos agregaron los ingredientes de la rebelión social y la revolución política. Era la fusión de la épica rural y la narración fantástica. Así se origino el boom de la literatura latinoamericana de los 60. El fenómeno tuvo mucha

repercusión en Europa, sobre todo en París, donde tenía aceptación la mezcla de denuncia política y exotismo de país lejano. Todo esto revivía el mito de la América mágica”.

Entre los novelistas señala a Miguel Angel Asturias, el primer novelista americano en hacer realismo mágico antes de que se hablara del mismo, fue quien mezclaba en sus novelas seres reales y surreales, el mensaje social y la mitología precolombina y decía que su evocación realista estaba teñida de esa magia que impregna las cosas en América Latina. En *El Señor Presidente*, afirmaba que bajo la forma del dictador latinoamericano había una concepción de la fuerza ancestral, fabulosa y solo aparentemente de nuestro tiempo. El dictador era visto como el hombre-mito que llenaba las funciones del jefe tribal en las sociedades primitivas. También Carpentier habla de lo real maravilloso descubierto en Haití, pero *considera que esa presencia y vigencia de lo real maravilloso no era privilegio de Haití sino patrimonio de la América entera*.

También *Eduardo Galeano* que viene de una ciudad como Montevideo, tan poco tropical e inadecuada a las visiones de la América mágica, afirma no obstante que aparece en ella mucha magia, una magia que es el nombre que le podemos poner a una cantidad de cosas que la razón no es todavía capaz de explicar por qué están ahí. Y agrega que, “además de las crónicas de indias, de las utopías renacentistas, del romanticismo alemán, del neogoticismo norteamericano y de la propia tradición de la literatura fantástica latinoamericana, hay otra fuente del realismo mágico, el surrealismo francés, que esta en el origen de todas las tendencias irracionales de nuestro tiempo”.

3.4. La influencia francesa

Para este tema es interesante recurrir al trabajo de Fernando Aliata, quién enfoca su análisis en el pasaje de la ilustración al romanticismo, pero que sirve a este cometido en la medida que acerca más argumentos historiográficos a los planteos de que el pensamiento mítico sobrevuela la historiografía latinoamericana. Así expresa que:

“Las ideas de la ilustración, fueron largamente denostadas a través de la historia argentina. A partir de los revisionistas, los nacionalistas y hoy los posmodernistas.

En función (...) de la construcción de un pensamiento contrario a las ideas de la ilustración, llevando al extremo la valoración de la tradición y los poderes sectoriales y tradicionales de los caudillos provinciales”.²⁹ El autor agrega que hacia fines de la década de 1840 el eje de la discusión se desplaza desde el universalismo de la ilustración tardía hacia un interés especial por la particularidad local de los románticos.

También para Jorge Myers la importancia de la Generación del 37 y del momento romántico inaugurado por ella, es indudable desde la perspectiva de la historia argentina, pero también lo es respecto de la historia intelectual de América latina, porque marcó para ella el inicio absoluto del Romanticismo. Esparcieron, a partir de sus exilios, las nuevas doctrinas del romanticismo, y del “socialismo” literario, del sansimonismo y del eclecticismo, de la filosofía de la historia y de la nueva filosofía del derecho y de las posturas liberales más radicales junto con las posturas conservadoras más reaccionarias.

“Un rasgo los unía a todos, a pesar de sus diversidades, que dejaban atónitos a uruguayos, chilenos o brasileños: el valor supremo de estar “al tanto” de la última moda o de la última invención surgidas en los países europeos o en la “Gran república del Norte”³⁰

Esta generación muestra la marca de la formación recibida en las aulas del estado rivadaviano, señalada por muchos historiadores, y “es la permanencia de una parte del programa ilustrado en el pensamiento romántico argentino, aún al precio de cierta radical contradicción interna”. Esta consistía en una aceptación de un esquema de valores universales cuya realización debía constituir una meta: el progreso económico, social, cultural y político, “la instauración de patrones de racionalidad en el conjunto de la sociedad, mediante una eficaz acción del estado sobre el cuerpo social y sus integrantes”³¹.

Por otra parte “la permanente utilización de Francia como periscopio para mirar las demás culturas europeas implicaba que la selección efectuada por los argentinos debía necesariamente hacerse sobre otra preparada por la sensibilidad, por el gusto, por el buen tono franceses. (...). Puede decirse que no tuvo ninguna presencia real en el pensamiento de la nueva generación argentina, la filosofía alemana hoy denominada por algunos “romántica”. El canon romántico argentino fue en este

sentido enteramente francés. Además no fue un movimiento literario tanto como un movimiento de pensamiento social. Es así como desechaban la filosofía materialista del siglo XVIII y el utilitarismo por ser visiones calculadoras, frías o cínicas de la realidad”³²

Entre 1850 y 1880 hubo un crecimiento del influjo francés en la región, sobre todo en la cultura. El francés era el idioma más hablado por la élite, el prestigio cultural de Francia fue muy nítido y largo en Iberoamérica, y siguió siendo fuerte en muchos países hasta después de la segunda guerra. Los autores citados y también Thomas Skidmore, explican esta larga influencia porque se exceptuaba a Francia en las reacciones nacionalistas dirigidas contra los ingleses y luego contra los norteamericanos, vistos como imperialistas porque justamente su dominio económico tocaba a América Latina, no así el francés. En parte también porque los valores culturales franceses coincidían con la imagen que poseía de ella misma la élite latinoamericana.

Aunque las elites francesas y latinoamericanas admiraran a los anglosajones por sus proezas económicas, despreciaban los valores materialistas que habían difundido Inglaterra y EEUU. La clase intelectual francesa, había producido su propia justificación para defender su país contra Inglaterra, sosteniendo que Francia tenía una visión más humana de la sociedad que la deshumanizadora Revolución Industrial Inglesa y las élites latinoamericanas se identificaban con la superioridad cultural que proclamaban los franceses. Es probable, que la influencia francesa (en cuanto defensa simbólica y mítica de sus propios valores como superiores a los de las culturas que las dominan) haya sido un ejemplo imitado en América Latina.

Esta tendencia es la que de alguna manera explica el evidente influjo de las escuelas francesas en América Latina, porque no hay una razón por la vía de una herencia cultural de siglos por colonización, como la de España y Portugal, de influencias impuestas o adquiridas de aquella colonización o las siguientes de tipo económico y cultural de ingleses y norteamericanos.

Los franceses en la década de 1860, acuñaron el nombre de América Latina cuando apoyaron a Maximiliano para quedarse como Emperador de México y sentaron las bases culturales de una ofensiva política y económica para América española y portuguesa sosteniendo que existía una esencia latina- encarnada en la cultura francesa-subyacente en el núcleo de la civilización iberoamericana. Según

Thomas Skidmore y Peter Smith esta manera de pensar “no era pura fantasía, la cultura francesa disfrutaba de un enorme prestigio entre las elites del nuevo mundo”³³.

Hay sin duda un predominio externo fuerte en la historiografía iberoamericana que es la francesa, por un lado la influencia cultural en las elites, y la influencia intelectual en los profesionales de la historia. Actualmente también se observa la búsqueda de formación en París más que en cualquier otra capital del mundo, especialmente si ese otro país es anglosajón. Pueden existir varias razones para ello, pero no se descarta un cierto mito, según el cual se considera que los centros más avanzados están en Francia, de manera absoluta, sin diferenciar que son avanzados en determinadas escuelas y visiones de la historia. Hay “universos historiográficos”, que no se toman en cuenta, dando a Francia la representación total de la actualización historiográfica como casi única verdad.

Es curioso observar que cuando Thomas Calvo, en una apreciación general, presenta la contribución de las grandes corrientes de la historiografía para la escritura de la historia latinoamericana, expresa que “los temas son tratados por los norteamericanos con gran rigor, los ingleses con finura, los españoles con erudición sobre los archivos y los franceses con imaginación (...)”³⁴

Más allá de esta apreciación generalizadora e irónica, parece cierto que la impronta de algunas concepciones utópicas es evidente, como la permanencia de ellas en gran parte del pensamiento latinoamericano. En ese trasfondo cultural hay una influencia interna también notable como la conocida obra de Rodó, “Ariel”, donde el autor compara el excesivo materialismo estadounidense con la sensibilidad cultural superior latinoamericana. Esas ideas tuvieron una enorme repercusión en América Latina que estaba preparada para oír hablar de su superioridad espiritual, especialmente cuando la ofensiva diplomática, económica y militar de EEUU sobre América Latina, propiciaba una fuerte reacción de las elites intelectuales y estudiantiles. Los escritos de Rodó, Ugarte, Martí, Darío, Blanco Fombona, publicados en todo el continente, influyeron cohesionados en un largo período –y como lo señala Skidmore- “Muchos de los temas han sobrevivido en las relaciones interamericanas y en la percepción de la cultura hasta nuestros días”.³⁵

Skidmore y los otros autores señalados hacen también referencia al socialismo declarado en la época, reconociendo que provenía de corrientes

socialistas utópicas. En esta corriente de pensamiento la interpretación de la nación, revolución y de la democracia privilegiaba la existencia colectiva en contra de la existencia individual. El individualismo clásico estaba ausente de la mayoría de sus reflexiones. Su ideario colocaba por ende la solidaridad colectiva en un plano principal, los intereses de grupo, de la nación, del pueblo, de la propia nueva generación, un valor superior a los intereses del individuo. El ideal de armonía presuponía la supremacía de lo colectivo, de lo social por sobre lo individual. El sujeto de la libertad no era el individuo - como en la teoría liberal clásica suscripta por Alberdi quince años más tarde - sino la colectividad en su conjunto: la nación. El ideario socialista se definía por poner en lugar central la sociedad antes que el individuo, la defensa de la igualdad, como valor social supremo, la esperanza de una regeneración de la sociedad argentina cuya esfera de acción debía ser más que material, moral e intelectual. No pudo saberse a que se refería esa igualdad, siempre imprecisa y siempre simbólica.

Hay que apreciar en estas corrientes del siglo XIX y XX latinoamericano, convocadas por los autores elegidos, de que manera entre los valores tradicionales de los que es portador un mundo móvil (como el predominio de lo colectivo sobre lo individual), existen herencias de imágenes míticas sobre la realidad como la primacía de lo romántico sobre lo racional, del desprecio por las concepciones pragmáticas, materialistas y utilitarias, sobredimensionando las creencias de que la espiritualidad, idealismo y desinterés son valores latinoamericanos casi con exclusividad y considerando que resguardar esos valores, es suficiente como cultura y como proyecto político-social. Es tarea de los historiadores explorar estas herencias e interpretaciones y las influencias sobre los historiadores para pensar como se seguirá escribiendo la historia.

3.5. La aceptación de las corrientes posmodernas como teoría de la historia

Un número importante de historiadores latinoamericanos tiende a la sobrevalorización de las representaciones culturales, de los simbolismos, de las fuerzas míticas y a aceptar este campo como central en la historia. La tendencia a alejarse del mundo real puede ser una de las causas de la gran aceptación de las corrientes posmodernas en América Latina

La visión historiográfica posmoderna, se une con el modo romántico de ver el pasado, privilegiando los sentimientos y las pasiones. Luciano Privitello y otros autores en este sentido y por extensión de este enfoque formulan su opinión sobre que se consideró superiores a los humildes y a los artistas (ambos sujetos pasionales) y entonces la pobreza se transformó en sinónimo de virtud.

“Fue en ese clima intelectual que la palabra pueblo comienza a ser utilizada como sinónimo de pobre. Cuando el poder pasara a los pobres virtuosos, decían los románticos, las miserias sociales desaparecerían de inmediato”.³⁶

Sin embargo, la exaltación de los oprimidos a veces es tan dudosa en la historiografía como la seguridad de los imperialistas occidentales de que todas las culturas eran infantiles en comparación con la Europa occidental moderna. Muchas veces los intelectuales y –peor en el caso de historiadores- han sustituido el estudio de realidades por un conjunto sofisticado, amplio y borroso de fantasías. Si en las adhesiones que se producen a determinadas corrientes historiográficas, se reconoce radicalidad sin medida a las posiciones que sustentan, también puede caerse en mitificación, ya sea desde la historia llamada tradicional como desde las nuevas corrientes.

La cultura romántica, irracionalista ha tenido una permanencia enorme a través del tiempo. María Saenz Quesada define el rescate de la racionalidad como (*la racionalidad*) “que tiene que ver con esbozar el conjunto de ideas claras, sencillas y posibles que permiten a la sociedad tomar su rumbo perdido”.³⁷

Esta reivindicación de la racionalidad es el propósito de algunos historiadores y otros investigadores que combaten la influencia desmesurada de la ideología posmoderna en la historiografía actual. Contra esta influencia desmedida, es que Carlos Barros es tan contundente cuando dice, que el carácter más destructivo que constructivo del posmodernismo frena sus efectos y lo inutiliza como alternativa historiográfica.³⁸

Uno de los mayores problemas señalados en los trabajos de historia de las mentalidades, es que esos estudios sobre las creencias, mitos, representaciones colectivas e individuales, no revelan como una creencia se relaciona con otras manifestaciones sociales y materiales sobre todo con éstas últimas en su papel de transformadores de una realidad. Sigue faltando por lo tanto, esa vinculación

mentalidad-vida histórica que se postula en la teoría pero se pierde en la práctica. Este tema está estudiado en un trabajo de Ariel Guance³⁹. Estas reflexiones de historiadores tienen consecuencias sustanciales, en cuanto procuran que se tome conciencia de que la transformación viene por un sentido fuerte de la realidad. Una versión romántica de la historia se ha difundido por los medios de comunicación, por las obras de aficionados a la historia y también entre algunos historiadores. Por ello es saludable rescatar a Massimo Salvadori, un historiador de la Universidad de Turín, cuando expresa que “lo que a mí me importa como historiador no es la buena fe, sino las consecuencias objetivas de las acciones de las personas”⁴⁰. Y este es un tema convertido en problema clave para cualquier escritura de la historia que pretenda ser analizada seriamente.

A medida que se desarrollaba la historia de la historiografía, se presumía que se marcaba el cambio de contraponerla a las antiguas explicaciones de la realidad a través del mito. De este modo se producía el avance de la historia científica. El origen de la historia como disciplina, se encuentra en la necesidad de abandonar el mito, es decir, en la necesidad de distinguir la verdad de la ficción. En ese contexto las distintas corrientes historiográficas coincidían en que el científico de la historia requería una formación que abarcara también, la condición de acercarse lo más posible a la verdad de los sucesos, aún sabiendo de su relatividad y de sus límites.

Hay un criterio básico para el historiador: lo imaginado es sensiblemente distinto a lo real. Emanciparse del mito significa “liberación”. Lograr un conocimiento profundo de las realidades pasadas y presentes convierte al historiador y a su disciplina en una pareja adecuada para marcar probabilidades en el futuro. El retorno del mito en la historiografía no es liberador, por el contrario aleja del conocimiento de la realidad (que es dura, tenaz y resistente) y finalmente aplasta al que quiere ignorarla. La realidad puede ser cambiada, pero desde la realidad misma, no desde el mito, que solamente construye huídas y refugios pasajeros.

El juicio de realidad tiene que ver también con reconocer el juego de intereses en la historia, más que con mitos e idealizaciones. Rapaport lo expresa claramente cuando dice:

“Hay que conocer el peso de los intereses en la historia como en el presente, y la importancia que jugaron y juegan los cálculos estratégicos para resolver los problemas. El nudo principal en la toma de decisiones es la evaluación del conjunto

de cuestiones puestas en juego y los riesgos que implica cualquier tipo de acción que se realice”.

Esto nos impulsaría a dejar de usar la historia como un objeto alrededor del cual se tejen fantasías, aunque sea con objetivos santos y virtuosos como demostrar la corrupción y trabajar a favor de una sociedad más justa. Las grandes fantasías que hicieron suponer, por ejemplo que en América Latina, las revoluciones contra las oligarquías, por sí mismas producirían instituciones mejores. Incluso proyectada esta idea como pronóstico al futuro, pensando que podíamos tener mejores instituciones que aquellas que produjeron en el mundo las democracias desarrolladas, se convirtió en un mito de consecuencias dolorosas. Dejar las fantasías, no significa aceptar una sociedad inmóvil como una realidad a la que hay que adaptarse, significa que los objetivos de una sociedad más igualitaria pueden cumplirse trabajando con seres concretos con intereses concretos, sin que para ello sea necesario buscar ficciones.

Es necesario preguntarse si la sociedad tiene limitaciones para diferenciar una historia adulterada de la que no lo es. Si esa historia adulterada se adecua al clima de época, al clima emocional que se vive en el presente, es probable que se acepte como verdadera y legítima. Los protagonistas de ciertas renovaciones historiográficas crean vínculos entre la imagen que tienen del presente y futuro basadas en un ámbito de crisis; infamias colectivas, arrogancia político-ideológica y arrogancia científica y proyectan el plan de renovación historiográfica sobre estas bases, lo que puede dar como resultado una nueva concepción mítica de la historia. Es de esta manera que el avance de la disciplina historiográfica se hace dificultoso, y así lo entiende Francois-Xavier Guerra, cuando dice que “la historiografía del 90 refleja el impacto progresivo de la crisis en la disciplina, pero los aportes son modestos, (porque) el avance historiográfico no se hace por las exigencias internas de la disciplina sino por las crisis nacionales que se viven en el presente”⁴¹

Demitificar la historia significa método y alejarse de la interpretación facciosa y emocional, como también diferenciar lo anecdótico de lo relevante. El triunfo y la proyección de la historia mítica, se produce por una insuficiencia de un análisis más profundo.

3.6. Diferenciar entre mito y utopía.

Hay que diferenciar los mitos de las utopías. Las utopías son indispensables como horizontes de valor, como reguladoras de la acción humana para acercar sentido a la construcción de realidades. Indican valores que deben ser alcanzados, que mejoran la condición humana, que dan sentido a la acción.

No hay manera de mantener unidas en una única imagen realidad y justicia y quien pretende encontrarla de este modo en el presente o en la historia, es probable que caiga en la mitificación y en la idealización romántica. Pero esto no significa abandonar la utopía de luchar por sociedades más igualitarias.

Las naciones se moldean en función de ciertas utopías, la educación toma valores del pasado y los trasmite a las nuevas generaciones para regular sus acciones al futuro, en prosecución de esos valores que se construyen históricamente, no totalmente sino en parte, con marchas y contramarchas, pero que resumen la esperanza de un mundo mejor. El mito falsea la realidad, la utopía es la esperanza.

No obstante, los mitos forman parte de la historia vivida y no se puede obviar la necesidad de investigar aspectos del pasado relacionados con ellos, con el estudio de las mentalidades y de las creencias. Lo importante es reconocerlos como tales. Mitificar también es, hacer de una parte de la verdad, una verdad absoluta. Si se convierte en verdad absoluta parte de la verdad, se está mitificando. Si se da valor relevante a lo intrascendente y se confunden las prioridades y la importancia de los acontecimientos en el análisis histórico, también se está distorsionando la realidad.

Se pueden observar en la década del 90 dos tendencias historiográficas: una es la influencia de las tendencias irracionalistas, míticas, la atomización de la historia en función del descreimiento de los grandes relatos y las teorías de la representación; otra tendencia es la que crece como reacción de varios historiadores que defienden la existencia del mundo real como tal y de la racionalidad. Estos últimos no creen en una reproducción ilusoria de la realidad sino en descifrarla hasta donde sea posible, en sus puntos más recónditos y hacer tomar conciencia de ella.

Este regreso al realismo, o si se prefiere a tomar conciencia de la realidad, también puede observarse como una tendencia en el arte, que propone una figuración muy nítida y que nace como una reacción contra el movimiento abstracto, tratando de representar la realidad como algo maleable, un instante tal vez, pero tal como es, y

que remita a una totalidad. La diferencia es que en el arte pueden darse épocas, tendencias, etapas, o elecciones por gusto. En la historiografía, es más complejo el tema, ya que la historia tiene como objeto el estudio de la realidad en el pasado y este objeto de la historia, la define como disciplina.

Notas

-
- ¹ Luis González y González, *El oficio de historiar*, México, Clío, Obras completas, Tomo I, 1998.
- ² Boris Fausto, org. *O Brasil Republicano, Sociedad y Política (1930-1964)*, 3º vol. Tomo III, Brasil, FCE, 1981.
- ³ Carlos Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario*, Caracas, Monte Ávila, 1976, cit. en Eduardo Devés Valdés, *El Pensamiento Latinoamericano en el siglo XX*, TII, BsAs, Biblos, 2003, pág.281
- ⁴ Plinio Apuleyo Mendoza y otros: *Manual del perfecto idiota latinoamericano*, España, Atlántida, 1997.
- ⁵ Juan Gabriel Labaké, *Autorretrato de cuatro idiotas latinoamericanos*, Barcelona, Grijalbo, 1997.
- ⁶ Natalio Botana, *El presente de las democracias latinoamericanas*, La Nación, 25 de agosto de 2002.
- ⁷ Mario Rapoport, *Historia política, económica y social de la Argentina*, Introducción, BsAs, Macchi, 2000, págs. XVII / XVIII
- ⁸ Félix Luna, *Diálogos con Frondizi*, BsAs, Planeta, 1998, pág.9
- ⁹ Citado por Eduardo Zimmermann, *Los liberales reformistas*, en *La cuestión social en la Argentina*, 1890-1916, BsAs, Sudamericana, 1995.
- ¹⁰ Citado por Fernando Devoto, en *Poblar y Civilizar: La inmigración europea en el pensamiento argentino*, Rev. de Occidente n° 186, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset, 1996.
- ¹¹ José Ignacio García Hamilton, *Que significa hoy el patriotismo*, La Nación, 25 de agosto de 2002.
- ¹² Thomas Calvo, *Iberoamérica, 1570 a 1910*, Barcelona, Península, 1996, pág.277 (Prof. Historia de A.L. en la Universidad de París X Nanterre. Actualmente Director del Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos en México.)
- ¹³ James Lockhart y Stuart Schwartz, *América Latina en la Edad Moderna*, obra cit. Pág. 39. Esta obra esta dedicada en gran parte a describir determinados principios organizativos, procedimientos clásicos y tipos existentes antes y después del contacto entre las sociedades ibérica e indígena.
- ¹⁴ Entrevista a Alain Touraine de Jorge Urien Berri, *La Nación*, 27 de octubre de 2002.
- ¹⁵ Juan Schobinger, *Shamanismo sudamericano*, BsAs, Almagesto, 1997, pág.7 y 45
- ¹⁶ Schobinger prefiere la escritura “shamanismo” y Vazquez “chamanismo”
- ¹⁷ Juan Adolfo Vázquez, *Introducción, Naturaleza y Significación del Shamanismo*, en *Shamanismo sudamericano*, ob.cit. págs.11/18
- ¹⁸ Ronny Velázquez, en *Shamanismo sudamericano*, obra cit., pág.19
- ¹⁹ José Luis Romero, *Situaciones e ideologías en Latinoamérica*, BsAs, Sudamericana, 1986.
- ²⁰ Thomas Calvo, obra cit. Págs. 358 / 431
- ²¹ Datos extraídos de James Lockhart y Stuart Schwartz, *América Latina en la Edad Moderna*, ob.cit., caps. IX, y XI
- ²² José Luis Romero, idem, pág.33
- ²³ Sebrelí, Juan José, *El asedio a la modernidad*, Bs. As, Sudamericana, 1991, págs. 293 /305
- ²⁴ Pedro Henríquez Ureña (1884-1946) trató de conciliar y equilibrar herencias y actitudes muy diversas: el modernismo, los clásicos antiguos y españoles, el americanismo, el rigor estético y la preocupación por las cuestiones sociales vinculadas al fenómeno cultural y una defensa del cambio social dentro de la libertad.
- ²⁵ José Vasconcelos (1882-1959), formó parte del Ateneo de la Juventud, que en torno a 1910 se caracterizó por su oposición al positivismo y al régimen de Porfirio Díaz, impulsando una corriente crítica y de renovación ideológica y política, apoyó a Francisco Madero en el Partido Antirreeleccionista y más tarde a los presidentes Venustiano Carranza y Álvaro Obregón. Llevó a cabo una verdadera “cruzada nacional” en favor de la educación popular. En *La raza cósmica*, expuso algunas de sus reflexiones sobre el indigenismo. Apoyó el mestizaje indio-español y la conciliación de las ideas de libertad y orden, en la búsqueda de un México nuevo. Su obra filosófica se caracteriza por una reivindicación del valor de la intuición emotiva, que opone a toda forma de intelectualismo.
- ²⁶ Sebrelí, Juan José, *ibidem*. El autor cita a extranjeros como David Lawrence, con la novela La

Serpiente Emplumada, producto de su viaje a México y publicada en 1926, donde repudiaba la sociedad industrial, el intelectualismo y el progreso y alababa los sistemas patriarcales; y a otros autores como Keyserling y el norteamericano Waldo Frank. Cita a Jack Kerouac que decía de México: habíamos encontrado al fin la tierra mágica al final del camino.

²⁷El autor se refiere a las primeras obras: *En torno de la filosofía americana* en 1945 y *América como conciencia* en 1953. Leopoldo Zea, (1912-2004) en su abundante producción escrita, deja sentado que es necesario que la actividad filosófica tome conciencia de su propia situación histórica. En este sentido, señaló la relevancia que debe tener la unidad entre teoría y práctica en la tradición del pensamiento latinoamericano. Asimismo, dedicó importantes trabajos al análisis del lugar que debe ocupar Latinoamérica en el panorama intelectual occidental.

²⁸ Víctor Massuh, *América como inteligencia y pasión*, BsAs, 1965, cit. en Juan José Sebreli, ob.cit.

²⁹ Fernando Aliata, *De la mirada ilustrada a la crítica romántica*, Nueva Historia Argentina, Tomo III, cap.VI, BsAs, Sudamericana, 1998. págs.203/211

³⁰ Jorge Myers, *La revolución en las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en las políticas argentinas*, Tomo III, cap X, Nueva Historia Argentina, BsAs, Sudamericana, 1998.pág.385

³¹ ibidem, pág.389.

³² ibidem, pág.419

³³ Thomas Skidmore y Peter Smith, *Historia Contemporánea de América Latina*, Barcelona, Crítica, 1996

³⁴ Thomas Calvo, *Iberoamérica*, obra cit.pág.9

³⁵ Thomas Skidmore y Peter Smith, obra cit.

³⁶ Luciano Privitello, Lucas Luchilo y otros, *Historia del Mundo Contemporáneo*, cap. *Romanticismo: nación y socialismo*, BsAs, Santillana, 1998.

³⁷ María Saenz Quesada, *Perspectivas argentinas*, en La historia de Mendoza contada por *Los Andes*, octubre de 2002.

³⁸ Carlos Barros, *La historia que viene*, obra cit., pag.99

³⁹ Ariel Guance, *¿Una historia ocultada o una historia asesinada?*, Santiago de Compostela, HAD, Tomo América Latina, 1996. pág.271

⁴⁰ Citado en *La Nación*, 6 Octubre de 2002

⁴¹ Francois-Xavier Guerra, *El renacer de la historia política: razones y propuestas*. En José Andrés Gallego, dir, *New History, Nouvelle Histoire: hacia una nueva historia*, Actas, Madrid.1993

Capítulo IV. Categorías usadas en la historiografía.

4.1. La historia entre la erudición y la reflexión

La historia entre la reflexión y la erudición, marca cierta tendencia que contraponen dos términos que en realidad debieran complementarse. Este capítulo refleja el pensamiento de algunos historiadores que eligieron como tema de investigación la reflexión teórica, buscando las categorías utilizadas en la historiografía en distintas épocas y algunas con larga permanencia en el tiempo. Se indagan categorías de análisis en historiadores argentinos y brasileños, en una observación comparativa que señala parecidas preocupaciones, y en la exploración del pensamiento teórico en la historiografía brasileña, se marca especialmente la construcción de un paradigma. Por otra parte, se analizan las controversias y dilemas en las publicaciones de historiadores argentinos y brasileños en la historiografía de los años 90.

Las teorías sociales han puesto énfasis en distintas categorías fundamentales confrontadas: individuo/colectividad, acción/estructura, conflicto social/orden social, cambio/permanencia. Ellas tienen decisiva importancia para la explicación del proceso histórico. Pero ninguna orientación actual es tan importante como la que concibe a la sociedad como proceso de estructuración, como un hacerse continuo, más que como una realidad estable. Ninguna ha definido tan claramente a la historiografía como el estudio de los estados sociales a través del tiempo y hoy se intenta explicar la naturaleza de la sociedad con unas pocas grandes categorías: la de acción humana, la de estructura, la de reproducción, la de conflicto y la de cambio.

Sin duda hay problemas epistemológicos planteados por el estudio científico del pasado. Estos problemas no son los más convocantes de la atención de los investigadores contemporáneos¹, pero un motivo por el cual sería pertinente que los historiadores se interesaran en este tema, es que todos usan ciertos principios generales sobre el pasado y su estudio. Otra razón es que de tiempo en tiempo renuevan sus enfoques, métodos y resultados.

La historia plantea problemas epistemológicos y metodológicos. Los primeros se refieren al papel de los individuos y la existencia de patrones históricos y los segundos a los problemas de interpretación y explicación histórica. Es así que los historiadores tienen opinión sobre las fuerzas motrices de la historia, sobre que lugar

ocupa el acontecimiento, cuál es el papel del conocimiento del presente como guía del conocimiento del pasado, cuál es el lugar de la narrativa y de los datos, etc.

En realidad los historiadores estudian el cambio social. La historia es un proceso interminable de cambio social. Consiste en la introducción de modificaciones duraderas de importancia en uno de los subsistemas de la sociedad, lo que obliga a los demás a hacer los ajustes congruentes. Por ejemplo, los cambios de importancia en el subsistema de participación de una sociedad, da lugar a cambios congruentes en los subsistemas económico, cultural y político de esa sociedad. El cambio social se refiere a toda clase de acontecimientos y procesos (sociales) en sistemas sociales de todos los tamaños, desde la familia a la nación, como todo tipo de actividad social desde la agricultura hasta la comunicación. La historiografía estudia los cambios importantes y trascendentes de las sociedades en el tiempo y “la sucesión temporal de sus estados” a lo largo de los períodos en consideración.

Las teorías contemporáneas del cambio social son generales, filosóficas-científicas, marcos para la elaboración de teorías específicas y la búsqueda de pruebas. Siguiendo a Mario Bunge se puede decir que sin discusión adicional no prueban nada. La teoría general se enriquece con los datos específicos, *pero es indispensable para guiar la investigación histórica*. Estas reflexiones resumen consideraciones acerca de la teoría de la historia, en las que están de acuerdo investigadores, como Mario Bunge, Julio Aróstegui, Helio Jaguaribe y otros.

La epistemología y metodología de la historia asumida -aunque no necesariamente construida en su totalidad por historiadores- debiera responder a los interrogantes que se plantea la disciplina superando las construcciones por fuera de ella. Frente a la preocupación por la transformación que se produce en el panorama histórico, se hace necesario redefinir los supuestos y objetivos de la historiografía para adaptarlos al actual contexto. Una idea es elegir nuevos núcleos centrales en torno a los cuales organizar un conjunto de pensamiento histórico y que esos núcleos se conviertan en categorías para investigar el pasado, como contenidos indispensables para un conocimiento riguroso. A veces faltan claves para introducirse en los problemas que deben ser sometidos al análisis histórico.

Algunos historiadores con preocupación por los problemas surgidos a consecuencia de la crítica extrema a la racionalidad, como la atomización descontrolada de la historiografía, proponen un regreso a la historia tradicional muy signada por el empirismo. Estos intentos de regreso son respuestas ineficaces a las

etapas de crisis que sufre la sociedad o las disciplinas que la estudian, pero se sabe que esos regresos totales son imposibles en tanto que no existe “una historia inmóvil” y que el tiempo y el cambio son elementos constitutivos de la misma. Otra cosa es el intento de historiadores que comparten la preocupación pero se niegan a ese retorno y plantean la construcción de una ciencia, cuya coherencia esté basada en la relación que se da entre la actividad teórica y los objetos de conocimiento. También se revaloran aspectos considerados positivos de la historiografía tradicional.

La reorientación para encarar los problemas que plantea el conocimiento histórico, según lo están trazando algunos historiadores, pone en evidencia la necesidad de elaborar las herramientas conceptuales en el desarrollo historiográfico. Cuando en el siglo XX se perdió la fe en varios hilos conductores que se consideraron muy significativos para la explicación de la historia, fue necesario redefinir los supuestos de la historiografía, pero aquéllos hilos conductores no fueron reemplazados por otros, por el contrario, se puede decir que los productos historiográficos siguientes no tuvieron ninguno.

Los problemas teóricos de la historiografía respecto al avance de las nociones de irracionalidad y los intentos de destrucción conceptual del mundo real como existencia ajena a la propia subjetividad, está planteado por Carlos Barros:

“La incompetencia del posmodernismo más radical, para entrever las últimas consecuencias de su militancia anti-realista, explica su irreversible decadencia en el cambio de siglo. (...) ¿Será necesario advertir los horrores (...) que ha generado, genera y puede generar, la sinrazón y la irracionalidad? La humanidad no puede permitirse el lujo de hacer tabla rasa de la modernidad y la Ilustración, incluidas la luces y las sombras de su aplicación en el siglo XX. Cuando se cae en la tentación del borrón y la cuenta nueva, es imprescindible una historia que, desde una racionalidad crítica y autocrítica, analice el pasado” (...) ²

Antes de introducir el pensamiento teórico de los historiadores me parece apropiada una corta reflexión sobre dos obras de pensamiento filosófico y político: una escrita por Eduardo Devés Valdés³, doctor en filosofía, y otra por Juan José Sebrelli⁴, reconocido ensayista que incursiona en diversas disciplinas, para conocer que categorías utilizan en sus estudios donde relacionan el desarrollo de las ideas y la historia.

Ambas se refieren a las ideas en el ámbito latinoamericano, una en un amplio panorama (temas, problemas, conceptos, paradigmas o modos de pensar, las influencias recibidas, los caracteres de cada época) y la otra acotada a la Argentina y a las ideas políticas, si bien el autor define ese concepto con una acepción amplia, de “visión del mundo válida para la sociedad en su conjunto”. Por otra parte, son publicaciones actuales, editadas en el año 2003.

Generalmente el examen de las ideas lleva al campo de la filosofía, de allí a la lingüística/semiótica y luego a la historia. Dentro del oficio del historiador las ideas producen un efecto de sentido un tanto ambiguo cada vez que se intenta asociarlas a la historia, porque desde los campos que no son específicamente históricos hay un cierto desconocimiento de las metodologías históricas y desde el campo del historiador, generalmente una indiferencia hacia este tratamiento⁵.

La elección de las dos obras señaladas antes (Devés y Sebrelli) tiene un interés especial en buscar la relación entre sus planteos y las cuestiones teóricas que preocupan a los historiadores. También se trata de observar si hay un desarrollo de problemáticas como el campo de lo real, la demitificación y la racionalidad. Para ambos autores la conexión entre el pasado y el presente es una relación combinada de continuidad y discontinuidad, de permanencia y cambio: los proyectos de hoy forjan las precondiciones del porvenir (Sebrelli) y los planteamientos actuales se conectan con los más antiguos, incluso ancestrales y semi- míticos, remontándose a pasados lejanos (Devés).

Mi propósito -dice Sebrelli- “es desentrañar las relaciones y conexiones intrincadas, ambiguas, mediatizadas, ondulantes de las interpretaciones de la realidad con la realidad histórica misma (con las clases sociales, grupos, generaciones, periodos históricos, individualidades) en que se han encarnado”⁶ y desde el principio señala un desencuentro entre las ideas políticas y la realidad.

El autor se propone una crítica de las “mitologías populistas y de las elitistas” y también una crítica a la concepción utópica de la democracia, concebida como un ideal trascendente o un fin de la historia en vez de un proceso a realizarse el día a día y con la mayor participación posible de todos.

Sebrelli declara una preocupación por lograr una reconstrucción racional y acercarse al campo de lo real. Dice que su obra pretende una reflexión racional que intente clarificar el caótico proceso de cambio. Su hilo conductor no está explicitado, pero es clara su opción por demostrar un desarrollo liberal exitoso e interrumpido en

la Argentina de 1930 y la nación decadente de la mano de las ideas nacionalistas (o identitarias como las define Devés). Sebrelli identifica la racionalidad en general con los procesos históricos liberales y la irracionalidad y decadencia con las etapas nacionalistas y populistas, también se observa que su obra está construida desde una visión paradigmática entre progreso y decadencia.

En Devés existe una preocupación por tener una visión global en el proceso de desarrollo de las ideas y relacionarlas con épocas históricas. También se observa su inquietud por definir un paradigma interpretativo de ese desarrollo. Para Devés en 1900 se inaugura una gran oleada identitaria que dura por lo menos 30 años, hasta la crisis 1929-30 en la cual reconoce tres períodos: uno cultural arielista, uno social indígena- afroamericanista y otro económico nacional.

En la segunda mitad del siglo entiende que hay una primacía de lo modernizador y que esa posición modernizadora es encabezada por las ciencias económico sociales, armadas de conceptos como desarrollo, industrialización, cambio social, transición y sociedad moderna entre otros. En esta etapa reconoce un breve y fulgurante énfasis identitario- no muy nítido entre 1965 y 1975- que incluso va a radicalizar lo modernizador entre los 70 y los primeros 90 con el neoliberalismo. Estas posiciones suscitan a fines del siglo XX una reacción identitaria con la reivindicación global de las culturas.

Lo modernizador se entiende como “ponerse al día” con los modelos emanados de las regiones que se consideran a la vanguardia. Abrirse a implementar lo científico-tecnológico para aumentar los niveles de eficiencia que permitan superar “la condición de atraso”. Lo identitario es el afán por vivir un ritmo autóctono y autónomo, buscando un modelo de vida en el interior de la propia cultura e historia. Busca más que abrirse, encontrarse a sí mismo y permitir el despliegue de un modo de ser.

Pueden rastrearse los temas y categorías que considera significativos de la segunda mitad del siglo XX: desarrollo, seguridad, derechos humanos, multiculturalidad, movimientos sociales. Otros grandes conceptos: modernización, identidad, revolución, democracia, integración, dependencia, nacionalismo. El autor dice que el concepto de desarrollo, es el más utilizado en el interior del pensamiento de América Latina durante la segunda mitad del siglo XX, puede decirse que divide el pensamiento del siglo en dos partes. “El concepto y el tema de desarrollo - ligado al de subdesarrollo- es de tal relevancia que contribuye de manera importante a

otorgarle carácter al pensamiento latinoamericano y prioritariamente al económico-político. Este tema-concepto trasciende el ámbito económico hacia el pensamiento político, el ensayo y también las humanidades.”

Así como Sebrelli concibe el desarrollo histórico relacionado con las ideas, desde la concepción de progreso y decadencia, Devés interpreta el desarrollo de las ideas en el ámbito latinoamericano desde dos concepciones contrapuestas y casi cíclicas: la identitaria y la modernizadora y define los conceptos propios de estas corrientes.

Estas propuestas teóricas desde otras disciplinas pueden discutirse y contraponerse con la del historiador Ciro Flamarion Cardoso –la que se analiza especialmente más adelante– donde expone su teoría sobre la lucha entre dos paradigmas rivales. En síntesis, considera que al final del siglo XX nos encontramos con una crisis de civilización, simbolizada por la forma en que se encara la dupla cultura / civilización. Es así que el autor define su perspectiva macro teórica: presentará la disciplina histórica a partir de la oposición entre dos paradigmas polares, a los que identifica como iluminista y posmoderno.

4.2. La influencia de la Antropología en la Historia

La década del 70 y especialmente los hechos del 68 en Francia pueden ser tomados como punto de referencia para marcar el inicio de una fuerte demanda pública de historia que superó con creces los círculos académicos. Pertenece a esta época el movimiento social que pretende dar forma a un futuro utópico pensado en los términos de una liberación de las coerciones sociales y por otro lado se origina un rechazo a la sociedad contemporánea que sustenta esa red de coerciones colectivas e individuales. El optimismo de las décadas de posguerra se borra para dejar paso a la incertidumbre y el progreso no aparece como un valor seguro, que es una referencia central en los tiempos de transformación rápida. La incertidumbre provoca que surjan otra vez interrogantes sobre el sentido de la historia y de hecho nuevas corrientes historiográficas y paradigmas:

“El presente es incierto y el futuro opaco, el pasado se convierte en un valor de refugio (...) Se convierte en un lugar de exotismo, de una utopía retrospectiva (...) y se pone en contacto con la literatura etnográfica. (...) Desde entonces, en

algunos ámbitos, la historia que fascina es una historia inmóvil, que Le Roy Ladurie convierte en 1973, en el título de su lección inaugural en el Collège de France”.⁷

Esa historia titulada de manera provocativa, no es en realidad inmóvil, pero elige el tiempo largo, las evoluciones imperceptibles, con la convicción de que en ese nivel se ubican las realidades verdaderamente importantes.

Lo que ocurre en los años 70 es una internacionalización de los debates y los intercambios historiográficos y un crecimiento diversificado del “movimiento Annales”, (así calificado por Jacques Revel, quien considera esa expresión más adecuada que la de “escuela”) y que traduce un dinamismo excepcional en la disciplina histórica. Lo expresa el historiador cuando ejemplifica:

“ La renovación del repertorio de los objetos parece ilimitado, para el caso, basta como ejemplo paradigmático *Hacer la historia de Jacques Le Goff y Pierre Nora*, publicado en 1974, donde hay una reformulación de problemáticas: religión, ciencia, arte, política, economía, clima, fiesta, cuerpo, cocina, libro, inconsciente” pero seguidamente señala con claro discernimiento que “muy raramente (se encuentra) una reflexión epistemológica sobre el oficio de historiador” y que el conjunto es ecléctico y a veinte años de distancia su coherencia resulta a veces incierta. “Más aún, en los grandes textos, la dimensión historiográfica-o sea la dimensión reflexiva de la disciplina sobre ella misma y sus transformaciones, es secundaria, cuando no ausente la mayor parte de las veces”⁸. Conservan la búsqueda de una mayor eficacia científica a través de la confrontación de las disciplinas pero rechazan la construcción teórica y la epistemología prescriptiva que sustentaban el proyecto sociológico.

Un objetivo de esta nueva historiografía es la difusión a un público masivo de la amplitud y la diversidad de los intereses de los historiadores y otro, sugerir que se está ante una nueva fundación historiográfica que integra las anteriores, pero esta dispuesta a superarlas y permitir la recepción de propuestas de origen historiográfico diverso. Jacques Revel, agrega que si bien la innovación se convierte en la regla común, también se vuelve mas trivial. Es entonces que el campo bautizado como “antropología histórica” toma el relevo de la historia de las mentalidades al tiempo que concibe una nueva cadena de objetos: las estructuras familiares, las actitudes ante la vida y la muerte, la aventura del cuerpo, el campo de las representaciones colectivas, los ritos y los mitos, las formas de creencia, las prácticas económicas y políticas y culturales. La antropología se convierte en compañera privilegiada de la

historia, sobre todo por los instrumentos conceptuales que pone a disposición de los historiadores y porque aprovecha el cambio del llamado régimen de historicidad: “la perspectiva antropológica resulta conveniente para pensar un mundo donde al pasado se lo considera como referencia absoluta y donde la historización de lo contemporáneo se vuelve obsesiva”⁹.

Pero hay dos realidades sensiblemente diferentes para la historiografía: una es la necesidad de seguir investigando y multiplicando sus intereses, abierta a las sugerencias exteriores y otra, las condiciones epistemológicas de esa investigación y el status del trabajo del historiador. Si bien los historiadores han sacado provecho de la antropología, no son muchos los que han tomado los modelos antropológicos sociales en su totalidad, porque el gran inconveniente disciplinar y de difícil superación, es que los historiadores critican esos modelos porque los consideran inmóviles y por lo tanto no reconocen la evolución histórica. Por otra parte, se toma conciencia de que la confrontación con otras disciplinas ya no es percibida como una respuesta a un problema sino como un problema.

En la posguerra, había consenso sobre el predominio de las cuestiones sociales y económicas en los procesos históricos, pero ahora del interés en las relaciones de esas dimensiones, se salta al interés en lo sociocultural. En lo sucesivo con esta nueva influencia, es en el imaginario, en los sueños, en las fiestas, en la representación de lo social donde se espera explicar, comprender, hacer inteligible la realidad social. En Annales, durante los 25 años precedentes, los estudios de historia cultural, incluyendo mentalidades, consistiría, como promedio en menos del 10% del material publicado, a mediados de los 70 ese porcentaje se triplicó. Ese territorio siguió creciendo, pero de manera incontrolable. Es la evolución que terminó en el “estallido de la historia” o en la “historia en migajas”.

En la década del 90 se produce un avance indiscriminado de las influencias posmodernas en la historia, pero también el punto de inflexión que ocurre en casi todos los ámbitos disciplinarios. En la historiografía la búsqueda de lo nuevo no es primacía absoluta pero si lo es la exigencia de repensar la teoría, de repensar la historia. Es innegable que estos últimos años del siglo no son los de expansión rápida del campo historiográfico, sino más bien del retorno crítico de los historiadores sobre su quehacer, sus procedimientos y sus convicciones. Es la etapa de la reflexión la que avanza en la historiografía.

Es necesario revisar con una reconstrucción crítica las categorías tradicionales de análisis, fieles al empirismo como es tradición entre los historiadores, pero cada vez más avanzado el análisis teórico y el espíritu crítico. No se podrá perder de vista que los debates que alimentó la historiografía, siguen siendo substancialmente los mismos, sostenidos y redefinidos en otros tiempos, pero siempre presentes en la confrontación de la historia con las demás ciencias sociales, y la construcción de lo social a través de las categorías que permiten pensarlo.

4.3. Categorías explícitas es implícitas utilizadas por los historiadores. Análisis sobre historiadores argentinos

El conjunto de valores en que se divide una variable es llamado sistema de valores o sistema de categorías. En las ciencias sociales el concepto de variable que tiene un origen matemático se ha convertido en un sinónimo de característica o aspecto (o incluso dimensión) de un objeto de estudio. Sería una característica de la unidad de observación que varía entre ellas. Por el contrario, la constante es una característica de la unidad de observación que no varía en el universo / o muestra considerado por el investigador para realizar su medición. De todas formas, mas allá de las definiciones teóricas que subyacen en la definición de variables, estas deben ser traducidas a conceptos comprobables si es que se encuentran incluidas en hipótesis científicas refutables por medio de la prueba empírica, aplicada ésta a los hechos sociales. Es decir es preciso definir las variables teóricas contenidas en las hipótesis en términos de variables empíricas.

Los sistemas de valores o sistemas de categorías no son fijos para una variable dada, dependen de la naturaleza de la variable, de las decisiones del investigador que las manipula de acuerdo con la importancia que le asigne, en todo lo cual resultan decisivos aspectos tales como el contexto donde trabaja, las técnicas que utiliza, y su abordaje teórico e ideológico dentro del encuadre de su disciplina de origen e incluso los desafíos derivados de la interdisciplinariedad y de la revolución científica y tecnológica.

A partir de esta reflexión se investigan las categorías utilizadas por los historiadores empezando por la labor de Oscar Cornblit, quién es compilador y autor de una de las obras historiográficas más importantes escritas en Argentina, en temas

relacionados con la teoría de la historia. Cornblit realiza un repaso de algunos de los debates historiográficos previos al siglo XX, donde han surgido recurrentemente algunas cuestiones como el conocimiento de hechos singulares versus la posibilidad de captaciones de universales, también la cuestión del trabajo del historiador y su restricción a áreas muy delimitadas de investigación o sujetos mas vastos como nación, cultura o civilización. Un segundo dilema es cuanto puede despegarse el historiador de los datos documentales y tratar de elevarse a conclusiones más amplias y generales sobre áreas dilatadas de la historia.

El tercer debate es sobre el establecimiento de conexiones causales entre hechos, versus exposiciones en los que la consideración de los nexos necesarios es secundaria. Un cuarto asunto ha sido el de la relación entre la asunción de determinadas posiciones filosóficas respecto de la sociedad y su historia y posiciones políticas específicas.

Los capítulos del libro, escritos por distintos investigadores, de diversa manera retoman algunos de estos temas. El director de la obra expresa que “podríamos considerarlos como el modo en que en el siglo XX se han encarado estos mismos problemas y se ha procurado darles respuestas”.¹⁰

4.3.1. En torno a la historia social

La investigación de Tulio Halperin Dongui -uno de los colaboradores de la labor señalada -si bien se refiere a la historia social en particular, explica las transformaciones de la historiografía en general de los últimos 25 años, pero conectándola con antecedentes mucho más lejanos. Expresa que los debates extendidos a lo largo de varios siglos resurgen en el XX con vigor y las escuelas más significativas aparecidas en el último cuarto del mismo siglo, reconocen precedentes en la historiografía más lejana. Agrega que si bien en las escuelas históricas actuales se reconoce la progresiva multiplicación de perspectivas y de métodos con una pluralidad de enfoques, él observa una nota prevaleciente, que es la historia de los historiadores y no la de los filósofos que quieren fijar los grandes temas, la que predomina, la que se acepta y la que se estudia, y “que la reorientación que está terminando de madurar, al renunciar (...) a claves ilusorias, hace por fin encarar los problemas que plantea el conocimiento histórico, tal como de hecho lo practican los historiadores”¹¹.

Este autor señala algunas categorías utilizadas por los historiadores como la de conflicto político – social que devuelve a su lugar central al conflicto político y trata a la historia social como el nivel más profundo de la historia política, pero con nuevos protagonistas colectivos. Este paso se evidencia cuando se supera la historia política militar como memoria colectiva de la clase gobernante y se reemplaza aquella eligiendo a la historia social y económica como alternativa a la misma. La categoría de conflicto político - social desplegada en el tiempo, ofrecía un hilo conductor para el avance del proceso histórico a través de etapas sucesivas. Entonces - expresa el historiador- la perspectiva de esa renovada historia política tiene su base en la redefinición de las relaciones entre pasado, presente y futuro y en la seguridad con que el historiador creía conocer la meta futura a la que se encamina el proceso histórico. Le otorgaba al proceso dirección y sentido pero también una imagen sincrónica de la historia donde la compleja realidad se estructuraba en torno a los problemas que atravesó el conflicto político social. Ese sería el hilo conductor para el avance del proceso, “versión mal secularizada de una historia de la redención de la humanidad a lo largo del tiempo”.

Perdida la fe en ese hilo conductor se hizo necesario redefinir otros. Quiénes tomaron a su cargo esta tarea, lo hacían también a partir de nuevas visiones globales, a partir de su propio contexto histórico. Se observaba el reconocimiento de todo lo que se había dejado de lado o se había resistido a ser integrado en una historia global organizada, como los progresos de las instituciones libres, del sentimiento nacional o de la democracia.

La historia afrontaba entonces la tarea de explorar conexiones y articulaciones presentes en el proceso histórico, definiendo su cambio en la organización de sus proyectos en torno a problemas, cuyo esclarecimiento requería desentrañar conexiones que cruzan las fronteras interdisciplinarias. Así se perfiló un modo de hacer historia que hizo de la búsqueda de relaciones y conexiones un aspecto esencial en la tarea del historiador, configurándolas en una etapa nítidamente acotada del pasado.

Eso produce un aflojamiento del nexo entre pasado, presente y futuro. “El enriquecimiento (...) de la imagen de cada época se ha logrado sacrificando la coherencia de la reconstrucción sincrónica pero también la firmeza del nexo diacrónico, (...) esa imagen más rica del pasado histórico de cada época no se

organiza en torno a un motivo estructurante tan eficaz como el que provenía de la antes reconocida historia político social". Señala Halperin Donghi que esa exploración de las conexiones fue una tentativa respuesta a los problemas de una época, por construir una "historia de la dinámica cuyuntural y quiso ser ante todo una historia de la crisis".¹²

Afirma también que en la década del 60 reaparece una visión lineal del avance histórico. Hay que recordar, antes de precisar el análisis de este historiador, que el clima intelectual de esa época llevaba el interés hacia la historia económica, la demografía y la historia social entendida como el estudio de grupos sociales muy vastos definidos por criterios socio-económicos. Los actores fundamentales eran los campesinos y especialmente los obreros como grupo portador de futuro, en una profusión de estudios influidos por los aportes marxistas en auge en ambientes universitarios. El estudio de los aspectos económico-sociales eran prioritarios para explicar la causalidad histórica y las interpretaciones globalizadoras se hacían en términos de clases sociales. A esa visión -en muchos casos- determinista de lo social y lo económico y del tiempo largo¹³, se la acompañaba con un interés pronunciado por lo político y las rupturas revolucionarias, a pesar de que esta época descalificaba la historia política (tal como fue entendida y escrita en la mayoría de la producción histórica hasta entonces). El siguiente párrafo de Xavier Guerra es muy revelador del clima de la década del 60:

"Aquella época asistía a una crisis social y política de una extraordinaria fuerza, vimos una extraordinaria efervescencia cultural, la explosión del verbo y la utopía (...) Estábamos frente a una crisis cultural, política y social de enorme virulencia y que era al mismo tiempo paradójica, puesto que la crisis se producía sin que hubiera ni crisis económica ni paro"¹⁴

Retomando a Halperín Donghi - quien considera a aquella primera historia económica como "historia de la crisis" y que constituyó todo un movimiento historiográfico – continúa expresando que a ese movimiento, lo reemplazó un nuevo enfoque que utilizó otras categorías, y surge entonces "la historia del despegue, del crecimiento y de las desigualdades del crecimiento", como el hilo conductor del proceso histórico. Se veía el motor del avance histórico en la revolución industrial,

midiendo con precisión sus progresos, prescindiendo de buscar más allá de la esfera económica las claves de una dinámica capaz de hacer comprensible su avance a través de todas ellas. El entorno propio de la década donde se extendía una ola de prosperidad amortiguaba las críticas posibles y hacía perder significado a otras corrientes críticas. La historia cuantitativa ofreció un puente para que la historiografía entre en otros terrenos, superando el agotamiento de los viejos postulados de la historia del siglo XIX, pero lo que la iba a hacer rápidamente inactual era la entrada en la etapa postindustrial que Halperin Donghi describe expresando que anunciada dramáticamente en Europa por la tormenta de 1968, iba a producirse mas discretamente también en los EEUU. El historiador observa que transferir al surgimiento de la civilización industrial el papel de núcleo y meta de la historia universal que un siglo antes se había asignado al de las instituciones libres, nunca había logrado un éxito total porque estas historias ofrecían un núcleo reducido para un territorio desmesuradamente ampliado.

La década del 70 muestra las nuevas exigencias de la disciplina generadas desde su propio desarrollo interno: los movimientos de masas que tenían como núcleo a los obreros y que por un siglo habían sido la más constante fuente de desafíos al orden vigente se debilita y deja lugar a otros más heterogéneos y de bases más amplias. Es la hora de las coaliciones. “El presente se resiste como el pasado a organizarse en torno a los temas centrales de la historia social, (...) la renuncia a un tema y a un sujeto central para la historia social suponía una reorientación radical en las perspectivas historiográficas”.¹⁵

Hay que decir que algo se mantiene de la herencia sesentista en la actualidad y sobrevuela la posmodernidad: “la explosión del verbo y la utopía” y el predominio de los estudios culturales y del imaginario que con diversos matices llega hasta la posmodernidad.

Había que encarar de frente - dice Halperín Donghi - una situación en que la ambición de validez universal (que sigue siendo propia del conocimiento histórico) coexiste con una pluralidad de perspectivas historiográficas. Lógicamente esto se tradujo en la elaboración de una pluralidad de imágenes, potencialmente contradictorias para el objeto de ese conocimiento. Esa pluralización de perspectivas venía favorecida porque se había agotado cualquier visión histórica organizada en torno a un sujeto y un centro. Ahora hay una pluralidad de sujetos en torno a los

cuales se organizan perspectivas historiográficas a cuyo servicio se ponen algunos historiadores, muchos de los cuales comparten sus raíces con las del grupo del cual hacen historia y obviamente se identifican.

“Estas dificultades, requieren volver a encarar los problemas derivados de la subjetividad en el conocimiento propio de la historia”.¹⁶

Halperin Donghi ejemplifica el efecto de la subjetividad emocional para demostrar que la perspectiva de cada estudioso de historia arraigada en su experiencia personal, amenaza reducir la discusión de puntos de vista diferentes a un mero registro de reacciones afectivas. La subjetividad del historiador adquiere gravitación cada vez más decisiva, dice, y los peligros que esa concepción plantea al debate historiográfico son evidentes: en la medida en que contrapone visiones heterogéneas ancladas en experiencias intransferibles, no podría ser sino un debate de sordos. Profundizando en el tema de la subjetividad, agrega el historiador que en la posmodernidad el impacto de la revolución foucaultiana sobre los historiadores fue realmente paradójico, porque esa revolución planteó radicalmente la validez del conocimiento histórico a partir – de lo que ya sabían los historiadores- de la constatación de la coexistencia de perspectivas plurales en el campo histórico.

“Foucault se esforzó obstinada y vanamente en resolver esta cuestión; la lección que de ella se deduciría era más bien la legitimación de ese pluralismo y una incitación a utilizar sin reticencias los nuevos márgenes de libertad que se abrían”.¹⁷ Esta inquietud que señala el autor por la diversidad implícita en la constitución de la sociedad, ha llevado en sus extremos, ha discutir la concepción tradicional sobre “lo real” y ha generado una visión que confunde diverso con “otra realidad” y su posible comprensión.

Avanzado el siglo XX se buscan nuevas categorías para la reconstrucción histórica, pensando que hay que elaborarlas a partir del propio contexto histórico; pero este hallazgo fundamental de los historiadores suele anular sus mejores propósitos cuando para no evadir los precisos contextos, pierden su interés en una historia más abarcadora y significativa. El peligro se detecta en que pueden quedarse en la exploración particularizada del fenómeno histórico, que contiene mucha erudición y poco significado explicativo.

Cierta historiografía del último cuarto de siglo abandonó la aspiración a organizarse en torno a un definido núcleo temático y problemático, de esta forma enriqueció su repertorio de perspectivas de análisis, pero tiene como contrapartida

una creciente dispersión y aún incoherencia del enfoque histórico. El historiador analizado expresa su preocupación ante estas tendencias cuando dice que si se denunciaron como criterios arbitrarios y empobrecedores los de la historiografía liberal y nacionalista para seleccionar los hechos del pasado, ¿alrededor de cuáles se podrá acordar en una historiografía amenazada por la invasión incontenible de una masa de hechos tan innumerables como insignificantes? Y ¿qué criterios de selección reemplazarán a los descalificados? “Los progresos de una erudición tan afanosa como opaca son más veloces que las exploraciones con una fuerte reflexión”.

La búsqueda de claves ilusorias trajo como contrapartida lo que aparece como una vuelta hacia la historia erudita que pretende constituirse en el único modo legítimo de hacer historia, lo que marca otro peligro: “la indagación erudita ciega e insaciable apartada de toda consideración de fundamentos teóricos para la historia”¹⁸.

El mismo autor señalado insiste en que la coyuntura que hoy afronta la disciplina no carece de precedentes y espera que la revisión de la historia permita, “la tarea de redefinir la historiografía sobre sólidos principios organizadores”.

Como se puede observar, para algunos historiadores cierta historiografía abandona un núcleo de temas y problemas capaz de conservar una mínima coherencia y por otra parte abandonó también la posibilidad misma de dar cuenta del cambio social a través del tiempo en una historia más abarcadora. Perdida la fe se hace necesario redefinir los supuestos y objetivos de la historiografía en la nueva etapa. Un dilema actual es constituir categorías para nuevas visiones globales, implícitas o explícitas, que reemplacen a las que han perdido su eficacia.

4.3.2. En torno a la historia económica

Otro capítulo de la obra citada es el escrito por Roberto Cortés Conde donde reivindica el poder explicativo de la teoría, en este caso para el análisis histórico –económico, y expresa que la investigación no tendría ninguna dirección si la teoría no brindara supuestos sobre los comportamientos esperables. Expresa que la historia económica puede utilizar estas teorías aunque la complejidad de los hechos a explicar requiera una multiplicación de los factores actuantes. Apunta a la influencia del contexto político- social y económico sobre los estudios de historia económica y

sobre las propuestas de acción que se dieron específicamente en el área latinoamericana.

Cortés Conde coincide con Halperin Donghi al reafirmar que las corrientes que se consideran tan nuevas, tienen fuertes antecedentes en el pasado, y agrega que se olvida que la economía no predice comportamientos individuales y que los hechos del pasado no son esencialmente distintos a los del presente.¹⁹

Destaca- también de acuerdo con el autor mencionado antes- que al comienzo de la década del 60, la evolución de la historia económica en la Argentina, tuvo la gran influencia de los temas que interesaban especialmente a las ciencias sociales en la época. La preocupación por esos temas hizo que algunos de ellos se convirtieran en categorías de análisis o en hilos conductores para la explicación. Por ejemplo, las fluctuaciones respondían a una época en la que se había pasado de la euforia de la década del 20 a la crisis y la depresión de los 30, “porque a menudo los esfuerzos académicos del momento se dedicaban a problemas de períodos previos que ya habían sido resueltos o habían cambiado”.

En los años 60 apareció en la economía la literatura sobre problemas del desarrollo, que había alcanzado mucha difusión en los países occidentales después de la segunda guerra. Prevalcieron los estudios sobre discontinuidad, fractura o cambio y no los de equilibrio, de los cuales se ocupaba el análisis económico. Aquellos eran temas de historiadores y cuando los economistas se dedicaron a ellos apareció un campo que transitaban ambos.

Historiadores y economistas se enfrentaban a situaciones difíciles de explicar: ¿por qué países como Argentina que habían tenido un crecimiento importante desde fines del siglo XIX lo vieron interrumpido después del 30? ¿Por qué esos países no habían logrado industrializarse? Los dramáticos cambios producidos en las corrientes de comercio mundial tras la Depresión del 30, parecía indicar la extrema debilidad de un crecimiento basado en el comercio y la producción de bienes primarios para la exportación. Estos fueron los interrogantes de Aníbal Pinto²⁰ en Chile, en su libro “Un caso de desarrollo frustrado” de 1958, que generalizó para América Latina la problemática de la frustración. También fueron los interrogantes de Celso Furtado²¹, en sus obras sobre el desarrollo de Brasil y los de Aldo Ferrer²² sobre Argentina.

Reafirma el autor que esta literatura tenía fuerte raigambre en el pasado y que en la necesidad de buscar casos históricos para justificar políticas económicas industrializantes y proteccionistas, los economistas de la posguerra, recrearon los

argumentos contra la economía clásica que había elaborado la escuela histórica alemana. Surge esta escuela por un interés muy concreto: “mientras los ingleses estaban bajo la influencia del elegante razonar lógico de los clásicos, los alemanes buscaban en la historia argumentos para la construcción del estado-nación”.

El objetivo político no declarado, según el autor, era el de sostener políticas proteccionistas y nacionalistas con el argumento de generalizar situaciones históricas, así fue que se rechazó la teoría económica, la existencia de leyes generales, sosteniendo solo la validez de la generalización que partía de situaciones históricas concretas. Cuando en nuestro continente el clima intelectual favoreció la búsqueda de políticas autarquizantes se renovó el interés por la escuela alemana. “La economía desaparece de las universidades y su lugar es tomado ocasionalmente por los aspectos económicos de la ciencia política, una recolección enciclopédica del conocimiento de varios temas. (...) Lo que estaba en discusión no era la historia, siempre fue la teoría”.²³

Se describieron procesos económicos, formas sociales de organización económica, con el interés centrado en los procesos de cambio, en la transición de una etapa a otra, buscando leyes de los desarrollos históricos, pero no se trató de explicar cambios por causas económicas, sino que se los encontró en factores culturales, sociales o políticos. Más que una explicación económica, se hizo una descripción cultural de los fenómenos económicos.

Expresa Cortés Conde que este método de la escuela alemana fue el que más influyó en nuestra historia económica hasta hace pocos años. Sobre sus supuestos se elaboraron interpretaciones sobre el pasado económico argentino y señala como tales: que el crecimiento orientado hacia las exportaciones fue la causa del estancamiento y atraso; que la actividad agropecuaria de exportación favoreció a una élite tradicional que no invirtió en industrias, dejando al país en un estado pastoril; que la división internacional del trabajo, resultado de la integración de la Argentina a la economía mundial, la condenó a ser abastecedora de productos primarios cuyos precios caían en los mercados internacionales, lo que producía la persistente disminución de sus ingresos; que la competencia de las importaciones arruinó las artesanías, impidiendo su transformación en manufacturas, destruyendo las economías del interior y haciendo que Bs. As., enclave de la economía mundial, fuera la única beneficiaria de ese crecimiento. Frente a ese desarrollo hacia fuera, el país debía buscar uno hacia adentro, el de sus industrias, de sus fuerzas productivas y

el trabajo nacional. Estos argumentos- expresa Cortés Conde- se remontan a Alejandro Bunge, se repitieron en foros académicos y en los que no lo eran y en el discurso oficial del período más autarquizante de la historia argentina. Aparecen en la literatura histórica económica de entonces y se encuadra también en la sociológica.

A fines de los 60, por influencia de estudios de economistas extranjeros más que por la nueva historia económica que recién empezaba a difundirse, se produce un cambio. El que más peso tuvo fue el de Carlos Díaz Alejandro²⁴. Su tesis modifica las antiguas versiones sobre el crecimiento argentino: “La experiencia de la Argentina anterior a 1930 concuerda, en general, con la teoría del comercio y el crecimiento basada en los excedentes. (...) parece indudable que en aquella época el crecimiento estaba en íntima relación con los sucesivos auges en las exportaciones de mercancías tierra-intensivas, siendo muy bajo el costo de oportunidad de la tierra”.²⁵

Otros autores de la misma obra en análisis, como Ezequiel Gallo, Torcuato Di Tella, el mismo Cortés Conde, revisaron las anteriores versiones tradicionales de la historiografía, algunos las suyas propias y avanzaron afirmando que no había oposición entre el crecimiento de la economía basada en las exportaciones agrícolas y la industrialización, sino que ésta había sido consecuencia de aquélla.

La nueva historia económica dejó la enseñanza sobre la importancia de la medición y de su relación con la teoría económica y los métodos cuantitativos y la nueva economía institucional tuvo en los últimos tiempos una aplicación novedosa en la historia económica: recupera la importancia del derecho, del sistema jurídico y del político que posibilitan un estado eficiente, precondiciones para que cada participante obtenga todo el beneficio del intercambio que le corresponde y tenga incentivos para invertir y de ese modo la sociedad progrese. La diferencia entre la nueva y la vieja historia económica institucional es que la primera, reconoce la presencia de factores no económicos y no solo explica los que lo son con la teoría económica, sino que busca explicar la aparición de las instituciones como producto de las conductas de los individuos que tratan de maximizar su utilidad.

La antigua economía institucional conducía a un desencuentro casi inevitable entre economía e historia, la nueva acepta que existe un terreno en donde se debe trabajar con los mismos métodos de la economía, pero amplía el marco de la investigación al campo de las instituciones.

Se puede decir, que la categoría de formación del estado –nación dominó el pensamiento de los historiadores alemanes, y se proyectó y difundió entre otros de

diferentes ámbitos. La categoría de las fluctuaciones económicas, influyó en la de los que trabajaron después de la crisis del 30 y la de los problemas del crecimiento y subdesarrollo en la generación de la segunda posguerra. El más reciente interés por las categorías acerca de los aspectos institucionales que favorecen o frenan el progreso de las naciones, tiene una urgencia inocultable para quienes vivieron décadas de experiencias decepcionantes.

Si se comparan los dos trabajos analizados se puede observar que sus autores coinciden en otorgar gran importancia a la teoría y están de acuerdo en considerar la carencia de ella en los análisis de algunos historiadores. Concuerdan también en que hay antecedentes remotos de fenómenos que parecen nuevos. Ambos consideran que el estudio de los procesos históricos está enmarcado en las preocupaciones de la época de quien lo hace, como también en destacar la fuerte incidencia de los intereses políticos, además de marcar los desencuentros entre economía e historia, que se superan en gran parte cuando se investiga el campo de las instituciones y se recupera la importancia del derecho y del sistema jurídico.

También coinciden en señalar los grandes cambios ocurridos en la década del 60 identificando las categorías de crecimiento, desarrollo- subdesarrollo, crisis, como las más difundidas en la época.

4.3.3. En torno a la teoría de la historia

Según Cornblit los otros autores de esta obra trabajan tratando de dilucidar si la historia es una ciencia donde la observación, las teorías y la puesta a prueba de las conclusiones con datos objetivos son un requisito insustituible o la subjetividad, la interpretación y comprensión definen mejor su actividad. Entre ellos Ezequiel Gallo se pregunta si la historia es una ciencia, un arte o una combinación no muy rigurosa de ambas disciplinas y confronta opiniones de historiadores sobre su quehacer.

Se destacan las reflexiones de los que piensan que las observaciones de los historiadores son más susceptibles a la presencia de la pasión, la emoción y el prejuicio, lo que ha retrasado notoriamente el avance de los estudios históricos (J.B.Bury, Buckle, G. Trevelyan). Otros creen que la búsqueda, la colección de datos, sopesar las evidencias, son procedimientos científicos (Carl Hempel)²⁶. Hay también posturas intermedias. Esta polémica tuvo su réplica en el campo de la filosofía.²⁷

Ezequiel Gallo considera que la contribución más importante de Hempel fue suponer que los historiadores investigan en forma similar a la que lo hacen los científicos de las disciplinas fuertes, pero sugiriendo que las leyes utilizadas por los historiadores son de carácter probabilístico y no universal, concediendo que los historiadores usan bosquejos explicativos en los cuales imitan los procedimientos requeridos por el método experimental.

Esta forma de enfocar el problema contradecía las opiniones de muchos autores que consideraban la existencia de una diferencia radical entre las ciencias físico-naturales y las disciplinas sociales y humanas.

El autor analiza varias de ellas y concluye diciendo que más de cien años de intensa investigación y de experimentación con modelos y métodos importados de otras disciplinas sociales han arrojado resultados desconsoladores, comparados con las expectativas y con la duración del debate. Los resultados muestran dificultades insalvables en la aplicación de modelos explicativos como el sugerido por Hempel como también problemas muy arduos en el modelo estrictamente descriptivo. Propone la reconstrucción respetuosa del pasado no distorsionada por extrapolaciones inducidas por el contexto actual del historiador. No acepta que se puedan hacer referencias a procesos o tendencias inevitables y a buscar predicciones significativas en las conclusiones de las investigaciones históricas. Y agrega:

“Esto no autoriza sin embargo a postular una libertad irrestricta para la imaginación histórica, ni exime al historiador de la tarea distintiva de la actividad científica, verbigracia, la de contrastar sus conclusiones con la realidad”.²⁸

Otro autor analizado, Manuel Mora y Araujo se pronuncia por una unificación metodológica en las ciencias sociales con las naturales, si bien diferencia a la historia como un caso particular en las ciencias sociales, describiéndola como ciencia social particularizante, frente a estilos generalizantes. Parece claro que una cosa es decir que en el dominio de la historia no existen consecuencias verificables de las proposiciones generales y otra cosa es decir que la verificación de cualquier proposición es imposible. En el primer caso se cuestiona la posibilidad de la inferencia en la ciencia histórica (argumento que afecta a la lógica del “experimento crucial” que es la instancia para decidir a favor de una teoría frente a una alternativa) y en el segundo caso es la teoría de la verificación la que está cuestionada. A veces no está claro si lo que se cuestiona en la aplicación del método científico es la

posibilidad de la inferencia (en el cual se establecen relaciones entre proposiciones) o en el plano de la verificación (en el cual se establecen relaciones entre proposiciones empíricas y datos).

Agrega que todo argumento contra la imposibilidad de decidir empíricamente a favor o en contra de una teoría, tiene sentido en tanto esté referido a proposiciones generales. “Teorizar es algo más que poner nombres a los hechos, cuando los investigadores teorizan o usan teorías y en esto no se diferencian mayormente los científicos sociales de otros, creen estar haciendo algo más que rotulando hechos”.²⁹

Para poner a prueba teorías es necesario pasar de éstas, a proposiciones que contengan términos observacionales, las cuales son consecuencias de las proposiciones teóricas y pueden verificarse empíricamente. Los investigadores construyen su material de trabajo con dos clases de ingredientes: ideas y datos. Las ideas adoptan la forma de teorías o hipótesis, las cuales habitualmente ponen en relación distintos conceptos. La misma idea se va transformando en búsqueda de un ajuste entre conceptos y datos. Es necesario pasar del concepto o de la variable teórica a un conjunto de referentes empíricos que se convierten en variables-indicadores, que se refieren directamente a datos y en este sentido son verificables.

En el artículo de Mora y Araujo aparecen observaciones sobre la concepción del mundo real. Lo hace indirectamente, cuando argumenta frente al trabajo de Osvaldo Guariglia³⁰ respecto a la opinión de éste acerca de que los datos no son entes totalmente independientes de la teoría con la cual van a ser interpretados, a diferencia de los hechos del mundo real, cuya existencia suponemos ser independientes de nuestra percepción científica. Expresa que hay que tener cuidado con esta aserción, porque se corre el riesgo de caer en una trampa: cada uno ve el mundo con ojos distintos, ve en él cosas que el otro no ve. Se pregunta hasta donde podemos llevar esta relativización de la autonomía de los datos respecto de la teoría, a la cual ellos deben proporcionar apoyo empírico. No hay duda que si las cosas fueran tan dependientes de cada teoría, no se encontrarían en la práctica tantas situaciones en que las hipótesis empíricas no se confirman con los datos.

“Si se nos dice que la ciencia histórica solo maneja proposiciones del tipo “yo veo X” y no pueden alcanzar el nivel de las proposiciones de “Aquí hay X” creo que

se va demasiado lejos, porque así no habría posibilidad alguna de ciencia empírica y solo la crítica constituiría el método de estas disciplinas”.³¹

Los datos pueden ser leídos de manera diferente y pueden dar lugar a conceptos diferentes, pero es en esta situación en que es posible “el experimento crucial”, pues derivando otras predicciones de las proposiciones que contienen los conceptos alternativos puede decirse cual resiste la prueba empírica y cual no.

Oswaldo Guariglia³² dice que quiere “llamar la atención sobre ciertos puntos de partida y ciertas actitudes teóricas que de tan obvias quedan normalmente ocultas tras el enfoque del epistemólogo y arrastrado por éste, del mismo historiador”. Plantea una controversia enorme para ser dilucida por los historiadores: la filosofía moral y la filosofía de la acción, sin dilucidar estos criterios será muy difícil para un historiador –pensando desde la historia no desde la filosofía– explicar las acciones políticas en las distintas etapas de los procesos históricos. Esta problemática de alguna manera es expuesta también por Thomas Simpson en la misma obra, que inicia con un párrafo de Trotsky. “Los moralistas quieren ante todo, que la historia los deje en paz; que los deje en paz con sus libritos, sus revistas, sus suscriptores, el sentido común y las normas morales”³³.

Expresa Guariglia que “en política hay que decir, que los valores y las normas sociales y las ideas acerca de lo que es bueno o malo para la sociedad, son tan importantes como los intereses creados”. Agrega que sin duda, la política es incomprensible sin la ideología, pero vaya que no es éste su único componente. También la religión cumplió un papel preponderante en la acción política tanto externa como interior. Pero cada vez que se producen conflictos de intereses, particularmente en la política y los negocios, es inevitable que surjan problemas morales. Es así que en general y respecto a la moralidad en política, generalmente los analistas se dividieron en pragmatistas y principistas. Entre las razones por las que las filosofías le fallan al político es que no son suficientemente específicas, ni están suficientemente cerca de los conflictos morales de la vida real.

Volviendo a Simpson, él también trata este tema focalizado en una línea del pensamiento marxista, donde marca el antagonismo entre el pensamiento y la acción, y la dosis de irracionalismo que:

“el optimismo irracional con que Marx considera la función histórica de la miseria social, cuya significación está dada por su misma necesidad. (...) hay que bendecir su llegada y su florecimiento para impedir que un prosaico bienestar aleje a los obreros de su destino histórico. Engel en una carta a Marx, expresa que lo único que podría hacer algo aquí serían algunos años muy malos y desde los descubrimientos auríferos no parece fácil que vengan.” Simpson agrega “que honda tristeza la de Engels, cuando llegarán si es que llegan, esos años muy malos de la miseria redentora.” Cuando se nos propone el absoluto como única alternativa queda abierto el camino de la ciudad totalitaria. Marx como hombre de acción optó por la violencia e ignoró el problema moral implicado por la relación entre medios y fines. Simpson cuenta una entrevista donde preguntó a Botana: “¿acaso puede haber ideales más nobles que los de la inquisición?, Imposible, fue la respuesta, porque mataban en nombre de los ángeles”. El autor agrega, “reemplacemos la inquisición por Camboya u otra cualquiera y tendremos una imagen más próxima de las agonías de nuestro siglo”.³⁴

La racionalidad debe ser estudiada como un problema unido a la realidad de las relaciones de poder y de los hombres en general, juntamente con el análisis de los ideales y su realización política. Cuando denegamos la realidad tal como es y queremos guiarnos por elucubraciones míticas, ideales o utópicas para el análisis de la misma, caemos en irracionalidad. Y los resultados son producto de esa irracionalidad que se sustenta en la falta de coherencia entre lo que creemos, pensamos, decimos, escribimos y la realidad de los hechos concretos. Otro camino de irracionalidad es aquél que cree que los poderes de la fuerza deben imponerse sin negociaciones y acuerdos. Simpson también cita a Karl Popper:

“¿hasta donde estamos autorizados a suponer que los medios llevarán realmente al fin? puesto que los medios son los resultados mas inmediatos constituirán en general el resultado mas seguro de la acción mientras que el fin, que es mas remoto, será menos seguro. ¿Debemos confiar dogmáticamente en teorías causales, especialmente cuando el resultado inmediato es un mal? Este problema establece un conflicto entre el fanático y el racionalista en sentido socrático (el hombre que trata de conocer sus limitaciones intelectuales). (...) Marx había ubicado sus terribles certidumbres en el esquivo dominio de la historia, donde la responsabilidad y la sensatez solo admiten la formulación de frágiles conjeturas hacia el futuro”.³⁵

Por su parte, Carlos Pereyra³⁶, expresa que hay que despejar ambigüedades, como confundir la imposibilidad de la predicción histórica como necesidad, con la imposibilidad de una teoría de la historia. La imposibilidad predictiva no quiere decir ni se sigue de ella, la imposibilidad de una ciencia de la sociedad y de sus transformaciones históricas. Expresa que la necesidad no pertenece a lo que debe ocurrir realmente, sino a las tendencias inherentes a las cosas tal como se presenta su comportamiento cuando es examinado en cierto nivel de abstracción.

Sin modelo teórico la investigación tiene por delante una masa caótica de acontecimientos de diversa índole. Sin el concurso de una teoría no sería posible siquiera una descripción capaz de identificar las entidades y fenómenos que forman el proceso real y tampoco se dispondría de principios guía para seleccionar entre los innumerables objetos de observación que componen esa masa caótica.

“La presencia del modelo teórico no tiene que ver con la predicción, pero si con el esfuerzo para mostrar que no podría haber ocurrido cualquier cosa distinta a la que realmente ocurrió ni esta podría haberse dado de cualquier manera. Los criterios racionales en ciencia social para la confirmación y rechazo de teorías no pueden ser predictivos y deben ser por lo tanto explicativos (...) una vez producida la hipótesis de un mecanismo causal en ciencia social, puede ser verificado empíricamente pero en referencia exclusivamente a su poder explicativo.”³⁷ No hay incompatibilidad alguna entre el supuesto de que la realidad social es una totalidad compleja estructurada y la tesis epistemológica de que el conocimiento científico procede por la vía de la abstracción idealizadora, justo para avanzar en la tarea de producir explicaciones de la realidad concreta.

El autor da razones para diferenciar generalización y observación de explicación exponiendo que el proceso de observación y generalización conduce apenas a una sistematización de lo que se aprende por sentido común, meras descripciones ordenadas del proceso, pero no a su explicación. La generalización no es explicación. La observación no puede sugerir el contenido de las teorías porque no permite distinguir en el examen de la realidad entre factores esenciales y secundarios ni la conexión entre ellos, de modo que la simple observación no faculta para ir más allá de la simple enumeración.

Expresa que la visión de la práctica científica consiste en penetrar la apariencia fenomenológica y aprehender las determinaciones fundamentales de las cosas: “El conocimiento científico de la realidad social y de sus transformaciones

históricas como el conocimiento de cualquier otro sector de la realidad, supone la previa construcción de modelos ideales abstractos donde se procura dar cuenta del comportamiento de ciertas variables que –por hipótesis- se consideran esenciales (tomado el término en el sentido de determinaciones fundamentales del objeto de estudio) sin interferencias de todas las determinaciones presentes en la cosa misma, las cuales solo mas tarde y nunca de manera exhaustiva, serán incorporadas en el análisis durante la etapa de factualización del modelo teórico original”.³⁸ De modo que el conocimiento de la estructura esencial -tomada esta palabra con el sentido dicho- de algo, es fruto de la investigación científica y no de la especulación filosófica.

Guido Pincione también trabaja sobre el tema generalizaciones y explicación en la historia, desarrollando especialmente las impugnaciones que se han hecho al modelo de cobertura legal o explicación científica. Una de las críticas es que a las explicaciones en historia las acompañan con frecuencia indeterminaciones. Como por ejemplo explicar una guerra, haciendo referencia a la competencia de las naciones en pugna por los mercados aparecidos como consecuencia de la colonización de tierras nuevas. Esta explicación compromete una generalización según la cual la aparición de nuevos mercados en el contexto de un proceso de colonización de nuevas tierras, provoca guerras entre las naciones colonizadoras, exponiéndose a numerosos contraejemplos. Pero se debe tener en cuenta que la admisión de una explicación histórica, usualmente descansa en la convicción de que las generalizaciones involucradas son susceptibles de particularizarse en direcciones favorables a su corroboración, así en el ejemplo dado pueden formularse especificaciones que absorban los contraejemplos de las generalizaciones, que no realizan tales discriminaciones.

Por otra parte se pregunta sobre el valor explicativo de los argumentos de los historiadores, y expone la diferencia entre explicaciones subjetivas y objetivas; para que una explicación sea valida objetivamente, sus condiciones no deben incluir la capacidad de producir determinado estado mental en su destinatario. “A la inversa, diré que una explicación es subjetivamente valiosa cuando es capaz de producir estados mentales especificados. (...) El uso crítico que Hempel hace del modelo de cobertura legal indica que el mismo no pretende cumplir una función meramente reconstructiva de lo que en cualquier contexto se ofrezca como explicación, aun cuando sea capaz de generar profundos sentimientos de comprensión de la mayoría

de las personas. (...) las pseudo explicaciones fallan por no satisfacer la exigencia objetiva de capacidad predictiva y en definitiva de testeabilidad”³⁹.

Es sugerente- entiende Pincione- el hecho de que las sucesivas explicaciones que de un hecho o proceso dan los historiadores económicos, se correspondan con la evolución de la teoría económica, es decir de una ciencia social que cuenta hoy con un repertorio de generalizaciones relativamente bien establecidas, por más que persistan profundas discrepancias acerca de las teorías que mejor dan cuenta de esas generalizaciones. Aquí el historiador no puede quedar inmune frente a la evolución de una ciencia generalizadora que está dispuesta a reescribir su historia económica de tal manera que las premisas de sus explicaciones concuerden con los resultados de aquella ciencia. Es así como la explicación de la crisis económica de 1929 varía según el grado de aceptación de diversas teorías generales. No es lo mismo una lectura Keynesiana de los factores determinantes de esa crisis que una basada en las teorías de Milton Friedman. Además no se verá como extemporáneo que un historiador de la economía intente justificar la incorporación de una u otra teoría en las premisas explicativas, realizando acomodamiento en la formulación de las mismas para que den cuenta mejor de los determinantes que investiga. Expresa el autor que el progreso de la disciplina consistirá en el completamiento (sic) paulatino en dirección a explicaciones nomológicas-deductivas o al menos estadístico-inductivas, lo que es también progreso de la disciplina teórica. Así la investigación histórica permitirá un mayor afinamiento de sus hipótesis. “(...) Fenómenos complejos son susceptibles de explicaciones simples cuando se las describe por medio de predicados más abstractos”⁴⁰.

4.3.4. Análisis crítico de dos categorías en la historia política

Para continuar con la exploración de categorías utilizadas por historiadores para el conocimiento disciplinar, es interesante recorrer la obra *Diálogos con la historia y la política* donde Natalio Botana considera que sería oportuno hacer un aporte teórico desde la teoría política y desde la historia, dado que los cursos que tanto él como Félix Luna desarrollaron, les dejaron siempre la impresión de que carecían de marcos conceptuales. Así define a la historia como generadora de procesos y trayectorias del pasado y a la política como un conjunto de relaciones delimitadas por conceptos teóricos o términos de referencia. Los investigadores

coinciden en seleccionar cuatro avenidas conceptuales en torno a la historia y la política: Democracia y Autoritarismo, Estado y Anarquía, Legitimidad y Representación y Cambio y Continuidad.

Las categorías elegidas para este análisis son Democracia y Autoritarismo, enunciadas de este modo por los autores: (...) “una historia capaz de poner en evidencia campos significativos de la acción humana y el modo como en una circunstancia particular- la de nuestro país- los actores de dicha historia formulan respuestas variables a la constante pregunta de justificar la autoridad y la obediencia”⁴¹

En este sentido, Botana detecta que hay un conflicto no resuelto en el país entre un horizonte de libertad y una realidad política que se inclinaba a favor de regímenes de fuerza, sin límites ni frenos institucionales. Entiende también que la libertad se hace efectiva mediante derechos e instituciones que la garantizan y que cada nación combina el ideal democrático con una forma de gobierno. La nuestra -dice- conforma una tradición republicana abierta al ideal democrático.

Utiliza el término autoritarismo como una categoría de análisis intermedia entre los puntos extremos del fenómeno totalitario que reduce a la unidad total del Estado a todas las dimensiones de la acción humana y el de la democracia constitucional. Señala que el autoritarismo impone un mando sin frenos en la esfera política con una concesión de autonomía en la esfera socioeconómica y religiosa. Expresa que el autoritarismo niega derechos fundamentales contenidos en las nociones de libertad y democracia, y que esta definición no es inocente ni arbitraria, sino que define la democracia por lo positivo y el autoritarismo por lo negativo. Explica la definición negativa por la exploración del pasado y porque todas las reacciones autoritarias buscaron justificarse con lenguajes pertenecientes a la tradición republicana y democrática. Estas maneras de concebir el poder se entremezclan y confunden, configurando tradiciones opuestas, pero ambas compartieron el signo de la precariedad.⁴²

Félix Luna avala esta categoría de autoritarismo con lo que considera son raíces profundas de la realidad histórica, que hay que encontrarlas en el pasado colonial de la Argentina. Pone como ejemplo de autoritarismo la forma de poblar y de gobernar desde la colonia, diferente a la experiencia histórica de los EEUU. Expresa que hay un principio autoritario que no solamente se da en el campo político sino en el económico social, pone de ejemplo el trabajo servil de los indios para los

encomenderos. “Allí estarían las claves de un autoritarismo que en algunos casos pudo ser paternal, pero en otros se justificó a si mismo por toda la estructura colonial, que se desplomó después de la Revolución de Mayo y que será reemplazada por las experiencias inorgánicas de los caudillos”.

En realidad se debe matizar esta explicación de Luna, que la hace en función didáctica y mediadora del saber. La constitución de 1787 en EEUU no fue democrática, sino exclusiva para los considerados ciudadanos (los colonos) que adquirieron la experiencia y la practica de la libertad política, se trataba de deliberar en conjunto y de dictar leyes que los obligasen mutuamente, fue una república restringida y esclavista que practicó la libertad política para un grupo. En cierta forma, como reconocen los autores, a veces se tiene una imagen idealizada de esta experiencia histórica. Por otra parte, el autor reconoce que el experimento republicano de EEUU tenía pocos antecedentes:

“La república era una invención”. En realidad había existido esta experiencia en los pequeños espacios. Atenas y la sencillez de la república romana antes de transformarse en imperio burocrático, en la estrechez de Florencia y después de siglos renació en las aldeas de la Nueva Inglaterra, aldeas puritanas y en muchos casos inquisitoriales. La república norteamericana de 1787 estaba contenida en esas pequeñas ciudades. Después se inventó un poder ejecutivo unipersonal, un senado más aristocrático y una cámara popular de representantes. Lo hicieron a merced del pacto federal, que dio origen a la representación igualitaria de los estados y estableció la figura del presidente electo por un colegio electoral de notables. “La verdadera invención fue el cambio de escala de la república,” establecen con mayor precisión los autores.

Afirman que esto tuvo otro derrotero en el Río de la Plata. Una democracia interpelada permanentemente *por arrestos autoritarios* puede ser entendida como un penoso trajín para inventar la república. La república no nació por evolución espontánea sino por imposición y necesidad. La idea de la república era romántica y teórica, nadie sabía como podían funcionar los mecanismos de la república. Los autores agregan que el antiguo régimen carecía de experiencia adquirida acerca de la libertad política. Habían perfeccionado en su lugar complejos engranajes administrativos. Sabían administrar e ignoraban el arte de la legislación derivada de

la práctica parlamentaria. Era una sociedad estamental, mas abierta al mestizaje, que se gobernó por métodos administrativos y no políticos.

Los criollos adoptaron para ejercer la libertad política - excepto la apelación al rey prevista por la legislación vigente- las rebeliones, la impugnación violenta al statu quo que era un uso inscripto en la tradición colonial y que- siguiendo a Botana- habrán de heredar las repúblicas. Cuando se introducen las ideas de libertad política y representación hay un verdadero vacío cultural y social. No había experiencia sino resistencia. Herederos de una súbita expansión revolucionaria, tuvieron que explorar el contorno de una legitimidad republicana cuando el pasado los había modelado para vivir al amparo de una monarquía burocrática. Los escritores consideran que hay que buscar en los antecedentes históricos más remotos la explicación de porqué hay ciertos elementos de tipo autoritario que siguen jugando dentro de nuestra historia, incluso en la historia contemporánea, y que esto puede remontarse a la época colonial, a la forma como fuimos poblados, a las instituciones que nos llegaron.

Félix Luna busca los factores históricos que hicieron que la Argentina encuentre tan tarde un camino de democracia estable, refiriéndose a la etapa independiente y al camino recorrido de autoritarismo, pero explica “que esto es así y no es así”. Porque a partir de la organización nacional se fue montando un sistema donde evidentemente los gobiernos no eran legítimos pero difícilmente podían catalogarse como tiránicos. Si bien no se entendía la participación como hoy, la libertad de expresión era total, la justicia independiente y se respetaban los poderes.

“Aunque el sistema de elección fuera cuestionable, las presidencias históricas y las oligárquicas, si bien no eran democráticas en su fondo, de todas maneras establecían condiciones que permitían pensar que se iba yendo hacia la democracia”. Por lo menos, considera, no era un sistema autoritario. “Por el contrario, de lo que se trató desde el 80, en adelante fue crear un estado que tuviera más autoridad, que tuviera jurisdicción concreta sobre el territorio concreto de la Argentina, que estuviera dotado de algunos servicios indispensables para garantizar cierta asistencia a la población: educación popular y gratuita, por ejemplo, ciertas formas de la previsión y de la asistencia de la salud. Era un gobierno que pretendía hacerse más fuerte para responder a las expectativas de la población, del 80 en adelante”.⁴³ No

obstante, Luna expresa más adelante, que Julio Roca justifica los gobiernos electores en el temor de la disgregación y la anarquía, y expresa textualmente:

“(…) me interesa registrar esto como justificación. Es decir, el gobierno autoritario impone su sucesión, impone el control del poder, partiendo del principio de que existe un peligro de disgregación, un peligro de anarquía. Fíjense que en última instancia esa es la justificación de los golpes militares que hemos padecido en las últimas décadas, pero transferidos a la anarquía, que puede ser la subversión, que puede ser el marxismo, o el retorno del peronismo. (…) hay cierto tipo de filosofía política que es recurrente en la historia, y que puede venir de los mismos cabildos de la época colonial donde los cabildantes designaban a sus sucesores escogiéndolos de la parte mas sana y principal (…) De eso hasta el gobierno militar que depone un gobierno civil alegando el pretexto de la disgregación o de la anarquía hay una diferencia de grado y nada más”.⁴⁴

Los historiadores mencionados contraponen dos tradiciones: la democrática y la autoritaria y a la vez estos términos son usados como categorías para el análisis histórico. En la obra se considera el término autoritarismo como “categoría intermedia”.

Para Félix Luna, a partir de 1930 empieza la alternancia entre gobiernos autoritarios generalmente militares y gobiernos democráticos generalmente débiles. La preocupación es la inconsistencia de la democracia argentina (…) que ha sido sustituida por gobiernos militares o gobiernos autoritarios. O que ha sido amenazada también por formaciones, por organismos, por consignas que degradaron la democracia y la convirtieron en una especie de campo salvaje. Según la hipótesis de Botana para entender el desarrollo progresivo de un régimen republicano no importa tanto el tamaño del pueblo o el número de ciudadanos participantes sino la calidad competitiva del régimen político que alienta en esos ciudadanos el aprendizaje acumulativo para resolver pacíficamente los conflictos. En esta época, el pueblo era chico, el número de ciudadanos era reducido y sobre ellos se imponían gobiernos que generaban su propia sucesión con diversas técnicas, desde la violencia hasta el fraude electoral. Agrega que los gobiernos electores se nutren de raíces históricas y se imponen por necesidad, pero esos gobiernos electores de Roca en adelante y también hacia atrás aceptaron restringir sus ambiciones por medio de una constitución,

podrían haber modificado las reglas de juego como un Porfirio Díaz en México pero no lo hicieron. Pero cabe entender que no hay estado sin centralización del poder.

Hasta aquí se puede decir que la definición de autoritarismo- comprendería la etapa colonial y las luchas del caudillismo, ciertamente hasta mediados del siglo XIX- y después vendría la etapa de la tradición democrática hasta 1930. Para los autores a partir de 1930 se reencuentra la vía del autoritarismo.

Hay que decir que, en realidad, los gobiernos militares no pueden incluirse en esta *categoría intermedia*, entiendo que son sin eufemismos, dictaduras. ¿Y que nos queda en la tradición autoritaria? Democracias excluyentes custodiadas militarmente ¿a qué tradición pertenecen estos gobiernos? ¿A “democracias débiles”? Y luego, claramente, sólo queda el peronismo. No parece que la comprobación empírica manifieste que así se desarrolló la historia, más bien autoritarismo aparece como una categoría débil en su aplicación fáctica para contraponerla a democracia, mucho más si queda solo una opción política en el siglo XX como ejemplo de autoritarismo (el peronismo). Habría que complejizar el análisis, de modo de evitar simplificaciones. Desde esta perspectiva otros autores como Cristian Buchrucker, entienden que democracia y autoritarismo como categorías significativas para el análisis histórico, necesitan de un análisis más detallado, porque si no son suficientemente explicadas y comprobadas empíricamente, se puede caer en una simplificación. (...) “al desconocer los innegables componentes democráticos de gobiernos denominados autoritarios como el populismo, sino también en el ocultamiento de los aspectos autoritarios en las coaliciones antipopulistas”.⁴⁵ Y Carlos Altamirano en este sentido, piensa que la historia argentina, especialmente entre 1943 y 73 fue la de un país polarizado en torno a oposiciones antagónicas y a lo largo de esos años ningún sistema de gobierno, ni el que erigió Perón ni los que se fundaron sobre la exclusión del peronismo lograrían estabilizarse. Dice que los argentinos no sabrían dar con “una fórmula que resultara legítima a los ojos de todos- en ésto los ensayos civiles fueron tan infructuosos como los militares- la crisis política se volvió un dato crónico y la violencia (o la amenaza de usarla) fue instalándose como recurso habitual de la pugna.”⁴⁶

Frente a esta hipótesis de tradiciones opuestas desarrollada en el texto analizado, nos parece más interesante y acertado poner énfasis en el término precariedad que utiliza Botana _en casi todas las épocas y gobiernos- en la manera de concebir el poder. Creo que la verdadera contradicción es la que se da entre

autoridad y autoritarismo, que necesita de un análisis más específico para buscar, como expresa Buchrucher, “el peso histórico que tuvieron los componentes antidemocráticos en la cultura política y en los gobiernos argentinos y realizar la definición precisa de los aspectos que se consideran propios de un gobierno autoritario, como las impugnaciones totales al sistema democrático, obstáculos indirectos a la competencia electoral, a la pluralidad de partidos, a la garantía constitucional de las libertades civiles y políticas que necesitan su vigencia para la competitividad y participación”.⁴⁷

La Argentina es proclive a la desmesura, los análisis básicos oscilan entre un tono radical y un tono reaccionario, especialmente en los discursos propensos a la ruptura, alimentados por sectores o grupos sociales con tendencias al comportamiento autoritario, anómico o anárquico pero hay que ver también las continuidades en el desempeño político (que son menos perceptibles a simple vista que la de las rupturas), pero que resultan sorprendentes si se tiene en cuenta la sinuosa historia política del país.

Los grandes problemas de la historia y de la historiografía latinoamericana no difieren sustancialmente de la de otros países. Si la imposibilidad de los latinoamericanos para la construcción de la libertad y la democracia tiene que ver con la herencia de tradiciones autoritarias, ¿cómo explicaríamos los casos europeos que a pesar de monarquías absolutas, dictaduras tenebrosas y autoritarismos comprobables, han podido encontrar su camino hacia un desarrollo democrático? Tal vez una de las consideraciones que debiera hacerse, es que toda democracia- en el juego complejo de la realización - enfrenta y vive en conflictividad con diversos intereses y mantener el equilibrio es el gran desafío. ¿En que casos los gobiernos aumentan su autoridad legítima y en que casos se deslizan hacia el autoritarismo? No parece que “autoritarismo” - utilizado como categoría intermedia y definido como lo hacen los autores - sea un concepto que pueda ponerse como opuesto a democracia, sino más bien como intento de “solución inestable” de determinados conflictos dentro de la democracia.

Todas las situaciones políticas tan numerosas y distintas que no entran en la definición de democracias, se denominan regímenes no democráticos mejor que autoritarismos (Leonardo Morlino). J.J. Linz⁴⁸ ha incluido dos tipos de no democracia: los totalitarismos y los regímenes tradicionales. Los regímenes

autoritarios son considerados el tipo clasificatorio más complejo y el más abigarrado y también al que corresponde el mayor número de casos, en la actualidad y en el pasado reciente. Es la tipología que plantea los mayores problemas analíticos. Para hablar de autoritarismo hay que tener en cuenta las importantes transformaciones que se producen en las sociedades de los distintos países.

El populismo, tomando como ejemplo este movimiento, se encuadra dentro del ámbito de los fenómenos de profunda transformación socio-económica. Se trata de la tradición política del enorme proceso de movilización que afecta a sectores de la población antes no participantes, o incluso, activos políticamente. Su base social principal fueron las masas urbanas de inmigración reciente, se pueden encontrar grupos de clase media, alta-burguesa, clero e incluso militares y la relación no mediada de líder y masa. Da lugar a movilizaciones de grupos populares no organizados plenamente. Son movimientos sociales heterogéneos y con aspectos diversificados. Los valores proclamados son de modernización, desarrollo, industrialización, nacionalismo, justicia, bienestar social.

Una delimitación de los problemas de esta categoría se presenta especificando –por ejemplo- una situación de política de masas más que de élite. El ingreso de las masas en la política, o de los intentos en esta dirección, crea un conflicto -incluso bloqueado por la reacción autoritaria- y parece ser la mejor característica discriminante. Estas reacciones pueden reconocerse como una de las posibles respuestas preventivas o posteriores, por parte de algunas élites políticas a la demanda potencial o real de que se reconozca un papel y un espacio político a las clases inferiores. El otro caso, es cuando las elites gobernantes se proponen y tratan de tomar decisiones que privilegien las necesidades de las clases sociales inferiores, nuevamente se produce un conflicto que desemboca en actitudes autoritarias.

Leonardo Morlino se pronuncia a favor de lo empírico en su apreciación sobre que “La dificultad principal para definir el régimen autoritario y las otras formas no democráticas cercanas, no reside como en el caso de la democracia en una cierta tensión entre aspectos normativos y aspectos empíricos, sino en aspectos completamente empíricos. El ámbito indicativo o de aplicación debe ser tan amplio como para abarcar las numerosas variedades autoritarias y, al mismo tiempo, no tan general que tenga escasa significación, importancia o poder heurístico”⁴⁹

Morlino considera que la propuesta que logra conciliar mejor la amplitud y la más amplia aplicabilidad es la señalada por J. J. Linz, quién propone considerar regímenes autoritarios a “los sistemas políticos con un pluralismo político limitado, no responsable; sin una ideología elaborada y directora (pero con una mentalidad peculiar); carentes de una movilización política intensa o extensa (excepto en algunos puntos de su evolución) y en los que un líder (o acaso un grupo reducido) ejerce el poder dentro de límites formalmente mal definidos, pero en realidad bastante predecibles”⁵⁰. Se identifican algunas dimensiones o variables importantes: pluralismo político limitado no responsable, que se refiere a los actores importantes, institucionales y actores sociales políticamente activos. Los actores no son políticamente responsables según el mecanismo típico: elecciones competitivas, libres y limpias. La responsabilidad de los diversos actores se hace valer de hecho, acuerdos y consultas directas con significado simbólico de legitimación, de expresión de consenso o apoyo a favor del régimen por parte de una sociedad civil controlada y no autónoma. La mentalidad peculiar se refiere al grado de elaboración o justificación ideológica, entendiendo que estos regímenes autoritarios no presentan una elaboración articulada y compleja que justifique y sirva para sostener al régimen, sino que se legitiman sobre algunas actitudes intelectuales y valores generales mas o menos ambiguos, sobre los que es fácil encontrar acuerdo entre diferentes actores con distintas características e intereses, tales como patria, nación, orden, jerarquía, autoridad y otros.

El tema de la movilización es el más importante respecto a la comunidad política, o sea cuanto de la participación de masas es propiciada o controlada desde arriba. Es decir estructuras capaces de provocar y controlar a la vez la participación. Y el aspecto que no puede olvidarse: la ausencia de garantías reales para el ejercicio de los distintos derechos políticos y civiles. En los gobiernos autoritarios, los límites formalmente mal definidos pero bastante predecibles en que circunscriben su poder, contrasta con la certeza del derecho en un ámbito de ordenamiento democrático y permite al gobernante ejercer su propio poder con mayor discrecionalidad. La ausencia de normas bien definidas permite el control de la sociedad civil y priva al ciudadano de esferas propias autónomas garantizadas frente al poder autoritario. El líder es una notable personalización del poder.

Los autores de *Diálogos con la historia y la política*, dicen con agudeza que en las primeras épocas los criollos ejercían la libertad política con rebeliones, que las ideas de libertad política se introducen en un vacío cultural y social, “no había experiencia sino resistencia”, lo que es cierto, pero es probable que en todas las sociedades, las primeras experiencias de libertades políticas se produzcan sobre antecedentes de resistencias que se expresan de distintas maneras. Las ideas de libertad política no se imponen sin conflictividad en ninguna sociedad. El desarrollo de la democracia y la consecución de los derechos no se realizan sin resistencias y conflictos. Esta tesis es comprobable empíricamente en las luchas desarrolladas por la humanidad, que se dieron enmarcadas en conflictos con mayores o menores tensiones, pero no sin ellos, aún cuando los frutos de esas luchas se obtuvieran en procesos históricos de larga duración. Así las luchas por la independencia en América Latina desestabilizaron el orden colonial hispánico y la Revolución Francesa desestabilizó el equilibrio dinástico en Europa. Todo proceso de cambio involucra diversos efectos desestabilizadores del viejo orden, pero sin ellos no existirían estabilidades de nuevo tipo.

Por otra parte surge el interrogante: ¿explica mucho el considerar períodos tan antiguos de la historia, como si tuvieran influencia directa en la historia contemporánea? Es necesario reflexionar sobre la influencia de las lejanas épocas - como por ejemplo el legado colonial- para la explicación de acontecimientos político-sociales actuales, como en este caso los conflictos entre autoritarismo y democracia. Las comparaciones y explicaciones para entender el proceso de la democracia en América latina generalmente se refieren a la raíz ibérica de esta región. Por empezar se asigna un peso definitivo a la herencia colonial, ya sea para denostar un legado autoritario o para revalorarlo idealizado como una forma posible de gobernar aún en la época actual. Nadie duda de las largas duraciones en la historia, pero tampoco se duda que la historia contemporánea presenta escenarios de un gran dinamismo y que los factores internos y externos que se reúnen en determinadas circunstancias, como el juego de poder y de los intereses propios de los grupos de presión, en esos mismos momentos son más determinantes, que viejos antecedentes considerados como identidades propias de ciertas culturas. “En la historia como en la vida, hay minutos de que dependen los más grandes acontecimientos”⁵¹

Rorty dice que “nuestra época esta a punto de eliminar los problemas heredados de los siglos XVII, XVIII y XIX y por lo tanto hay que definir nuevos conceptos y cambiar contenidos para explicar el mundo de hoy”⁵²

Si bien es discutible esta hipótesis por las largas duraciones de la historia y por los problemas no resueltos que recargan las siguientes etapas históricas y siguen operando en los sistemas políticos, sociales y culturales, también es cierto que se exagera la larga duración y se soslayan problemas más contemporáneos para explicar el presente, y muchos de ellos tienen que ver con utilizar nuevas categorías y no las muy estereotipadas, o con fuerte impronta en representaciones que no se condicen con análisis más profundos de la realidad histórica.

Los rasgos autoritarios en la cultura política del país provienen de distintas tradiciones. Ha existido un trasfondo común basado en actitudes de discriminación y de asegurar la defensa de los propios privilegios. A veces restringiendo la participación de otros grupos o negando su incorporación, con una política de visión excluyente en el nivel social, que varios autores están explorando empíricamente.

Algunos autores brasileños también se han problematizado este tema, indicando que se ha mistificado la realidad al considerar a Brasil un país sin conflictos raciales ni sociales sólo porque su sociedad tuvo una fuerte tendencia al mestizaje. Las tradiciones de discriminación y de autoritarismo merecen un tratamiento especial y complejo y no basta con considerar el mestizaje como parte de la identidad latinoamericana, para soslayarlos.

4.3.5. Una mirada crítica sobre los autores argentinos

Se observa consenso en los autores analizados en cuanto a la existencia de continuidad en los problemas teóricos de la historiografía y marcan fuertemente los antecedentes de los mismos. Los criterios de racionalidad, demitificación y mundo real no aparecen trabajados de manera explícita excepto en Mora y Araujo con el tema de la concepción de mundo real, pero las referencias implícitas son varias y más desarrollado se encuentra el concepto de racionalidad en el trabajo de Simpson.

Me parece importante rescatar tres observaciones fuertes, una de Cortes Conde: lo que está en discusión no es la historia, siempre fue la teoría; otra de Halperin Donghi en cuanto que: es la historia de los historiadores y no la de los filósofos que quieren fijar los grandes temas, la que predomina, la que se acepta y la

que se estudia; y la de Carlos Pereyra que agrega: Sin modelo teórico la investigación tiene por delante una masa caótica de acontecimientos de diversa índole.

Se pueden observar dos tendencias que a mi modo de ver marcan un camino en la década del 90 y se consolidan en la actualidad: una es la fuerte discusión sobre que la teoría de la historia debiera ser pensada por los historiadores y otra enfocar o centralizar los problemas de la historiografía, en la teoría de la historia y metodología de la investigación histórica. Es evidente que hoy la discusión sobre la teoría de la historia no puede soslayarse.

Torcuato Di Tella – expresa en la misma obra analizada - que existió en la historia tradicional una “sana tendencia al empirismo” con una grave carencia: la falta de tarea teórica científica, pero que en los tiempos siguientes tampoco se construyó suficientemente como para poder observar resultados claros y contundentes. Difícilmente se pueda avanzar en la investigación histórica sin que se consolide una fuerte tendencia hacia la investigación teórica de la disciplina. Discutir criterios teórico-metodológicos significará no dar pasos atrás (hacia formas de hacer historia superadas por el avance de la disciplina) ni acometer cualquier tipo de tarea a la que se le de el nombre de investigación histórica.

Los interrogantes se plantean sobre como pensar la historia y como hacer historia. Se impone la necesidad de criterios de selección y de herramientas conceptuales para el análisis histórico, desde la perspectiva instrumental primero y del contenido después. Uno de los problemas aún no solucionado, a pesar del crecimiento de la investigación sistemática donde han crecido los requisitos formales, es que éstos no se han formulado con criterios que produzcan, lo que Halperín Donghi señala como “sólidos principios organizadores para la historiografía”.

El desafío para los historiadores sería definir los criterios que puedan garantizar esos “sólidos principios organizadores”, partiendo de la necesidad de construir un conocimiento sistemático de la realidad. Habrá que pensar un modelo teórico que supere los primeros niveles de abstracción que son los que se encuentran lo más cerca posible de los hechos concretos, para elevarse a la construcción de criterios que tengan validez universal, donde el análisis de un proceso histórico concreto, será el resultado de resolver ciertas condiciones iniciales particulares: primero reconocer como tarea del historiador los procedimientos de demitificación

con el análisis racional de los procesos históricos y clarificar la concepción del campo de lo real para aplicarlos a las condiciones particulares.

Esto en consonancia con las reflexiones de Mario Bunge: “Del resultado del estudio científico de la historia, se espera que sus conclusiones sean racionales, y que ayuden a modificar la realidad de un modo eficiente y beneficioso, aceptando que aunque gradual y parcialmente la realidad puede conocerse a través de la experiencia y la ideación. (...) Si una disciplina no emplea el método científico o si no busca o utiliza regularidades, es protocientífica o pseudo científica. El enfoque científico ha sido la estrategia más exitosa para conocer y controlar el mundo. (...) una mirada científica al pasado es realista, materialista, sistémica, interdisciplinaria, cuantitativa y nomotética lo mismo que ideográfica, y esa mirada es cabalmente realista⁵³

La demitificación es un proceso sin el cual el historiador no puede investigar las sociedades del pasado. Actualmente y por ejemplo en muchos casos se confunden los estudios culturales con historia. La historia es estudio de la sociedad en la sucesión temporal de sus estados⁵⁴, no de las culturas o la ciencia de la cultura, en todo caso, así se ha definido a la Antropología. Las diferentes ciencias deben colaborar en el estudio de los problemas planteados a los hombres en su vida social, lo cual no quiere decir que puedan confundirse los objetos de cada una de ellas. Cuando se mezclan las disciplinas se llega al extremo de estudiar dentro de la historia al pensamiento simbólico que atribuye eficacia causal a los símbolos, y se termina en una gran confusión donde no se sabe si la historia es una demostración de pensamiento mágico. Es interesante la reflexión sobre el tema de uno de los mitólogos del siglo XX, Joseph Campbell⁵⁵, quien en una recopilación de sus conferencias sobre las metáforas religiosas y su interpretación, dice que la mitología no refiere falsedades, pero tampoco debe confundírsela con la historia o con la ciencia y que el poder del mito reside en su lenguaje metafórico que remite igual que las ideas religiosas al misterio último del ser.

El historiador debe evitar los extremos del irracionalismo y del hiper-racionalismo. Aunque sepa que los procesos históricos a menudo no son racionales, no debe desesperar de la actitud del análisis racional basado en datos confiables, para descubrir sobre todo la naturaleza del poder político y hasta para examinar racionalmente los méritos y deméritos de los diversos tipos de gobierno. El cultivo de su propia racionalidad no debe llevarlo a atribuirla a todos los agentes políticos o

sociales y a tratar de explicar las acciones en términos de cálculos racionales, porque esas acciones están también influidas por factores ideológicos y emocionales, la tarea del historiador es diferenciarlas.

Toda acción humana participa tanto de la razón como de la pasión. En particular la acción política más astuta esta bajo la influencia de fuertes pasiones como la ira, el miedo, la esperanza, la generosidad, la indignación moral, sostenidas por procesos cognitivos como la memoria y la fijación de la creencia, no se puede soslayar el papel de la pasión en la política, lo importante es analizarla desde categorías racionales.

La mayoría de los autores consultados respecto a las categorías utilizadas hacen referencia a la etapa histórica en que se produce la historiografía, conectando las categorías usadas con el contexto histórico en que se vivía, es decir se refieren “al clima de época”.

Si hacemos una síntesis del recorrido realizado por las investigaciones, vemos que hay coincidencia en observar que explícita o implícitamente varias categorías (que a veces se convierten en hilos conductores para seguir el proceso histórico) respondieron a una época determinada. Las categorías nacidas en el transcurso de la época en que se vive y que parecen apropiadas para el análisis histórico generalmente corren la misma suerte de las usadas en etapas anteriores, es decir se desvanecen, se esfuman, dado que solo respondieron a una época, o que fueron demasiado restringidas a un contexto.

Varias de ellas contienen o manifiestan una carga ideológica, política o cultural, a pesar de que en oportunidades aparecen como neutras. Entre las señaladas por los autores se encuentran las siguientes: conflicto político-social; progreso de las instituciones libres; de la democracia; de los nacionalismos o del sentimiento nacional; de la crisis; del despegue; del crecimiento o de las desigualdades del crecimiento; del desarrollo y del subdesarrollo; la elaboración a través de pluralidad de imágenes; cambio social; las fluctuaciones económicas y sociales; la problemática de la frustración; descripción cultural de los fenómenos económicos; fracturas; cambio; discontinuidad; importancia del derecho y aparición de instituciones como producto de conductas de individuos que tratan de maximizar su utilidad.

Es por ello que aparece en la nueva visión de los teóricos de la historia la sugerencia de que cualquiera de estas categorías de análisis que pueden estar cargadas de valor doctrinario, político, cultural, ideológico o que simplemente se

seleccionen como hilos conductores para el análisis de determinados problemas en el proceso histórico, pasen por el cedazo de categorías instrumentales tales como las propuestas (concepción del mundo real, demitificación y racionalidad) u otras que elaboren los mismos historiadores preocupados por el camino teórico de la disciplina.

Esta propuesta de una historia sistémica, junto con el racionalismo y el realismo epistemológico serían las condiciones previas para la madurez de los estudios históricos y de los sólidos principios organizadores de la disciplina que reclaman los historiadores. Por otra parte, hay que prestar atención al llamado de un grupo de sociólogos, analistas políticos y periodistas hacia una nueva racionalidad y a una visión del mundo real, tal cual es. De allí que los procedimientos científicos deben elevarse por encima de las categorías empíricas a otro nivel de análisis que defina los instrumentos desde y para los historiadores.

Hasta ahora se ha avanzado mucho dividiendo la sociedad en actores sociales, o grupos relativamente homogéneos en sus actitudes durante un período histórico determinado. Se ha definido a los actores por sus características de clase, por criterios étnicos, nacionales, religiosos o ideológicos, también se han tomado en cuenta actores institucionales como la iglesia, las fuerzas armadas y el estado, además de cierta élites ideológicas, más los partidos políticos.

Todos estos análisis, unidos a categorías propias de observación empírica y la aplicación de modelos y de hipótesis para los trabajos históricos han avanzado en lo que podría llamarse el primer nivel de abstracción, pero no alcanza para la construcción de nuevos paradigmas o de líneas teóricas para la historiografía, y menos para lograr principios organizadores. Es necesario empezar a constituir un ejercicio intelectual que establezca criterios sistemáticos de obtención y comparación de datos en relación a valores instrumentales fundamentales para la historia: explorar conceptos básicos de los dilemas del conocimiento histórico como los propuestos.

4.4. Categorías explícitas e implícitas utilizadas por los historiadores. Análisis de historiadores brasileños.

Pasamos ahora al análisis de obras de historiadores brasileños, con la finalidad de explorar si sus categorías y líneas de investigación son similares a las

que se observaron en autores argentinos y de otros ámbitos. El objetivo será una indagación que señale las parecidas y diferentes preocupaciones del pensamiento teórico en la historiografía brasileña.

Para ello es ineludible recorrer la obra *Domínios da História, Ensaios de teoria e metodologia*,⁵⁶ labor colectiva, cuyo objetivo es trazar un panorama general y actualizado de varios campos y líneas de investigación en la disciplina histórica (áreas, fronteras y dilemas); también dar cuenta de los trabajos historiográficos actuales en la década del 90 donde se discuten problemáticas más específicas, algunas de tipo macro y otros de micro- Historia. Luego se polemiza sobre modelos teóricos y nuevos instrumentos metodológicos y se analizan los principales conceptos, debates y polémicas que se hicieron presentes en la Historia de la disciplina. El último punto tratado en la obra se refiere a las discusiones relacionadas con- lo que muchos consideran- la ausencia de debate de paradigmas en el escenario contemporáneo de las ciencias humanas.

Ciro Flamarion Cardoso, uno de los autores y compiladores, dice que su intención no es la polémica sino el mapeo de posiciones, con énfasis en los aspectos difundidos más recientemente en los estudios de Historia, pero, quiérase o no el debate no podrá estar ausente, siendo como es indisoluble del mapeo que se presenta. De los capítulos en que se divide la obra se encargan historiadores de distinto filiación teórica-metodológica, formando así un equipo suficientemente numeroso para representar posturas variadas durante la investigación.

La introducción de la obra señalada trata sobre la Historia de los paradigmas rivales y sus debates. El autor expone su teoría⁵⁷ expresando que al final del siglo XX nos encontramos con una crisis de civilización, simbolizada por la forma en que se encara la dupla cultura / civilización. Ciro F. Cardoso afirma que una de las opciones posibles para definir el desdoblamiento de paradigmas en el área de las humanidades y de las ciencias sociales, se liga en el siglo XX a un proceso largo, cuya fase decisiva parece haber sido entre 1968 y 1989 y se puede ver como una victoria de corte interpretativo de la concepción alemana sobre la francesa referida al significado de esas categorías.

En la concepción francesa el concepto de civilización era visto como una forma superior de cultura, una evolución optimista de etapas sucesivas, mientras que en la alemana ese término civilización se reservaba para la cultura urbana, cosmopolita y rápida en sus transformaciones, en tanto que cultura era para designar

costumbres de sociedades individuales, modos de vida de cambio lento, que servían de base a la cohesión social, *sobre valorizando la cultura por encima de la civilización*. Algunos pensadores ven el fin de una larga visión de la historia de la humanidad comenzada en el renacimiento e intensificada por la ilustración que termina en el periodo posmoderno, otros agregan que es el colapso de la civilización, como civilización entendida a la francesa.

Se deduce a partir del planteo del autor considerado, que en la posmodernidad, se lleva al extremo la valoración cultural con todos los efectos posteriores que esta concepción tuvo sobre ciertos historiadores. Es así que Cardoso define su perspectiva macro teórica: presentará la disciplina histórica hoy, a partir de la oposición entre dos paradigmas polares, llamándolos iluminista y posmoderno.

Entiende que el paradigma iluminista tuvo su época de mayor dominio entre 1950 y 1968 y que es amenazado en su hegemonía, por los cultores de la Nueva Historia, algunos de los cuales dicen que ya está destronado. Este paradigma, llamado también moderno, se opuso en el siglo XX y durante varias décadas al paradigma historicista y a su método estrictamente hermenéutico que tal corriente propugnaba. Esa oposición al historicismo se realizaba desde una perspectiva que pretendía extender a los estudios sociales el método científico. Como se ha dicho, las tendencias filosóficas fundadoras y que servían de fundamento al paradigma iluminista, venían del siglo XVIII y XIX y se vieron reforzadas en el XX por el empleo de modelos macro-históricos y teorizantes ejemplificados en el evolucionismo, el marxismo, el weberianismo y algunas vertientes estructuralistas. Sus vertientes más influyentes y prestigiosas en la Historia fueron específicamente el marxismo (o un cierto marxismo) y el grupo de los Annales, en el período 1929-1969.

Este historiador recorre el pensamiento marxista expresando que la ambición fue reunir en un único movimiento dos enfoques: el genético y el estructural en las sociedades y tratar de obtener como efecto una visión holística (estructural) y dinámica (referida al cambio) de las sociedades humanas⁵⁸. Las consecuencias para la historia fueron que la teoría del conocimiento en que se basa, se aleja de considerar al sujeto como pasivo y que solo refleja la realidad exterior pero tampoco lo considera exclusivamente activo. Debe recordarse que en *esta teoría el conocimiento es un realismo*, el objeto de conocimiento histórico no está constituido por el sujeto, en la práctica interviene una apropiación cognitiva de algo que existe

por sí mismo y puede ser conocido. También implica una vinculación epistemológica dialéctica entre pasado y presente. La principal contradicción dialéctica se establece entre el hombre y la naturaleza y se resuelve en el desenvolvimiento de las fuerzas productivas. Las otras contradicciones centrales se ligan a la dinámica de las fuerzas productivas y el carácter conservador de las relaciones de producción y a la determinación por la base económica de los diversos niveles de superestructura. Del análisis integrado de esas contradicciones es que surgen categorías fundamentales como: modo de producción, formación económica - social, clases sociales. En el siglo XX esta corriente hace sus mayores esfuerzos para demostrar que se trata de un evolucionismo complejo, multilineal, que no excluye detenimientos ni retrocesos. Sus seguidores hablan constantemente de tendencias concernientes a las formas de relacionar los distintos niveles de la sociedad en movimiento y de las sociedades con la naturaleza. Expresa Cardoso que:

“Las colisiones entre las innumerables voluntades y acciones de los hombres crean en el campo de la historia un estado de cosas muy semejante al imperio de la naturaleza inconsciente. Pero es posible al mismo tiempo, reconocer que en la historia humana los participantes tienen conciencia y que el curso de la historia está gobernado por leyes objetivas y conocibles. Otro hecho es que los hombres pueden escoger libremente- con independencia de las circunstancias y de las fuerzas productivas- pues toda fuerza productiva es producto de una actividad anterior y evoluciona con lentitud. En cada momento las luchas sociales-(...)- no se traban en el vacío, libre de determinaciones, por el contrario, lo hacen en el interior de una delimitación estructural heredada de la historia anterior. Así las estructuras en cuestión imponen límites a lo que es posible en cada momento”.⁵⁹

Agrega Ciro Flamarión Cardoso, que la influencia marxista fue más bien oculta y no bien vista en las universidades, pero su influencia creciente se debió a que ofrecía la única base verdaderamente satisfactoria para un ordenamiento racional de los datos complejos de la historia de la humanidad. En contraste, la nueva concepción de la Escuela de Los Annales fue ampliamente aceptada, porque la mayor contribución de ella fue que no intentaba imponer ningún nuevo dogma ni una nueva filosofía de la historia, pero si invitaba a los historiadores a que cambiasen sus modos de trabajar y sus métodos.

Como en el caso anterior el autor realiza una síntesis de los que considera puntos básicos de la Escuela de Annales, remarcando las características propias del período 1929 a 1969. *Después de Braudel la revista cambia de rumbo e incluso, agrega, baja de nivel.* Las características que señala como fundamentales son el carácter científico de la historia; el debate crítico permanente con las ciencias sociales; la necesidad de una síntesis histórica global de lo social; el abandono de la historia centrada en datos aislados, la apertura preferencial a los aspectos colectivos, sociales y repetitivos; el menor énfasis en las fuentes escritas, sin que dejen de ser usadas pero favoreciendo otras fuentes documentales; la toma de conciencia de la pluralidad de los niveles de temporalidad; la preocupación por el espacio; la historia vista como ciencia del pasado y del presente y el conocimiento del presente como condición *sine qua non* de la posibilidad de conocer el pasado.

Luego efectúa una comparación entre marxismo y Annales marcando sus puntos comunes y sus diferencias: *Puntos comunes:* necesidad de *la síntesis global*; respeto por la especificidad histórica de cada período y de cada sociedad; aceptación de inexistencia de fronteras estrictas entre las ciencias sociales; vinculación de la investigación histórica con las preocupaciones del presente. Algunos miembros de Annales, (ni todos ni la mayoría) se aproximaron a la noción marxista de *determinación* en última instancia por lo económico. *Diferencias:* A diferencia de los marxistas, los historiadores de Annales tuvieron poca inclinación teórica, más bien fueron refractarios en gran medida a la toma de posición explícitamente teórica, no dispusieron de una teoría de cambio social. Sus debates fueron más intra paradigmáticos que inter paradigmáticos.

Respecto a la importancia de la teoría el autor coincide con los planteos de otros investigadores como Julio Aróstegui, en cuanto a la necesidad de que los historiadores dispongan de una teoría de cambio social, lo que implicaría el trabajo del historiador con la categoría tiempo, tarea insuficiente en el campo teórico y metodológico de los historiadores. Significa también que el historiador debiera conformar la teoría y metodología a partir de la disciplina en una unión de método y reflexión teórica, es decir, construir la teoría a partir del análisis histórico. Una posición explícitamente teórica tomada de otras disciplinas, puede llevarlo a alejarse de su quehacer específico de historiador, teniendo como norte que él deberá tener claro que su quehacer, la historia, no debe prestarse para el uso y abuso de concepciones ideológicas, políticas o de cualquier otra alteración de la misma. De

estas consideraciones deriva también su preocupación de la necesidad de la formación epistemológica y metodológica anclada fuertemente en la disciplina. Es así como debe mantener un diálogo permanente con las demás ciencias humanas y sociales, recibir aportes y enviarlos, contribuir a complejizar la historia, pero jamás confundirla. Propone un debate sereno y continuo entre todas las ciencias, pero brega por una historia apartada de influencias desmedidas, porque estas circunstancias constituyen un obstáculo para el crecimiento del saber histórico libre de mitificaciones.

Para el historiador brasileño analizado, las críticas al paradigma iluminista vienen del abandono de dos puntos de referencias filosóficas hasta ahora preferidas, Hegel y Marx de un lado y Kant de otro, insertos en el ámbito del racionalismo moderno, a favor de los nuevos paradigmas semirracionalistas representados por Popper, Chomsky, o irracionalistas como Nietzsche, Heidegger, Feyerabend y Kuhn.

Los nuevos paradigmas se caracterizan por estar en oposición a la noción de evolucionismo y de progreso y apoyan sus argumentos en hechos seleccionados de la historia del siglo XX. Esos hechos serían el desarrollo de las armas químicas y atómicas, el nazismo, guerras mundiales, genocidios, destrucción del medio ambiente, uso de tecnologías modernas, sentido de deshumanización y de masificación, que provocan una propuesta de abandono de la idea de progreso por una desilusión radical con la historia reciente que estaría mostrando que la modernización, el racionalismo, la ciencia (a menudo confundida con la tecnología) no fueron factores de felicidad y libertad sino que generaron monstruos.

Expresado así, se culpa a un concepto “la razón engendra monstruos” cuando la realidad es otra, hay gente que utilizando el pretexto de actuar en nombre de la razón ha cometido monstruosidades, en la historia son las acciones concientes y visibles de los hombres (generalmente agrupados) las que se juzgan por sus efectos sobre el resto de la humanidad.

Estos razonamientos desembocan en la pregunta por la posibilidad de explicación racional de lo social, de lo humano, que no pasaría de una ilusión científicista, desprovista de contenido efectivo. Por otra parte en el plano temático se les objeta la ausencia o insuficiencia de preocupación por el individuo debido a una obsesión por lo que es estructural y trans-individual. Estas críticas surgen también – según el autor- del uso de conceptos de la ciencia contemporánea o la interpretación

de ella, para demostrar la imposibilidad de sustentar hoy en día, la noción de causalidad, objetividad científica, determinación y realismo.

“Estas influencias producen un trabajo con deficiencia de información, en especial de parte de los historiadores víctimas de su falta de preparación filosófica y científica, (...). Así por ejemplo mucha de esa información, se apoya en la escuela de Copenhague, de filosofía de la ciencia, que hace unas décadas parecía representar la interpretación ortodoxa de la teoría cuántica, mas hoy en día hace agua por todos lados, razón por la cual sus posiciones indeterministas, subjetivistas y anti- realistas en nada ayudarían a fundamentar la línea de discusión pretendida. A veces la cosa anda peor, la crítica a la objetividad de la ciencia, parece referirse a la ciencia a la manera de Newton, o de Laplace, lo que como es obvio, carece de sentido en este fin de siglo XX en que nadie sustenta esas posiciones”.⁶⁰

Por otra parte agrega que las críticas que se hacen a la teoría marxista (también componente del paradigma moderno) se hacen reducidas a las formas que tenían en el siglo XIX y no a las transformaciones y correcciones posteriores, que parecen desconocerse. De modo tal que hay críticas muy simplificadoras y por lo tanto deformadoras del marxismo, lo cual no quiere decir que no existan críticas válidas, que derivan de algo muy diferente: el hecho de que hoy es imposible ver lo ideal o lo material como lugares de una metáfora topográfica, y por lo tanto no hay como separar base de superestructura.

El desafío mayor que enfrenta el paradigma moderno frente al posmoderno, es que este último afecta cualquier visión holística de lo social, y tiene que ver muy directamente con los historiadores por referirse al sentido o ausencia de sentido de la historia. La mejor respuesta a tal desafío según Ciro Cardoso, “sería producir una teoría holística de lo social que escapando a la parte fundamentada de las críticas hechas a las teorías disponibles, diera cuenta de las sociedades de hoy, lo que la calificaría también para el entendimiento de las sociedades pasadas”⁶¹.

El investigador brasileño se pregunta porque no aparecen teorías renovadas y útiles para la comprensión de las sociedades actuales e históricas, ya que se han acumulado las críticas difíciles de responder con las teorías conocidas. Expresa que los últimos años del siglo XIX se *caracterizaron por un malestar teórico - epistemológico*, entre los investigadores de las ciencias naturales similar al de los

cientistas sociales de la actualidad, con el agravante para estos últimos, de que las teorías disponibles caducaron, sobretodo porque el propio objeto central- las sociedades humanas contemporáneas - cambian mucho (...), el centro del problema es que el mundo está mudando radicalmente pero en un proceso que ya revela algunas de sus potencialidades. Así dice que “En esta transición hacia un mundo con un conjunto de elementos tecnológicos, podrán perfectamente tornarse anacrónicas las concentraciones fabriles y urbanas, la primacía de la palabra escrita, las luchas sociales que han cambiado sus objetivos y sus formas”.

¿Cómo teorizar en estas condiciones, sobre las sociedades vistas holísticamente, si ellas están en pleno devenir para transformarse en otras? La debilidad de este momento, es lo que da más fuerza a las concepciones de disolución de la historia en múltiples historias y del abandono de los grandes lineamientos históricos a partir de la Revolución Francesa, pero la perspectiva del historiador debiera tornarlo inmune a este fin de la historia, dado que “sin una perspectiva holística, no hay como proporcionar un cambio cabal del estado de cosas imperante en dirección a un futuro distinto”.

Las transformaciones tanto de lo social como de las ciencias sociales acumuladas desde fines del siglo XIX hasta ahora son suficientes para garantizar que la nueva visión holística y potencialmente renovadora de las sociedades humanas que surgirá en un futuro próximo, tendrá muchos elementos del paradigma iluminista, pero será una teoría nueva, diferente con objetos legítimos de estudio y debate.

Continuando con su análisis del paradigma posmoderno, el autor expresa que la definición más explícita acerca de lo que sería la historia como disciplina en el interior de este paradigma, está en la definición de Keith Jenkins:

“La historia es un discurso cambiante y problemático respecto del pasado, producido por un grupo de trabajadores cuyas mentes son de nuestro tiempo (en gran mayoría en nuestra cultura, asalariados) y que hacen su trabajo de modo que puede reconocerse su postura epistemológica, ideológica y práctica, y cuyos productos una vez en circulación, están sujetos a una serie de usos y abusos infinitos, ya que en la realidad se corresponden a una variedad de bases de poder existentes en cualquier

momento que fuera considerado, las cuales estructuran y distribuyen los significados de las historias a lo largo de un espectro que va de lo dominante a lo marginal”.⁶²

Ciro Cardoso considera que la posición de Jenkins sobre la historia es posmoderna, primero porque el mismo Jenkins lo considera así, pero sobre todo porque corresponde a la definición según los que la asumen. También se refiere al pensamiento de Lyotard para quién el posmodernismo, se caracteriza *por la muerte de los centros, por la incredulidad con relación a las metanarrativas*.⁶³

Este punto aplicado a la historia disciplina, llevaría a afirmar que los pretendidos centros definidos como los lugares desde los que se habla - a partir de los cuales se afirmarían las diferentes posturas - fuera de los mismos centros no son legítimas ni naturales, mas si ficciones arbitrarias y pasajeras, articuladoras de intereses que no son universales, sino particulares, relativos a grupos restrictivos y socialmente jerarquizados de poder: en otras palabras, no hay historia sino historias de o para esos grupos en cuestión.

La definición también da por sentado que en el mundo en que ahora vivimos, cualquier metadiscurso, cualquier teoría global se torna imposible de sustentar debido al colapso de la creencia en los valores de todo tipo y en su jerarquización como si fuera universal. Esto explicaría el nihilismo intelectual contemporáneo, con su relativismo absoluto y su convicción de que el conocimiento se reduce a procesos de semiótica e interpretación imposibles de ser ponderados de algún modo que puedan pretender consenso.

Como se sabe en la base filosófica de esta concepción está el pensamiento de Nietzsche y el de Heidegger en una nueva versión elaborada por epígonos suyos, como entre otros, Foucault, Deleuze, Derrida y Wittgenstein y que estas nuevas posturas se basan en una vieja discusión del siglo XIX y principios del XX, de que los fenómenos sociales son diferentes a los naturales y por ello no se le pueden aplicar los mismos métodos. Por lo tanto ¿como se pueden conocer las ciencias sociales?

“La misma ciencia es impugnada, reducida a un mero discurso terrorista de poder, evacuador de “saberes alternativos”, y la defensa de un enfoque basado en la comprensión (léase en el lenguaje de hoy: interpretación, hermenéutica, crítica cultural). El postulado implícito es una nueva encarnación de la “naturaleza humana”: no más homo faber ni economicus, sino homo symbolicus”.⁶⁴

Los aspectos centrales de esta tendencia hermenéutica son: la dualidad naturaleza/cultura; el lugar del sujeto como actor o como observador; los criterios de validación; la inevitabilidad de una multiplicidad de interpretaciones para cada objeto estudiado. El segundo aspecto básico consiste a partir de lo anterior, en afirmar que es deseable en el campo de lo humano y lo social, tener en cuenta el papel de los individuos y de los pequeños grupos (conciencia, imaginario, creencias, valores, deseos) y desde el nivel de observador, el historiador con su subjetividad, como parte integrante del objeto que estudia. Como consecuencia, son puestas en duda y rechazadas las formas de validación del conocimiento antes usadas y las interpretaciones, son todas válidas si satisfacen los criterios del autor y aquéllos que con él concuerden. Particularmente, influyeron sobre los historiadores las reflexiones relativas a las formas de representación histórica, siendo esta última postulada como elemento constitutivo por excelencia del pensamiento histórico.

La pregunta central que debiera ser formulada sería: ¿qué formas –previas a cualquier contenido específico- recibe el saber histórico de su estructura literaria, de su textualidad ideológicamente condicionada, o si se prefiere de aquello que Foucault llama “epistemes?”

Cardoso expresa que plegarse a la noción de que la reconstrucción de la labor profesional emprendida por los historiadores debiera partir de “formas de representación” y “niveles de discursividad”, mostraría la inexistencia de un carácter científico, objetivo y racional en el conocimiento que producen. Por consiguiente sería recomendable abandonar el método analítico, el estructural, el macroanálisis y la explicación – “ilusiones científicas” - a favor de la hermenéutica, del microanálisis y de la concepción de la historia como senda narrativa y literaria.

Esta posición toma como postulado evidente por sí mismo que la idea de “discurso” y “realidad humana” (individual o colectiva) son dimensiones inconmensurables: el primero hablaría por tal razón siempre sobre sí mismo con el pretexto de hablar sobre la segunda, lo que está lejos de ser verdad. La influencia de la historia vivida en la década del 60, donde se experimentó vitalmente *la fuerza del discurso utópico*, hizo que en el desarrollo posterior, diversos investigadores revalorizaran el papel de lo cultural, de lo político, y extralimitándose, confundieran el mundo real con el discurso. Lo inesperado y misterioso tuvo consecuencias en el modo de concebir la historia.

Cardoso reflexiona sobre el origen del avance del paradigma posmoderno y piensa que desde el punto de vista intelectual, tiene que ver con la trayectoria de la llamada “generación del 1968”, y su recorrido en la década del 70, portadores de esperanzas revolucionarias fracasadas, que desilusionados abandonaron la creencia en las posibilidades de transformación global de lo social. De allí el apoyo entusiasta a movimientos parcializados de lucha o reivindicación concebidos de manera absoluta (feminismo, regionalismo, movimiento gay, ecologismo, movimiento negro, etc). Ese proceso ocurre tanto en occidente como en el antiguo bloque socialista en los momentos anteriores a 1989, (trayectoria de Agnes Heller, discípula de Lukács, representante del posmodernismo).

Por otra parte es más relevante ver en el posmodernismo las consecuencias- como influencias- de la dimensión semiótica de lo social en el ámbito de las ciencias sociales: A fines del siglo XIX y a principios del XX se da la presencia generalizada de patrones de comportamiento social; lo que quiere decir que mucho de lo que las personas hacen está programado por sus sociedades, sin esto ningún comportamiento podría ser identificado como perteneciente a una clase dada de acciones. En la medida que los científicos sociales se dieron cuenta de esto, *algunos trataron de ver más allá*: todas las representaciones humanas son simbólicamente mediadas. En otras palabras, el conocimiento humano en todas sus formas tiene que ver con los lenguajes y los procesos de significación. De la manera más radical se entendió que los procesos del lenguaje y de la semiótica son lo que de hecho existen.

No hay una realidad cognoscible en sí; por lo tanto no hay un sujeto social o histórico, sea individual o colectivo, el sujeto aparece meramente como una “topología estructural de significantes”.⁶⁵ Hay una reducción culturalista del mundo en “texto”, relativa y culturalmente interpretados: es la posición posmoderna. Esta opción ha sido bautizada por algunos como una visión simbólico - realista de la teoría social.

Según Cardoso, si todo conocimiento es una construcción simbólica (cada uno con su modelo propio de articulación en tanto que se constituye como comunidad) es una forma de socializarse basada en lenguajes y grados de lecturas compartidas por sus miembros. En lugar de una sociedad global (nivel que si existió alguna vez, en el mundo posmoderno desaparece por la desarticulación social) sólo tendríamos grupos diversos y numerosos, intereses variados y subculturas. Esto es

llamado también la cultura del narcisismo y ayudaría a explicar el surgimiento de la “ego-historia”.

Los cultores de la nueva historia no se alinean de forma ortodoxa en estas cuestiones, algunos hacen sus críticas internas, como que hay una tendencia a escribir una historia que proporciona una orgullosa buena conciencia a los historiadores en base a la empatía que sienten con los grupos pequeños del pasado que estudian. Otros han visto en la nueva historia un deseo de ser portavoz de una visión que sería del hombre común, del hombre de la calle, de las masas inarticuladas, otra opción prefiere enfocar a las minorías discriminadas en lugar de las minorías explotadas.

Es interesante introducir un pensamiento de Jorn Rusen⁶⁶, historiador alemán, porque desde otro contexto, apunta tres deficiencias centrales en el pensamiento histórico posmoderno y ha publicado en revistas brasileñas de la especialidad. Explica que imputar a la oposición al posmodernismo un encasillamiento de los fenómenos históricos dentro de direcciones temporales globales, acaba relegando algunos de los problemas muy queridos por los propios posmodernos- devastación de la naturaleza, armamentismo, etc, - a un “limbo de fenómenos”, los cuales enflaquecidos por la eliminación de los contextos sociales globales, pueden actuar mucho más impunemente. La segunda es que la vivencia “del otro” en la opción por lo cotidiano y por el microanálisis, (más en general por la visión antropológica-cultural), puede desembocar fácilmente en una cultura histórica que supervaloriza los sentimientos y con esto, caer en el irracionalismo y en el misticismo, tendiendo a abandonar los instrumentos críticos de la razón. La tercera deficiencia señalada por Rusen es la tendencia a desvalorizar el trabajo teórico de aprehensión conceptual de la vivencia histórica como un todo y los esfuerzos en el sentido de una síntesis abarcadora.

Estas deficiencias producen que la propia tentativa posmoderna de buscar un nuevo significado histórico para sus objetos “estaría condenada a la dispersión y a la irrelevancia, por limitarse a una contraposición abstracta entre las condiciones de vida actuales y las alternativas histórico-temporales, sin que las relaciones entre ellas sean esclarecidas integradamente”.

Cardoso coincide con este historiador y otros críticos en señalar estas deficiencias del pensamiento posmoderno y en dejar sentada su visión sobre el campo de lo real, al considerar que los registros históricos son fragmentos de

conocimiento de acontecimientos que se produjeron fuera de la cabeza del historiador y por lo común antes de su tiempo, de los cuales se tienen profundas evidencias. También se destaca en su pensamiento la visión de que es inevitable que surjan a corto o mediano plazo, uno o más paradigmas explicativos globales, ya que las razones que los hicieron surgir en el pasado, los graves problemas sociales y mundiales sin resolver, exigirán que se renueven horizontes utópicos orientadores.

También rescata la necesidad de la racionalidad frente al antirracionalismo típico del posmodernismo, porque éste se acompaña de una laxitud teórica – metodológica, especialmente grave en el caso de los historiadores y concluye que los “posmodernos son más apocalípticos y retóricos que argumentativos”. Agrega que no hay porqué pasar del rigor formal y muchas veces ilusorio del cientificismo hacia algo tan limitado como una “búsqueda interpretativa culturalmente contextualizada”, que es una hermenéutica que se agota en sí misma.

En la obra estudiada y señalada anteriormente se encuentran - entre otros artículos sobre áreas, fronteras y dilemas - los tres siguientes que se seleccionan y comentan de manera especial: *Historia y Poder de Francisco Falcon*, *Historia Económica de Joao Fragoso y Manolo Florentino e Historia Social de Hebe Castro*. El desarrollo siguiente analiza que categorías emplean los autores en sus trabajos sobre historia política, social y económica.

4.4.1. En torno a la historia Política

Francisco Falcon analiza la historia política, pero su estudio abarca más que esa especialidad, en cuanto identifica categorías en las distintas teorías y escuelas de la historiografía y además examina la relación polémica de historia y poder. En sus palabras:

“Sin reales intenciones de sistematizar y mucho menos de exhaustividad se pretende hacer un balance muy genérico de las relaciones entre historia y poder en la perspectiva de la propia historia de la historia”. Expresa en su trabajo *Historia y Poder*, que estos dos conceptos son como hermanos siameses, mirar uno sin percibir la presencia del otro, es casi imposible y que hay dos maneras de analizar esta relación: una es detectar las diversas formas que revelan la presencia del poder en la historia y otra, indagar los mecanismos a través de los cuales se manifiesta el poder en la producción del conocimiento histórico. La historiografía, dice, acostumbra ser

más clara cuando se trata de la primera mirada y más imprecisa cuando se trata de la segunda. El autor trabaja sobre el poder visto como objeto de investigación y producción histórica y en su influencia en el propio oficio del historiador, con lo que el objeto de investigación es el conocimiento histórico.

Falcon trata dos temas principales, primero el apogeo y declinación de la historia política tradicional que tiende a presentar la política como si fuese el único lugar de poder, y segundo el concepto de poder, como una forma de relación social concebida como de naturaleza plural (los poderes).

En primer lugar define la historia política tradicional como el estudio de: “Las ciudades estado, los imperios, las monarquías, la república y el estado que fueron centros o núcleos que polarizaron las narrativas históricas, y en ellas el papel de los hombres de estado, las teorías filosóficas, jurídicas y teológicas acerca de los orígenes, instituciones y fines de la República. Más tarde esa historia fue identificada como historia política tradicional. Prisionera de una visión centralizada e institucionalizada del poder, fue definiendo temas, objetos, principios y métodos. Ligada íntimamente al poder, pretendió ser también memoria. Cábele entonces durante siglos, recordar y enseñar los ejemplos ilustres”.⁶⁷

La forma tradicional de abordar la historia política- agrega Falcon- introduce dos tendencias fundamentales, una es la crítica erudita de fuentes y la eliminación de milagros, leyendas y fantasías en busca de hechos verdaderos o por lo menos verosímiles. Otra es que también le correspondía a la historia proveer de argumentos y pruebas a las partes en litigio en disputas teológicas o políticas.

De mediados del siglo XVIII al tercer cuarto del XIX, hay dos grandes movimientos- la ilustración y el romanticismo- que modifican la concepción de la historia acentuando aún más la importancia de lo político. Falcon sintetiza estos movimientos expresando, que sabemos que la historiografía de la Ilustración presenta en realidad, dos tipos de historias y de historiadores. La historia interpretada por los filósofos y la historia producida por historiadores eruditos o anticuarios. Los filósofos critican la naturaleza meramente descriptiva y factual y esencialmente política de los historiadores eruditos y proponen como alternativa una historia filosófica, una historia racional y explicativa de la totalidad del devenir histórico, cuyo núcleo sería dado por valores universales expresados a través de categorías como cultura, civilización, libertad.

La historiografía del Romanticismo es más compleja: con ese nombre se entiende un conjunto de movimientos contemporáneos, tanto de la Revolución Francesa, como de las llamadas revoluciones liberales y nacionalistas de la primera mitad del siglo XIX. El romanticismo, especialmente el alemán, ostenta connotaciones francamente opuestas a la Ilustración: Considera las concepciones iluministas abstractas y absurdas - racionalismo extremado, universalismo ético - jurídico e histórico - contra las cuales propone el papel y la importancia del sentimiento, la intuición, el individualismo, el organicismo y la historia.

Como puede observarse este análisis de ilustración y romanticismo de Falcon, puede conectarse con las categorías - civilización y cultura – trabajadas como opuestas por Ciro Cardoso y expuestas anteriormente en este trabajo.

Falcon expresa- continuando con su análisis – que los principios y valores del romanticismo originan en algunos casos y refuerzan en otros, ciertas tendencias de importancia crucial para el rumbo de la historia de Europa y de las categorías propuestas para el análisis histórico. Entre ellas el romanticismo asoció las ideas de pueblo y nación como constituyentes de una misma entidad colectiva manifestada en la lengua, la historia y en la cultura común. La historia será siempre historia de esas realidades únicas que tienen en el estado su expresión política. De este modo el estado-nación se convierte en tema central tanto de la investigación como de la narrativa histórica y en categoría de investigación. La promoción del estado como objeto privilegiado de la producción histórica significó la hegemonía de la historia política. De allí que en el siglo XIX poder y siempre poder del estado – instituciones, aparatos, dirigentes y acontecimientos son siempre eventos políticos, pues son estos los temas dignos de atención de los historiadores.

Los presupuestos historicistas románticos se articularon con exigencias metódicas casi siempre muy rigurosas. Este era un verdadero territorio común a románticos y positivistas. La historiografía metódica instituye a partir de sus presupuestos científicos, un tipo de discurso histórico propio destinado a demostrar a través de marcas específicas sus diferencias con el discurso literario y se puede decir que a lo largo de las tres primeras décadas del siglo XX se mantuvo casi inalterada la hegemonía de la escuela metódica o positivista. Entretanto fueron décadas de críticas y ataques desde variadas posiciones intelectuales, lo que se conoce en su conjunto como “revuelta anti-positivista”. Por más importantes e innovadoras que hayan sido estas tendencias anti-positivistas no fueron suficientes para provocar de

inmediato grandes alteraciones en el panorama de la historiografía, o sea, no consiguen disminuir la posición dominante de la historia política ni la supremacía institucional de la historiografía metódica.

A partir de 1929/30 comenzó la declinación de la historia política que cada vez más se reconoció como “tradicional”. A partir de esta fecha hay dos caminos paralelos: la trayectoria del proceso de condena por los Annales y el otro, la sobrevivencia de la historia política y su lenta recuperación. El primer camino condenatorio de los Annales esta expresado en palabras de Julliard Jacques,

“La historia política y psicológica ignora los condicionamientos; es elitista, tal vez biográfica, ignora la sociedad global y las masas que la componen; es cualitativa e ignora las series; su objetivo es particular y por lo tanto ignora la comparación; es narrativa e ignora el análisis; es idealista e ignora lo material; es ideológica y no tiene conciencia de serlo; es parcial y no lo sabe; se ocupa de lo consciente e ignora lo inconsciente; mira los puntos precisos e ignora el largo plazo; en una palabra –que resume todo lo dicho en el lenguaje de los historiadores- es una historia factual”⁶⁸.

Para analizar la categoría de poder en la nueva historia política, Francisco Falcon polemiza con varios autores que consideran que de 1945 a 1968 / 70, se puede focalizar la crisis final de la historia política tradicional y en el período siguiente la progresiva constitución de la nueva historia política. Esta periodización - considera - si es muy taxativa exagera los cambios y transformaciones en detrimento de las permanencias, en términos de las realidades en cada período, por lo tanto es necesario hacer una relativización de ella. “La supuesta declinación se puede entender como dato historiográfico y como hecho editorial”, respecto al primero, debe tenerse en cuenta lo que el autor llama universos historiográficos:

“Fuera de Francia la condena a la historia política tradicional tuvo un curso muy restringido. La idea de una historia política en vías de extinción⁶⁹, en relación con Francia no se puede aplicar ni a Inglaterra, ni EEUU, ni Alemania, ni Italia, tampoco a Brasil. (...) Como hecho editorial tampoco la declinación es real. Buena parte de lo que se lee en el mundo en esa época es historia política. Es decir que la historia política tradicional no desaparece ni declina. La noción de declinación remite

casi exclusivamente a la historia de los Annales, (...) la nueva historia se define como estructural y acentuó más sus diferencias con la historia política.”⁷⁰

El autor recuerda y señala que el marxismo denunciaba ya desde el siglo XIX tres ídolos de la historia política: la noción de lo político desvinculada de la totalidad del proceso histórico y presa fácil de la ideología; el carácter voluntarista de una historia basada en ideas y en algunos pocos actores individuales y un discurso narrativo, cronológico y lineal construido en función de una epistemología empirista. En la entreguerra aparecen diversas corrientes marxistas llamadas en su conjunto el marxismo occidental: Gramsci, Lukacs y los miembros de la Escuela de Frankfurt, entre otros. En Inglaterra: hacia 1956, con el partido comunista británico aparece la revista *New Left Review*, punto de partida para el llamado marxismo inglés de historiadores como Hobsbawm, Anderson, Hill y Thompson. En Francia, comenzando por Sartre y Goldmann, la perspectiva de Althusser, Poulantzas, etc, y su influencia en la historia: Vilar, Soboul, Bouvier, Vovelle, Duby. Con algunas variaciones esto pasa en casi todos los países.

Francisco Falcon identifica las categorías del marxismo, refiriéndose a una perspectiva genéricamente marxista que contribuye a contrabalancear las tendencias empiristas y subjetivistas. “Esta perspectiva pone énfasis en las categorías de totalidad, importancia de las condiciones materiales, estructuras socioeconómicas, clases y grupos sociales y movimientos colectivos, las ideologías como categorías para el análisis de discurso histórico. Dos efectos importantes del marxismo para la historia fueron que relocaliza en primer plano la discusión de historia y poder, y por otro lado interpreta a la política como efecto derivado de las estructuras”.⁷¹

En los últimos años de la década de los 50 se expande con mucha rapidez el estructuralismo (tanto el de los Annales como del marxismo), a partir de la lingüística, especialmente con el antropólogo Levi-Strauss, su mayor pensador. Falcon opina que los antropólogos usaban una concepción desactualizada de la historia – “tan desactualizada que la historia que atacaban era la proscrita por los Annales desde los años 30”. Por otra parte, era un diálogo de sordos, centrada en el propio concepto de estructura: “un concepto lógico-formal para Levi-Strauss y un concepto concreto, real, según Braudel”, para quien la estructura puede ser descripta exactamente por tener existencia histórica; su dimensión temporal es exactamente la del tiempo largo, *la larga duración*.

La tercera y cuarta generación de Annales, fue a buscar fuera de la historiografía los modelos de sustentación teórica para repensar las relaciones del estado y la sociedad impuesto por su interés en renovar el estudio de lo político. (Tocqueville, Arendt, Weber, directamente o vía Aron fueron esos modelos). Además de su encuentro con el estructuralismo, el origen de la historia estructural posibilitó la apertura para concepciones nuevas y variadas respecto a temas poco frecuentados por los historiadores: los poderes, los saberes en cuanto poderes, las instituciones supuestamente no políticas, las prácticas discursivas. Foucault fue quién revolucionó la comprensión de estos nuevos objetos y destaca la relación entre diferentes prácticas sociales y la pluralidad y la presencia no del poder sino de los poderes. La historiografía política de los años 70 pasa a enfocarse como microfísica del poder, en lugares históricos poco conocidos por los historiadores: familia, escuela, asilos, prisiones, hospitales, política, oficinas, fábricas, en lo cotidiano de cada individuo o grupo social.

Las nuevas corrientes marxistas, dice Falcon, también vienen en auxilio de esa restauración de lo político en general y de la historia política en particular. Basta mencionar la importancia de algunas categorías gramscianas: hegemonía, bloque histórico, dominación versus dirección y althusserianos – autonomía relativa, sobredeterminación, aparatos ideológicos del estado. Poulantzas, Badiou, Harnecker y autores italianos e ingleses utilizan largamente estos conceptos. Las discusiones que se entablan entre ellos lanzan nuevas luces sobre lo político, el estado y sus relaciones con la sociedad civil y abren las investigaciones a cuestiones mucho más amplias del poder y de las formas de dominación. El estudio de lo político a partir de ahí, no se comprenderá más en el sentido tradicional sino en los niveles de las representaciones sociales y colectivas, en los imaginarios sociales, en la memoria y memorias colectivas, en las mentalidades, como en las diversas prácticas discursivas asociadas al poder.

En los Annales los nuevos rumbos pasan por la historia cultural anclada en una sociología histórica de la cultura, para otros la cuestión clave es una sociología histórica del poder y de la política. Al mismo tiempo la antropología atrae cada vez más la atención de los historiadores, ya como cultural o política o etno-historia. Los autores más conocidos: Geertz (1973) Sahlins (1985) Dumont 1966/77, Balandier 1980. Falcon cita a Bourdieu: “Poder y política pasan así al dominio de las representaciones sociales, y de sus conexiones con las prácticas sociales, se coloca

como prioritaria la problemática de lo simbólico- simbolismo, formas simbólicas y sobre todo el poder simbólico".

Entre las muchas tendencias, variaciones y énfasis observados en los movimientos de renovación de la historia política, es conveniente distinguir entre las moderadas y radicales. Las primeras rescatan lo que convencionalmente se llama la legitimidad de la historia política pero marcan distancia frente a los equívocos de la historia política tradicional. Se apropian de métodos y teorías desarrollados por científicos sociales, y producen abordajes innovadores definiendo nuevos objetos y redefiniendo los antiguos.

Las radicales son las interpretaciones que conducen al historiador a subsumir la política en la esfera del poder de modo que se pierde de vista casi por completo su autonomía, y se sustituye la historia política por algún tipo de historia de las formas de dominación. En el extremo de esta tendencia se sitúa la que pulveriza el poder y reduce sus efectos de sentido en función de las prácticas discursivas específicas.

Hay cierto consenso entre los historiadores en criticar la historia política tradicional y en redefinir lo político, para lo cual, entran en juego la noción de lo social y el concepto de representación. Francisco Falcon opina que definir una problemática propia para la nueva historia política es la tarea no resuelta. Reconoce que es fundamental que el historiador político pase del estudio institucional del estado al estudio del poder, pero ¿cuáles serían los temas y las categorías de análisis propuestas para la historia política?

Falcon, cita las propuestas de Vandermeer y de Julliard. El primero- muy condicionado por las circunstancias norteamericanas- sugiere cuatro categorías: comportamiento electoral de las masas (elecciones, electores, voto partidario), procesos de votación en el congreso y legislativos estatales, (fidelidad partidaria, ideología, clientelismo político) biografías colectivas (grupos políticos burocráticos), instituciones políticas y burocráticas. Julliard propone los sistemas políticos (estructuras institucionales y funcionarios), los agentes políticos (elites y masas), la dinámica política (evolución de regímenes, reformas, revoluciones). Otras sugerencias no difieren mucho de éstas.

Por su parte, el autor analizado propone en la nueva historia política como esencial el concepto de acontecimiento político. Éste - dice - debe ser revisado tomando en cuenta el sistema partidario, los períodos críticos, la mayor apertura a lo cultural, como también la concepción plural de lo público y las perspectivas del

concepto de cultura política. Puede inferirse cuánto se intentaba suprimir e innovar en la historia política. El descubrimiento de la cultura por los historiadores políticos, es señalado por Peter Burke en su obra *A escrita da historia*, comenzando por el concepto de “cultura política”⁷².

Sobre las últimas tendencias expresa Francisco Falcon que ciertas cuestiones esenciales fueron dejadas de lado en las polémicas como los problemas del discurso histórico en sus relaciones con la narrativa o los hechos en la historia política y que en verdad los que más lucharon por la redención de la historia política no tuvieron como premisa la necesidad del retorno a la narrativa, como si fuese esta condición necesaria para las posibilidades de producir realmente una nueva historia política, considerando que probablemente lo contrario de eso sea lo mas verdadero.

El mismo tema aplicado y circunscripto al estudio del Brasil, conduce a la vía de doble mano que liga la historia y el poder y constituyen el nexo a partir del cual se puede percibir el camino de la historiografía brasileña reciente. Es especialmente en el campo de la historia política donde se hace más evidente y necesario. El carácter de “reciente” se refiere a la producción historiográfica realizada a partir de 1970. La opción se deriva de consideraciones teóricas y técnicas, porque antes de 1970, predominaba la historiografía política que estaba constituida casi en su totalidad por el modelo de historia política tradicional. La elección de la década del 70 no deja de ser un poco arbitraria, en cuanto hay que señalar el pasaje de las tensiones y conflictos de los años 60 a las aparentes armonías del “milagro brasileño” de la siguiente década. La entrada del poder en escena es la que constituye, a modo de ver del autor, la clave para descifrar los rumbos historiográficos de 1960 hasta mediados de los años 80.

Se puede hacer la siguiente periodización de acuerdo a los objetivos en términos de historia y de poder. La década del 60 se caracteriza por la promesa de renovación y cambio de la sociedad y de la historiografía. Desde 1964 –1969: son los años de represión institucionalizada, represión política e ideológica en las instituciones de enseñanza e investigación. Tal entrada en escena estaba prefigurada desde 1964 y pasa a ser decisiva en 1969.

Antes de 1970 -según la obra “Historiografía brasileña contemporánea” (1985) de J.R. do Amaral Lapa, que trata básicamente esa época - los temas referidos al poder apenas aparecen en la historiografía y cuando aparecen, son referidos al

estado. Se trataba por lo tanto de una historia política tradicional, la sustancia de la historia oficial que se investigaba y enseñaba. A partir de 1964, esta versión de la historia de Brasil pasó a contar también con el apoyo ostensible de los aparatos del Estado. La hegemonía de la historiografía política de tipo tradicional, con todos sus conocidos corolarios temáticos y narrativos y su carácter eminentemente factual, se materializaba en Brasil en la enseñanza de la historia, comenzando por las facultades de filosofía. En las publicaciones y las tesis defendidas en esa época se evidencia esta afirmación: Universidad de San Pablo, hasta 1969 se constatan siguiendo la distribución cronológica de temas: Colonia: 43%; Imperio 32,6%; República 15,2%. Si también se consideran los índices de la Revista de Historia (USP, hasta el número 80, 1959) y la Revista Brasileira de Estudos Políticos (UFMG, 1973), la presencia y preeminencia de la historia política tradicional salen fortalecidas.

Además de la producción historiográfica de la década del 70, Lapa⁷³ analizó el movimiento editorial a partir de cuatro grandes colecciones y también puede ser observado a través del catálogo USP (1977) que comprende las tesis de posgrado defendidas hasta 1985. Hasta 1979 continúa la declinación del interés por el período colonial e imperial y aumenta el interés por el republicano. Por otra parte, el interés por la historia política sigue siendo preponderante con un porcentaje de 19% frente a la social con un 17%, a la económica 16%, a la regional 12%, etc. Estos son importantes indicadores de tendencias.

La pregunta es: ¿esta predilección por la historia política se refiere a la tradicional o a la nueva?, la impresión hasta el momento es que en la mayoría de los trabajos se puede constatar que se refiere a la tradicional. El movimiento editorial comprometido con la divulgación revela también que predomina la tendencia que concibe a la historia de Brasil como una historia esencialmente política, los textos innovadores en su mayor parte provienen del área de la ciencia política. La difusión de estos últimos tuvo el mérito de promover y difundir algunas perspectivas metodológicas y temáticas nuevas para muchos historiadores políticos.

A mi modo de ver,- expresa Francisco Falcon- “los años 70 constituyen tanto un territorio historiográfico poco conocido y explorado científicamente, como polémico. Algunos historiadores han adoptado una postura valorativa, que parece demasiado optimista. Resultados de balances cuantitativos: crecimiento de la investigación, institucionalización del posgrado, aumento de las tesis, multiplicación de las publicaciones, indicaría que el diagnóstico favorable omite al lado de los

créditos, los débitos. Pensemos en todo lo que se dejó de hacer, crear, avanzar e innovar como consecuencia de las imposiciones como controles y represión impuestos al trabajo intelectual, las exclusiones determinadas por exilios, censuras y autocensuras, las denuncias ideológicas y venganzas personales, los obstáculos de todo orden impuestos al ejercicio de la crítica y a la práctica del debate intelectual, los autores prohibidos, etc., a todo esto Lapa llama “la actividad castradora del Estado”, pero es poco, porque no se trata solo del Estado...”.⁷⁴

En realidad hay que decir que la primera generación de historiadores contrapuesta al peso de la historia política tradicional, especialmente en la década del 50/60 (Caio Prado, Freyre, Buarque, Honorio Rodriguez, Werneck Sodré) nunca fueron lectura indicada para los estudiantes de historia, pero fue la lectura paralela realizada fuera de la universidad. Estas lecturas manifiestan sus primeros efectos en la segunda generación de historiadores. Se empieza a trabajar entonces con nuevas perspectivas teóricas y se abordan nuevos objetos para la historia, ignorados antes o poco frecuentados y se discuten nuevos métodos. Hubo preanuncios y anticipaciones pero también grandes resistencias, si a principios de la década parecía que se superaban viejas concepciones sobre el poder aun vigentes en gran parte de la historiografía, los nuevos vientos historiográficos no soplarían por mucho tiempo sin encontrar obstáculos no solo en la tradición sino en la represión. Las críticas asumen aspectos variados.

Contrastar los años 70 con los 80 es casi obligado hoy. Hubo novedades, pero no existe consenso entre los historiadores respecto a la naturaleza, alcance y significado de las novedades. Aún ahora pasada la meta de los 90, continúan divididos a propósito de la legitimidad de los nuevos objetos, métodos y abordajes que crecieron dentro del oficio de los historiadores justamente en los años 80. Para el período 1980-89 se dispone del trabajo elaborado por los historiadores Carlos Fico y Ronald Polito, acerca de la Historia del Brasil como también el segundo libro escrito por Lapa⁷⁵

Se puede observar que las Universidades se consolidan como espacios por excelencia de producción de conocimiento histórico, expresan Fico y Polito: “se amplía la presencia de la historia de Brasil, las áreas de concentración del interés y producción adoptan en general el nombre de historia social. Ausencia de cursos que

se asuman sólo como de historia política, cuando mucho hay ejemplos de acoplamiento de política con sociedad, economía y cultura”.

A lo largo de las décadas observadas ocurren diversos cambios y redefiniciones de las áreas de concentración del interés o líneas de investigación más seguidas. La cuestión del poder gana algunos espacios importantes a partir de perspectivas metodológicas variadas. Según Fico y Polito aumentaron mucho los trabajos sobre historia regional y los temas frecuentes se encuadran en la historia social, económica y política respectivamente. Los autores investigan la historia política entendida como tradicional si se presenta desvinculada del estudio del poder y excluyen todos los trabajos cuya autoría no puedan ser identificados o reconocidos como propios de la producción histórica.

Estos investigadores participan de la opinión de explorar la producción de los historiadores en la renovación de pensamiento teórico sobre la política y poder, convicción no compartida por Falcon, quien cree que si se investiga solamente la producción disciplinar, encontrarán que los historiadores solo producen historia política tradicional.

Dice: “ Si tenemos presente el hecho de que la renovación de la historia política en otros centros culturales pasa necesariamente por el diálogo del historiador político con la sociología, la antropología y la ciencia política, si recordamos que esa renovación sería impensable sin la redefinición que hubo en la problemática del poder, será evidente que para detectar cambios e innovaciones es esencial salir del territorio del historiador tomado en su sentido exclusivo; caso contrario encontraremos el viejo recitado que constituye la historia política tradicional tal como la definieron y criticaron los analistas”⁷⁶.

A partir de los relevamientos minuciosos de Fico y Polito se observa que las principales preferencias temáticas y cronológicas se mantienen estables en comparación con la década del 70 y no se presentan diferencias tampoco en las temáticas de las tesis defendidas. Sin embargo, en los eventos realizados en la década del 80, como simposios nacionales y regionales, se constata la presencia significativa de la problemática del poder, en nuevos abordajes en las mesas redondas y comunicaciones. Algunos grandes eventos de esa década posibilitaron la visión más clara de las transformaciones en curso de la historia política.⁷⁷

En la década del 90 aumentan los temas de historia política relacionados con el poder. En cuanto a la producción editorial investigada por los autores citados, se

caracteriza por el predominio de publicaciones sobre la esclavitud moderna, movimientos de trabajadores, inmigración, pero no se puede inferir de estos datos la presencia de cuestiones relativas al poder y a la política, aunque se supone que no pueden estar ausentes en el análisis histórico de aquellos temas. El hecho es que corresponde a la historia política el segundo lugar luego de la historia social, con 169 ediciones y 129 títulos, con predominio de trabajos sobre el estado (65 ediciones, 52 títulos), partidos políticos en conexión con movimientos de trabajadores (38 ediciones con 33 títulos). A pesar del intenso movimiento en torno a los llamados nuevos temas y abordajes de la llamada nueva historia, el movimiento editorial no discrepa mucho de lo que se observa en el campo de las tesis y disertaciones: la novedad y el impacto de esos nuevos temas va por 91 ediciones en medio de un universo de 1.890 primeras ediciones. Restaría tentarse a percibir la presencia del poder en obras sobre brujería, magia, sexualidad, cotidiano y otros tópicos pertenecientes a ese conjunto genéricamente rotulado como historia de las mentalidades.

Podemos decir comparando con los autores argentinos analizados, que el historiador brasileño examina la historia política desde la relación de historia y poder, identificando las categorías usadas en las distintas corrientes historiográficas; también la trayectoria de la historia política tradicional y de la nueva, marcando la supervivencia de aquella en la historiografía brasileña. En cambio los autores argentinos elegidos, trabajan sobre categorías tradicionales en su exploración de la historia política, de las cuales se eligió para un análisis crítico las de democracia-autoritarismo. En ambos trabajos se rescata la necesidad del desarrollo teórico en la tarea de los historiadores, si bien Falcon cree que esta tarea es difícil, porque los historiadores siempre producen historia tradicional.

4.4.2. En torno a la historia económica

Joao Fragoso y Manolo Florentino⁷⁸ demuestran que en la década del 90 se produce un número cada vez menor de trabajos vinculados a las coyunturas y estructuras económicas y que esta tendencia lejos de ser localizada en Brasil, es mundial.

Así en el caso de *Annales*, se observa una contundente declinación del número de artículos ligados a la historia económica. Desde 1929 hasta 1945, (época de Bloch y

Febvre) cerca del 60% de las publicaciones eran de historia económica. Del 46 al 69 (época de Braudel) disminuyen a 40%. En la década del 70 se inicia su decadencia: hacia 1976 se produce un descenso en el interés por los estudios económicos, cae hasta un 25% y esa tendencia declinante aún persiste.

El énfasis que se puso en la historia económica estuvo vinculado a un contexto histórico en que los problemas relativos al desarrollo estaban a la orden del día y se veían agravados por la guerra fría, la internacionalización del capital y la descolonización, por ejemplo. En el Brasil los ecos de esta tendencia se hicieron sentir tardíamente, teniendo en cuenta que a partir de 1970 se difunden los programas institucionales de posgrado en Historia y a partir de 1980 recién se sienten los efectos de los recorridos vividos por la historiografía internacional. En la Universidad de San Pablo, la mayor de Brasil, entre 1973 y 1978 casi la mitad de las tesis de posgrado versaban sobre asuntos económicos, proporción que para el 83-85 baja a menos de un tercio. En la Universidad de Río de Janeiro, la mayor universidad federal, al inicio de los años 80, seis de cada diez trabajos defendidos, eran de historia económica, en 1992 este tipo de investigación es de menos de dos trabajos de investigación entre diez. A medida que se consolidan los programas de posgrado, aumenta el número de defensas de tesis, pero sigue disminuyendo la temática económica. Según los autores brasileños, la decadencia en la cantidad de estudios económicos tiene que ver con un cuestionamiento acentuado a los principales paradigmas explicativos sobre los cuales se erigía la investigación histórica en las décadas del 50 y 60: La Escuela de los Annales y la Historiografía Marxista. En términos generales hacen la crítica a lo que unía a estos paradigmas: la preocupación por la larga duración y el énfasis en las estructuras económicas sociales para comprender las sociedades, y también como lugar privilegiado para comprender la política y la cultura, de allí derivaba la preocupación constante por la utilización de fuentes propicias a la cuantificación y a la seriación.

A partir de fines de la década del 60 se consolidan las posiciones que se venían desarrollando por lo menos desde mediados de la década, (por ejemplo, Le Goff) poniendo en duda el predominio de estos principios. Así varios investigadores que ya hacían historia económica toman otros rumbos, como por ejemplo el estudio de las estructuras mentales. (Duby, Le Roy Ladurie). Se criticaba el reduccionismo económico, y las curvas de precios y salarios como elementos determinantes para la explicación de movimientos de masas, diciendo que tales índices menospreciaban las

complejidades relacionadas con las reacciones sociales y los factores culturales que conforman las conductas de los agentes involucrados. Los autores citan a Ginzburg, (en cuya obra se hacen presentes las influencias marxistas de Gramsci y Bakhtin) y expresan que:

“no parece arriesgado afirmar que la investigación cuantitativa de larga duración puede también oscurecer y distorsionar los hechos (...) En la perspectiva de larga duración es difícil comprender los problemas cotidianos de supervivencia (...) La vida real expuesta al margen en la visión de largos períodos, puede generar una abstracta y homogeneizada historia social desprovista de carne y sangre y no ser convincente a pesar de su estatuto científico”.⁷⁹

Fragoso y Florentino entienden que el estado de la cuestión hoy, respecto a la reflexión económica-social, puede ser sintetizado de esta manera:

“las relaciones económicas y sociales no son anteriores a las culturales, ni las determinan; ellas mismas son campos de práctica y producción cultural, lo que no puede ser deductivamente explicado por referencia a una dimensión extracultural de experiencia”.⁸⁰

Se debe recordar que la Historia económica presentó diversos ámbitos y sustanciales oposiciones. Por un lado crecían los historiadores- economistas de la escuela histórica francesa y por otro lado en el mundo anglosajón se producía la afirmación cada vez más intensa de los economistas- historiadores, movimiento que más tarde daría origen a la New Economic History. Muchos profesionales de la historia comenzaron a asumir acríticamente los modelos de los economistas con sus ecuaciones y cuadros estadísticos atemporales y poco a poco fueron dejando de ser historiadores sin, con todo ello, pasar a ser economistas. Este movimiento era realmente insólito en un momento en que los economistas percibían que una economía de desarrollo no podía hacerse solamente con sofisticadas recetas, sino que debía tener en consideración los llamados factores extra-económicos. Estaban entonces los economistas-historiadores en una contradicción que pronto cobraría su precio.

Es difícil negar que el excesivo énfasis en lo económico acabe por distorsionar la complejidad existente en la historia y en las necesidades del quehacer

cultural. Con todo hay que investigar si la preocupación más intensa en otros campos del saber historiográfico, justifican el decreciente interés de la reflexión y de la investigación en historia económica. La construcción de curvas de precios no es un fin en sí misma, sino un hilo conductor que sirve para entender otras relaciones, como en el caso de los estudios de Ernest Labrousse, quien intentaba demostrar que el estudio coyuntural sirve para develar la dinámica de las estructuras, para entender las jerarquías sociales y sus contradicciones, el nacimiento de las ideologías y de las crisis institucionales, la cronología de las revoluciones o su devenir. Sin duda quién busca la comprensión de espectros tan amplios no puede tener como soporte apenas unas curvas de precios pero tampoco se justifica desconocer o descalificar los principios generales que rigen un trabajo de estas características. Labrousse forma parte de toda una generación de profesionales en cuya producción se encuentran los principios fundadores de la Historia serial.

Hay muchas críticas que ya aparecen desde la década del 60 a los limitados manejos de una esfera económica pura (las de Pierre Vilar, como ejemplo) que privilegia los estudios de capital, fuerza de trabajo y tecnología. Dicho de otro modo lo que había, era una cuantificación de aspectos parciales que se prestaban para la elaboración de teorías pretendidamente globalizantes.

“Por otra parte el rompimiento con lo factual traía explícita la incesante intención, de dar voz a los grandes contingentes anónimos a partir de una perspectiva que aún privilegiando determinados niveles, siempre tiende a la totalidad como paradigma”.⁸¹

Hay que recordar que después de 1945 con el enorme crecimiento de EEUU y la posterior internacionalización del capital por un lado, y por otro lado la afirmación de una economía socialista, se producía una polarización planetaria de modelos antitéticos. Paralelamente la pobreza y los movimientos nacionales de liberación movilizaban a políticos y estudiosos a través de temas, muchos convertidos en categorías de análisis, como desarrollo desigual, dependencia económica, sustitución de importaciones, industrialización acelerada, etc.

Por caminos diversos se expresaba la voluntad de promover cambios globales, cuyo punto de partida sería el campo económico -social. En medio de este contexto, se afirma la teoría económica con énfasis en lo económico-social, con predominio de la escuela de Los Annales y en un plano más radical, la exacerbación de determinismos por parte del marxismo de la Guerra Fría. No puede llamar la atención, entonces,

una cada vez más acentuada especialización de la historia económica en los medios académicos.

Agregan los autores brasileños citados: “En la década del 60 y 70 el crecimiento de la historia económica hecha por economistas fue tan avasallador que en muchos casos redundó en la creación de Institutos y Departamentos de Historia Económica sin conexión siquiera con los Departamentos de Historia tradicionales. (...) La separación institucional derivaba en cadena, en aislamiento intelectual y en una fragilidad y marginación de un campo muy fértil de investigaciones⁸²”.

Los mismos historiadores indican también que la retracción de la historia económica se nutre de elementos exteriores a la disciplina, como la influencia de los cambios de contextos, que muchas veces provoca tendencias extremas en la historiografía. La crisis demuestra la influencia de los factores externos o contextuales en lo disciplinar.

Historiadores de lugares muy distintos y con muchas diferencias entre sí como Carlo Guinzburg, Francois Dosse y Ciro Flamarion Cardoso al analizar las nuevas tendencias de la historiografía internacional, apuntan a movimientos que superan la economía. Para Guinzburg, al optimismo radical de los años 50 y 60 se contraponen -a partir de la década del 70- a las crecientes dudas acerca de los procesos macrohistóricos tales como el triunfo del reino fraternal del socialismo y del ilimitado progreso tecnológico. De allí deriva la preocupación por los estudios micro y temas como lo privado, lo personal o lo cotidiano. De ello resulta una mutación de la relación que nuestras sociedades contemporáneas mantienen con el pasado y de lo que podría llamarse según Jacques Revel *el régimen de historicidad*.⁸³

Para Dosse, el papel del historiador se modifica y la historia se vulgariza. Define la historia como refugio y resguardo de un mundo que se va. “A la falta de un presente que entusiasme y a la vista de un futuro inquietante, subsiste el pasado, lugar de resguardo de una identidad imaginaria, que perdemos para siempre. Esa búsqueda se torna cada vez más individual, más local, a falta de un destino colectivo movilizador. (...)”⁸⁴

Esta visión provoca otra polémica, la historia vista como refugio de un mundo que se va, debate sobre el papel de la historia en su relación con el presente y como proyección al futuro, y pone en duda sus conexiones con los mismos. A la historia no se le piden lecciones ni elementos para descifrar el presente, sino un

refugio para contrarrestar las incertidumbres del tiempo que corre. Se convierte en un lugar de exotismo, de una utopía retrospectiva y se pone en contacto con la literatura etnográfica. Se descubren en el pasado formas y valores de lo social que hasta entonces se habían considerado como secundarios. Se descubre la vida cotidiana y la experiencia histórica de esas realidades que se consideraban tradicionalmente desdeñables: la familia, las solidaridades orgánicas, las prácticas sociales, la sociedad sin el estado.

Frente a estos rumbos de la historiografía, Flamarion Cardoso, habla de la falencia de los sistemas éticos tradicionales; el cristiano y el revolucionario, consumados de manera indiscutible en la segunda mitad del siglo XX. Tales sistemas que hasta entonces eran el norte de las relaciones de los individuos consigo mismos y con los otros, con la sociedad y con la política, serán sustituidos por referencias más concretas como los intereses por lo cotidiano, el sexo, las diferentes formas de infringir las normas y como resultado tenemos el abandono de las totalidades sociales significativas y los procesos sociales integrados.⁸⁵

Los autores brasileños expresan que frente a todo esto, pareciera que la historia económica no respondería a los anhelos de una sociedad en franca atomización, pero no creen que sea así porque los hombres continúan trabajando, produciendo y consumiendo, actitudes que en el plano de la cultura, se expresan de formas muy específicas. Por otra parte la historia serial continúa contribuyendo a un mejor conocimiento de los procesos económicos sociales. Basta citar aquí que hasta muy recientemente se pensaba a América Colonial Hispánica a partir de los restringidos parámetros de dependencia, pero nuevos estudios de historiadores, entre otros Carlos Garavaglia⁸⁶, teniendo por base series fiscales, demuestra que lo que predominaba en los mercados internos de Nueva España y del Perú no eran bienes provenientes de Europa, sino las producciones locales. Lo que lleva a asumir que tales problemas no pueden ser aprehendidos como simples procesos de acumulación realizada en la esfera del mercado internacional. Nada indica que no se puedan incorporar los beneficios de la historia económica derivados de la “vertebralización del saber histórico” propuesta por las vertientes más recientes. Por supuesto que hay contactos con la “microhistoria”, perspectiva que revela la utilización de conceptos derivados de la antropología.

Giovanni Levi afirma las ventajas de la perspectiva económica para el abordaje de un tema totalmente adecuado a ella: el mercado de tierras. Según Levi⁸⁷,

durante mucho tiempo se asumió que la frecuencia de las transacciones con tierras en ciertas áreas del antiguo régimen y de América colonial indicaría la precoz presencia del capitalismo y del individualismo. Pero un estudio más detenido en el nivel local, tiende a demostrar que el valor del suelo varía no solo en función de sus potencialidades diferenciadas sino también según las relaciones tales como el parentesco entre los contratantes. De este modo, contra todo lo que afirmaba un cierto tipo de análisis, basado en la enorme cantidad de transacciones monetarias registradas, estaríamos distantes de un mercado autoregulado y conformado por prácticas puramente económicas.

Tal vez- dicen Frago y Florentino- “ha llegado el momento de retornar a los trabajos de algunos de los pioneros de *Pensar el Brasil*”, que construían las bases de la moderna historiografía económica nacional. “Desde 1930 hasta 1970, Caio Prado, Furtado, Cardoso, Gorender, Novais, Simonsen, buscaron montar cuadros explicativos de la sociedad y la economía colonial, apuntando a las condicionantes estructuras para el desarrollo posterior. Esos autores legaron abordajes que intentaron entender la historia brasileña como una totalidad. Esa perspectiva no debe ser perdida, a riesgo de perder la historia en historias y privar a los estudiantes de la posibilidad de interpretar su lugar⁸⁸”.

Los casi cuarenta años recorridos entre la reflexión fundadora de Prado y los modelos alternativos de Cardoso, constituyen vertientes importantes de la historiografía económico-social, sus temas, hilos conductores y categorías de análisis eran los complejos procesos y los impasses generados por la industrialización, el acelerado urbanismo, fenómenos que de un modo u otro remitían hacia las grandes permanencias de nuestra historia, estructuras agrarias arcaicas, fuertes desigualdades en la distribución de la riqueza, etc.

La historia Económica aparecía dialogando constantemente con una sociología de fuertes contornos weberianos y/o marxistas. La reflexión sobre coyunturas y estructuras no se nutrió solamente del contacto con la sociología sino que a partir de mediados de la década del 60 y del 70 se observó un contacto cada vez mayor de los economistas con la historia. Reflejando muchos cuestionamientos de los años 50 e incorporando el desarrollo y subdesarrollo de los 60, cuya traducción mayor fue el golpe de estado del 64, el foco de reflexión pasó a estar constituido por el origen de la industrialización y su desenvolvimiento. En esta etapa

tal como ocurría en el exterior, en Brasil se incentivó la producción de los economistas-historiadores en la especialización de la historia económica brasileña. Al contrario de lo que pasaba en los centros más importantes, no ocurrió la separación institucional entre la Historia Económica y los Departamentos de Historia. Tal vez por ello, no se conoce el desarrollo de algo semejante a la New Economic History. Por el contrario los economistas aún tienden a reconocer los límites de su disciplina cuando se trata de trabajar con elementos que remitan a la complejidad del proceso histórico nacional.

Como se ha indicado, las recientes publicaciones de la historiografía internacional, se refieren cada vez más intensamente a “la vertebración del conocimiento histórico”, esto hace que los historiadores discutan pautas como la naturaleza del mercado, el papel de las jerarquías y las desigualdades sociales. Hay ejemplos que muestran como la economía no se conforma solo con parámetros económicos sino también culturales y de prestigio, así ejemplifican los autores: “por ejemplo, a fines del siglo XVIII si se observa la forma de reproducción de las jerarquías sociales, se verá que la elite empresarial mercantil, después de dos generaciones de acumulación, tiende a abandonar sus negocios para invertir en actividades rurales, en general menos lucrativas que el comercio, esto solo se puede entender cuando se considera que esos agentes viven en una sociedad donde el ascenso social se liga fundamentalmente a la posesión de tierras y esclavos, en última instancia se refiere al prestigio⁸⁹”.

Esto es coherente con el ejemplo que da Witold Kula⁹⁰ en 1962, cuando expone sobre la racionalidad económica, en la construcción del modelo de funcionamiento económico del sistema feudal polaco y relata *la conversación entre un campesino y un técnico, este último le dice que venda sus seis vacas para comprar tres de mejor raza invirtiendo en una mayor rentabilidad futura. El campesino le responde que con tres vacas, su hijo no podrá casarse con la hija de un granjero rico, con quién esta comprometido*. Los límites del diagnóstico económico en una situación en que lo económico se traduce en paradigmas de dotes, relación de parentesco, alianzas políticas y que se ve reafirmado en el planteo del autor en cuanto a la necesidad de la perspectiva de una historia abarcadora y compleja que necesita de elementos históricos exteriores a la especificidad económica., no tanto como fin, sino como punto de partida.

Los autores brasileños analizados reivindican y ponen énfasis en la visión global de la historia y comparten con el autor argentino examinado precedentemente, la valoración de la teoría en la historia económica. En las dos obras coinciden las categorías señaladas como propias de cada época. Los dos estudios ponen de manifiesto la fluida relación con la Sociología. Ambos trabajan las influencias de las Ciencias Sociales en cada período histórico sobre las categorías, de tal modo que en muchos casos se realiza una descripción cultural de los fenómenos económicos. Los autores brasileños ponen énfasis en señalar que las relaciones económicas son campo de producción y práctica cultural. Por otra parte señalan que en Brasil no hubo separación institucional de la historia económica y los departamentos de historia como ocurrió generalmente en otras partes.

4.4.3. En torno a la Historia social

Hebe Castro⁹¹ expresa que es difícil si no imposible escapar a las referencias sobre la Escuela de Los Annales para la Historia social, ya que la expresión ha sido frecuentemente utilizada para demarcar el espacio de esta postura historiográfica frente a la historiografía tradicional. Desde 1930 a 1940, la designación de Historia social aparecía vinculada a un abordaje culturalista, con énfasis en las costumbres y tradiciones nacionales y producido relativamente al margen de las posiciones académicas más prestigiosas de los historiadores, en las cuales prevalecía el modelo positivista con énfasis en los campos de la diplomacia y de la política, o sea en el campo de lo público, por excelencia.

En oposición a la visión tradicional, la Historia social en la nueva perspectiva, definiría como objeto el dominio de lo privado. En el espectro político, el avance de las ideas socialistas y el crecimiento del movimiento obrero llevaron a que se desarrollara en todas partes (y específicamente en Inglaterra) una historia social del trabajo y de los movimientos sociales, frecuentemente identificada con el nombre de Historia social. Aquí aparece la oposición entre individual y colectivo que la distingue de los abordajes anteriores. La acción política colectiva se constituiría en su principal objeto.

Se desarrolla entonces una Historia Económica - social, a pesar del mayor énfasis puesto en lo económico, donde aparece la psicología colectiva y las jerarquías

y diferenciaciones sociales. La oposición a la historia tradicional y a la definición de lo social se erige en una práctica historiográfica que afirma la prioridad de los fenómenos colectivos sobre los individuos y las tendencias a largo plazo sobre los acontecimientos para la explicación histórica, o sea que propugna la consideración de la historia como ciencia social.

En el interior de esta nueva postura historiográfica, en las décadas de 50 y 60 se constituye la historia social como una especialidad, que empieza a tornarse hegemónica. Fueron décadas marcadas en general, por el apogeo de los estructuralismos, por el uso de la cuantificación en las ciencias sociales, por los primeros avances de la informática y por la explosión de tensiones sociales que difícilmente las comunidades de historiadores podían seguir ignorando. La crisis de los estructuralismos en los años 70, se produce ligada a una avasalladora conciencia de que los comportamientos sociales no se conforman a modelos preestablecidos. Un primer movimiento pone énfasis en la construcción de identidades sociales y de las relaciones que se engendran (en una aproximación a la noción de comunidad tomada de la Antropología), privilegiadas sobre los estudios que focalizaban su interés en las posiciones sociales y las estructuras jerárquicas, (en perspectiva sociológica). Esta aproximación con la antropología llevaría en sentido estricto, a privilegiar el abordaje sociocultural sobre el enfoque económico- social hasta entonces predominante.

La historia social en los años 90 ha tenido una evolución cada vez más compleja y difícil de circunscribir, no se desarrolló en las últimas décadas de una manera armoniosa y homogénea pero puede decirse que en general, el énfasis se puso en la cultura, en la reducción de la escala de análisis y en el predominio de la perspectiva antropológica con relación a las tendencias de períodos anteriores.

En Francia la aproximación a la Antropología se da en gran parte forjando una verdadera “Antropología histórica”, tributaria de la Antropología de Levi-Strauss, que fue definida por André Burguiere como una *Historia de costumbres*, (historia cotidiana, hábitos, dimensión doméstica o privada) en oposición a acontecimientos; por otra parte otro tipo de aproximación con la Antropología es la *Historia vista desde abajo*, acunada por Thompson, en 1966. Tales posturas implican profundas transformaciones metodológicas. ¿Qué fuentes se usan para dar voz a las personas comunes? Se ha debatido mucho sobre la Historia oral para ello,

estudiando sus avances y sus limitaciones, un intenso intercambio con la Antropología permitió transformar mitos, rituales, e imágenes en fuentes históricas.

Aparece una nueva gama de objetos y categorías: las estructuras familiares, las actitudes ante la vida y la muerte, la aventura del cuerpo, el campo de las representaciones colectivas, los ritos y los mitos, las formas de creencia, las prácticas económicas y políticas y culturales. La historia le pide prestado a la Antropología, un cuadro conceptual (trabajos sobre familia y parentesco), un instrumento de análisis, que con frecuencia es el del análisis estructural de los mitos. (tal y como lo ilustró Levi-Strauss en los cuatro volúmenes de sus Mitológicas). Por supuesto avanza el crecimiento de las aproximaciones culturales. Una cierta cantidad de historiadores llega a una redefinición completa de su objeto de investigación a partir de un cruzamiento con la Antropología.

Hebe Castro resume los puntos básicos de la historia social, en su acercamiento a la Antropología, partiendo de la noción de cultura percibida como inherente a la naturaleza humana y que engloba y conforma toda acción social:

“Es la cultura compartida la que determina las posibilidades de sociabilidad en los agrupamientos humanos y de inteligibilidad en los comportamientos sociales. Desde este punto de vista, no solo las representaciones sino también las acciones sociales “son textos”, posibles de ser culturalmente interpretados, (...) La limitación auto impuesta de interpretar las interpretaciones y el grado de relativismo que asume (...) se encuentra sujeto a las críticas de los que creen que es posible evitar el relativismo absoluto, proceder a la comparación entre culturas y buscar la explicación de las sociedades en la historia. La utilización histórica del abordaje interpretativo, estaría limitado también cuando se enfatiza la homogeneidad y la continuidad de la cultura socialmente compartida, sin considerar la multiplicidad de significados y símbolos culturales, su contextualización social y la dinámica histórica que de ahí resulta⁹².”

Agrega la autora que existe conflicto en la aproximación entre historia y crítica literaria en la dinámica histórica referida a las relaciones de poder producidas a nivel de lo simbólico, porque deja de existir el nexo de delimitación de una problemática específica de la Historia social y la constitución de actores sociales en cuanto sujeto histórico. Los sujetos históricos pasan a ser comprendidos como

creaciones de prácticas discursivas o simbólicas concurrentes y no como productos sociales efectivos de experiencias históricas. De este modo una historia cultural de la sociedad tiende a reemplazar el abordaje clásico en la historia social de la cultura, engendrando una historia cultural y en cierto sentido política, sin actores sociales.

La reducción de escala de abordaje es común a la mayoría de las investigaciones recientes en Historia social. En este territorio común, la denominación de microhistoria es reivindicada por la reflexión e investigación de un grupo de historiadores italianos, desde fines de la década del 70, con gran repercusión. La reducción en la escala de análisis desde esta perspectiva no es respecto a incorporar objetos que teóricamente podrían ser construidos en escalas diminutas de lo social, como micro poderes en las relaciones de parentesco, ni busca establecer microcosmos ejemplares de lo social. Representa antes, un punto de partida para un movimiento más amplio en dirección a la generalización. Proponen de hecho, vivencias históricas individuales, pasibles de ser parcialmente reconstituidas, como un nivel privilegiado de observación para detectar y formular nuevos problemas para la explicación histórica.

Según la autora, la resonancia de la presentación de las propuestas de la micro historia son porque enfrenta la tarea de conciliar las dos líneas de la Historia social, que tendieron a apartarse desde la década de los 60: estructura y experiencia formulando de manera clara la cuestión de la libertad e inteligibilidad de la acción humana en la Historia. En cuanto a procurar ir más allá de la interpretación para intentar dar explicaciones y lograr un movimiento más amplio en dirección a la generalización, son los frutos que aún se esperan de la microhistoria.

También expresa que la historia social mantiene su nexo básico constitutivo en cuanto forma de abordaje que prioriza la experiencia humana y los procesos de diferenciación de comportamientos e identidades colectivos sociales, con la explicación histórica.

Respecto a la Historia social en la historiografía brasileña, Hebe Castro señala en su estudio que las ciencias sociales se organizaron en el mundo académico, especialmente en la Universidad de San Pablo. Estas disciplinas se abrieron para la Historia y la profesión de historiador se vio marcada fuertemente por la influencia de los abordajes económicos y sociológicos predominantemente en la década del 60. “La Historia social, temática y teóricamente es escrita por sociólogos” y nace en

Brasil sintonizada con las discusiones que se desarrollaban en el mundo. Florestan Fernández en la llamada Escuela Sociológica Paulista desarrolla los primeros trabajos para una Historia social de la esclavitud. A partir de 1970 y en la década del 80 con la consolidación de los posgrados, hay una expansión y consolidación de la profesión de historiador en Brasil que se hace concomitantemente con la crisis de referentes teóricos hasta entonces predominantes. Ese movimiento es aliado al diálogo con las tesis de los sociólogos. Frente a la complejidad del campo, se pueden seleccionar tres grandes áreas que, han concentrado el mayor número de trabajos y discusiones en los últimos años según la perspectiva de la historia social: “la historia social de la familia, la historia social del trabajo y la historia social de Brasil colonial y de la esclavitud”.

Puede decirse que en la década del 90 hay una dimensión innovadora sobre la comprensión del papel de la familia esclava en la dinámica histórica de las sociedades esclavistas y respecto a los estudios sobre el trabajo, hay una diferenciación clara con los estudios de la década del 60 que puede ser detectada en los estudios recientes: “Se reduce la escala de análisis. Aparece una mayor pluralidad geográfica, que abarca más que el énfasis anterior puesto en el eje San Pablo — Río, y una tendencia a abordar cuestiones cada vez mas próximas desde el punto de vista cronológico⁹³”.

En general, se observa que se puede identificar una historia social de Brasil colonial, especialmente en la Universidad de San Pablo, donde se han privilegiado temas clásicos de la llamada historia de las mentalidades. La autora cree que es posible atribuir un sentido específico a la historia social en cuanto abordaje histórico, en el actual panorama de discusión historiográfica internacional y que la investigación histórica reciente en Brasil, está sintonizada con ella.

En un examen comparativo de los trabajos seleccionados de esta autora y el historiador argentino sobre historia social, se puede decir que Hebe Castro es más descriptiva en la evolución del proceso tomando en cuenta los cambios, influencias de época y situándolos cronológicamente. Pone el acento en las nuevas preocupaciones de la historia social, como la importancia del dominio de lo privado sobre lo público al igual que en la acción política colectiva sobre la individual como objetos de la historia. También expresa que la historia social mantiene su nexo básico constitutivo cuando relaciona la experiencia humana, con la explicación histórica.

Agregando que existe conflicto entre la dinámica histórica y aproximación cultural cuando deja de existir el nexo de delimitación de una problemática específica de la Historia social y la constitución de actores sociales en cuanto sujeto histórico.

Ese desarrollo se presenta también en Halperin Donghi, quién trabaja particularmente con categorías, pero su análisis supera la temática específica de la historia social para elevarse a reflexiones teóricas sobre el conocimiento histórico y la historiografía en general.

Coincide con la autora brasileña cuando dice que la renuncia a un tema y a un sujeto central para la historia social suponía una reorientación radical en las perspectivas historiográficas. Cierta historiografía del último cuarto de siglo abandonó la aspiración a organizarse en torno a un definido núcleo temático y problemático, de esta forma enriqueció su repertorio de perspectivas de análisis, pero tiene como contrapartida una creciente dispersión y aún incoherencia del enfoque histórico. Esa pluralización de perspectivas venía favorecida porque se había agotado cualquier visión histórica organizada en torno a un sujeto y un centro. Sin embargo expresa que la ambición de validez universal sigue siendo propia del conocimiento histórico y que ésta coexiste con una pluralidad de perspectivas historiográficas. Agrega que la influencia de la revolución foucaltiana sobre los historiadores fue realmente paradójica, porque planteaba la validez del conocimiento histórico a partir – de lo que ya sabían los historiadores- la constatación de la coexistencia de perspectivas plurales en el campo histórico.

Estas dificultades, requieren volver a encarar los problemas derivados de la subjetividad en el conocimiento propio de la historia y la consideración de los fundamentos teóricos para no caer en una indagación erudita insaciable y ciega con poco significado explicativo

4.4.4. En torno a la historia de las mentalidades e historia cultural

El historiador brasileño Ronaldo Vainfas recuerda el libro reseñado por Roger Chartier (en *Le Monde*, del 15 de abril de 1994: *Pour en finir avec les mentalité*), del historiador británico Geoffrey Lloyd, donde manifiesta de manera clara sus dos objetivos: impugnar el estudio de “las mentalidades” como objeto de la historia y alegar que dichas mentalidades exhiben un equívoco teórico. Según Lloyd ese

equivoco se da porque se supone una coherencia ficticia o estable de sentimientos e ideas en una sociedad en perjuicio de la pluralidad de sistemas de creencias y racionalidades que coexisten en el interior de una misma cultura, comunidad o individuo.

Entre los historiadores brasileños, fue Ciro Flamarión Cardoso, quien acusó a los narradores de las mentalidades “de dedicarse al estudio de lo periférico, de iluminar fantasmas”⁹⁴ y sobretodo de negar las totalidades sintéticas de la historia, renunciando a posturas explicativas. Como crítica no es novedosa en los 90, también aparece en la década del 70, cuando Vilar condenaba a Vovelle por estudiar cuestiones periféricas como la “fiesta revolucionaria” y no la propia revolución francesa y la lucha de clases presente en ella.

La historia de las mentalidades es una temática genuinamente francesa. Criticada por ser demasiada antropológica o por juzgar sociedades pasadas a la luz de racionalidades contemporáneas. En realidad, los críticos tuvieron más suerte que los cultores de este tipo de historia, dado que hoy no hay muchos que admitan ser historiadores de mentalidades y otros se refugiaron en campos como la historia de la cultura, historia intelectual, de la vida privada o conceptos como cultura popular, imaginario, etc. De esta manera, esos estudios prevalecieron con otros nombres.

Vainfas estudia la “historia de las mentalidades” contextualizándola dentro del cuadro mayor de la historiografía francesa filiada al movimiento de Annales; luego realiza el examen de los presupuestos o categorías usadas; sus potencialidades e insuficiencias y además delimita los campos que sucederán a la historia de las mentalidades y su impacto en Brasil. Me interesa señalar en este trabajo, las categorías que el autor indica para este tipo de historia. ¿Cómo se define el campo teórico metodológico de la historia de las mentalidades?

El autor reconoce que se la ha definido con imprecisiones y ambigüedades. Muchas veces se han confundido campos de estudio como religiosidades, sexualidades, comportamientos, con la problematización teórica de los objetos. Vainfas cita a Jacques Le Goff para definir el campo conceptual de las mentalidades:

Le Goff define a las mentalidades como “una historia ambigua”⁹⁵ que diluye las diferencias inherentes a la estratificación social de la sociedad estudiada, porque lógicamente su objeto es lo colectivo y también diluye las características individuales en lo colectivo: “La mentalidad de un individuo histórico, siquiera fuese

la de un gran hombre, es justamente lo que tiene de común con otros hombres de su tiempo”. Por último, expresa: “El nivel de la historia de las mentalidades es el que escapa a los sujetos particulares de la historia, porque es revelador del contenido impersonal de su pensamiento y es lo que César y el último soldado de sus legiones, lo que Cristóbal Colon y el marinero de sus carabelas, tienen en común”.

Este tipo de historia sitúa primero su interés en el campo de lo irracional y en la zona de la historia lenta, la que muda más lentamente. Después las mentalidades aparecen trasvertidas en lo cotidiano, la religiosidad, la sexualidad, los sentimientos colectivos y la vida cotidiana son sus grandes temas.

“Todos los dilemas que presenta la historia de las mentalidades están incluidos en un dilema filosófico (...): el intervalo entre la crisis de racionalismo y la propia tradición racionalista del mundo occidental. Esta historia tiene como premisa el reconocimiento de la importancia de lo mental en la historia, especialmente en los comportamientos colectivos⁹⁶”.

Esta reflexión coincide con las de Ciro Cardoso, en artículos citados anteriormente, cuando dice que la crisis del racionalismo fue la brecha por donde las mentalidades invadieron el territorio de los historiadores, retirándoles la finalidad explicativa y el compromiso social crítico inherente al trabajo del historiador.

Para Vainfas, el estudio de las mentalidades no tiene un objetivo unívoco, ya que algunos autores relacionan conceptos de mentalidad con ideología y trabajan con categorías de estos ámbitos. Otros se ocupan de su obra sin el compromiso de discutir teóricamente sus objetos, dedicados a describir y narrar, sin preocuparse por la explicación. Otro tipo de obras dedicadas a esta temática son herederas de la tradición de la Escuela de Annales, en cuanto a que valorizan el bagaje mental, siempre que el estudio de mentalidades se articule con totalidades explicativas.

Las investigaciones en el campo de las mentalidades ganaron espacio en los centros de producción historiográfica de varios países, pero también puede decirse que ha sufrido un fuerte desgaste por las innumerables críticas a que ha sido sometida. En ciertos casos ese desgaste se debe a la radicalización de las posturas. Un ejemplo sobre estos extremos lo expone Vainfas cuando hace referencia a los estudios de Stuart Clark sobre la hechicería en la época moderna, donde afirma que es posible estudiar la hechicería a partir de los significados que los propios actores sociales prestaban a su religiosidad. Cualquier problematización externa a aquéllos significados es vista como anacrónica y frágil, desde el punto de vista antropológico.

El autor adopta como paradigma la teoría de Clifford Geertz, para quien las reglas de cada comunidad o cultura son auto-explicativas y le cabe al investigador, solo descubrirlas y describirlas. Dice Vainfas que esta teoría ha encantado a algunos historiadores no siempre de acuerdo con quiénes creen que los historiadores deben explicar los cambios a través del tiempo, es decir las transformaciones sociales en el tiempo.

Se puede señalar en general, que bajo los influjos señalados, la tendencia predominante en la teoría historiográfica sería la orientación cultural. Vainfas señala lo que a su criterio ha sido una fortaleza de esta tendencia en cuanto ha provocado la correspondiente recuperación de la conciencia de la comunidad, pero también señala como debilidad que ha provocado la reivindicación de formas culturales de resistencia al espíritu ilustrado. Algunas orientaciones de estas propuestas negaron que la historia tenga alguna competencia explicativa o alguna habilidad especial para producir un discurso verdadero sobre lo real. La inspiración de este neo-escepticismo, llevó a considerar a la historia un tipo de narrativa no muy diferente de lo ficcional.

Este tipo de abordaje de la historia difunde su presencia en todas partes y también en América Latina. Penetra en Brasil a mediados de la década del 80, cuando ya estaba en proceso de reformulación la historia de las mentalidades en Francia y la nueva historia cultural emergía como su heredera. Una característica de la nueva historia cultural, distinta de la antigua historia de la cultura - que estudiaba las manifestaciones oficiales o formales de la cultura de determinada sociedad, como las artes, literatura, filosofía, etc.- es que no recoge de modo alguno las expresiones culturales de élites o clases letradas, sino que presenta un singular aprecio por las manifestaciones de las masas anónimas: fiestas, resistencias, creencias heterodoxas, en una palabra revela una especial afición por lo informal y lo popular y se distancia de la historia del pensamiento formal, de la filosofía y de los grandes pensadores. Una característica bastante nítida de la historia cultural es su preocupación por rescatar el papel de las clases sociales, de la estratificación, del conflicto social, lo que la diferencia de ciertas versiones limitadas de la historia de las mentalidades. La llamada historia cultural es una historia plural, presenta importantes caminos alternativos para la investigación histórica, pero muchas veces de algunos de ellos, resultan una serie de desorientaciones.

La interdisciplinariedad entendida como diálogo entre disciplinas distintas en cuanto a sus métodos y objetivos, contribuye de manera innegable al perfeccionamiento del saber histórico, pero llevada al extremo y confundida con transdisciplinariedad, en aproximaciones no siempre criteriosas, conduce a desaciertos teóricos.

Es interesante referirse al trabajo de Vainfas, cuando realiza la crítica del libro *The new cultural history*, (colección de ensayos organizada en Estados Unidos por Lynn Hunt y traducida al portugués, aparecido en 1992) donde analiza la parte que tiene por título *Modelos de historia cultural*, que se compone de cuatro ensayos de historia de la cultura: 1. Al modo de Foucault, 2. La historia de la cultura de “historiadores”, que es un artículo de comparación entre las ideas de Thompson y Natalie Davis, 3. Una comparación nítidamente antropológica entre Geertz y Sahlins y 4. Una historia cultural relacionada a la crítica literaria para ver relaciones entre historia y literatura comparando a Hayden White y Dominick La Capra.

Dice el autor: “Este libro por sí mismo indica la citada pluralidad de esta nueva historia pero también es un testimonio de desaciertos que se pueden marcar en esta tendencia. En ella se habla de ausencia de paradigmas que desorientan a los historiadores, pero si fuésemos a adoptar los que proclaman estos modelos, tendríamos que agregarle el caos teórico de este “nuevo campo”.

Se presentan nuevos modelos para la historia cultural que nada tienen en común o que se oponen abiertamente, hasta entre los autores incluidos en un mismo modelo. Además la incongruencia de incluir como modelo la obra de Foucault que aparte de no ser nuevo, contiene un cuestionamiento a la propia historia como forma de conocimiento de lo real. Lo mismo se puede decir de Geertz o White, tratándose de autores cuestionadores de la historia como forma de conocimiento, hecho por otra parte reconocido por los articulistas. Si no hay duda de que Foucault descubrió nuevos temas para el historiador y Geertz aportó algunas buenas ideas para pensar lo simbólico en la historia, es al menos discutible que provean modelos consistentes para el trabajo propiamente historiográfico”.⁹⁷

Las diferencias entre los modelos de historia cultural son abismales, agrega el autor referido, si bien rescata tres cuando analiza y compara las obras de Ginzburg, Chartier y Thompson, porque rehabilitan la importancia de los contrastes y conflictos sociales en el plano cultural.

La historia cultural ha realizado sus aportes en el rescate de una temática importante, definida por Ginzburg como “conjunto de actitudes, creencias, códigos de comportamiento propios de las clases subalternas en un cierto período histórico”, Es una visión alternativa que se define, como se ha dicho, ante todo por la oposición a la cultura letrada u oficial de las llamadas clases dominantes. Al decir de Bolleme, “se exhibe el triunfo de una cultura original y espontánea de las clases populares sobre los proyectos aculturadores de las élites letradas” (posición de Genevieve Bolleme, estudiosa de la “literatura de cordel” en Francia⁹⁸).

Mary Del Priore, quién trabaja dentro de estas tendencias históricas define a quienes transitan estos caminos de la historia cultural, especialmente en la historia de lo cotidiano y de la vida privada: “Historia de antihéroes y de antiheroínas, de criaturas ordinarias, de hombres sin cualidades, la historia de la vida privada y cotidiana es finalmente, la historia de los pequeños placeres, de los detalles casi invisibles, de los dramas sofocados, de lo banal, de lo insignificante, de las cosas dejadas de lado. Pero en ese escenario de aparentes menudencias, reside la inmensidad y la complejidad a través del cual la historia se muestra y se reconcilia consigo misma”.⁹⁹

Parte del problema es que muchos historiadores de esta tendencia cultivan demasiado un lenguaje metafórico, como éste que en términos científicos no se sabe que quiere decir. Falta adhesión en muchos casos al rigor de la expresión, en este caso ¿de que sujeto hablamos y que significa reconciliar en algo que no se refiere a culpas ni enojos personales? Este tipo de ambigüedades expresivas logra que muchos historiadores sólidamente “realistas y materialistas” sientan que estas manifestaciones son solamente piruetas verbales que no responden a una reflexión científica sobre la historia y la historiografía.

4.4. 5. Una mirada crítica sobre los autores brasileños

Podemos distinguir un área de consenso en la defensa de la historia como ciencia que trata sobre el mundo real, en el rescate de una concepción holística y en que debe ser científica y racional. También coincidencias en diferenciar paradigmas rivales con una fuerte crítica al posmodernismo. Esta postura es compartida por varios de los autores brasileños analizados y se puede decir que liderada por

Cardoso desde su identificación de los grandes paradigmas rivales: el iluminista partidario de una historia científica y racional y convencido de la existencia de una realidad social global que puede ser históricamente explicada y el posmoderno, escéptico frente a explicaciones globalizantes y tendiente a enfatizar en mayor o menor grado, las representaciones construidas históricamente.

En el caso del paradigma iluminista prevalece una clara distinción entre sujeto y objeto de investigación, asumiendo la narrativa histórica la función de explicación de las sociedades a partir de modelos hipotéticos deductivos, siempre con visión holística y estructural y dinámica en el análisis de su objeto. Cardoso marca el apogeo de este paradigma entre 1950 y 1968 con sus manifestaciones más expresivas, que fueron el marxismo y el grupo de Annales de las primeras generaciones ya que fueron creadoras de sólidas tradiciones historiográficas. En el caso del paradigma posmoderno, llamado también “nueva historia”, reserva este nombre para las generaciones de historiadores posteriores al 68, prevaleciendo en el plano epistemológico una cierta confusión entre sujeto y objeto, donde el investigador es parte comprometida e integrante de aquello que estudia. Se trata del predominio de un proceso hermenéutico, partidario de micro-recortes, de estudio de pequeños grupos, de abandono de los grandes temas. La fase decisiva de su construcción se sitúa entre 1968 y 1989, tiempo de crisis de varios racionalismos. El soporte teórico filosófico de estas corrientes se asienta en pensadores como Popper y como Nietzsche, Heidegger y más modernamente Foucault, Deleuze, Derrida, Geertz, y otros.

Expresa Cardoso - sin dejar de reconocer los cambios que tiene la metodología a través del tiempo- que hay historiadores que creen que tener una actitud hermenéutica es algo reciente, olvidando que la vieja historia de Langlois y Seignobos, criticaba a los que leían los textos con la preocupación de encontrar información directa, sin el cuidado de recrear mentalmente las operaciones que se deberían haber procesado en el espíritu del autor.

Hay que recordar la llamada crítica interna de testimonios, que es el análisis de contenido de documentos y que también existe el análisis de sinceridad y exactitud. Procedimientos que son parte del método para afirmar la certeza de lo que el autor quiso decir y éstas son herramientas viejas, usadas desde el principio de la historia como ciencia. Es así que como antídoto a los que caminaban con una actitud ingenua, estaba la hermenéutica que significa hoy como ayer, expresar o enunciar un

pensamiento, descifrar e interpretar un mensaje o un texto. El hermeneuta es, por lo tanto, aquel que se dedica a interpretar y develar el sentido de los mensajes, haciendo que su comprensión sea posible y todo malentendido evitado, favoreciendo su adecuada función normativa. La hermenéutica es una teoría general de la interpretación.

Las ventajas de investigar la estructura formal del texto en perspectiva histórica tampoco fueron descubiertas recientemente. Lucien Febvre había percibido las potencialidades de este tipo de investigaciones, y señalaba a la lingüística como aliada de la historia. Sin embargo todo cuidado es poco cuando se trata de acercar lingüística e historia. Es así como se terminó cuestionando la capacidad explicativa de la historia reduciéndola a una disciplina de género narrativo y transformándola en prisionera de estructuras discursivas.

Considerar que el contenido histórico del texto depende mucho de su forma, no implica reducir la historia a texto, como los que niegan que exista historia fuera del discurso. Por el contrario se trata de relacionar texto con contexto. Buscar los nexos entre las ideas del discurso, las formas en que se expresan, el conjunto de determinaciones extratextuales que preceden la producción, la circulación y el consumo de los discursos. En una palabra, el historiador debe siempre, sin abandonar la forma del discurso, relacionarlo a la realidad social.

Comparte este consenso el historiador Vainfas cuando analiza la llamada “historia de las mentalidades” a la que considera en franca declinación. Después de su ascenso en la década de los 60 y 70 especialmente en Francia, fue poco a poco perdiendo terreno y sus seguidores abandonaron el rótulo y se refugiaron en microcampos variados o en un campo reconocido hoy como nueva historia cultural. El curso del paradigma posmoderno es curioso: declinación de la historia de las mentalidades y su transformación en investigaciones sobre objetos relacionados: cuerpo, mujeres, discursos, en una palabra, las representaciones, cobijados en otros campos y enunciados de manera distinta. Un caso es la New Intellectual History norteamericana, un ejemplo entre otros, de corrientes preocupadas en estudiar las ideas en una perspectiva sociocultural, interesadas con la producción y lectura popular de las ideas, una alternativa a la tradicional historia de las ideas.

Otro ejemplo paradójico de la actual historiografía lo ve Vainfas en la llamada nueva historia política, que se procura oponer a la historia tradicional y factual de la escuela metódica. Lo que se constata es la renovación de los objetos de

investigación ligados a lo político, por ejemplo la cultura política, los regímenes y sistemas políticos y ciertamente las representaciones sobre el poder, problemática que ha contribuido sobretodo en Francia para reavivar estudios.

Esta temática es minuciosamente analizada por Francisco Falcon, y en este campo también se puede percibir el embate de paradigmas señalado por Cardoso: de un lado una renovación de la historia política con perspectiva globalizante y preocupada con el estudio del estado, sus instituciones, grupos de presión u organizaciones macro políticas y de otro, menos preocupados con lo político o la política que con el poder, y particularmente con los micro poderes. Se parte de una concepción particularizante y pulverizadora del ejercicio de dominación o de las estrategias de sujeción del individuo. Se percibe nuevamente la fuerte influencia de Michel Foucault, en un enfoque de la historia política que se centra en descifrar maniobras manipuladoras del poder en las leyes y en las instituciones y que termina también mitificando la historia. Falcon propone el rescate del concepto de acontecimiento político poniendo énfasis en su importancia y en su reformulación teórica, pero no acuerda con los que piensan que puedan hacerlo los historiadores, ya que cree que éstos solamente producen historia política tradicional.

Con un moderado disenso, Frago y Florentino muestran la declinación de la historia económica. Según los autores brasileños, la decadencia en la cantidad de estudios económicos tiene que ver con un cuestionamiento acentuado a los principales paradigmas explicativos sobre los cuales se erigía la investigación histórica en las décadas del 50 y 60 que fueron la Escuela de los Annales y la Historiografía Marxista. No obstante explican que esa declinación es relativa, porque se observa muy nítidamente en la historiografía francesa, pero es casi imperceptible en la anglosajona y en la norteamericana.

El énfasis que se puso en la historia económica, estuvo vinculado a un contexto histórico en que los problemas relativos al desarrollo estaban a la orden del día y se veían agravados por la guerra fría, la internacionalización del capital y la descolonización. Las categorías de análisis eran los complejos procesos del desarrollo, generados por la industrialización, el acelerado urbanismo, fenómenos que de un modo u otro remitían hacia las grandes permanencias de la historia latinoamericana, estructuras agrarias arcaicas, fuertes desigualdades en la distribución de la riqueza. En la década del 90 los historiadores discuten categorías y

pautas de investigación como la naturaleza del mercado, el papel de las jerarquías y las desigualdades sociales.

No obstante los autores Fragoso y Florentino manifiestan su interés en retornar a los trabajos de algunos historiadores pioneros, que construían las bases de la moderna historiografía económica nacional, apuntando a las condicionantes estructuras para el desarrollo posterior. Esos autores legaron abordajes que intentaron entender la historia brasileña como una totalidad, no tanto como fin, sino como punto de partida. Esa perspectiva no debe ser perdida, a riesgo de perder la historia en historias.

También con un moderado disenso, a propósito de la historia social Hebe Castro dice que esta historia totalizante, sintética, preocupada por la estratificación social y los modos de producción y sus conflictos, tampoco escapó a la crisis de los 70, pero también sería exagerado afirmar la muerte de la historia social o el triunfo definitivo de su atomización. Podríamos hablar más bien de transformación de la forma de abordarla, basta citar a Edgard Thompson o a Christopher Hill para darse cuenta de que la historia que producen tanto puede ser clasificada como una vertiente de moderna historia cultural (muchos la clasifican así por el apego thompsoniano a la antropología) como puede ser considerada una historia social de tipo marxista, heredera de la historia social inglesa desarrollada por los historiadores militantes del partido Comunista británico en los años 50 (Eric Hobsbawm, Perry Anderson, y también Thompson y Hill) que entre disidencias y desencuentros, fundarían revistas como Past and present o New Left. Ellos repensaron la propia teoría marxista aplicada a la historia, que inspiró numerosas investigaciones en la historiografía contemporánea. En 1971 Hobsbawm ordenó la historia social-que carecía de núcleo intelectual o concepto organizado sólido en seis grandes cuestiones: Demografía y parentesco, estudios urbanos, clases y grupos sociales, mentalidades, transformaciones sociales (modernización-industrialización), movimientos sociales, fenómenos de protesta social. Sin embargo, el desarrollo del área no ganó en precisión conceptual en la historiografía.

La historia social ha presentado una triple rebelión: contra la historia de las élites, contra la historia política y contra la especialización de la historia en una disciplina diferente de las ciencias sociales. En 1930 tiene su primera acepción y es la historia de las clases bajas, historia de los movimientos sociales (de los pobres). Incluye la historia de la clase obrera, de las ideas socialistas y de sus organizaciones

y también incluye la historia de la protesta social. El avance de las ideas socialistas y el crecimiento del movimiento obrero llevaron a que se desarrollara en todas partes (y específicamente en Inglaterra) una Historia social cuyas categorías tenían que ver con el trabajo y los movimientos sociales. Aquí aparece la oposición entre individual y colectivo que distingue a la Historia social de los abordajes anteriores. La acción política colectiva se constituiría en su principal objeto, afirmando la prioridad de los fenómenos colectivos sobre los individuales y las tendencias a largo plazo sobre los eventos para la explicación histórica.

La segunda acepción se refiere a la historia socio-económica, muy desarrollada después de 1945-50 y muy vigente hasta la declinación en la década del 80, que como demuestran Florentino y Frago no es tal en todo el universo historiográfico. Por su parte Julio Aróstegui define entre las nuevas tendencias historiográficas, la historia socio-estructural, que es una forma de resurgimiento de la historia social como de la sociología histórica, a la que Christopher Lloyd¹⁰⁰ llamó ciencia histórica socio-estructural, que insiste en una pretensión científico social y una fuerte vinculación con la Sociología. Lloyd rescata la historia comparativa y el estudio socio-histórico en el largo plazo, en el estudio del sujeto y las estructuras, apunta a definir una nueva práctica: conceptualizar y descubrir el proceso real del cambio socio-estructural. Es una propuesta de estructuralismo metodológico superadora del individualismo y del holismo. Se distingue de los otros enfoques en que no trabaja especialmente sobre el mundo simbólico, que es el más referido en las otras dos perspectivas de la posmodernidad: la microhistoria y la nueva historia cultural.

La tercera acepción se aplica a trabajos sobre conjunto de actividades sociales o actividades humanas que aparecen en el mundo angloamericano bajo términos como maneras, costumbres, ocio y vida cotidiana. El énfasis se puso en la cultura, en la reducción de la escala de análisis y en el predominio de la perspectiva antropológica con relación a las tendencias socializantes del período anterior.

En Francia la aproximación a la Antropología da como resultado una verdadera “Antropología histórica”, definida por André Burguiere como una Historia de costumbres, (historia cotidiana, hábitos, dimensión doméstica o privada) en oposición a acontecimientos; otro tipo de aproximación con la Antropología es la Historia vista desde abajo, acunada por Thompson, en 1966. Tales posturas implican profundas transformaciones metodológicas. ¿Qué fuentes se usan para dar voz a las

personas comunes? Se ha debatido mucho sobre sus avances y sus limitaciones, un intenso intercambio con la Antropología permitió transformar mitos, rituales, e imágenes en fuentes históricas. La historia social se transforma en una forma de antropología cultural retrospectiva y al no considerar la dimensión política de la historia priva a los protagonistas del pasado de su identidad ideológica y política. Importantes áreas de la experiencia humana se hacen incomprensibles.

El resultado es un raro y ambiguo producto que a veces confunde más que combina dos disciplinas. Las historias sociales fluctúan entre historias microscópicas y reconstrucciones imaginativas, buscando identidad en un bosque de términos procedentes de otras disciplinas: culturas, mentalidades, psicología colectiva, representaciones ideológicas. Los vínculos entre cultura y sociedad son indiscutibles pero varían según tiempos y lugares, no se puede reducir a un esquema único: lo cultural subordinado a fuerzas impersonales de producción material y crecimiento demográfico, fracasa en la aplicación práctica a la investigación histórica..

Existe además una aproximación entre historia y crítica literaria, donde la percepción de conflicto y de la dinámica histórica está referida a las relaciones de poder producidas a nivel de lo simbólico. Deja de existir así el propio nexo de delimitación de una problemática específica de la Historia social, la constitución de actores sociales en cuanto sujeto histórico. Éstos serían comprendidos antes como creaciones de prácticas discursivas o simbólicas concurrentes y no como productos sociales efectivos de experiencias históricas.

Comparten un área de disenso respecto a los planteos de los anteriores autores, sobretodo en cuanto a la contribución del pensamiento posmoderno, varios trabajos¹⁰¹ publicados en la obra citada que están encolumnados con los estudios posmodernos y exponen sus investigaciones sobre la sexualidad, la religiosidad, historia de mujeres y estudios de la vida cotidiana, sobre este último tema Mary del Priore dice: “Vivimos un tiempo que reclama sin cesar lo sensacional, lo extraordinario, lo exótico, lo diferente o lo nuevo. Por eso mismo, son inmensas las dificultades para nombrar la complejidad y la riqueza que está más próxima a nosotros impregnadas de la aparente banalidad de lo cotidiano. Nos rehusamos a admitir que lo desconocido más digno de curiosidad no esta lejos sino al lado, bajo nuestros ojos”.¹⁰²

Para la autora hablar de vida cotidiana es una dicotomía de la realidad social, por un lado está una esfera de actividad productiva, de acumulación y de transformación y por la otra un lugar de conservación, de permanencias culturales y de rituales: un lugar privado de la historia.

En esta perspectiva todo individuo que está en la primera división, de la acumulación de poder, se constituye como actor de la historia, el que está inserto en la segunda, en la de reproducción, se encuentra desposeído de posibilidades de actuación, se encuentra al margen del control sobre los cambios sociales y de participación en el movimiento de la historia, salvo cuando está asociado a un movimiento colectivo de revuelta. Así la oposición entre dos espacios portadores de historicidad y de rutina cotidiana recobra de hecho, la oposición entre poseedores y excluidos de la historia.

Esta representación se alimenta de la oposición entre vida pública y vida privada. El término vida cotidiana tiene una connotación especial en la posmodernidad, se cruza con los nuevos intereses de la historiografía: una cierta democratización de la historia en el sentido de dar voz a los humildes encuentra en esta corriente una aplicación práctica: sumada a ella corrientes sociológicas bajo las más diversas formas y teorías hicieron de lo colectivo y de la cultura de masas su campo de investigación, contribuyendo al atractivo del estudio de lo cotidiano. La historia de la vida privada no es un abordaje nuevo, hay textos de 1782¹⁰³, con ese nombre y contenidos interesados -al decir de Priore- por una mirada etnológica sobre sus propias sociedades, es que un grupo de historiadores de Annales recuperó este abordaje, para asociarlo al surgimiento de una historia antropológica.

Cuando hablamos de lo cotidiano y de la vida privada, se debe traspasar la oposición entre detentadores y excluidos, atentos a las evidencias de que al interior de las relaciones entre los dos grupos se inscribe otra cosa además de una configuración sucediéndose a otra, se inscriben formas de ver y de enunciar propios de cada grupo en cuanto sujetos de la historia. No se trata de discutir el espacio público en oposición al privado pero sí percibir cuál es la naturaleza del espacio que diferentes grupos sociales ocupan. Se trata de interpretar los usos y representaciones que hacen los diferentes grupos de ese espacio.

Finalmente recuperamos la cita ya señalada de Mary del Priore, porque es la que mejor define la inclinación de la historia de la vida privada y la que produce tal vez la mayor controversia en este trabajo: “Historias de antihéroes y de

antiheroínas, de criaturas ordinarias, de hombres sin cualidades, la historia de la vida privada y cotidiana es, (...), la historia (...) de lo insignificante, de las cosas dejadas de lado. Más en ese inventario de aparentes menudencias, reside la inmensidad y la complejidad a través de la cual la historia se reconcilia consigo misma”.

La discrepancia es respecto a considerar que en la enumeración que la autora realiza, resida la inmensidad y la complejidad de la historia. Es difícil demostrar que los cambios socio-políticos, económicos y culturales importantes transcurridos a lo largo de la historia en América Latina y en otras latitudes, han sido producidos en forma directa por “criaturas ordinarias y hombres sin cualidades”, esta es otra ambigüedad porque habría que definir quienes responden a ese criterio de criaturas ordinarias y de que cualidades se trata, y asegurar que en lo banal e insignificante resida “la inmensidad y la complejidad de la historia”, necesitaría de una demostración que aún no se ha producido. Sin duda que los ciudadanos comunes, una vez movilizados, hacen sentir su peso colectivo, pero los protagonistas de la vida cotidiana que son capaces de liderar los grandes acontecimientos de la historia, probablemente no son simplemente “criaturas ordinarias”. Podemos acordar que en la historia de la vida cotidiana, en las pequeñas cosas, anida la complejidad propia de la vida misma, de las historias que nos dan placer y dolor y asentir en que aquellos hechos pueden ser vitales en la esfera individual o barrial, pero no se puede confundir con la complejidad del devenir histórico. Éste necesita de explicaciones científicas que vayan más allá para dar cuenta de la historia humana, la toma de decisiones, los grandes conflictos que someten al mundo o a parte de él, a las consecuencias de los mismos. Una historia de la vida cotidiana no puede lograr la síntesis y sin conceptos explícitos el análisis histórico no existe.

La historiografía cumplirá su objetivo científico cuando no esté al servicio de ninguna creencia, ni influencia y solamente parta del análisis del pasado, de la historia misma, en su tiempo y en su contexto y en la certera mirada del historiador para diferenciar lo importante de lo intrascendente.

El historiador brasileño Helio Jaguaribe dice que “El proceso histórico es la secuencia en el tiempo y en el espacio de acciones humanas que afectan las condiciones que influyen de alguna manera sobre otras acciones humanas. No todas las acciones humanas son históricas, como no lo son la mayoría de las actividades puramente biológicas del hombre, ni la mayor parte de sus actividades privadas consideradas aisladamente”¹⁰⁴.

La pertinencia histórica de los actos es proporcional a la medida en que los actos humanos generan o influyen sobre condiciones de importancia. Así, la cuestión decisiva consiste en determinar cuáles son las consecuencias de importancia. La pertinencia histórica queda determinada por el historiador y su evaluación de las consecuencias generadas o influidas por cierto comportamiento. Sin duda que la perspectiva del historiador se modifica en el curso del tiempo, aumentando la cantidad de datos y los enfoques, y con ellos lo que considera pertinente. Uno de los cambios típicos de paradigmas historiográficos ocurrió con “Los Annales” y con la “Nouvelle Histoire” en comparación con los historiadores de la generación de Ranke. Pero los factores reales tienen preeminencia, abarcan todas las condiciones naturales y materiales que rodean al hombre. Los seres humanos ejercen su libertad dentro del contexto dado por los factores reales. Los factores ideales, (que contienen la cultura de una sociedad en un momento determinado de la historia y la cultura de las sociedades con las que interactúa) y el azar y la libertad humana, ejercen su acción dentro de los límites no tan flexibles de los factores reales.

La historiografía es una práctica científica, que debiera poner su esfuerzo en el análisis del significado del tiempo histórico porque es donde la reflexión historiográfica debe insistir más y donde como opina Aróstegui- con toda probabilidad se encuentra la clave de la constitución de una verdadera teoría de lo histórico. La historia que cambia- tanto en la misma concepción de la historia como en la valoración de los contenidos específicos.

El historiador español Julio Aróstegui, comparte con el primer grupo el consenso sobre la defensa de la historia como ciencia que trata sobre el mundo real, que debe tener una concepción holística, que debe ser científica y racional, si bien tiene un planteo moderado sobre el panorama actual del posmodernismo, en el que detecta “búsquedas concientes de nuevos modelos de historiografía”, ese objetivo plantea tres perspectivas que considera con entidad suficiente para detenerse en ellas: la microhistoria y su regreso al sujeto individual, con reducción de escala de observación y estudio intensivo del material documental y regreso al estilo narrativo; la nueva historia cultural más cercana a la representación y la mediación de los lenguajes en las formas de captación del mundo por el sujeto individual y colectivo; y el enfoque socio estructural, que es un resurgimiento de la historia de inspiración socioestructural heredera tanto de la historia social como de la sociología histórica.

Considera que los abordajes históricos macro y micro no son necesariamente excluyentes, a pesar de originarse en paradigmas distintos y hasta cierto punto opuesto. Admite que recorrer ese camino no es fácil ya que son paradigmas que generan opciones o modos diferentes de concebir el objeto de investigación y ejecutar los procedimientos. Ambos paradigmas tienen diferentes escalas y puntos de observación. No obstante un ejemplo es el recorte microscópico- en el caso de *O nome o sangue*- que parte de la historia de un gran señor pernambucano de inicios del siglo XVIII, pero ilumina la historia global de una capitanía nordestina, (una de las mayores productoras de azúcar y por eso mismo un ejemplo de la sociedad colonial en la larga duración), sus estructuras socioeconómicas, sus redes de poder, sus valores y sus estigmas, su imaginario.

Sin embargo hay que decir que muchos trabajos preocupados por las representaciones son incapaces de hacer generalizaciones consistentes. Son buenos trabajos, porque pueden explicar al interior de un microcosmos elegido como objeto, las relaciones sociales, usos, comportamientos, prácticas y costumbres relevantes para esa investigación. Pueden reconstruir una pequeña comunidad o un grupo en el tiempo, o restauran la identidad de alguna persona “mediocre” o a veces importante y explicar un segmento social, étnico, religioso o profesional, pero sería vano pretender visiones más complejas de la sociedad en ellos. Hay sensible diferencia entre un enfoque hipotético deductivo, generalizante y macro-explicativo y un abordaje indiciario, atomizado, que trata a la historia como ciencia de lo particular.

El historiador brasileño Helio Jaguaribe, manifiesta su posición de consenso con la primera posición de los autores brasileños, en muchas reflexiones expuestas en su última obra sobre teoría de la historia, de la cual este párrafo es un ejemplo:

“Una de las numerosas implicancias del principio antrópico es que el hombre tiene la capacidad inherente de ajustarse estructuralmente al medio natural. Lo anterior significa que las percepciones y la comprensión humanas no son arbitrarias, sino que están fundadas en una correspondencia estructural con la realidad física. Los juicios verdaderos no son verdaderos a causa de las convenciones humanas como lo sostuvieron los sofistas griegos y ahora lo sostienen los posmodernos, sino porque la representación mental correcta de un objeto, corresponde en niveles variables de profundidad, a las características verdaderas, al mismo nivel, del objeto representado, (...) a eso se debe que el hombre sea capaz de desempeñar un número interminable de otras operaciones que implican una certidumbre objetiva¹⁰⁵”

Notas

¹ Particularmente aparece la discusión en las revistas History and Theory y Past and Present, y actualmente Historia a Debate, y en la década del 90 los autores Trigger 1991, Kozicki 1993, Iloyd 1991, Wandsnider 1992, Renfrew y Zubrow 1994 y Murphey 1994.

² Carlos Barrios, *El retorno de la historia*, en Hablemos de Historia, Instituto de Investigaciones históricas de Entre Ríos, Univ. Autónoma de Entre Ríos, año1, n°1, pág 29, oct. 2001.

³ Eduardo Devés Valdés, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX*, tomo II, BsAs, Biblos, 2003

⁴ Juan José Sebrelli, *Crítica de las Ideas Políticas Argentinas*, BsAs, Sudamericana, 2003

⁵ Francisco Falcon, expresa que el tratamiento de las ideas puede hacerse en el sentido de materia de conocimiento histórico y como proposición epistemológica que garantiza la validez de un cierto tipo de conocimiento en el cual las ideas constituyen su objeto. *Historia de las Ideas*, en Dominios da Historia, Brasil, Campus, 1997. -----, *Historia y Poder*, idem. Cuando las ideas son materia de conocimiento histórico- me baso en el análisis del historiador brasileño Francisco Falcon- este tratamiento puede producir dos efectos: uno, la elaboración de historias en diferentes tiempos y lugares basadas en la premisa de que las ideas se desenvuelven en la historia de manera independiente con relación a las demás regiones, y otra cuando se afirma que solo ellas, las ideas, son lo real. Sería interesante proponerse para otro trabajo, aplicar la hipótesis del historiador Falcon, y ver de que manera juegan en las publicaciones de pensamiento filosófico y de ensayos políticos, estas premisas. Por lo menos, se exploraría otra vía: partir de una visión historiográfica para explorar el pensamiento de otras disciplinas.

⁶ Juan José Sebrelli, , obra cit., pág. 10

⁷ Jacques Revel, *Las Construcciones francesas del pasado*, BsAs, Fondo de Cultura Económica, 2001, primera edición, 1996, págs. 101/103. J. Revel fue director de la Revista Annales durante 6 años a partir de 1975.

⁸ Ibidem, pág.11

⁹ Ibidem, pág.110

¹⁰ Oscar Cornblit (comp), *Dilemas del conocimiento histórico: Argumentaciones y Controversias*, BsAs, Sudamericana,1992

¹¹ Tulio Halperín Donghi, *La Historia social en la Encrucijada*, en Dilemas del conocimiento histórico: Argumentaciones y Controversias, BsAs, Sudamericana,1992, pág.80 y 81

¹² Ibidem, pág.85. El autor cita a Pierre Chaunu refiriéndose a Annales y a los primeros esfuerzos de cuantificación histórica de E.Labrousse, pág 91.

¹³ Halperín Donghi señala también las categorías temporales de Braudel cuando encara la tarea de construir la visión global de la historia destinada a coronar esfuerzos paralelos pero separados, propone los tres niveles del tiempo histórico y retorna con la diacrónica al centro de la problemática histórica.

¹⁴ Francois-Xavier Guerra, *El renacer de la historia política: razones y propuestas*. en José Andrés Gallego, (dir.) *New History, Nouvelle Histoire: Hacia una nueva historia*, Madrid, Actas,1993

¹⁵ Tulio Halperin Donghi, obra citada, pág.104

¹⁶ Ibidem, pág.111

¹⁷ Ibidem, pág.116

¹⁸ Ibidem, ,pág.86

¹⁹ Roberto Cortés Conde, *Historia económica, nuevos enfoques*, en Oscar Cornblit (comp),obra citada, pág.123

²⁰ Aníbal Pinto Santa Cruz, (1919 – 1996). El conocido economista chileno fue Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales. Fue Jefe de Investigación del Instituto de Economía de la Universidad de Chile y profesor de Finanzas Públicas y de Desarrollo Económico de la Escuela de Economía de la Universidad de Chile. Desde 1960 a 1965, desempeñó el cargo de Director de la Subse de CEPAL/ILPES en Río de Janeiro, Brasil. Entre 1965 hasta 1971 fue profesor de la Escuela Latinoamericana para Graduados de la Universidad de Chile. Entre 1970 hasta 1979 fue Director de la División de Desarrollo Económico de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL). En 1980 pasó a ser el Consultor Principal de la CEPAL. Desempeñó el cargo de Director de la revista Pensamiento Iberoamericano de España. En 1981 fue Investigador Asociado de CIEPLAN Y FLACSO. En 1987 toma el cargo de Director de la Revista de la CEPAL. Entre otras muchas obras,

en 1958 publica: *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile; En 1968: *Política y desarrollo*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile. En 1967, *Distribución del ingreso en América Latina*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires. En 1981, *Internacionalización de la economía mundial. Una visión latinoamericana*. Instituto de Cooperación Iberoamericana, versión en portugués de Editora Libros. Fuente: Dirección de Comunicaciones, Universidad de Chile. 1995

²¹ Celso Furtado (1920-2004), doctor en economía de la Universidad de París de La Sorbona. El conocido economista y político brasileño fue director del Banco Brasileño de Desarrollo Económico y Social. Fundó la Superintendencia para el Desarrollo del Nordeste, agencia gubernamental pionera cuyo objetivo debía ser impulsar el desarrollo económico. El trabajo de Furtado en la Sudene fue objeto de un estudio del pensador Albert Hirschmann, "Journey Towards Progress", que mereció la atención mundial de los teóricos del desarrollo. Fue Ministro de Planificación en la presidencia de João Goulart, el golpe de 1964 le forzó al exilio, dedicándose a la docencia en las universidades de Yale, Cambridge y París. Su principal aportación teórica en el campo de la economía se centra en el replanteamiento del enfoque tradicional del desarrollo económico desde una perspectiva no marxista, trasladando el acento a las peculiaridades nacionales, identificando de forma progresiva lo específico de cada estructura y fortaleciendo la perspectiva endógena del desarrollo. Furtado trabajó para varios gobiernos brasileños e influenció la formulación de numerosas políticas públicas durante el siglo XX. Fue junto a Raúl Prebisch en la ONU, parte decisiva para la formulación de la política socioeconómica para el desarrollo de América Latina, conocida con el nombre de desarrollismo o estructuralismo. Furtado publicó más de 30 libros, entre ellos: *Formação econômica do Brasil; A economia latino-americana; O mito do desenvolvimento econômico y O Capitalismo Global*, siendo el primero el más conocido, y el segundo su libro que más circula fuera de Brasil. Fuente: Celso Furtado en *História do pensamento econômico*. Centro Internacional Celso Furtado de Políticas para o Desenvolvimento.

²² Aldo Ferrer (1927-) el conocido economista y político argentino fue ministro de Economía de la provincia de Buenos Aires, fue profesor de la cátedra de Economía Política en la Universidad Nacional de La Plata. Durante la presidencia de Roberto M. Levingston, fue nombrado Ministro de Economía y Trabajo. En el ejercicio de dicho cargo elaboró un plan de desarrollo que habría de ser implantado durante el quinquenio 1971-1975. Tras ser destituido Levingston en 1971, Ferrer fue mantenido al frente del Ministerio por el nuevo presidente Alejandro A. Lanusse. Entre sus principales obras destacan *El estado y el desarrollo económico* (1954) y *La economía argentina* (1963).

²³ Roberto Cortés Conde, obra cit., pág.131

²⁴ Carlos Federico Díaz Alejandro (1937-1985) economista cubano. Doctor en Economía del Instituto Tecnológico de Massachusetts. Profesor de economía en la Universidad de Yale, en la Universidad de Minnesota y en la Universidad de Columbia. Poco antes de morir en 1985 había sido nombrado para una cátedra en la Universidad de Harvard. Díaz Alejandro sirvió como consultor de varias organizaciones entre las que se destacan la Comisión de Estudios de América Latina y Estados Unidos, la Comisión Nacional Bicameral sobre Centro América. Publicó más de 70 artículos y cuatro libros en los que se destaca su capacidad para combinar la teoría económica y su aplicación al diseño de las políticas económicas dado el contexto histórico determinado en que se instrumentan. En 1979, publicó *Algunas vicisitudes históricas de las economías abiertas en América Latina*, en *Desarrollo Económico*, Revista de Ciencias Sociales N° 74, Vol. 19, julio - setiembre

²⁵ Roberto Cortés Conde, obra cit., pág.133

²⁶ J.E.Bury, *History as a Science*, en F.Stern, *The varieties of History, From Voltaire to the Present*, Londres, 1970. C.Hempel, *The Function of General Laws in History*, en Gardiner (comp.) *Theories of History*, New York, 1959., Citados por Ezequiel Gallo, en *Lo inevitable y lo accidental en la historia*, en Oscar Cornblit (comp), obra citada.

²⁷ Ezequiel Gallo, *Lo inevitable y lo accidental en la historia*, obra citada, págs.148 y 149

²⁸ Ibidem., pág.159

²⁹ Manuel Mora y Araujo, *Teoría y verificación en las Ciencias Sociales y en la Historia*, en Oscar Cornblit (comp), obra citada, pág. 167

³⁰ Osvaldo Guariglia, *Ideología: argumentación y finalidad en las ciencias sociales* Revista Latinoamericana de Filosofía, v. IV, n°1, marzo, 1978.

³¹ Manuel Mora y Araujo, obra cit., pág.173

³² Osvaldo Guariglia, *Para una metahistoria del narrativismo*, en Oscar Cornblit (comp), obra citada,

pág.229.

³³ Thomas Simpson, *Cuando Marx se identifica con la historia, reflexiones sobre el fin y los medios*, en Oscar Cornblit (comp), obra citada, pág.279.

³⁴ ibidem, págs.294 y 298

³⁵ Ibidem, pág. 302

³⁶ Carlos Pereyra, *La necesidad en la historia*, en Oscar Cornblit (comp),obra citada,pág.308

³⁷ Ibidem, pág.311

³⁸ Ibidem, pág.314.

³⁹ Guido Pincione, *Generalizaciones y explicación*, en Oscar Cornblit (comp),obra citada, pág.181

⁴⁰ Ibidem, pág.184

⁴¹ Natalio Botana y Felix Luna, *Diálogos con la historia y la política*, BsAs,Sudamericana,1995, pág.12

⁴² Ibidem, pág.16

⁴³ Ibidem,págs.35/36

⁴⁴ Ibidem, pág.46

⁴⁵ Ejemplos históricos sobre este tema en Cristian Buchrucker, *Temas antidemocráticos e identidad nacional en la cultura política del cono sur. Un panorama comparativo de seis trayectorias históricas del siglo XX*, en Estudios Sociales 27, Rev. univ. semestral, año XIV, Santa Fe, Univ. Nac. del Litoral, segundo semestre, 2004, pág.75.

⁴⁶ Carlos Altamirano, *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*,Buenos Aires, Ariel, 2001, pág.12

⁴⁷ Buchrucker, ob.cit

⁴⁸ J. J. Linz, *Authoritarian and Totalitarian Regimes*, en Greenstein y Polsby (eds),1975, cit.por Leonardo Morlino, en Los Autoritarismos, cap.4 ,Manual de Ciencia Política, Alianza,1988

⁴⁹ Leonardo Morlino, *Los Autoritarismos*, cap.4, Manual de Ciencia Política, Alianza,1988, pág.130.

⁵⁰ J. J. Linz, *Una teoría del régimen autoritario*. El caso de España, en Fraga (...) v III, El Estado y la Política, Madrid, Moneda y Crédito, 1974, pág.1474, cit. En Leonardo Morlino, obra cit, pág.131

⁵¹ Silvia Fesquet, editora, Miguel Wiñazki, investigación: *Domingo Faustino Sarmiento, cartas, anécdotas y testimonios*, Textos de ayer para la Argentina de mañana, Publicación especial Clarín, Textos revisados por Luciano de Privitellio, Instituto Ravignani, UBA, abril 2002, pág.46

⁵² Entrevista a Richard Rorty,Clarín 26/3/92

⁵³ Mario Bunge, Historia, cap 6, parte A, en *Las Ciencias Sociales en Discusión*, BsAs, Sudamericana,1999, pág. 320

⁵⁴ Una clara fundamentación de Julio Aróstegui, en su obra *La investigación histórica: Teoría y Método*, Barcelona, Crítica, 1995. Ver esta definición en Mario Bunge, *Las Ciencias Sociales en Discusión*, BsAs, Sudamericana,1999, pág.284

⁵⁵ Joseph Campbell, *Tu eres eso*, Emecé, 2003, 192 págs. En este libro el autor señala el peligro de que las instituciones sociales impongan a la gente estructuras mitológicas que ya no coinciden con su experiencia.

⁵⁶ Ciro Flamarion Cardoso e Ronaldo Vainfas, *Dominios da Historia*, Brasil, Campus, 1997.

⁵⁷ Se ha hecho referencia a Ciro Flamarion Cardoso en Embate de Paradigmas, en el cap. II de este trabajo.

⁵⁸ Ciro F.Cardoso, cita en este análisis a Topolski, Jerzy, *Metodología de la Historia*, Madrid, Cátedra,1985,2da.ed.

⁵⁹ Ciro Flamarion Cardoso, *Introducción*, obra citada, págs.6 y 7.

⁶⁰ Ibidem, pág.11

⁶¹ Ibidem, págs. 13/14.

⁶² Keith Jenkins, *Re-thinking History*,Londres, NewYork, Routledge, 1991, cit. por Ciro F. Cardoso, obra cit.

⁶³ Jean Francois Lyotard, *La condición posmoderna*, Madrid, Cátedra, 1983

⁶⁴ Ciro Flamarion Cardoso, obra citada, pág.16

⁶⁵ Ibidem. Se sugiere ver: Callinicos, Alex, *Against Postmodernism. A marxist critique*. Cambridge: Polity Press, 1989; Heller, Agnes, *La vida que cambió*, Nexos, México, vol.10, nº 118, octubre 1987. Rubio Carracedo, José, Lévi-Strauss, *Estructuralismo y ciencias humanas*, Madrid:Istmo, 1976. Idem. *El hombre y la ética*, Barcelona, Anthropos,1987.

⁶⁶ Jörn Rüsen, *Conscientizacao Historica Frente a Pos-modernidade: A Historia na Era da "Nova Intransparencia"*. Historia. Questoes e Debates, Curitiba, vol 10, nº 18-19,junho a dezembro de 1989

⁶⁷ Francisco Falcon, *Historia y Poder*, en Dominios da Historia ,Brasil, Campus, 1997, pág.62

⁶⁸ Jacques Julliard, *La Política*, en Hacer la Historia, VII, Nuevos Enfoques, Jacques Le Goff y Pierre Nora, 1985, Laia, Barcelona, pág. 237

-
- ⁶⁹ Apud Rémond, René, *L'histoire politique-La recherche historique en France depuis 1965*, Paris.PUF, 1980, citado por Francisco Falcon, en *Historia y poder*, obra citada.
- ⁷⁰ Francisco Falcon, obra cit. pág. 70
- ⁷¹ Ibidem, obra cit. Pág. 73
- ⁷² Peter Burke, *A escrita da história*, São Paulo, Unesp, 1992. Puede verse también, Peter Burke, *A escola dos annales. A Revolucao francesa da historiografia*, Sao Paulo, Unesp, 1991.
- ⁷³ Lapa,J.R do Amaral, *A história em questao*, en *A historiografia brasileira Contemporanea*, Petrópolis, Voces, 1976.
- ⁷⁴ Francisco Falcon, obra cit,pág.86
- ⁷⁵ Carlos Fico y Ronald Polito, *A história no Brasil (1980-1989)*, Elementos para uma avaliação historiografica, Ouro Preto, UFOP,1992,vol.I. y Lapa, J.R, do Amaral, A. *História e Historiografia-Brasil pos-64*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1985
- ⁷⁶ Francisco Falcon, obra cit ,pág. 88
- ⁷⁷ Algunos eventos destacados: Seminario sobre la Revolução de 1930 (CPDOC,1980); Coloquio Estado Novo e Autoritarismo (UFRJ,1987), dos coloquios,Sombra e Luzes (IEA/USP-ANPOF,1987-1989); Seminario sobre Escravidao(1988);Seminario Internacional- Centenario da Proclamação da Republica (USP; UFF; UFRJ; PUC ; 1989).
- ⁷⁸ Joao Fragoso y Manolo Florentino, *Ensaio de teoria e metodologia, Historia Económica*, en *Domínios da História*, obra citada.
- ⁷⁹ Ibidem, pág.30
- ⁸⁰ Ibidem, pág.30
- ⁸¹ Ibidem, pág.35
- ⁸² Ibidem,pág.37
- ⁸³ Jacques Revel, *Las Construcciones francesas del pasado*, BsAs, Fondo de Cultura Económica, 2001, primera edición, 1996.
- ⁸⁴ François Dosse, *A História em migalhas (dos Annales à Nova História)*, Campinas: Ensaio / unicamp , 1992, pág. 53
- ⁸⁵ Ciro Flamarión Cardoso, *Ensaio Racionalistas*, Rio de Janeiro, campus,1988, cit. en Fragoso y Florentino, obra cit. pág.38
- ⁸⁶ Juan Carlos Garavaglia, entre otras publicaciones, *El mercado interno colonial a fines del siglo XVIII:México y Perú*, en Bonilla, Heraclio (org.) , *El sistema colonial en la América Española*, Barcelona, Crítica,1991; *Historiografía de la historia agraria colonial*, en *Historiografía Argentina*, Comité Internacional de Ciencias Históricas, 1988.
- ⁸⁷ Giovanni Levi, *Sobre a Micro-Historia*, en Burke, Peter (org), *A escrita da historia:novas perspectivas*, Sao Paulo,Unesp,1992.
- ⁸⁸ Joao Fragoso y Manolo Florentino, obra cit. pág.40
- ⁸⁹ Ibidem, pág.42
- ⁹⁰ W Kula y P Vilar, clásicos de los años 50 y 60, apuntan a construir una historia económica sutil y compleja siempre referida a totalidades, sin embargo no es difícil encontrar en sus estudios referencias antropológicas y culturales, no como recursos retóricos sino como soportes de análisis económicos. Sus trabajos revelan un tipo específico de reflexión cuyo valor es reconocido por autores más recientes. Ver Kula, Witold, *Teoria económica del sistema feudal*, BsAs, Siglo XXI,1976, y *Da Tipologia dos Sistemas Economicos*, en Fourastie J., et. al. *Economia*. Rio de Janeiro: Fundação Getulio Vargas,1979
- ⁹¹ Hebe Castro, *La Historia Social*, en *Domínios da História*, obra citada.
- ⁹² Ibidem, pág.52
- ⁹³ Ibidem,pág.58
- ⁹⁴ Ciro Flamarion Cardoso, *Uma Nova Historia?*, Em: *Ensayos Racionalistas*, Rio de Janeiro, Campus,1988, págs. 93-117
- ⁹⁵ Jacques Le Goff, *Las mentalidades. Una historia ambigua.*, en J. Le Goff,J. E Nora, *Hacer la historia*, V III, *Objetos nuevos*, Barcelona, Laia, 1978, pág. 81
- ⁹⁶ Ronaldo Vainfas, *História das mentalidades e história cultural* en *Domínios da história*, Rio de Janeiro,Campus,1997, pág.141
- ⁹⁷ Ronaldo Vainfas, obra cit., pág.150
- ⁹⁸ El antropólogo Julio Caro Baroja fue el que acuñó el término, que se deriva del modo en que se ofrecían a la venta a un público iletrado los pliegos de papel impreso, a veces con toscos elementos iconográficos en la cabecera, colgados de unos cordeles por el doblez principal. La literatura de cordel es un tipo de literatura de consumo en la que predomina la oralidad y trata de adaptarse a los gustos

de las personas de las clases económicamente más desfavorecidas. Algunos críticos consideran que es una literatura popular, callejera, que supuso una alternativa a los libros, productos de lujo, caros. Su difusión se inició en España en el siglo XVI y llegó hasta casi la mitad del XX. La venta de los “pliegos de cordel” —como también se conoce a este tipo de subliteratura— se realizaba en la plaza pública, muchas veces por ciegos que recitaban los momentos culminantes de unos títulos interminables que incidían en lo supuestamente “curioso”, “nuevo” o “verdadero” de su contenido. La crítica ha conseguido reunir casi dos mil de estos “pliegos de cordel”, básicamente en forma poética de baja calidad, aunque existen algunos en prosa. Ver también: Centro Web. Información en línea sobre literatura de cordel.

⁹⁹ Mary del Priore, *Histórias do Cotidiano*, Río de Janeiro, Contexto, 2001. ver también *Historia do cotidiano e da vida privada*, en *Dominios da História*, Brasil, Campus, 1997, págs. 259/274

¹⁰⁰ Christopher Lloyd, autor de *Las metodologías de la historia social* (1991), *Las estructuras* (1986), *Exposición de la historia social* (1986)

¹⁰¹ *Historia das Religioes e Religiosidades* de Jacqueline Hermann, *Historia do Cotidiano e da Vida Privada* de Mary del Priore, *Historia das Mulheres* de Rachel Soviet, *Historia e Sexualidade* de Magali Ángel, idem, Edt Campus, 1997

¹⁰² Mary del Priore, *Historia do Cotidiano e da Vida Privada*, obra cit., pág. 259

¹⁰³ Legrand DÁussy, *Histoire de la vie privée des francais* (3 vol), 1782, en Mary del Priore, ob.cit. Este autor tuvo la preocupación de realizar una historia de las costumbres francesas, una historia de la alimentación, descripción de productos, de técnicas y de comportamientos alimenticios. Su historia proponía una comprensión de comportamientos heredados, de permanencias y de los fenómenos de adaptación y de invención que les eran impuestos.

¹⁰⁴ Helio Jaguaribe, *Un estudio crítico de la historia*, 2 vol., México, Fondo de Cultura Económica, 2001, Tomo I, pág. 34

¹⁰⁵ *Ibidem*, Tomo II, conclusiones, pág. 700

SEGUNDA PARTE: Aplicación de hipótesis de investigación sobre populismos latinoamericanos. Argentina y Brasil. Tendencias en la década del 90.

Capítulo V: Los historiadores toman la palabra.

5.1. Fundamentos de la hipótesis

Una hipótesis básica de este trabajo es que la historia como disciplina, considera que la transformación social no es un emergente directo de la utopía, sino una construcción basada en un sentido fuerte de la realidad unido a la voluntad política, ligados ambos a la disponibilidad de los recursos y a las limitaciones impuestas por las exigencias materiales para transformarla. De acuerdo a esta apreciación se investiga qué categorías y con qué significación se han usado para describir, analizar y comparar a dos fenómenos muy estudiados en América Latina: peronismo y varguismo, señalados como populismos.

Es conveniente revisar las categorías usadas para la investigación, en los fenómenos de larga duración histórica, porque ellas no son operativas en una línea de continuidad hasta la actualidad. También es necesario investigar las nuevas categorías que se aplican a estos fenómenos históricos de larga permanencia pero con grandes transformaciones en el tiempo.

Los nuevos planteos sobre el populismo, especialmente en la década del 90, ponen mucho énfasis en el contexto de época y de espacio, captando sus realidades históricas y diferenciándolas de los mitos construidos sobre ellas. Intentan descartar las memorias que generalizan sobre experiencias personales y exploran la polarización radicalizada de las distintas posturas. Además diferencian los discursos- que son de guerra - de los temas materiales que no son tan distintos entre los opositores. (Los discursos generalmente superan la realidad material y por ello, hay que ser cuidadoso con los análisis que intentan confundir la realidad material de la historia con los discursos hechos sobre ella). Por otra parte historiadores de Argentina y Brasil rastrean especialmente la tradicción política cultural en la que encuentran antecedentes y bases de los populismos.

La necesidad de explorar nuevas categorías se articula con la idea de que hay factores tradicionales que influyeron más de lo estudiado y pensado en los populismos, por lo cual se necesitan categorías de largo alcance histórico, que consideren ciertos procedimientos arraigados en la tradición política y cultural, tal como los antagonismos políticos particularmente excluyentes, la tibieza de fe en las virtudes de la democracia, la legitimidad excluyente y sin duda, los autoritarismos. Hoy se admite que importantes procesos tienen ritmos propios y no se alinean solamente con el momento de fuerte impacto político, estos fenómenos complejos reclaman para sí una perspectiva que considere la presencia de continuidades respecto a etapas anteriores.

Por otra parte, la mirada actual sobre fenómenos históricos que presentan una indudable permanencia y proyección hacia el presente, parece necesitar también de categorías de corto alcance histórico, que pongan más su énfasis en la novedad, en la ruptura con la tradición. Varios de los nuevos estudios se basan en la consideración de que el peronismo va a ser desde su origen una expresión política de una sociedad ya transformada y que se debiera formular entonces una categoría referida al estado de cambio de la sociedad y la adaptación de políticas adecuadas a ese momento histórico. Por otra parte también se detecta la necesidad de formular una categoría que considere la sobredimensión emocional, la carga de irracionalidad y mito en el tratamiento de estos temas, como también otra que tenga que ver con la política de consenso sobre intereses (que envolvía prioritariamente a los sectores de élite) y los nuevos modos de articular fuerzas sociales con grupos que disponen de partes del poder del Estado.

También se pone a consideración si es posible dilucidar -según la definición de Bunge¹- si los populismos fueron una tendencia histórica progresiva o regresiva en términos generales. Según el autor podría ser considerada progresiva una tendencia, en cuanto cumpliera las siguientes pautas:

-Si implicó la satisfacción creciente de las necesidades básicas y de las aspiraciones legítimas de un número creciente de personas.

-Si disminuyó la explotación, la opresión y el desamparo sin poner en peligro las posibilidades de las futuras generaciones.

-Si implicó que (en líneas generales) la democracia integral se expandiera y se contribuyó a ampliar la ciudadanía social.

Mi trabajo propone la utilización de estos criterios o pautas para analizar los distintos populismos en América Latina, y también indagar sobre la responsabilidad de las elites (especialmente) y de la sociedad en general, para fundar realidades que sean heredadas por las generaciones siguientes, explorando reformas de las instituciones sociales que sirvieron y sirven para mejorar la vida de la gente.

5.2 Una tendencia en la década del 90

Historiadores de la década del 90 han tratado de repensar el peronismo y el varguismo como también otros fenómenos político-sociales englobados bajo la designación de populismos. Su tarea se inserta en el proceso de cambio de la historiografía de la década del 80 y del 90, donde se empeñaron en un giro profesionalista de la disciplina, en una lucha expresada especialmente en la última década, con un fuerte interés en rescatar los temas históricos de las manos de otros discursos, en muchos casos poco rigurosos o simplificadores, a causa de la falta de método histórico.

Esta renovación historiográfica se produce teniendo en cuenta algunos factores ya señalados como la crisis contemporánea de los grandes paradigmas teóricos en todo el mundo, que llevó a una fuerte atomización de la disciplina que buscaba protección y amparo en las historias cotidianas y en la reducción de la escala de estudio a cuestiones micro. También se buscó refugio para los estudios históricos en el ámbito de las creencias, mitos y representaciones. Esta manera de afrontar la historia le creaba otro problema a la disciplina: la pérdida de visión holística y la dificultad para explicar el pasado histórico y prever los grandes procesos. La gran historia quedaba sin lugar. Los historiadores críticos de este derrotero pretendieron rescatar las visiones de proceso, pero no a la manera paradigmática desde otras disciplinas, sino desde la propia y desde el enfoque de estudios concretos en espacios más reducidos para partir desde allí hacia una construcción más abarcadora.

“El planteo de una explicación menos rígida que las tradicionales pero al mismo tiempo más amplia que el conjunto de aproximaciones parciales que vino a reemplazarla, reclama algunas certezas sobre el presente y futuro de la sociedad. Si esa imagen de conjunto se alcanza, es probable que ella esté destinada a ser, en

comparación con la que terminó de forjarse en los tempranos años 70, una más matizada y más sensible a lo complejo de la realidad social”.²

Otro problema que se presentaba a los historiadores, es el ya planteado como déficit tradicional de la historia reflejado generalmente en cierta hostilidad frente a la teoría. Los estudios históricos sobre los populismos no han sido en su gran mayoría patrimonio de los historiadores. Esto se puede apreciar en las investigaciones del peronismo y el varguismo, que han sido territorio de sociólogos y politólogos, de periodistas y de ensayistas. Un tema que siempre inquietó a los investigadores fue el de las continuidades y las rupturas en la historia, aplicado a los populismos, se puso más énfasis en las rupturas que en las continuidades. En las nuevas búsquedas historiográficas se explora el surgimiento de los populismos como propios de sociedades que los fueron preparando lentamente, así en los estudios de la década elegida, los antecedentes cobran singular importancia, enfocando el interés en la formación de los fenómenos históricos, que parecen a simple vista irrumpir como una novedad total ajena a la sociedad que los anida. De este modo la larga duración y la redefinición de categorías se imponen en las nuevas investigaciones históricas.

Si bien esta interpretación no es enteramente novedosa ya que puede rastrearse en algunas obras de décadas anteriores, sin duda ha cambiado la búsqueda historiográfica, el enfoque y las categorías que se utilizan para la explicación de los populismos.

5.3. Antecedentes sobre populismos.

Todo investigador que estudie el proceso histórico de América Latina, sobre todo a partir de la crisis de 1930, tropezará de inmediato con el término populismo, uno de los más usados por los científicos sociales pero también un término que carece de sentido unívoco³. Se lo utiliza para aludir a fenómenos enfocados desde lo ideológico, para referirse a partidos y movimientos y formas de gobierno, relacionados con clases sociales y con desarrollo de fuerzas productivas. Como expresó Ernesto Laclau en “Hacia una teoría del populismo”, pocos conceptos han sido más ampliamente utilizados en el análisis político contemporáneo y pocos han sido definidos con menor precisión. Sabemos a que nos referimos cuando calificamos de populista a un movimiento o a una ideología, pero encontramos las

mayores dificultades en traducir la intuición en conceptos. Esto ha conducido a una práctica ad hoc: continuar utilizando el término en forma alusiva y renunciar a desentrañar su contenido.

Sin duda que el término populismo ha sido empleado con generosidad - especialmente por filósofos y científicos sociales - y es altamente controvertido a un nivel teórico que toma poco en cuenta a los contextos históricos, pero es allí precisamente donde es posible la explicación que torna más descifráble este fenómeno, por lo menos con los historiadores que acceden a los hechos con método y teoría. Un elemento común a la mayoría de ellos es la aceptación de la pertinencia del término populismo para caracterizar un fenómeno que se desarrolla en un ámbito espacial muy amplio y en un lapso de aproximadamente un siglo, empleando un concepto que ya tiene un reconocimiento por la práctica de su uso y porque ha sido profusamente discutido entre los especialistas de distinto ámbito. Los historiadores en general, definen los conceptos según su uso y aplicación en el ámbito que estudian y expresamente dicen en que sentido y como los utilizarán.

No obstante actualmente algunos historiadores, que perdieron las líneas de búsqueda holística o interpretativa en ámbitos mayores, han querido diferenciar los populismos hasta hacerlos específicos de cada lugar sin aceptar ningún tipo de semejanza, lo que produce una radicalidad tan preocupante como la opuesta que intentaba demostrar que todos los populismos eran iguales.

El término populismo se ha usado en todo el mundo, para el populismo ruso y para movimientos y partidos de distintos países de Europa oriental, tanto como para el partido populista de EEUU. Concentrándonos en América Latina se ha empleado para todos los movimientos o partidos que han tenido alguna connotación referida “al pueblo” en el sentido de los sectores urbanos inferior y medio de la poblaciones, a la justicia social y a la incorporación política de nuevos sectores sociales.

Esta amplísima gama llevó a los historiadores a tratar de identificar características generales de las cuales participaran diferentes movimientos surgidos en América Latina, y que sirvieran para identificarlos, marcando semejanzas y diferencias dentro de una periodización histórica.

Para enmarcar históricamente a los populismos, puede seguirse a historiadores, sociólogos y economistas especializados en el estudio de la historia Contemporánea de América Latina⁴. El término populismo o populismos o movimientos nacionales populares, surgen dentro de un marco político regional o

nacional - lo que le da su originalidad- elaborado sobre una realidad que le ofrece sus propios elementos para estructurar doctrinas o políticas que se relacionan de alguna manera con las macroideologías internacionales.

Puede ubicarse históricamente a los populismos en la llamada época de crisis liberal y "de crecimiento hacia adentro" (1930-1960) e identificarlos como "movimientos nacionales populares"; pero antes hay que definir una etapa de transición hacia la crisis (1910~1930), donde estarían comprendidos los hechos que provocan la estructura fundacional que incide en su formación y hará eclosión en la etapa siguiente⁵.

Para algunos autores la era de los populismos se inicia con la Revolución Mexicana de 1910 o con Hipólito Yrigoyen (1916-22; 1928-30) en Argentina. Para otros es una etapa prepopulista. La mayoría coincide en que su aparición es consecuente a la crisis del 29, se señala que es anticipada teóricamente por Víctor Haya de la Torre en Perú, que en 1924 expresa tesis populistas. Podría afirmarse que hay un consenso que ubica los populismos entre 1920 y 1960.

Para Michael Conniff⁶ se encontrarían estos fenómenos históricos a partir de 1920 pero reconociendo presencias previas como José Batlle y Ordoñez en el partido colorado uruguayo, e Yrigoyen en el partido radical argentino. Discierne una primera etapa "reformista o consensual", en la entreguerra, donde hay cambios político - sociales modestos, pero desarrollando una acción irreversible hacia la política de masas.

La terminología con que el populismo se nombró a sí mismo en su época tuvo variaciones, adoptó el nombre de su conductor o de sus reivindicaciones más importantes, "el pueblo" era identificado con el estrato más carenciado. Velasco Ibarra en Ecuador le llama "chusma", "descamisados" en el peronismo, símbolos como la alpargata para identificarse, el calzado pobre, es decir que siempre se designaron por la negatividad, por el estado de necesidad de sus simpatizantes o por el desprecio con que lo identificaban sus contrarios. Pero de pronto, todas esas designaciones son revertidas y asumidas como distintivos orgullosos que portan sus simpatizantes.

El populismo sufre transformaciones y crisis, sin duda no es el mismo en las décadas del 40 y 50 que en la actualidad, pero no desaparece como tal, sino que transforma ciertas características según etapas en que la sociedad vigente ofrece mayores o menores resistencias a sus objetivos o que surgen nuevos desafíos. El

populismo que pudo cristalizar en una organización o en un partido, construyó su cuerpo doctrinario, esos partidos se conforman sobre la situación nacional donde surgieron y allí es donde encontramos las diferencias entre los populismos latinoamericanos. Pero si bien se acepta definirlos como un conjunto de movimientos políticos característicos o propios de algunos países de América Latina, se pueden extraer características y condiciones generales a todos ellos.

El discurso que descubre su ideología y que está presente en todos los movimientos, permite decir que el populismo pretendió iniciar en algunas situaciones o profundizar en otras, la reforma de la estructura agro-minera-exportadora de crecimiento "hacia afuera" y que asentado sobre el proceso de sustitución de importaciones, promovió la industrialización acelerada, el "crecimiento hacia adentro", estableciendo múltiples alianzas y una cierta voluntad de independencia nacional, con un objetivo de incorporación social y política de vastos sectores de la población.

Existe en general, acuerdo en considerar a la crisis de 1930 como un momento clave para el desarrollo de los países de América Latina. La apreciación se basa fundamentalmente al estudiar los efectos de la crisis sobre el sector externo representado por las restricciones a la exportación y las dificultades para abastecer al mercado interno. Así se abre la posibilidad de iniciar una nueva etapa en su proceso de industrialización, que aproximadamente entre 1930 y 1950 se caracteriza por un notable desarrollo de la industria liviana; este desarrollo basado en la sustitución de importaciones, es acompañado en el nivel político por el populismo y da lugar en lo social a la irrupción de las clases populares en el proceso de desarrollo urbano e industrial, así como su incorporación en el juego político nacional. Hay consenso en considerar al populismo un movimiento policlasista, donde tienen especial importancia las alianzas. Sin embargo no lo hay para considerar a los protagonistas de la alianza ni a sus objetivos.

Dice Eduardo Devés Valdés que durante los años 60 y 70 el pensamiento politológico tuvo un desenvolvimiento modesto, siendo el tema mas relevante el del populismo y un poco después el de los autoritarismos. La reflexión sobre el populismo se gestó en las ciencias económico-sociales y más precisamente entre los que trabajaban la modernización de la sociedad.

“El tratamiento del populismo en el seno de la red de la sociología de la modernización y del dependentismo no podía dejar de traslucirse en los conceptos a los que se articula, sean éstos politológicos (Estado Oligárquico) o no politológicos (industrialización, urbanización, dependencia, migraciones campo-ciudad y capas medias, entre otros). Ello mismo implica que el abordaje del movimiento populista no sea propiamente politológico sino que, concibiéndolo en ocasiones como régimen, como movimiento social o como ideología, en realidad se lo trate globalmente como sistema social, económico, cultural y político. (...) El populismo como sistema, estaría compuesto por la presencia de cuatro factores: masas populares, especialmente obreros industriales: élites disponibles con incongruencia de status, ideología o psicología que facilite la comunicación y genere entusiasmo y líder carismático”.⁷

Gino Germani introdujo el tema del populismo integrándolo en su teoría de la participación creciente. Este se presenta en todas las sociedades a comienzo de su desarrollo industrial, estando constituido por dos procesos distintos: el de movilización y el de integración. Di Tella por su parte definió los movimientos populistas como coaliciones, con una ideología cohesiva, entre estratos de la clase trabajadora urbana o rural y las élites no obreras. A Weffort le interesa explicar el surgimiento de estos movimientos, para lo cual se refiere al desarrollo de una contradicción dinámica interna, unida a alteraciones sustanciales en el modo de integración dependiente en el sistema capitalista internacional, cosa que produce la crisis del sistema oligárquico. Ianni apunta a entender el populismo a partir de las relaciones entre las clases sociales. Piensa que el Estado populista, al que distingue precisamente del fascista y del socialista se forma por las contradicciones en el seno de la clase dominante, en combinación con los antagonismos entre esas facciones y las otras clases sociales, en la crisis de la economía primaria exportadora. Ernesto Laclau entra en el tema del populismo principalmente a partir de la ideología, y de ésta como discurso que debe entenderse en el marco de la lucha de clases. Para el argentino-británico, el populismo empieza en el punto en que los elementos popular-democráticos se presentan como acción antagónica frente a la ideología del bloque dominante.

5.4. *Las discusiones, las categorías y los enfoques tradicionales.*

5.4.1. *Respecto a la ideología populista*

Se puede decir que hay consenso en la mayoría de los estudiosos tradicionales del populismo en evaluar su ideología como contradictoria y confusa. Se entiende que se la considera confusa tomando como marco referencial los grandes sistemas ideológicos. Así se habla de fórmulas híbridas y paradójicas desde la dicotomía izquierda-derecha (Gino Germani) de difusa significación ideológica (José Luis Romero) o como que las masas entran en la lucha de clases pero con absoluta falta de ideologías claras y de organización de base (Torcuato Di Tella), también como formando parte de la ideología dominante pero con matices equívocos, manejándose hábilmente, progresistamente, modernizadamente (Enrique Dussel).

Cuando Abraham Rocheli se pregunta si Vargas en Brasil poseía una ideología cristalizada o una línea de pensamiento político claro, y su respuesta es negativa, está expresando una opinión bastante repetida por los que definen ideológica o políticamente al populismo, aplicada en general a todos los países que fueron afectados por el fenómeno. Así expresa que la ideología varguista se caracterizaba por tener una línea política llena de contradicciones. “(...) por un amontonamiento raro de fundamentos fascistas, cooperativistas, socialistas, semidemocráticos, sindicalistas, militaristas y principalmente nacionalistas”⁸

No obstante si se profundizan opiniones de algunos autores de los citados, vemos como van estructurando una identidad del populismo, alejándose de la calificación de confusa ideología para explicarla de manera más inteligible, a través del desarrollo histórico.

Romero destaca las diferencias sobre la manera en que las ideologías funcionaron en Europa y en América, estableciendo la coherencia europea en el desarrollo ideológico con el económico y social, político y cultural, mientras que en América Latina considera que todas las ideologías se importaron y a pesar que tuvieron mucha influencia, no explican por sí mismas los procesos o problemas latinoamericanos.

“Por lo cual se han desarrollado otras corrientes de opinión menos precisas, más confusas, pero de mayor arraigo porque son expresiones espontáneas

frente a la realidad social y cultural”. Así define el populismo, entendiendo que es “un movimiento de raíz liberal”, progresivamente alterado en sus lineamientos fundamentales por la percepción cada vez más aguda de la problemática social. Si bien José Luis Romero caracteriza estos movimientos como “de fuerte contenido emocional y difusa significación ideológica”, reconoce que en la medida que progresan en la acción política o en la amalgama de voluntades fueron adquiriendo “contenidos ideológicos que alcanzaron precisión y a veces formulaciones rigurosas”⁹. Para este historiador, el populismo con la ideología de la justicia social, se convirtió en la única alternativa viable frente al liberalismo, después de la segunda guerra mundial. Cuando hace su valoración de este fenómeno histórico, considera que hay un resonante fracaso de las experiencias populistas y que su ideología dejó de ser una real alternativa en la década del 60.

Gino Germani parte también de la comparación de la ideología en Europa y América y de la llamada crisis de las democracias entre las dos guerras. Allí aparecen ideologías de derecha, de izquierda y las de ubicación ambigua en el espectro político tradicional, con formas de participación masiva divergentes del modelo de la democracia formal. Las élites nacionales de los países subdesarrollados no conciben a la democracia liberal como un ideal y por ello los movimientos populares debían tener una dirección muy diferente en los países de la periferia, ya que eran diferentes los problemas que debían enfrentar. “Así se refleja en las ideologías de industrialización cuyas características esenciales serían el autoritarismo, el nacionalismo, algunas formas de socialismo, colectivismo o capitalismo de estado, que combinan de variable manera contenidos ideológicos de tradiciones políticas opuestas”. A estas formas las llama “movimientos nacionales populares” que sería la forma propia de intervención en la vida política de los estratos en vías de movilización de los países de industrialización tardía¹⁰.

Peter Waldmann, en su análisis comparativo de ideologías políticas autoritarias en América Latina (por ejemplo, Vargas y Perón) presenta como rasgo relevante común, su carácter profundamente antiteórico y expresa:

“En la sociología política de América Latina se subraya siempre el pragmatismo político y el oportunismo de los hombres de Estado autoritario. Se habla de su flexibilidad, de su capacidad para utilizar sucesivamente las más diversas corrientes políticas e ideológicas, dicho brevemente se señala su falta de principios”¹¹.

No obstante su definición, Waldmann reconoce que esa falta de principios o la resistencia contra modelos teóricos importados, es fundamentada en que no se adecuan a la situación política y social de América Latina; sí bien no acepta las construcciones ideológicas surgidas de esa realidad. Finalmente encontró cierto que entre las diversas raíces históricas de las ideologías políticas de Vargas y Perón, ninguna puede rastrearse tan bien como aquellas vinculadas a las encíclicas sociales de los papas.

Enrique Dussel transita la ruta seguida por muchos posmodernos después, que es considerar los populismos desde la conciencia mítica. Define al populismo como una situación de transición de una sociedad liberal tradicional a otra de desarrollo de una nueva situación histórica, que exige una activa función simbólica que permita transitar de un mundo mítico campesino o marginal a la racionalidad de una sociedad moderna, el líder asume una función ya conocida por la conciencia mítica, lo que explicaría la familiaridad y comprensibilidad con que puede relacionarse con las masas.

“La autoridad del mediador no es despótico ni objetiva, es simbólica, necesaria para la mentalidad en transición del hombre marginado”¹². Para este autor, como el proyecto populista es “la del capitalismo en una formación social periférica”, está signado desde el comienzo a un necesario fracaso.

Torcuato Di Tella, da forma al populismo justamente en la negación de ideas claras en ideología, además expresa:

“Las combinaciones de aliados son casi infinitas y existe una tendencia a llamarlas a todas con el nombre general de populismos, debido a que basan su poder en el pueblo movilizad, más que en una clase obrera o campesinado dotados de organización propia y conciencia de clase (...) En vez de una ideología, el culto a la personalidad y el carisma (...) el término es más bien desdeñoso, implica la connotación de algo desordenado y brutal(...) tiene un dejo de irresponsabilidad e improvisación (...) no obstante ha sido acuñado por ideólogos de la derecha como de la izquierda (...) que por su naturaleza, suponen que no ha de durar mucho”¹³.

Arnaldo Córdoba¹⁴, cuando habla de la Revolución y del populismo en México, dice que la ideología de la revolución se arma a pedazos a partir de la necesidad de los que participaron en ella y que esta ideología se amalgamó en un set

de ideas que ha afectado profundamente al curso de la Nación Mejicana, llama a esta ideología *populista*.

Desde otra perspectiva, Arturo Fernández¹⁵, expresa que la *ideología populista* ha sido menospreciada e ignorada por la literatura socio-política latinoamericana. Estas ideologías “son emotivas y poco elaboradas racionalmente y se presentan circunstanciales por exceso de pragmatismo”. Considera que el populismo es una ideología política de principios sucintos, pragmáticos, sensible a las creencias populares y orientada a los problemas de cada nación, con un proyecto reformista y a la vanguardia de las corrientes de integración, considera que la ideología populista es una entidad particular a cada país latinoamericano, flexible y cambiante en relación al contorno social en el que se desarrolla y evoluciona.

Se puede decir que toda ideología cambia por influencia del medio que ella pretende transformar o justificar, pero también es cierto que una ideología política sensible a los problemas sociales del contorno que le da vida, se adapta y cambia con mayor facilidad que una ideología supra-política que tiene más dificultades para insertarse en la nueva realidad que le circunda. No puede aceptarse un análisis simple, como que el populismo es un desborde de la historia alimentado por la emoción (a la que a veces se le dice irracionalidad) de las masas y a la monstruosidad de un líder inescrupuloso. Es evidente que "las raíces sociales son profundas" y esta es la base de las investigaciones de la década del 90. Las transformaciones que se producen en las etapas populistas son de tal magnitud que sigue siendo un problema propuesto a nuestros días.

5.4.2. *Populismo como reformismo*

Los tradicionales autores brasileños (Cardoso, Weffort, Furtado) en general, ven al populismo como un obstáculo para implantar reformas estructurales o de sistema, con lo que podríamos establecer que están de acuerdo con los que definen al populismo como reformismo (Villegas, Veliz, Fernández) si bien, la valoración del populismo como reformismo es distinta: se lo puede ver como obstáculo para el cambio y crecimiento en América Latina o como vía de cambio y crecimiento. Cuando Di Tella hace su nota valorativa, expresa que para él, es bastante claro que el populismo es el único vehículo disponible para quienes se interesen en la reforma de América Latina. En este autor se observa el sentido dinámico que le otorga al

populismo; transformador porque va transformándose y convirtiéndose en vehículo de cambio; contra la visión de un populismo del pasado, un fenómeno que se dio en un tiempo determinado y que cerró su ciclo. En la obra de Michael Conniff¹⁶ se plantea justamente este problema, si es una vía válida para que los sectores populares desempeñen un rol trascendente en las políticas nacionales o si se han convertido en un "museo viviente" de aquéllas.

Leoncio Martins Rodríguez pone el acento en que aparece “un creciente interés por las cuestiones concretas, en una sociedad donde se insistía en la afirmación de ideales y programas abstractos”¹⁷. Agrega que la reivindicación social sólo podía pasar por la reivindicación política.

La ciudad se convierte en un importante indicador de los fenómenos sociales que se desarrollan en Latinoamérica, en relación con la creación de nuevas formas de vida y mentalidad; para José Luis Romero, esta fórmula es válida para el examen del desarrollo latinoamericano y manifiesta también su comprensión del fenómeno populista como esencialmente reformista del sistema, no revolucionario. En su análisis de las ciudades masificadas expresa:

“(…) la masa fue adquiriendo cierta homogeneidad radical y poco a poco cierta claridad acerca de sus objetivos. Quedó claro que la masa no quería destruir la estructura hacia la que se había lanzado (...) su plan no era modificarla sustancialmente, sino aceptarla como estaba y corregirla solamente en lo necesario (...) para que cada uno de sus miembros se fuera incorporando a ella (...) pero los objetivos no podían satisfacerse rápidamente y crece en la masa un sentimiento de agresividad contra la sociedad normalizada (...) al acentuarse la hostilidad de la masa se renovaba la hostilidad de la sociedad tradicional, puesta a la defensiva. El juego seguía siendo diabólico y muchas políticas fueron imaginadas para romper el círculo vicioso”¹⁸.

Los que aceptaron el nuevo hecho social, elaboraron una estrategia para mantener a la masa satisfactoriamente unida a la estructura y por otra vía “una ideología inédita que significara una interpretación válida de las situaciones reales y que pudiera alcanzar el consenso de aquéllos a quienes proponía un cambio: fue el populismo”¹⁹.

Agrega Romero que del enfrentamiento a la integración hay un extendido trecho que sólo puede recorrerse en un prolongado tiempo.

5.4.3. Un fenómeno urbano

El proceso de urbanización se produce por un avance masivo, que marcha mucho más aceleradamente que la industrialización. Conniff habla de *casi una revolución metropolitana*, en la que se inscribiría el populismo dentro de la rápida urbanización latinoamericana del siglo XX. Alistair Hennessy ve este avance como una acumulación de grupos no asimilados, que conformarán el consenso populista; porque las clases terratenientes incorporaron a nuevos grupos de clase media, pero cuando se produce el bloqueo, los nuevos grupos no asimilados se incorporaran al movimiento populista. Es entonces el populismo un fenómeno esencialmente urbano, con avance de poblaciones marginales hacia las ciudades, donde éstas actúan como válvula de escape para el descontento rural, en lugar de ser la frontera una válvula de escape para la ciudad, como lo hace notar Ionescu. Así también Morse describe para Lima "una colonización al revés" por la cual se importaron valores rurales a la ciudad.

Hennessy expresa: "La presión de factores tales como el hambre de tierras, las tenencias poco equitativas y el crecimiento demográfico, combinados con el hechizo que ejercían las ciudades al ofrecer excitantes atractivos y oportunidades educativas y económicas, produjeron el fenómeno de una frontera en contracción".²⁰

La ciudad que absorbe personas y pueblos enteros es un fenómeno que hace sentir su peso desde 1930, sumado al proceso de industrialización, lo que permitió que varios investigadores usaran el concepto de "frontera en contracción", como una transformación latinoamericana de largo alcance histórico. Este paso del interior a la gran ciudad, es visto por Francisco Weffort, como la conversión del individuo en ciudadano políticamente activo y al proceso de urbanización como al que pone a amplios sectores de la población del país en una situación de disponibilidad política.

Para Gino Germani, la democracia funcionó en la medida en que había concurrencia entre movilización e integración; analiza la urbanización como uno de los aspectos de la "movilización mental" y expresa que "contrariamente a la opinión de que la adhesión de las capas populares se logra a base de promesas demagógicas en el orden económico, la base real de apoyo es aquélla experiencia de participación que logra el pueblo".²¹ Germani pronto hizo célebre en sus estudios sobre el peronismo, una expresión: *masas en estado de disponibilidad*, permeables a la oferta de liderazgo carismático. Esta predisposición cultural facilitó a Perón, el uso eficaz

de una combinación cuyos ingredientes fueron la concesión de ventajas materiales y la posibilidad de participación política. En el análisis de la participación política generada por el peronismo, Di Tella sostuvo que en contraste con el modo asociacionista, la forma de participación abandona la dimensión horizontal de la política, para transformarse en movilizacionista, masas que se mueven sin mucha experiencia organizativa.

Sobre la incorporación de la clase obrera al sistema político en la era del peronismo, es interesante ver el estudio comparativo con otros países de Carlos Waisman - citado y explicado por Darío Macor y César Tcach.²² - en el cual el autor indica, que en todos los casos hubo estrategias (en este sentido) de las elites, destinadas a conjurar cualquier peligro para sus intereses.

5.4.4. *Las alianzas*

Hay consenso en considerar al populismo un movimiento policlasista, donde tienen especial importancia las alianzas. Sin embargo no lo hay para considerar a los protagonistas ni a sus objetivos. Respecto al tema, expresa claramente Weffort:

“La imagen más adecuada para entender las relaciones populistas entre las masas urbanas y algunos grupos representados en el Estado, es el de una alianza tácita entre sectores de distintas clases sociales”²³. También Di Tella lo corrobora y agrega:

“El populismo es un movimiento político basado en el apoyo de grandes masas de población pero que no extrae su poder principal de las estructuras organizadas autónomas de estos grupos”²⁴. Para Di Tella hay dos actores sociales que desarrollaron fuertes coincidencias: militares e industriales. Sobre la base de esa confluencia se habría constituido una élite- en principio de origen militar - que le fue funcional y operó como sustituta de una burguesía industrial, aún inmadura e incapaz de expresarse en un partido político propio.

El disenso se plantea al analizar la constitución de las alianzas. Por ejemplo José Nun, plantea que la alianza de la clase media con las masas, que genera el populismo, no establece conflicto entre su proyecto y el proyecto oligárquico, porque la clase media en expansión no pretende cambiar el proyecto (son hombres de la oligarquía los que emprendieron las primeras iniciativas industriales de alguna

envergadura y los que organizaron las nuevas corporaciones de empresarios y comerciantes a las que la clase media se incorporó como socio menor) sino que quiere que se le reconozca el derecho a intervenir en él, legítimamente. Para Nun “la clase media no puede dar orientación al proceso político-social del país y se vuelve reaccionaria y aliada a la oligarquía cuando teme que los gobiernos populistas a los que llevó al poder en alianza con las masas, tiendan a apoyarse en el proletariado y a encaramarse a una solución de izquierda.”²⁵

Marcelo Carmagnani va mucho más allá, cuando opina que el populismo es el proyecto de la oligarquía: “Al progresismo democrático de las clases medias la oligarquía opuso un programa populista, ya directamente, ya por mediación de las fuerzas armadas”.

Carmagnani se une a los autores que ven al populismo como un obstáculo para la transformación, llevando su análisis hasta considerar que esto fue deliberadamente preparado por la oligarquía, frustrando las posibilidades de desarrollo democrático a través de uniones de partidos políticos de clase media y obrera. Este autor resuelve el problema en un binomio simplificador donde opone el "progresismo" al "populismo", caracterizando a éste último como fórmula de centro-derecha o “lisa y llanamente de derecha”.²⁶ En este sentido se expresa también José Isaacson en el prólogo al libro *Populismo en la Argentina* (...) “llegamos a la conclusión (él y los otros autores del libro) que el desarrollo de la cultura nacional era gravemente lesionado o interferido por el populismo, cuyas banderas ocultaban un proceso regresivo tendiente a hacer de la cultura nacional una cultura cada vez más dependiente”²⁷.

Desde las derechas tradicionales se observó al populismo como el obstáculo para que el país siguiera desarrollándose en el sentido de un progreso político republicano y del progreso económico al estilo de los países del primer mundo, y desde las izquierdas se lo representó como un obstáculo para un verdadero desarrollo democrático y transformación estructural revolucionaria. Estas últimas antinomias de rígido marco, plantean dificultades para el análisis histórico, donde el problema es complejo, conflictivo y con muchas verdades parciales.

Se puede suponer que Carmagnani idealiza la visión de una democracia participativa y progresista cortada en su desarrollo por la aparición del populismo,

pero su visión como la de los otros autores, no explica por qué las capas populares optan participar por esta vía.

En el análisis de José Nun, el populismo ofreció a los sectores populares programas de metas básicamente cuantitativas, movilizándolos para la gratificación dentro de las estructuras vigentes y aprovechando épocas de prosperidad. Para este autor, “(...) ésta es la esencia del populismo de Perón, de Vargas o de Ibañez. Y ella da una de las claves de su singularidad: mientras en otras partes los movimientos populistas han tenido una base agraria, fueron respuesta a periodos de depresión, en América Latina se ha tratado de corrientes fundamentalmente urbanas y constituyen el correlato de épocas de prosperidad”²⁸.

En el balance Nun reconoce que el populismo ayudó a la consolidación de nuevos grupos sociales en ascenso, en esto comparte con otros autores, que creen ese fue uno de los legados más profundos del populismo (Germani, O'Donnell, Conniff). El autor explica que el hecho de que ascienda un nuevo grupo social, no implica que se produzcan cambios profundos y reconoce que la misma expansión de la clase media (Batlle, Alessandri, Irigoyen) comienza a debilitar la oligarquía y la torna vulnerable a los avatares de la época siguiente en que se profundizará su crisis.

Para otros estudiosos del tema la alianza de la clase media con las masas se efectiviza dirigida por la clase media contra la oligarquía agro-exportadora. Coinciden en ver un enfrentamiento con la oligarquía. Así, por ejemplo, Arturo Fernandez, expresa: “El populismo se caracteriza por una gran movilización social que rompe el equilibrio marcado por la hegemonía de las oligarquías terratenientes”. Conniff, Di Tella, Weffort, participan de esta visión, así lo dice éste último: se produce “la decadencia de los grupos oligárquicos en tanto factor de poder; ellos se vieron obligados a abandonar las funciones de dominación política que llenaron hasta entonces de manera ostensible y casi exclusiva, para subsistir después en la sombra”²⁹

Estos autores postulan la ruptura de la dominación oligárquica con las alianzas de clase media y masa, que llevan al poder al populismo, si bien esta alianza muere cuando se avanza en los procesos de cambio o cuando la organización de las masas aumenta peligrosamente (según Nun) al finalizar el modelo de sustitución de importaciones.

Este último proceso es visto también, desde diferentes ópticas. No necesariamente esta alianza desaparece sino que los diversos sectores se acomodan

v empiezan a buscar soluciones, cuyo diverso grado de radicalismo estará dado dependiendo de los distintos elementos sociales que incluya. “El populismo no pretende destruir la sociedad capitalista sino ubicar a mayor número de gente dentro de la estructura del trabajo, de las leyes sociales y de la participación política, dentro de un proyecto de desarrollo nacional, lo que no implica una transformación de la sociedad tradicional. Presenta etapas de radicalización que coinciden con el momento en que encuentra mayores resistencias a sus programas sociales. Después a través del tiempo, pierde radicalidad para lograr mayor eficacia. En la medida en que se trabaja dentro de los marcos institucionales definidos en cada país y aceptando la estructura socio-económica dada.”³⁰

Historiadores y pensadores de las últimas décadas han traído nuevos planteos y han recatado investigaciones anteriores sobre los populismos. Parten de diagnosticar que el fenómeno histórico populista es mucho más complejo y menos ordenado de lo que se supone, donde la identificación de propios y extraños se realizaba un poco a tuestas y los límites de los diversos grupos se reconstruían con frecuencia.

5.4.5. El pueblo

Otro tema en el aspecto social del populismo que concita opiniones divergentes, es si el pueblo -en el sentido de los sectores urbanos inferior y medio de las poblaciones - es utilizado como masa de maniobras. Así lo analiza Nun quién considera que se lo utiliza como masa de maniobras en los enfrentamientos. Aparece la idea de pueblo como masa manipulada para los fines de la clase media, o del sector oligárquico o del ejército; o el sentido de manipulación por intereses de un líder que sólo busca el poder personal. También se caracteriza al populismo urbano como mecanismo manipulativo para control de poblaciones marginales y que para lograr esta finalidad se usa una fraseología popular, nacionalista y demagógica. En esta opinión coinciden representantes del nacionalismo, liberales y marxistas. (Celso Furtado, Mauro Marini, Alistair Hennesy, Gregorio Weinberg, Lambert, Van Niekerk)

Otros investigadores del tema (Francisco Weffort, Arturo Fernandez, Gino Germani, Torcuato Di Tella) enfocan el problema desde diferente perspectiva. La idea es que el pueblo debe ser tomado en cuenta aunque no participe en la estructura

del poder, la noción de manipulación como la de pasividad popular tienen que ser relativizadas y concretadas históricamente. Pero toda manipulación popular tiene un límite, que el curso de los acontecimientos irá marcando inexorablemente: la relación élite-masa tiene una doble vía, probablemente algunos líderes fueron obligados a ir más allá de sus propios designios, si en algunos casos, la idea era detener posibles procesos más radicalizados. Estos autores coinciden en que hay que tener en cuenta, que no hubo situación de indiferencia popular en relación con los acontecimientos y que las clases populares eran ya en 1930 y aún antes, vistas como problema por los gobiernos y los políticos, por lo que hablar de simple manipulación de las masas y resolver esta situación por la vía de la demagogia no alcanza a explicar la profundidad de la respuesta social de las masas. Si bien la legislación social es "donada" por un líder protector, la legislación y su reglamentación pasa a ser función del Estado y un derecho del asalariado que puede reivindicarlo, como ciudadano que solicita el cumplimiento de la ley. De donde la donación, es una cara del problema solamente.

Se detecta bastante coincidencia en aceptar como otra característica del populismo, la acentuación de las formas de distribución de la riqueza o del producto social sin preocuparse de organizar la producción y sin afectar o afectando en el menor grado posible los intereses de los grupos tradicionales. (Hennessy, Steward, Weinberg, Worsley, Lambert, Furtado).

Aquí podemos considerar dos aspectos: el que se refiere a no afectar intereses de grupos tradicionales y no plantear un desafío al statu quo, lo que como vimos hace que los autores lo identifiquen como un reformismo (porque el interés por la industrialización no formaba parte de un compromiso más amplio, porque no desafiaba el orden cultural, económico y social establecido) y el otro aspecto, la distribución de la riqueza sin preocupación por organizar la producción provoca disenso en autores que consideran que existió fomento de inversiones en la infraestructura económica, desarrollo de la actividad industrial y que la redistribución del ingreso, crea las condiciones para un crecimiento industrial. María Braun, dice que: "La expansión de una industria liviana destinada a satisfacer la demanda interna, convirtió a la política de redistribución de ingresos, vale decir, a las medidas destinadas a aumentar el poder adquisitivo de los sectores asalariados, en uno de los ejes fundamentales a partir de los cuales pudo articularse esta alianza entre burguesía

industrial y la clase urbana trabajadora”³¹. Si bien coincide su opinión con Mauro Marini en considerar que esta política encuentra sus límites en la década del 50.

“El agotamiento del proceso sustitutivo de importaciones y el pasaje a un nuevo tipo de industrialización, da origen a un nuevo esquema de poder que se estructura a partir de la alianza entre burguesía industrial, capital extranjero y oligarquía exportadora³². Esta argumentación cristalizó a fines de la década del 60 y principios del 70, del que son conocidos los estudios de Henrique Cardoso, O'Donnell v otros.

Oswaldo Sunkel opina que el proceso de industrialización, no significó en líneas generales transformaciones profundas en la estructura de la actividad económica, creada por el sistema primario exportador, pero significó un mayor ritmo del que el sistema habría experimentado si no se hubiese adoptado dicha política. Michel Conniff sostiene, “que se observa una estrategia común de transferencia de inversiones del sector agrícola al industrial redistribuyendo el ingreso con mayor beneficio para el sector del trabajo”³³. Para Helio Jaguaribe en estas políticas, “hay de común un esfuerzo para emprender el desarrollo socioeconómico autónomo v endógeno del país, preservando el sistema de iniciativa privada bajo la dirección de los empresarios nacionales y usando al Estado como organismo para el planeamiento, la coordinación y la complementación de tal esfuerzo”³⁴. Se produce en el aspecto socioeconómico, la posibilidad de consolidación de nuevos grupos en ascenso; permitida por la redistribución del ingreso, que a su vez es permitida por épocas de prosperidad.

Los populismos ofrecen una estructura teórica ya lo suficientemente decantada para su análisis y pueden rastrearse las categorías y los enfoques de los autores tanto como sus posiciones ideológicas y políticas sobre el tema. El problema se presenta en la valoración, si el populismo ha terminado como proceso histórico, ya sea porque surgieron nuevas tendencias más radicalizadas (Romero) o porque fracasaron en sus objetivos (Furtado, Marini) o fracasarán por estar dentro de estructuras capitalistas (Dussel) o sigue siendo vehículo válido de transformación (Di Tella) y también si ha sido un movimiento retardatario de cambios o los ha producido.

Casi todos los autores tradicionales, como muchos actuales, tenían y tienen la esperanza de que los populismos no duren mucho, pero la realidad histórica -que es difícil de cambiar solamente con los discursos y las interpretaciones de intelectuales

académicos y divulgadores- ha demostrado la supervivencia de los populismos. Por ello es que se impuso la revisión de las preguntas sobre este fenómeno histórico y de las categorías de análisis para explicarlos en su permanencia y en sus transformaciones.

Se puede afirmar la atenuación de ciertas características con las cuales lo definieron en una etapa histórica (autoritarismo, paternalismo, corporativismo, oposición a la democracia, por ejemplo) y una tendencia observable hacia la transformación de su metodología que lo acercó a la convergencia de populismo y democracia, pero es difícil seguir vaticinando una muerte, tantas veces anunciada y que no se produce.

En muchos estudios tradicionales del populismo y aún actuales, sobre todo de divulgación, aparecen los elementos subjetivos de la ideología, la cultura y la política, y desde sus posturas personales los relatores a veces, están menos interesados en la precisión documentada, que en su particular interpretación de los hechos. En el caso del peronismo, por ejemplo, adjudicar al movimiento un origen súbito e inesperado (casi inexplicable) daba pie a interpretaciones que ponían el énfasis en los móviles irracionales de la política. Esos móviles irracionales encontraron otra expresión en describir los populismos como enfermedades.

El populismo y su concreción en el peronismo, animó a muchos intelectuales de disciplinas diversas, a difundir la idea de peronismo como enfermedad, así Marcos Aguinis-un ejemplo entre muchos- se anima a decir “(...) ¿conseguimos identificar y librarnos del cáncer? No, el populismo, con sus múltiples trampas continúa. Populismo significa que se manipula al pueblo, el pueblo es enajenado, cae bajo hipnosis. ¿Las sociedades terminarán por abrir los ojos y repudiar tan arraigada perversidad?”³⁵

El ejemplo de una de las más oscuras y ambiguas de las explicaciones la encontramos en el pensador mexicano Enrique Krauze,³⁶

“¿Porque renace una y otra vez la mala yerba del populismo?, las razones son diversas pero apunto dos: porque sus raíces se hunden en una noción muy antigua de soberanía popular que los neoescolásticos del siglo XVI y XVII propagaron en los dominios españoles y que tuvo una decisiva influencia en las guerras de independencia desde Bs.As. hasta México (sic), la otra que el populismo tiene una naturaleza perversamente moderada (sic) o provisional, no termina por ser plenamente dictatorial ni totalitario, (...)” . Este tipo de expresiones de gran

radicalidad, contrastan con nuevas formas de interpretación de estos fenómenos históricos conocidos como populismos, como las que se dieron en la década del 90, elegida para este estudio.

Privitello y Luchilo, interpretan la visión del antiperonismo muy claramente: “(...) El antiperonismo durante muchos años, pretendió interpretar el peronismo como un hecho patológico que no debería haber ocurrido, y que sólo se explicaba por la falta de cultura sindical de los nuevos trabajadores, venidos del interior a la capital Federal. Para todos la versión hegemónica del relato resultó funcional, y es por ello que quienes pretendieron contradecirla (tanto participantes o testigos de los hechos, como historiadores que los investigaron) tuvieron y tienen tanta dificultad en hacerse oír”.³⁷

Es interesante destacar la visión actual de Ernesto Laclau³⁸ cuando analiza desde el pensamiento filosófico este fenómeno histórico, considerando que “en la interpretación de los gobiernos populistas se confunden con frecuencia las políticas concretas con la imprecisión del universo simbólico populista”. Respecto a los resurgimientos populistas en América Latina dice que “existió populismo siempre que se interpeló a las masas para que se constituyan en actores colectivos por fuera del aparato institucional, que en los países latinoamericanos fue seriamente quebrantado por experiencias dictatoriales. (...) Del mismo modo, la centralidad del líder se acrecienta o disminuye dependiendo del grado de estabilidad del sistema institucional. Si éste es alto, la necesidad de la identificación simbólica con un punto exterior al sistema disminuye”.

Laclau expresa que la democracia liberal no está en cuestión en ninguna de las experiencias que hoy son llamadas populistas. “Lo que ocurre es que todo régimen que intenta incrementar la participación popular, ensaya formas institucionales nuevas que socavan los moldes del liberalismo oligárquico”.

Los distintos contextos nacionales combinan de modo diverso la dimensión institucionalista y la popular participativa, pero ambas estarán presentes en cierta medida. Expresa el autor que “si hay acumulación de demandas insatisfechas y un aparato institucional incapaz de absorberlas, se crea (...) una común identidad frustrada (...) un polo popular que se concibe a si mismo a través de su oposición al polo institucional vigente”.

Notas

¹ Mario Bunge, *Las Ciencias Sociales en discusión*, Una Perspectiva Filosófica, BsAs, Edit Sudamericana, 1999, pág. 309

² Alejandro Cattaruzza, *Introducción, Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política* (1930-1943), Nueva Historia Argentina, BsAs, Sudamericana, T VII, 2001, pág.15

³ La extensa literatura sobre el tema del populismo se vio alimentada posteriormente por la aparición de los denominados neopopulismos. Nidia Carrizo de Muñoz, *Neoliberalismo y Neopopulismo en América Latina*, mayo- agosto de 1990, Sumaramérica, Año I, N° 1, Mza, Argentina. Para una lectura actual de las distintas interpretaciones de este fenómeno, ver Alan Knight, "Populism and Neo-Populism in Latin America, especially Mexico", *Journal of Latin American Studies* 30, (1998) y Paul Cammack "The resurgence of populism in Latin America", *Bulletin of Latin American Research* 19 (2000).

⁴ En la elaboración del modelo teórico para el estudio de historia de América Contemporánea (especialmente periodización) me baso en Ch. Griffin; G. Germani; J.L.Romero; E. Acevedo; L. Zea; O. Sunkel- P.Paz; T. Halperin Donghi.

⁵ Nidia Carrizo de Muñoz, *Balance crítico sobre el populismo, Análisis teórico*, en Revista de Historia Americana y Argentina, Año XIV-N° 27 y 28, Instituto de Historia, Fac. de Filosofía y Letras, UNCuyo, 1988

⁶ Michael Conniff. *Latin American Populism in Comparative Perspective*. Albuquerque, ed. Conniff, University of New Mexico Press 1982. (Recopilación de diez ensayos)

⁷ Eduardo Devés Valdés, *El pensamiento Latinoamericano en el siglo XX*, tomo II, Bs As, Biblos, 2003, pág. 233

⁸ Abraham Rocheli, *Getulio Vargas: Ideología y Política*, En Latinoamérica Anuario de Est. Latinoam. Nro. 3. México 1970, pag. 29.

⁹ José Luis Romero. *Introducción al mundo actual*. Bs. As. Edic. Galatea y Nueva Visión 1956.

¹⁰ Gino Germani. *Clases Populares y Democracia Representativa en América Latina*. En Desarrollo Económico Nro. 2, vol. 2 julio- set. 1962, pag. 36.

¹¹ Peter Waldmann, *Ensayos sobre política y sociedad en América Latina*. España. Alfa 1983 pag. 26

¹² Enrique Dussel. *Hipótesis para elaborar un marco teórico de la Historia del Pensamiento Latinoamericano. (El Estatuto ideológico del Discurso Populista)*. En Ideas y Valores. Nro. 50, agosto 1977, Bogotá, pag. 39.

¹³ Torcuato Di Tella, *Populismo y Reforma en América Latina*. En Desarrollo Económico. Nro. 16, vol. 4 Enero- marzo 1965, pag. 392.

¹⁴ Arnaldo Córdoba. *La ideología de la Revolución Mexicana*. México Unam, 1974. Hay reseña en THAHR vol 54 Nro. 2

¹⁵ Arturo Fernandez. *El Populismo en América Latina: Ideología Perspectivas*. En Nuevo Mundo, Nro. 2 T. 1 julio- diciembre, 1971 Bs. As. Ver también, *Ideologías*, en Stromata, Nro 26 1970 p. 389-425

¹⁶ Michael Conniff., *Latin American Populism in Comparative Perspective*. Albuquerque, ed. Conniff, University of New Mexico Press 1982.

¹⁷ Leoncio Martins Rodriguez, *Sindicalismo y Desarrollo en Brasil*, En Revista Latinoamericana de Sociología N° 66, pag 27-42

¹⁸ José Luis Romero, *Latinoamérica: Las ciudades y las ideas*, BsAs, sigloXXI, 1976, pág 336

¹⁹ Ibidem, pág.381

²⁰ Alistair Hennessy, *Populismo en América latina*, en Ionescu Ghita y Gellner Ernest, (comp), *Populismo, sus significados y características nacionales*, Bs As, Amorrortu, 1970, pág.39.

²¹ Gino Germani, *Estructura social de la Argentina*, Raigal, BsAs, 1955. Ver también *Política y Sociedad en una época de transición*, Paidós, BsAs, 1962

²² Carlos Waisman, *Modernización y legitimación: la incorporación de la clase obrera al sistema político*. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid 1980. En Darío Macor y Cesar Teach, *el enigma peronista*, en La invención del peronismo en el interior del país, Santa Fe, UNL, 2003

²³ Francisco Weffort, *El Populismo en la política brasileña*, En Brasil hoy (recopilación de nueve trabajos), México, SigloXXI, 1968, pág 79

²⁴ Torcuato Di Tella. Comentario y Crítica a Ionescu G. y Gellner E., *Populismo. Sus significados y características nacionales*. En Desarrollo Económico. Nro. 49, vol 13, abril- junio 1973, pag.230.

-
- ²⁵ José Nun, *América latina: La crisis hegemónica y el golpe militar*, en *Desarrollo económico* N°22-23, vol 6, jul-dic, 1966
- ²⁶ Marcello Carmagnani, *Estado y Sociedad en América Latina (1850-1930)* Barcelona, Crítica. 1984, pag. 223.
- ²⁷ José Isaacson, Osvaldo Bayer, Bernanrdo Canal-Feijó, Norberto Rodríguez Bustamante, Juan José Sebrelli, Gregorio Weinberg, *El Populismo en la Argentina*, BsAs, Plus Ultra. 1974
- ²⁸ José Nun, *La crisis hegemónica y el golpe militar*, en *Desarrollo económico*, N°22-23, vol.6, julio-dic, 1966
- ²⁹ Francisco Weffort, *El Populismo en la política brasileña*, obra cit.
- ³⁰ Torcuato Di Tella, *Populismo y Reforma en América Latina*. En *Desarrollo Económico*. Nro. 16, vol. 4 Enero- marzo 1965.
- ³¹ María Braun, *El Populismo*, en *Transformaciones*, BsAs, CEAL, N°95, 1973
- ³² *Ibidem*
- ³³ Michael Conniff., *Latin American Populism in Comparative Perspective*, obra cit, 1982.
- ³⁴ Helio Jaguaribe, *Desarrollo económico y desarrollo político*, BsAs, Eudeba, 1973
- ³⁵ Marcos Aguinis, *La incorregible tragedia. Populismo*, *La Nación*, 14 de diciembre de 2003.
- ³⁶ Enrique Krauze, *Diario El País*, reproducido por *Diario Uno* en octubre de 2005.
- ³⁷ L Privitellio, L Luchilo y otros, *Historia de la Argentina Contemporánea*, BsAs, Santillana, 1998
- ³⁸ Ernesto Laclau, *La razón populista*, FCE, BsAS, 2006

Capítulo VI: Los historiadores y el fenómeno populista

6.1. Acerca del peronismo en la historiografía de los años 90.

En los últimos tiempos el debate sobre el peronismo se ha enriquecido en temas y matices, dando paso a un mejor conocimiento de la época y a un nuevo diálogo historiográfico. Las nuevas alternativas de investigación pasan por rever la historiografía tradicional sobre populismos y discutir sobre el peso de los factores tradicionales, el papel de los intelectuales en la comprensión del fenómeno, el papel de la oposición, la discusión sobre manipulación de diversos sectores o la autonomía de decisiones de los mismos y sobre intereses compartidos o antagónicos.

También porque se ha extendido la investigación hacia los sectores de oposición al peronismo, como los excelentes trabajos de las historiadoras Marcela García Sebastiani y María Estela Spinelli. Los años del peronismo en el poder no se definen solamente por los nuevos códigos en la relación del estado con algunos sectores de la sociedad, sino también por las acciones, las ideas y los conflictos de quienes se le opusieron.¹ Para los opositores, esta etapa tiene una forma de hacer política que estaba en desacuerdo y escapaba de los paradigmas hasta entonces conocidos y entendidos como los racionalmente posibles en el país.

Perón llegó a la presidencia en 1946, elegido por el voto democrático en un clima marcado por grandes tensiones políticas y su ascenso a líder de las masas fue meteórico. Su trayectoria es muy conocida. Miembro de un grupo de oficiales (GOU), desembarcó en la política de la mano del golpe militar de 1943, que buscaba poner fin a una década marcada por el fraude y el desorden. Desde el Departamento Nacional del Trabajo (luego Secretaría de Trabajo y Previsión), construyó, a través de un programa de concesiones limitadas a los obreros, una alianza que sería vital en su supervivencia política. Su ascendencia sobre los sectores obreros no era bien vista ni por los militares ni por civiles. El triunfo de las tropas aliadas en la Segunda Guerra Mundial reafirmó la posición de los autodenominados sectores "democráticos" de la sociedad en contra de Perón, quienes veían en las políticas implementadas desde la Secretaría de Trabajo una copia del fascismo social de Mussolini. A principios de octubre, quién en ese entonces acumulaba los cargos de Secretario de Trabajo, Ministro de Guerra y Vicepresidente de la Nación-- fue forzado a renunciar y encarcelado. Dichos hechos provocaron la reacción de los

trabajadores, que marcharon hacia la Plaza de Mayo pidiendo la liberación de su nuevo líder. El desenlace del conflicto es muy sabido: llamado a elecciones con Perón como candidato presidencial y su triunfo en los comicios más limpios hasta entonces. Perón se mantuvo en el poder durante casi una década, desde 1946 hasta 1955. La constitución fue renovada en 1949 y esto le permitió ser reelegido en 1952, hasta que en septiembre de 1955 un golpe militar lo desplazó del poder. La gestión de su gobierno marca indeleblemente la historia argentina. Perón integra simbólica y materialmente al proyecto institucional de la nación a grandes sectores de la población, extendiendo los beneficios sociales hacia los estratos más bajos de la sociedad. Las mujeres reciben el derecho al voto, el estado se agranda hasta convertirse en el árbitro de las relaciones entre el capital y el trabajo y los servicios públicos se estatizan.

Un grupo social importante y además influyente, los intelectuales, casi no participan de estas transformaciones, en contraposición a lo que pasó en Brasil. Hay varias investigaciones realizadas sobre el papel de los intelectuales tanto en los gobiernos de Perón como en el de Vargas,² para entender las distintas maneras de proceder del sector referido ante estos fenómenos históricos en ambos países. Es interesante también el enfoque de Silvia Sigal, quién en sus estudios presta especial atención a los orígenes del antiperonismo intelectual, al mundo universitario y a la vida intelectual durante el peronismo, y a la relación de gobierno y cultura. Expresa que “no importa solo reconstruir la manera en que el peronismo podía ser interpretado, esto es colocarse en el lugar de los actores, importa también reconocer cuanto de grave y trágico tuvieron las experiencias totalitarias, europeas y no desdeñar (...) la perspectiva de la recreación o extensión a otras latitudes, tan poco tiempo después de la rendición del Reich.”³

En momentos en que Perón inicia su gobierno a principios de 1946, se definen dentro de los círculos intelectuales dos grupos: uno claramente mayoritario (el antiperonista) y otro menor (el peronista). El primero interpreta el ascenso de Perón como “una profecía autocumplida”: la de la instauración del fascismo en Argentina; una visión que es compartida por intelectuales de las más diversas extracciones ideológicas dentro del grupo, de modo que se puede encontrar tanto en las páginas de la revista cultural liberal *Sur* como en las del diario socialista *La Vanguardia*.

Entre aquellos que han decidido apoyar a Perón, se pueden diferenciar dos grupos de intelectuales en términos ideológicos: los nacionalistas de derecha y los nacionalistas populares. Una brecha profunda separa a estas dos fracciones: mientras los nacionalistas de derecha sospechan del sistema democrático y de la alianza de Perón con los sectores obreros, los populares buscan construir una democracia con acento social. Sin embargo, ambos comparten un profundo sentimiento antiliberal y antiimperialista y, desde lugares diferentes, concluyen que el nuevo presidente puede llevar a cabo sus postergadas agendas. Los intelectuales de derecha desde 1946 pasaron a ser un grupo relegado de la vida política, con poca influencia en el partido o en el gobierno. Los intelectuales en general se mantenían al margen de la vida política, estaban dispersos en diferentes grupos, muchos refugiados en la industria editorial que había crecido mucho y en su mayoría eran prósperos negocios de conocidos opositores al gobierno. La Revista Sur fue una de las más altas expresiones de la cultura liberal y cosmopolita, contraria al discurso nacionalista y católico que impregnaba todos los debates nacionales de la década del 30 y 40.

“La llegada de Perón, está marcada por el vehemente rechazo de la mayoría de los intelectuales del país. Basta hojear algunas de las descripciones de Perón posteriores a su caída, donde se lo acusa de "tirano" y "epígono de los nazis"⁴. Perón repartió el poder entre quienes fueron en gran medida responsables de su triunfo, en especial los líderes sindicales, reaccionando con indiferencia a la oposición de los intelectuales, “a la vez que otorgó a la cultura un lugar subordinado en su lista de prioridades”.⁵ Se verá después que la actitud de los intelectuales fue diferente en Brasil, en la época de Vargas.

Los nuevos estudios sobre populismos insisten en buscar los antecedentes que los fueron preparando lentamente, investigando los distintos comportamientos sociales tradicionales en los ámbitos político y cultural. Puede observarse que hay historiadores de la década del 90 que tratan de despegarse de las interpretaciones anteriores a esta década, llamadas *ortodoxas* - desde Gino Germani a partir de la segunda mitad de los años 50 -como también de las *heterodoxas* - desarrolladas a partir de los años 70. Ambas fueron construidas en su gran mayoría por sociólogos si bien las heterodoxas revisaron los postulados de la teoría de Germani.

Entre estos historiadores del 90 se encuentran Darío Macor y Cesar Tcach que -si bien pretenden superar las interpretaciones anteriores- destacan la obra de

Germani y de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, porque estos investigadores señalaron la primacía de los dirigentes tradicionales de los viejos sindicatos y su preponderancia en la configuración de las alianzas entre la clase obrera y la élite política que dio lugar al peronismo⁶, confirmada por la firma de múltiples convenios colectivos de trabajo entre 1944-45.⁷

Esa importancia del papel de los viejos sindicatos- expresan Macor y Tcach- se relaciona con un dato previo: la existencia de una tradición reformista en el movimiento obrero argentino que hacía factible la posibilidad de negociaciones y acuerdos con el Estado. “Desde este punto de vista, en la configuración inicial del peronismo, el hecho destacable respecto del movimiento obrero, no fue la heteronomía ni la manipulación sino la autonomía: un pacto acordado en términos de acuerdo de intereses”.⁸

Con relación a esta interpretación Juan Carlos Torre acuerda y entiende que “el margen de maniobra de los dirigentes sindicales para elegir los términos de la colaboración, era mayor de lo que suponían los enfoques ortodoxos”⁹. A partir de estos viejos y nuevos estudios, el eje interpretativo de los historiadores del 90 (en el aspecto de las relaciones sindicales con el peronismo) se desplaza de la manipulación a una autonomía relativa.

Este tema está investigado también por otros autores como Joseph Page quién piensa que: “los opositores de Perón dijeron que los trabajadores fueron manipulados para accionar a su favor, pero las pruebas históricas sugieren lo contrario. Este no es el caso de una demostración manufacturada sino un ejemplo raro de un movimiento de masas autogenerado (...) si los trabajadores no hubiera estado convencidos de que era en su propio interés que debían marchar a la plaza de mayo, no lo hubieran hecho y la historia argentina hubiera tomado un curso diferente”¹⁰.

Se puede agregar otro historiador tradicional estudioso del movimiento obrero y del sindicalismo argentino, Hiroshi Matsushita¹¹, quien sostuvo como tesis que la participación política de los trabajadores argentinos precede en varios años al fenómeno peronista. Demostró la participación de dirigentes obreros desde tempranas etapas, un ejemplo en FORJA, y no solo en cuestiones laborales. Entiende Matsushita que la adhesión de los obreros al peronismo, en el periodo 43-45 estaba ligada claramente al desarrollo de una conciencia nacional previa en las organizaciones obreras. Pero el autor agrega otras consideraciones muy interesantes; dice que posteriormente la documentación le demuestra que los dirigentes

sindicalistas no mostraban adhesión a Perón porque fuera nacionalista sino porque percibieron a Perón como un canal por el cual lograrían materializar los anhelos que habían quedado sin realizar en la década del 30. Dicho de otro modo el sindicalismo argentino fue político mucho antes de Perón.

Darío Macor y Cesar Tcach expresan (refiriéndose a las interpretaciones tradicionales ortodoxas y heterodoxas) que eran construcciones provenientes del campo de la sociología y que tuvieron como principal unidad de análisis a Bs. As. y centraron su atención en los efectos del proceso de industrialización. Esas investigaciones fueron asumidas en segunda instancia por los historiadores profesionales (...) “En las dos últimas décadas del siglo XX, reconstrucciones históricas específicas en distintas provincias han permitido a los historiadores tomar la palabra”.¹²

Estas interpretaciones extracéntricas- como las llaman- se diferencian de las anteriores en cuanto a partir de los 80 y acentuándose en los 90, tratan de hacer una reconstrucción genética del peronismo desde las provincias y son elaboradas por una nueva generación de historiadores. Estas investigaciones permitirían nuevas alternativas en el recorrido interpretativo del peronismo: una de ellas puede observarse en la tendencia de los historiadores a respaldarse fuertemente en su quehacer pero con intenciones también de construir teoría en su propio ámbito.

La importante alternativa de investigación aparece cuando los autores nombrados consideran que el peso de los factores tradicionales fue central en la configuración del peronismo originario. Señalan que:

(...) “la tibieza de fe del peronismo en las virtudes de la democracia política no fue sólo el resultado del estilo de liderazgo ejercido por Perón. La viabilidad de ese estilo tuvo mucho que ver con el peso de los factores tradicionales que estuvieron presentes en su génesis: Ejército, Iglesia Católica, en especial Acción Católica, caudillos conservadores e incluso fracciones oligárquicas provinciales. Su desprecio por los partidos y el sistema de partidos y el pluralismo político estaba en consonancia con las tradiciones previas de esos sectores que abrazaron en una primera instancia al movimiento peronista (...) y ofrecían una respuesta conservadora a la crisis político-ideológica de la época”.¹³

Perón residió en Europa desde 1939 al 41, donde conoció la experiencia del Estado fascista, que representó una gran influencia para él, pero en sus ideas siempre

predominó el pragmatismo, que lo inclinaba a evitar ataduras incondicionales con ideas o grupos.

Esta alternativa historiográfica del 90 se une a una línea de investigación de la contemporaneidad analizada por Halperin Donghi¹⁴, cuando expresa que el ascenso del peronismo significó una transformación en el equilibrio político-social, cuya envergadura era perfectamente advertida por cuantos la vivieron, pero no era ineludible que ella se reflejara en la ruptura con todas las tradiciones políticas previas. Que fue una revolución social no cabe duda, porque todas las relaciones entre los grupos sociales fueron redefinidas. Creó una fuerza política cuya supervivencia estaba asegurada por sus poderosas raíces en la sociedad que había plasmado. Sin embargo, las novedades introducidas por esa transformación no excedían en efecto la capacidad de asimilación de una tradición ideológica pasablemente ecléctica, por ello, la explicación de la polarización y radicalidad de la lucha política debiera buscarse más profundamente. El peronismo nace en un contexto de exacerbada discordia facciosa, sin olvidar que es una marca de la cultura política del país ser proclive a las visiones extremas de la realidad.

Dice Halperín Donghi: “la sociedad descubre que el peligro estaba en ella misma”. El autor cree que la sociedad argentina aún padece de los males de explicar la realidad en versiones extremas, y que es escéptica en todo, salvo en ella misma: es siempre víctima inocente de calamidades en las que nada tuvo que ver.¹⁵

En esta línea de pensamiento, se observa la tendencia a buscar en la cultura de la sociedad los orígenes de aquellas explosiones que aparecen inéditas y absolutamente novedosas, pero que en un análisis más cuidadoso se encuentra que la gran innovación suele ser- más que eso- un problema de escala y de profundización de cambios que se están gestando desde tiempos históricos anteriores, aunque no remotos. Así el uso de estas categorías de largo alcance histórico, sirven para reconocer en un tiempo intermedio más determinado los procesos de cambio histórico, sin recurrir a explicar por vía de la irrupción súbita o de largas duraciones centenarias los fenómenos históricos.

Los análisis faltos de calma suficiente para reconocer las limitaciones a las políticas, la influencia de los intereses sectoriales y la desmesura en la valoración de las acciones de los gobiernos, hacen que la historiografía se contamine a veces, de versiones míticas construidas desde una sobredimensión emocional y sobre

percepciones que ocasionalmente tienen un fundamento racional. Por otra parte se debe observar que el furor discursivo supera la realidad material. Los temas materiales no son tan distintos, pero los discursos son beligerantes.

Esto puede comprobarse, en la contienda electoral de 1946, cuando definidas las fuerzas políticas para la confrontación, el desarrollo de la campaña estuvo impregnado de un alto grado de tensión y virulencia política. La coalición de la Unión Democrática opositora a Perón, había resuelto su programa de gobierno: se ajustaba a las propuestas liberales pero intervencionistas, propias del clima ideológico de la posguerra. Contemplaba la necesidad de intervención del Estado en la planificación económica y social del país.¹⁶ Así proponía la nacionalización de los servicios públicos y de las fuentes de energía, una reforma agraria y un conjunto de planes de obras públicas. No faltaron normativas referentes a la política laboral y educativa: reglamentación de la jornada de trabajo, del salario mínimo y vital, del régimen de seguros sociales, de jubilaciones y pensiones, de la construcción de viviendas económicas, vacaciones, fomento de la educación gratuita. Pero la UD no basó la campaña electoral en la defensa de su plan de gobierno, sino que le otorgó un lugar secundario. Organizaron los discursos en torno a una confrontación con el oficialismo sobre el establecimiento de libertades y garantías democráticas para un desarrollo normal del proceso electoral y en el retorno a una democracia que se basaba en el amplio significado de las libertades políticas, concepción que se ajustaba a los valores políticos que defendían tradicionalmente. A esta formulación sumaron una polarización: ellos representaban la libertad contra el nazifascismo que veían encarnado en Perón.

Si el programa de gobierno de la UD no se apartaba demasiado de la política desarrollada por Perón, dado el “clima de época” que es el del nacionalismo y el estado de bienestar y por otra parte era lo mismo que habían propuesto y realizado casi todos los países en su tiempo; ¿Donde se produjo la mayor irritación con las fuerzas opositoras?: En la acentuación e intensidad que le otorgaba Perón a la redistribución del ingreso, que acrecentó durante los primeros años amparado en la bonanza económica de posguerra. A eso sumó su objetivo de frenar la emergencia del comunismo, lo que dio origen a una fuerza sindical tan poderosa que libro su lucha, sin lenguaje de clase, pero con una gran intensidad conflictiva. Ese movimiento sindical se constituye en una fuerza tan vigorosa como opositora al comunismo y socialismo, que esos partidos se convierten en sus grandes enemigos.

El precio que se pagó con la gran fuerza sindical, fue que su poder se convirtió en un obstáculo para modificar o administrar la gestión de la economía de ahí en adelante y el mismo Perón lo padeció en su segunda presidencia.

Uno de los temas más discutidos era el papel del estado en la organización económica y social del país. Tanto radicales como peronistas estuvieron comprometidos en propuestas afines y no diametralmente opuestas. El odio, el discurso emocional y extremo, tornaron imperceptibles las mudanzas y los cambios de política, que pudieron salvar situaciones críticas. Hay reformas que fueron observadas por extranjeros con satisfacción, pero la oposición interna que las pedía- por la sobredimensión emocional- no pudo tenerlas en cuenta.

“Para adivinar –expresa Juan Carlos Torre- que detrás de tanta hostilidad existía un respeto no menos sincero por los fundamentos últimos del orden económico y social que criticaban, habría sido necesario contar con una serenidad de espíritu que pocos pudieron permitirse envueltos como estaban en clima de beligerancia y rechazo mutuo”¹⁷.

En cuanto al aspecto ideológico Carlos Altamirano, aporta su visión coincidente en cuanto cree que el discurso peronista no introdujo una discontinuidad equivalente en la vida ideológica del país. Piensa que respecto a las cuestiones mismas que en pocos años recibirían el nombre de Doctrina Peronista, habría escasa novedad. Ese temario estaba en los círculos nacionalistas católicos y hallaba eco en las filas del ejército. Este autor contribuye a lo expresado anteriormente sobre que las innovaciones que se producen son más bien una cuestión de escala y profundidad, pero destaca que la importancia estuvo en constituir un movimiento de masas con una cultura política popular duradera en la Argentina, así expresa que “la ampliación de la movilización llegó solo con Perón como la activación general de los trabajadores y su pasaje al estado de fuerza registrada en el juego político”,¹⁸ lo que justamente centra uno de los verdaderos motivos del antagonismo.

Los historiadores investigados avanzan en otra alternativa: opinan que con el peronismo se instala un antagonismo político particularmente excluyente y que en el imaginario colectivo para un sector, el peronismo era un movimiento popular que tuvo en la oligarquía un enemigo natural y para otros el resultado de un líder demagógico dotado de un eficaz aparato de propaganda. El barniz de unanimidad impuesto al país, hizo difícil asimilar la significación social que fue el peronismo. *Esto lo tornaba menos soportable a los adversarios, pero no amenazaba su*

viabilidad. La permanencia del peronismo fue el resultado de lo logrado (no de lo no logrado) como revolución social o como afianzamiento de una sociedad nueva.

Por otra parte la clase política tradicional sufrió un durísimo golpe, los conservadores desaparecieron como fuerza política nacional de envergadura, el radicalismo experimentó los efectos de haber sido derrotado por primera vez en elecciones nacionales sin fraude, la dirigencia radical fue desplazada por la oposición intransigente interna. Pero sin duda, el caso más significativo fue que el triunfo del peronismo había sido devastador para el partido Socialista, que no tuvo una banca en la Cámara de Diputados, ni siquiera por la Capital Federal, donde desde comienzos del siglo XX había sido una de las fuerzas políticas con significativa injerencia y peso electoral. Como expresa García Sebastianelli, el peronismo “había dejado a los socialistas- mediante mecanismos democráticos para la representación- sin los espacios institucionales garantizados para la confrontación política y la oposición”. El socialismo fue el más acérrimo y feroz opositor al peronismo. La emergencia del peronismo en la vida política nacional había afectado profundamente a los líderes del socialismo. Perón había conseguido movilizar a la clase trabajadora como nunca antes en la Argentina., siendo que ese había sido el objetivo del socialismo desde 1895 y además había implementado las reivindicaciones históricas del programa socialista y en el plano gremial los sindicatos de orientación socialista o comunista perdieron su influencia en la clase trabajadora. Perón dio la batalla contra el comunismo y socialismo con una política ambiciosa: quitarle a ambos partidos sus razones que se concretaban en la insatisfacción de los trabajadores, operando sobre las causas reivindicatorias de la izquierda.

Según el historiador Halperin Donghi, el peronismo tenía poderosas raíces en la sociedad en que se había plasmado, pero frágiles raíces económicas en esa nueva sociedad improvisada durante el fugaz momento de tránsito de una guerra que había dado ocasión de acumular reservas en volumen sin precedentes. “No obstante y sin discutir el uso de las reservas, hay que decir que dos años febriles no son explicación suficiente de largas décadas de curso económico decepcionante”¹⁹.

En lo que concierne a la distribución funcional del ingreso, la participación de los asalariados en el ingreso nacional alcanza uno de sus picos más altos, alrededor del 44%, en los años 1948-1955. “la implementación de esta estrategia de desarrollo que se cristaliza en la imagen de un Estado argentino asistencial y protector, con políticas públicas de la década del 50, colocaban a la Argentina entre los países más

progresistas”²⁰. Para hacer un balance de los alcances del populismo y su papel modernizante de la estructura social Argentina, resulta interesante evaluar los indicadores de Tatu Vanhahen. Dentro de estos se destaca el IRP –distribución de recursos de poder económicos y educativos-, el cual surge de datos sobre el grado de urbanización de la población, la alfabetización, la población estudiantil terciaria, el área de las granjas familiares como parte de la superficie sembrada y el peso relativo de las pequeñas y medianas propiedades urbanas en la economía. De esta forma, los indicadores muestran para el populismo en Argentina un balance positivo en cuanto a logros sociales y modernización en términos distributivos. De un IRP de 3.4 correspondiente a la década 1940-1949, se pasa a IRP de 6.3 en el período 1950-1959.²¹

De esta forma la problemática de la distribución va a tener como punto de partida la extensión de la justicia social. La acción estatal y sindical con respecto a la ampliación de los servicios de salud, de la construcción de viviendas y, en general, de los sistemas de seguridad social, tuvieron un fuerte impacto positivo sobre el bienestar de la clase trabajadora la cual entre 1946, 1947 y 1948 experimentó el mayor aumento de bienestar de toda su historia.²²

Resultado de las políticas de planificación e intervención estatal son el Primer Plan Quinquenal (1946) y el Segundo Plan Quinquenal (1952). El Primer plan tuvo proyectos sobre salud pública, inmigración y capacidad de transporte. Con respecto a la industrialización y su costo, estimado en 6.600 millones, iba a ser cubierto mediante préstamos que apuntaban a la industrialización liviana. El segundo plan, se presentó en un contexto de crisis económica, y sus objetivos principales se relacionaron con la industrialización pesada y la reducción del gasto público. En este período el sector industrial cumplió un rol significativo en la creación del empleo urbano. Se manifestó también un fenómeno que se acentuaría en el futuro: la rápida expansión de la construcción y del sector terciario como mecanismo fundamental de creación de empleo en las áreas urbanas.

El artículo 40 de la Constitución del 49 establecía que “los minerales, las caídas de agua, los yacimientos de petróleo, de carbón y gas, y las demás fuentes naturales de energía, con excepción de los vegetales, son propiedades imprescriptibles e inalienables de la Nación, con la correspondiente participación de su producto, que se convendrá con las provincias. Los servicios públicos pertenecen al Estado, y bajo ningún concepto podrán ser enajenados o concedidos para su explotación. Los que se

hallaren en manos de particulares serán transferidos al Estado”. Este es el marco legal de las empresas de servicios públicos de la época peronista: Gas del Estado, Obras Sanitarias de la Nación, Agua y Energía Eléctrica, así como la explotación por parte del Estado de las empresas de comunicación.

De las empresas creadas por el Estado, la más notable fue Gas del Estado, que poco tiempo después de su formación abasteció de ese fluido al ámbito local con la extensión de la red domiciliaria urbana. Igual dinamismo mostró Agua y Energía que comenzó a construir diques que habían sido planeados en la década del veinte y que con sus inversiones estimuló el progreso de diversas zonas del país.²³

Otra opinión interesante acerca de la economía es la Pablo Gerchunoff y Damián Antunez, cuando dicen que en la caída del peronismo, una cosa está clara: que aquélla tormenta política que dejaría heridas tan profundas no tuvo mucho que ver con la economía, que estaba lejos de proveer un panorama pavoroso. El año 55 iba a terminar con un crecimiento del 7%, y ese comportamiento no sería un episodio efímero: el país se estaba expandiendo al 5% durante 6 años consecutivos, entre 1953 y 1958, con una inflación controlada desde 1953. La caída tuvo que ver más bien con la salida de control, con la violencia desbocada que dejará –en este sentido si- una herencia temible: una sociedad políticamente fracturada. De este modo expresan: “era imposible formarse una opinión equilibrada sobre la economía tomando como elementos de juicio las expresiones apasionadas del momento. El encono hacia la gestión económica era apenas un esfuerzo por ponerse a tono con el caldeado clima político y muy ocasionalmente tenía un fundamento racional”.²⁴

Si se analizan las elecciones en las que participó Perón, siempre obtuvo la mayoría sin manipular el resultado de los comicios mediante fraude y sin recurrir a ningún tipo de proscripción. En 1946 la fórmula Perón-Quijano triunfó, no de manera aplastante, pero que no daba lugar a dudas sobre la fórmula Tamborini-Mosca. En 1951 nuevamente el porcentaje de votos fue el doble de la oposición: 4.700.000 para el Partido Peronista frente a 2.300.000 de la fórmula Balbín-Frondizi representantes de la UCR, apoyada por el antiperonismo. Expresa Carlos Alberto Floria en 1992, que millones de votos de hombres y mujeres, respaldaban la política peronista y sancionaban el reconocimiento de una etapa de prosperidad popular y sensación de una política participativa.

En 1954 se realizaron nuevamente elecciones de corte nacional dado que el cargo de vicepresidente estaba vacante por la muerte de Hortensio Quijano en 1952.

El candidato peronista, Alberto Tesaire, obtuvo 4.493.422 votos, frente al candidato radical, Crisólogo Larralde, que obtuvo 2.493.422, expresión del voto antiperonista.

Esta última elección, a pesar de ser un sinceramiento electoral, no distendió la relación del gobierno de Perón y sus sectores opositores, sino que acentuó los rasgos autoritarios del gobierno y el faccionalismo de la oposición.

Si bien las instituciones republicanas no fueron anuladas, en la práctica se desvirtuaron. En 1947 se destituyó la Corte Suprema y se nombraron hombres que compartían las orientaciones del presidente. En el Congreso la oposición quedó desdibujada por la amplia mayoría peronista, a la cual el presidente disciplinaba a través de una firme conducción en el bloque y en las Presidencias de ambas Cámaras. Al respecto dicen Lobato y Suriano: “Las relaciones gobierno oposición fueron tensas durante todo el período y la caja de resonancia fue el Congreso, en particular la Cámara de Diputados. Aunque la oposición tenía más experiencia en la confrontación parlamentaria, los representantes del partido mayoritario emplearon diversas tácticas par obtener el control del Congreso.”²⁵

En algunos casos de investigaciones tradicionales y aún actuales, se detecta un planteo inicial del fenómeno peronista desde un diagnóstico de enfermedad y patología y dando indicaciones sobre lo que hay que hacer para liberarse de ese virus. Por ello, la visión de los cambios económicos y políticos en la Argentina del primer peronismo, así como de la evolución de las relaciones argentino-norteamericanas en el período, que subyace todavía en parte de la literatura sobre el tema, peca de un alto grado de esquematismo y unilateralidad.

Por ejemplo, es posible identificar según señala la mayor parte de la investigación sobre el tema, dos períodos perfectamente definidos uno de nacionalismo autárquico y estatismo en la política económica y de estricto tercerismo en la política exterior y otro de retorno a la ortodoxia económica y abandono de la tercera posición. Según esta versión entre 1945 y 1949 hay un Perón nítidamente antinorteamericano, nacionalista para algunos, apoyado por los británicos para otros y posteriormente uno más “realista”, que busca la apertura económica y una asociación mas estrecha con EEUU. En esa perspectiva, el estancamiento y la crisis argentina de los últimos años eran atribuidos históricamente a los costos de un desafío nacionalista cuyo punto culminante habrían sido los primeros gobiernos de Perón, ese desafío, que tendría por causas factores culturales e ideológicos, dio lugar

a conductas consideradas “irracionales” en términos de adecuación de la política a la realidad internacional.

En consecuencia, la naturaleza, objetivos y ambigüedades del primer peronismo resultan analizados según esta óptica en el plano del discurso, y el gobierno peronista suele aparecer como actor aislado, a veces todopoderoso y otras impotente en su accionar frente a la economía y la sociedad, sin determinar las causas y alcances del viraje y condiciones en que se produjo el cambio de política, si es que realmente fue así.

Según Rapoport y Spiguel “la gran cantidad de intereses internos y externos gubernamentales y privados y su incidencia en el proceso de toma de decisiones en los dos países (Argentina y EEUU), no resulta apreciado en su verdadera dimensión perdiendo de vista las líneas de continuidad o ruptura en las diferentes políticas”²⁶.

Los autores parten de considerar que existe una estrecha relación entre los estilos políticos, los intereses socioeconómicos y las relaciones de fuerza existentes en torno a los mecanismos de poder. La obra de Rapoport y Spiguel, aporta muchos datos acerca de por lo menos dos distorsiones, creencias y mitos sobre la Argentina: una es sobre la conexión antiperonismo - USA y otra sobre la apreciación norteamericana acerca del peligro “comunista-nacionalista” insertada en el peronismo. Esta obra se basa en una gran documentación norteamericana en su mayor parte inédita, (Departamento de Estado, Congreso y otros organismos públicos) más documentos argentinos, también material inédito (Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto), que ayuda a comprender la lógica de las políticas para las relaciones entre ambos países. El hilo conductor de la obra está constituido por el estudio de las negociaciones políticas y económicas entabladas por los EEUU con el gobierno peronista.

El accionar de la política desarrollada por EEUU para América Latina (reconocimiento de regímenes de facto, actitudes intervencionistas, enfoque primordialmente militar de las relaciones) se había deteriorado y parecía tropezar con dificultades a fines de 1952. El escenario había cambiado a partir de los años 50 y según expresaba el mismo Eisenhower - “Una terrible desilusión se expande a través de Latinoamérica”. Las nuevas realidades sociopolíticas complejizaban el panorama. En Brasil el retorno de Getulio Vargas a la presidencia aunque no modificaba la

relación preferencial con el país del norte, introducía un factor de dureza en las negociaciones, porque el nuevo gobierno pretendía condiciones de mayor reciprocidad en el plano económico para impulsar su programa de industrialización. Por otra parte Vargas intentaba diversificar sus relaciones económicas internacionales aumentando el comercio con Europa, para equilibrar la influencia norteamericana.

La nueva estrategia norteamericana de la mano de Eisenhower prometía una política mas activa hacia sus vecinos del sur, buscando desarrollo político y económico ordenado en función de las prioridades norteamericanas de combatir el comunismo y fomentar las inversiones extranjeras y el libre comercio. Sin embargo, a mediano plazo, al igual que con los demócratas del gobierno anterior, el aspecto que se revelaría como más conflictivo, radicaba en el reconocimiento de que la necesidad de cambio prometida no iba acompañada de ninguna ayuda gubernamental directa y significativa según reclamaban diversos gobiernos del hemisferio. El dilema de las percepciones y políticas de EE.UU. hacia el nacionalismo latinoamericano era analizado con cierto dramatismo en los artículos del New York Times y comentados por el embajador Paz:

“Es importante comprender que el nacionalismo existe aparte del comunismo y es un poderoso y complejo movimiento por si mismo, no obstante quienes escriben que es necesario comprender este hecho en el discurso, lo borran con la mano cuando llegan al terreno de la aplicación práctica de este principio, la comprensión del nacionalismo”²⁷. Es en este contexto que los autores analizan el nuevo rumbo adoptado frente a la Argentina de Perón.

Algunos análisis politológicos e historiográficos han intentado caracterizar los virajes del presidente argentino en términos de incoherencia política atribuida a factores subjetivos e individuales, ciertos autores vinculan esos cambios a elementos irracionales originados en la personalidad del líder, como Carlos Escudé, en sus escritos, cuando dice que “Perón era un representante digno del realismo mágico de la literatura de nuestro continente”²⁸, sin embargo los diplomáticos norteamericanos caracterizaban la política del gobierno peronista en términos mas policausales, explicándola como resultado de presiones contrapuestas. Reconocían que la fuente de poder mas importante de Perón eran los trabajadores y a la vez su principal limitación, lo que sumado a las tendencias nacionalistas extremas de ciertos sectores del partido en el gobierno, podía explicar las actitudes políticas del líder argentino.

Registraban también la influencia del complejo de fuerzas económicas y tendencias sociales emergentes del proceso de industrialización argentino para las cuales, las relaciones con EEUU presentaban características contradictorias, entre la voluntad de una política exterior independiente y el pragmatismo negociador.

Se observa que se puede establecer un fuerte parámetro comparativo con los estudios brasileños respecto al varguismo, que busca también en la tradición socio-cultural y política, y los cambios del panorama internacional, los factores preparatorios de los fenómenos emergentes llamados populismos.

6.2. *Acerca del varguismo en la historiografía del 90*

Entre otros historiadores brasileños María Helena Rolim Capelato, en el estudio *Estado Novo: Novas Historias*, expresa que “el populismo, fenómeno ampliamente analizado por sociólogos, cientistas políticos y economistas, merecen en los últimos años la atención de los historiadores”²⁹, coincidiendo en esta apreciación con los historiadores argentinos señalados.

Los investigadores reflexionan también sobre aspectos de política y cultura - que indican- no fueron abordados con la profundidad necesaria en los estudios tradicionales, especialmente en los realizados por estudiosos de otras disciplinas. Los historiadores se interesaron poco por el tema del Estado Novo en Brasil y del populismo en general. Cabe resaltar que en los años 70 había una tácita división del trabajo entre los historiadores y otros cientistas sociales. La historiografía colocaba para sí como límite temporal la década del 30 y raramente los historiadores avanzaban más allá de ese marco. Prevalecía la concepción de que el distanciamiento en el tiempo era imprescindible para una buena reconstitución historiográfica. Con las revisiones interpretativas de la historia en las últimas décadas y sobre todo con la renovación de la vertiente política, el tiempo presente ganó prestigio.

La visión sobre el populismo estuvo muy ligada -según estudia René Gertz en su artículo *Estado Novo: um inventário historiográfico*, de 1990³⁰,- a la visión de cientistas políticos motivados en este caso, por el debate en torno a tres cuestiones: si las demandas de los trabajadores fueron materializadas por conquista o por “dación”; si el Estado Novo estuvo conectado en forma directa a los intereses del capital industrial y si hubo hegemonía del Estado o autonomía del mismo en la conducción del proceso histórico.

Los nuevos estudios sobre el Estado Novo en Brasil, tratan de repensar la naturaleza del régimen varguista. Es interesante observar la visión de algunos historiadores sobre un particular populismo que se fue construyendo en diferentes etapas, lo que enriquece la visión histórica sobre este fenómeno. Señalan la importancia de descubrir en que aspectos la política varguista fue innovadora y en cuales continuista “de procedimientos arraigados en la tradición política y cultural del Brasil”.

Historiadores de la década del 90 intentan demitificar el período histórico del Estado Novo, separando las realizaciones de los mitos construidos sobre él, en los diversos planos: político, cultural, social y económico. Discuten el concepto de “totalitarismo” como inadecuado para la caracterización del Estado Novo, en cuanto plantean que la sólida base de sustentación que construye el gobierno, se estructura en una política de consenso que envolvía prioritariamente a los sectores de élite.

También analizan porqué la vivencia política en Brasil transcurre en la contradicción de la desconfianza en los políticos y el culto carismático de la imagen personal, un problema extendido en América Latina. Las causas para algunos investigadores, están en que la clase obrera tiene un alto nivel de autoritarismo, pero en realidad esto no pasa en todos los países, según otros, debieran buscarse las procedencias en una tradición de debilidades respecto a otras formas de organización política.

Getulio Vargas llegó al poder en octubre de 1930 y permaneció en él durante 15 años como jefe de un gobierno provisional, presidente elegido por el voto indirecto y dictador. Volvería a la presidencia en 1950 a través del voto popular, pero no llegaría a completar su mandato, puesto que se suicidó en 1954.

En 1930 entre las consecuencias de la crisis mundial para Brasil se contaba una producción agrícola sin mercado, la ruina de los fazendeiros y el desempleo en las grandes ciudades. “Brasil es a mediados de la década, un país rural sumido en la pobreza, con altísimos niveles de analfabetismo (solo 30 entre mil niños completaba la escuela primaria), profundas diferencias regionales y carente de legislación social”³¹. Caían los ingresos por exportaciones y se evaporaba la moneda convertible. Las oligarquías intentaban reconstruir al estado en los viejos moldes, pero una oposición –incluida la de los tenientes del ejército– apoyaba a Vargas en su propósito de reforzar el poder central. Las medidas centralizadoras se manifestaron prontamente: en noviembre de 1930 disolvió el congreso nacional, asumió el poder

ejecutivo, el legislativo, el de los estados provinciales y los municipales, nombró en su lugar interventores federales. La centralización se extendió al campo económico, concentrando en sus manos la política del café.

La historia de los años 30 al 45, se caracterizó por el fortalecimiento de las Fuerzas Armadas, especialmente del Ejército. La Iglesia Católica fue una importante base de apoyo al gobierno, esta colaboración no era nueva, databa de los años 20, pero ahora se volvía más estrecha y lograba que la masa de población católica diera su sostén al nuevo gobierno. En abril de 1931 se permitía la enseñanza religiosa en las escuelas públicas.

La política de trabajo desde el comienzo resultó innovadora respecto del período anterior, si bien pasó por distintas etapas desde 1930 a 1945. Sus objetivos fueron suprimir los esfuerzos organizativos de la clase trabajadora urbana que se ubicaba fuera del control del Estado y a la vez atraerla para que diera un apoyo generalizado al gobierno. A ello le siguieron leyes de protección al trabajador, el control de los sindicatos por el estado y la creación de órganos para arbitrar conflictos entre patrones y obreros: las juntas de conciliación y juicios. Se adoptó el principio de la unidad sindical, o sea el reconocimiento por el estado de un solo sindicato por categoría profesional. El sindicato era definido como un órgano consultivo y de colaboración del poder público. Algunas organizaciones de izquierda se opusieron pero fracasaron. Además del gobierno la propia base de esas organizaciones presionó a favor de la legalización, dados los beneficios obtenidos. El proyecto político de Vargas era la creación de un gobierno capaz de evitar los conflictos de clase armonizando los intereses del trabajo y el capital. Entre 1930 y 1937, su gobierno se vio jaqueado por diversos lados, expuesto a la oposición de las viejas oligarquías y a una creciente movilización política, que enfrentó con dureza.

Sin embargo, a pesar de las divergencias con el poder central las élites regionales de Río Grande do Sul y Minas Geraes en 1932, no estaban dispuestas a correr el riesgo de enfrentarse militarmente con un gobierno al cual habían ayudado a subir al poder menos de dos años antes. San Pablo estaba solo en su enfrentamiento con las fuerzas federales contando con la milicia estadual y una gran movilización popular, aunque el gobierno central salió victorioso, percibió claramente que no podía ignorar a la élite paulista. Y a la vez ésta comprendió que debía establecer algún tipo de compromiso con el gobierno central.

En opinión del historiador Boris Fausto:

“La corriente autoritaria ganó fuerza en el Brasil de los años 30. Las dificultades que planteaban las organizaciones de partidos y de asociaciones representativas, hizo que las soluciones autoritarias tuvieran una atracción constante no solo para los conservadores sino para los liberales y la izquierda. Esta última asociaba al liberalismo con el dominio de las oligarquías y a partir de ello no daba mucho valor a la llamada democracia formal. Los liberales, ayudaban a esa visión porque temían a las reformas sociales y aceptaban e incentivaban la interrupción del juego democrático, cada vez que este parecía estar amenazado por las fuerzas populares. La corriente autoritaria asumió la perspectiva llamada modernización conservadora, que postulaba que en un país desarticulado como Brasil, el estado debía encargarse de organizar la nación para promover el desarrollo económico y el bienestar general dentro del orden”.³²

El 10 de noviembre de 1937, empezaba el Estado Novo. Vargas anunció la apertura de una nueva fase política y una nueva carta constitucional. Si se sigue el razonamiento de Fausto de que el Estado Novo no significó un corte radical con el pasado ya que muchas de sus instituciones y prácticas venían tomando formas a lo largo del período 1930-37, puede establecerse que esas prácticas se integraron y ganaron coherencia dentro del nuevo régimen. La tendencia centralizadora encontraba su realización plena, la representación de los diversos intereses sociales cambió de forma pero no dejó de existir, sin la representación en el congreso se reforzaron las que se ejercían en los órganos técnicos dentro del aparato del Estado.

El Estado Novo representó una alianza de la burocracia civil y militar y la burguesía industrial, cuyo objetivo común inmediato era promover la industrialización del país sin grandes conflictos sociales. Esta alianza no significó identidad de opiniones, las principales reivindicaciones de los industriales giraban en torno a la toma de medidas en el sector de cambio y en la protección a la industria instalada en el país y era mucho menor su apoyo a la intervención estatal y la crítica al capital extranjero.

La cohesión de las Fuerzas Armadas giraba alrededor de un objetivo común: la modernización del país por la vía autoritaria, pero en lo que respecta a la relación del país con las grandes potencias o la definición de un proyecto de desarrollo económico con mayor o menor autonomía, los puntos de vista de los militares variaban según los grupos y las preferencias personales. Eso sí, fueron responsables por la instalación de la industria del acero y en el sector del petróleo, el general Horta

Barbosa dirigió el Consejo Nacional del Petróleo, creado en julio de 1938 como un órgano especial de la presidencia de la República y se aprobaron los planes militares para la compra de armamento. El poder del Ejército era amplio pero no absoluto, no querían sustituir a las élites civiles ni tenían condiciones para hacerlo, en el momento del golpe una candidatura militar no había tenido mayor expresión y se trató de evitar la participación directa en el episodio.

El poder personal de Getulio Vargas representaba la instancia decisiva en las resoluciones fundamentales del Estado y articulaba los intereses más generales del gobierno. A partir del 37 se lanzó con más decisión a una política de sustitución de importaciones, por medio de la producción interna y del establecimiento de una industria de base. Los graves problemas de la balanza de pagos que venían desde el 30, así como el riesgo creciente de que se desatara una tercera guerra mundial colaboraron para que ganaran los defensores de esa perspectiva; la guerra llegaría a imponer grandes restricciones a las importaciones.

Muchas veces el incentivo a la industrialización fue asociado al nacionalismo, pero Vargas evitó movilizar al país en una cruzada con esta bandera. La propia solución estatal para el caso del acero no fue resultado de enfrentamientos, sino de un acuerdo con el gobierno americano. El establecimiento de la Usina de Volta Redonda en el Estado de Río de Janeiro y la forma de su constitución quedaron definidas en julio de 1940. A pesar de los esfuerzos conciliatorios de Vargas y del Departamento de Estado, para constituir una empresa asociada con capitales extranjeros, alemanes o norteamericanos, no fue posible porque la empresa norteamericana desistió del plan y a partir de allí triunfó la opción estatal que propiciaban las Fuerzas Armadas. El golpe del 37 en Brasil, recibido con entusiasmo en Italia y Alemania, no alteró la línea pragmática que había adoptado el gobierno, Vargas había demostrado claramente su intención de no promover alteraciones esenciales en la política externa.

Las relaciones entre Brasil y Alemania se vieron conmocionadas en 1938 (a pesar de que se aceptaba que existía cierta afinidad ideológica que facilitaba una mayor aproximación a los alemanes) cuando el régimen consigue estabilizarse eliminando de la escena política a la única fuerza que aún había escapado a su control que era el integralismo, al mismo tiempo que también había marcado su distancia con el fascismo nacional.

Los ideólogos totalitarios veían a la democracia liberal como un régimen incapaz de encontrar soluciones para la crisis y consideraban inútiles los partidos y luchas políticas. En la década de 1920 surgen en Brasil algunas organizaciones fascistas, pero un movimiento realmente significativo nació recién en 1932 cuando Plinio Salgado y otros intelectuales fundaron en San Pablo la Acción Integralista Brasileña, que se definió a sí misma como una doctrina nacionalista cuyo contenido era más cultural que económico y ponía mayor énfasis en la toma de conciencia del valor espiritual de la nación asentada en principios unificadores. Su lema era “Dios, Patria y Familia”. El integralismo negaba la pluralidad de los partidos políticos y la representación individual de los ciudadanos, el estado integral estaría constituido por el jefe de la nación y órganos representativos de las profesiones y entidades culturales. Los cálculos existentes estiman que su número de simpatizantes osciló entre las 100 mil a 200 mil personas en su periodo de mayor auge a fines de 1937. Si bien existían rasgos comunes entre la corriente autoritaria y el integralismo, no eran idénticos. El integralismo pretendía lograr sus objetivos a través de un partido capaz de movilizar a las masas descontentas y tomar el estado por asalto. La corriente autoritaria apostaba al estado antes que al partido. El partido integrista podría llevar en última instancia a la crisis del estado, el estatismo autoritario a su refuerzo. Los autoritarios se ubicaban dentro del estado y tenían su mayor expresión en la cúpula de las Fuerzas Armadas. Especialmente el ejército se fortaleció dentro de las Fuerzas Armadas entre 1930 y 45 pero no constituyó una fuerza cohesionada, coexistían tenentistas, los que respondían a la República Vieja y el grupo leal a Getulio Vargas.

El Estado Novo también embistió contra los grupos nazis que existían en el sur del país. La política externa, puede ser mejor comprendida si se considera al período 1930-1945 en forma global. Los alineamientos y realineamientos del Brasil fueron resultado de la interacción del país con las grandes potencias: el Estado Novo fue solamente uno de los elementos de esa interacción. Frente al panorama convulsionado del orden mundial, Brasil adoptó una actitud pragmática, que consistía en tratar de negociar con quién le ofreciese las mejores condiciones e intentar sacar ventajas de la rivalidad entre las grandes potencias. Así entre 1934 y 40 Alemania fue su mejor comprador para el algodón y el segundo mercado para el café. EEUU tuvo una política combinada de presión y cautela para evitar llevar a Brasil hacia una política nacionalista radical o a una alianza con Alemania. La

respuesta brasileña a las iniciativas norteamericanas consistió en una aproximación cada vez mayor a EEUU pero con la intención de sacar ventajas de la nueva situación. Vargas comenzó a hablar inequívocamente el lenguaje del panamericanismo, al mismo tiempo que insistía en el re-equipamiento económico y militar de Brasil como una condición de su apoyo.

La política laboral del Estado Novo puede ser vista bajo dos aspectos: el de las iniciativas materiales y el de la construcción simbólica de la figura de Getulio Vargas como protector de los trabajadores. En cuanto al primer aspecto, el gobierno llevó adelante y sistematizó unas prácticas que venían del comienzo de la década del 30. La legislación se inspiró en la Carta del Lavoro vigente en la Italia fascista. La carta brasileña de 1937 volvió a adoptar el principio de la unidad sindical que no había sido abandonado en la práctica, se prohibió la huelga y el paro patronal. Introdujo una importante innovación en la política salarial, en mayo de 1940 se estableció un salario mínimo que debía ser capaz de satisfacer las necesidades básicas de un trabajador, al comienzo tuvo correspondencia con los objetivos señalados pero luego el salario se deterioró y se alejó de sus finalidades.

La construcción de la imagen de Vargas se fue realizando en distintas ceremonias y en el uso de los medios de comunicación de la época, especialmente la radio, contaba con charlas semanales donde se contaba la historia de las leyes sociales presentando casos concretos y dirigido a una audiencia específica. Con eso y otros elementos se construyó la imagen de Vargas como dirigente y guía de los brasileños -en especial de los trabajadores- como amigo y padre, similar a un jefe de familia en la esfera social. Asumiendo ese papel, otorgaba beneficios a su pueblo y tenía el derecho a aspirar a su fidelidad y apoyo. Los beneficios no eran una fantasía. Si bien el gran crédito político no estuvo basado solamente en las ganancias materiales, sino también en la eficacia de la construcción de la figura presidencial, la que tomó forma y ganó contenido durante el Estado Novo.

El Estado Novo intentó transmitir su propia versión de la historia del país sobre todo de la reciente, se presentaba como la consecuencia lógica de la Revolución del 30, establecía un corte radical entre el viejo Brasil - desunido y dominado por el latifundio y las oligarquías - y el Brasil que había nacido con la revolución. En esta visión el Estado Novo había concretado los objetivos revolucionarios al favorecer la entrada del país a los tiempos modernos a través de la búsqueda de sus propias

raíces, de la integración nacional y de un orden que no fuera perturbado por las disputas partidarias.

El Estado Novo fue concebido como un estado autoritario y modernizador que debería durar mucho tiempo, sin embargo fue breve considerando que no llegó a los ocho años. Los problemas del régimen estuvieron mas vinculados a la inserción de Brasil en el marco de las relaciones internacionales, que a las condiciones políticas internas del país. Esa inserción impulsó a las oposiciones y permitió el surgimiento de divergencias dentro del gobierno. Luego del ingreso a la guerra, diversas personalidades de la oposición comenzaron a explorar la contradicción que existía entre el apoyo de Brasil a las democracias y el hecho que estuviera vigente la dictadura de Vargas. La caída de Vargas no se debió a una conspiración externa sino que fue el resultado de un juego político complejo y se produjo sin grandes complicaciones, forzado a renunciar se retiró del poder haciendo una declaración pública en la que concordaba con su salida. No llegó a exiliarse, retirándose a San Borja su ciudad natal.

El *Estado Novo* constituye un divisor de aguas en la historia brasileña: es ahí cuando se pone en marcha la modernización del país (especialmente de la burocracia estatal que se expande), se extiende la ciudadanía (sobre todo en términos psicológicos) a grandes sectores de la población, a la vez que, desde el estado, se construye una nacionalidad que busca incluir a los estratos más bajos de la sociedad y se esboza la base de una legislación social, aunque a un precio alto para muchos: el de renunciar a las libertades individuales.

Expresa Flavia Fiorucci que “(...) Es en este momento también cuando el dilema sobre la relación a establecer con el poder aparece más claro para los intelectuales brasileños, ya que desde el gobierno son "invitados" a participar del nuevo proyecto político; un proyecto que, más allá de sus componentes innovadores, emana de un gobierno autoritario. Sin embargo, el balance es claro, tal como lo expone Lúcia Lippi Oliveira: a excepción de algunas figuras aisladas, entre las cuales sobresalen los escritores Graciliano Ramos y Monteiro Lobato, el Estado Novo en su compleja trama de tradición y modernización, ejerció una atracción substancial sobre la intelectualidad brasileña. Intelectuales de las más diversas extracciones ideológicas convergieron en un régimen que se enmarcaba en el proyecto de construcción del estado nacional”³³.

6.3. Comparación de las investigaciones sobre los populismos argentino y brasileño

Tal como se mencionó al principio de este trabajo, los regímenes de Perón y Vargas han sido catalogados bajo el rótulo de populistas y la polémica en torno a su naturaleza está lejos de haberse cerrado, pero de estas comparaciones podemos intentar algunas conclusiones:

1. “Las definiciones de este fenómeno político pueden ser divididas en dos grandes grupos en general antagónicos:

a. Al primer grupo pertenecen aquellas definiciones que enfatizan su política económica, instituciones y bases de apoyo. Este tipo de abordaje es el más común y en éste se define al populismo (con énfasis diferentes) como un régimen que lleva a cabo una política económica orientada al mercado interno, anclado en los sectores populares, aunque no exclusivamente, y poco respetuoso de las instituciones de la democracia liberal. El populismo es así -en un texto clásico como el de Torcuato Di Tella- "un movimiento político que goza del apoyo de la masa de clase trabajadora urbana y/o del campesinado, pero que no es el resultado del poder organizativo autónomo de ninguno de estos sectores, y [que] también es apoyado por sectores de clases no trabajadoras que sostienen una ideología que se opone al status quo"

b. Al segundo grupo pertenecen aquéllas definiciones que lo describen como un fenómeno discursivo, concentrándose en el carácter y las implicaciones de la apelación directa que éste hace al pueblo. En este grupo sobresale la propuesta de Ernesto Laclau, quien define al populismo como el momento "donde los elementos populares-democráticos [del discurso político] son presentados como opción antagónica a la ideología del bloque dominante".³⁴

2. En la década del 90, tanto las líneas desarrolladas por los autores brasileños sobre el Estado Novo y el varguismo, como las trabajadas por historiadores argentinos sobre el fenómeno similar del peronismo, se acercan bastante en considerar que los movimientos populistas participan de muchos elementos en común, lo que permite generalizar algunas características propias de este fenómeno y reconocer no solo el valor de los estudios comparativos, sino también recuperar la visión holística. Los

estudios comparativos fueron muchas veces desechados por investigadores que últimamente se han ocupado de remarcar más las diferencias de estos fenómenos de lo que consideran sus supuestas similitudes, insistiendo en que son procesos absolutamente diferenciados y sin rasgos comunes en los distintos países donde se produjeron.

Los autores argentinos señalados consideran que “el mito originario del peronismo repite de modo riguroso todos los elementos de las construcciones fundacionales del populismo” y así lo piensan historiadores brasileños para su propio caso, como Boris Fausto, quién considera que ciertos hechos de la Argentina repercutían en Brasil y expresa así su opinión comparativa:

“Desde la Revolución de 1943 crecía la influencia del general Perón en el vecino país y se consideraba que peronismo y getulismo tenían mucho en común. En el plano económico ambos pretendían promover un capitalismo nacional, sostenido por la acción del Estado. En el plano político pretendían minimizar las rivalidades entre clases convocando a las masas populares y a la burguesía para establecer una colaboración promovida por el Estado. (...). En el caso brasileño, las invocaciones simbólicas y las concesiones económicas a las masas populares marcarían la tónica del getulismo o por lo menos del primer gobierno de Vargas. Además las medidas favorables a la burguesía industrial tampoco implicarían un enfrentamiento abierto con el sector dominante en el campo.”³⁵.

3. Se puede considerar que historiadores de un país y otro en la década del 90, buscan la tradición política o cultural en la que se basan los populismos y que afloran predominantes en una etapa histórica. Tratan de desbrozar historia y mito en la construcción de esos fenómenos históricos, especialmente en las tensiones sociales que produjo la incorporación de “los otros” a la sociedad constituída que no fue de ninguna manera sin conflictos.

En este último sentido puede rastrearse la bibliografía brasileña de la época, como por ejemplo el estudio de la historiadora María Luisa Tucci Carneiro, cuando trabaja sobre la demitificación del tema racismo en Brasil y dice que siempre se trató de sustentar la imagen de que Brasil era un país sin preconceptos de raza y religión pero que en realidad este es un país imaginado muy diferente del país real. Cree que esta imagen se construyó a partir de una historia escrita por historiadores que quisieron

preservar el mito como forma de absorber las tensiones sociales y enmascarar los mecanismos de explotación o de subordinación del otro, del diferente. Así recorre la historia brasileña desde el siglo XVI, observando los documentos que debían probar la pureza de sangre. Según la autora, en este sentido, en su país hay un racismo camuflado, disfrazado de democracia real y que este aspecto está oculto en la historiografía tradicional. Agrega que eran raros los intelectuales brasileños de comienzo del siglo XX que tenían conciencia del peligro representado por su adhesión a teorías racistas importadas de Europa. Desde este punto de vista, se propone analizar el pasado, “sin reincidencia en errores, sobre el estudio de los mitos que persisten en nuestro pasado, intentando explicar ese Brasil imaginado, caracterizado por la democracia racial, y el país real, racista y antisemita por tradición”³⁶. Agrega que este racismo camuflado tanto se puede manifestar en regímenes autoritarios como democráticos.

Comparativamente en Buenos Aires (según Juan Carlos Torre) la coexistencia de la sociedad transformada con los efectos de la democratización del bienestar no sería empresa fácil. Un fenómeno muy irritante, es la crisis de la deferencia y del respeto que el orden social preexistente acostumbraba a esperar de sus estratos más bajos y para colmo con el tono desafiante con que se introducían las novedades. Bs.As. se convierte en escenario de un conflicto cultural y reacciona frente a cuanto tenía de irritante el cambio social impulsado por el peronismo: especialmente la irrupción pública de los migrantes internos. La referencia a los “cabecitas negras” tuvo una significación emocional muy fuerte. Para una ciudad supuestamente libre de prejuicios étnicos - ya que era amalgama de inmigración, de pueblos y culturas diversas - el estereotipo de los “cabecitas negras”, es revelador. “(...) Subrayó la diferencia, marcó la separación entre nosotros y los otros, opuso al proceso de integración un proceso inverso: de segregación. Que esa segregación no haya tenido una expresión institucionalizada, que se manifestara en el trato cotidiano y se revistiera de paternalismo, no la hizo menos real y efectiva”³⁷.

4. La revisión conceptual y la historicidad del populismo: Las investigaciones del 90 buscan esclarecer aspectos del populismo no contemplados históricamente de manera explícita en análisis anteriores. Una de las críticas es que el populismo no fue señalado en sus especificidades coyunturales ni recuperado en su plena historicidad. Los estudios anteriores y los propios de la década del 70 enfocaron un proceso

general, donde los análisis históricos no tuvieron suficiente presencia, lo que hizo que muchos historiadores extremaran sus posiciones críticas desestimando el análisis comparativo. Las nuevas investigaciones proponen revisar desde la historia en cada lugar, usar nuevas categorías y recuperar en todo su valor la historicidad de los populismos.

Maria Helena Rolim Capelato en el estudio ya señalado Estado Novo: Novas Histórias,³⁸ se pregunta que llevó a los historiadores a reflexionar sobre esta fase de la historia e incluso a una revisión conceptual sobre las categorías aplicadas a la experiencia estadonovista. Tradicionalmente los conceptos usados fueron: régimen populista, bonapartista, autoritario, fascista o totalitario. Expresa que tomando como hitos las décadas del 30 al 60, se tomaba al populismo como un todo indiferenciado sin contar con diversas coyunturas que permitieran explicar de forma más profunda la Revolución del 30, el Gobierno Provisorio de 1930 al 37 y el advenimiento del Estado Novo con la redemocratización de 1945.

La nueva investigación propone un camino inverso, privilegia las particularidades nacionales y los recortes específicos, la reconstitución histórica concreta de los varios populismos y desde allí construir la visión holística. Dentro de este marco- compartido con historiadores argentinos para el estudio del peronismo- se privilegió en la historiografía brasileña el estudio del estado novo principalmente para los que se volcaron a la investigación de los aspectos políticos y culturales de esa experiencia. En contrapartida el segundo gobierno de Vargas fue relegado en los estudios a un plano secundario, la razón tiene que ver en la exploración de - método que también se comparte con una nueva generación de historiadores argentinos - de una posible reconstrucción genética del varguismo y especialmente del Estado Novo, tal como lo permitirían las nuevas alternativas en el recorrido interpretativo del peronismo.

5. Otra tendencia compartida por historiadores de los dos ámbitos es la que los lleva a respaldarse fuertemente en su quehacer, pero con intenciones también de construir teoría en su propio terreno, ya que detectan la carencia de la producción teórica en el ámbito disciplinar, lo que los lleva a depender de teorizaciones externas. No obstante en la producción brasileña hay que rescatar los paradigmas teóricos elaborados por

Ciro Flamarión Cardoso y en la actualidad la elaboración de la obra “teoría de la historia” de Helio Jaguaribe.

6. Otra alternativa de investigación aparece cuando los autores nombrados comparten y consideran que el peso de los factores tradicionales fueron centrales en la configuración del peronismo originario como del varguismo y del Estado Novo.

7. Existe en los estudios comparativos un significativo retorno a las etapas previas que marcan camino a los hechos más significativos de la historia de los populismos, estudios orientados a buscar las raíces más profundas del autoritarismo brasileño (Gomez), a indagar sobre la constitución y naturaleza del mismo en el pasado más reciente y en el de larga duración y sobre esa base, destacar el Estado Novo.

8. Respecto a la formación de la clase trabajadora y su comportamiento político, los estudios recientes presentan un elemento común: recusan las tesis tradicionales (60-70) que insistían en la fragilidad e inviabilidad de la organización de los trabajadores. Los análisis actuales buscan recuperar los trazos de resistencia a las nuevas políticas de trabajo y las razones de su negación por algunas organizaciones y de su aceptación por otros. (Gomez)³⁹. La adhesión de los trabajadores a la política varguista, la explica por la existencia de una dupla lógica: el proceso que confería poderes amplios al estado y las posibilidades de intervenir en la sociedad. Si esa adhesión puede explicarse por la lógica material, por otro puede ser entendida según una lógica simbólica de formación y movilización de identidades. Para Maria Celia Paoli-investigadora del mismo tema- el estado novo produjo ideológicamente su propia significación al emitir un discurso que procuraba apagar el espacio social, despolitizándolo, al intentar representar este espacio en sus leyes y hacer de esta representación el significado de su tiempo.

En la Argentina la existencia de una tradición reformista en el movimiento obrero hacía factible la posibilidad de negociaciones y acuerdos con el Estado, por lo que los autores limitan la explicación de manipulación al demostrar la autonomía de los sindicatos y hablan de un pacto acordado en términos de acuerdo de intereses.

9. Los cuestionamientos a las llamadas interpretaciones ortodoxas del populismo por los autores argentinos, también se dan en los autores brasileños. Historiadores brasileños tradicionales son revisados y criticados, como Leoncio Martins Rodrigues, José Albertino Rodrigues y otros, ellos basaron sus estudios en la teoría de la modernización elaborada por Gino Germani en los años 50, que tuvo su gran impacto en muchos investigadores latinoamericanos y en estos autores brasileños. Esa teoría progresista fue puesta en jaque por los autores que se propusieron revisar el período.

10. Algunos de los nuevos estudios proponen el análisis del populismo como un momento específico de la coyuntura histórica mundial (período entre guerras) en que nuevas formas de control social fueron engendradas con vistas a la preservación del orden amenazado por conflictos sociales. En un movimiento simultáneo e internacional, las sociedades europeas y americanas buscaron soluciones específicas, adecuando sus realidades históricas. Un antecedente de estos estudios está en F.Weffort (1980), quién propuso investigar las situaciones específicas del populismo en América Latina, pero con un hilo conductor y trazo común: la emergencia de las clases populares en el escenario político mundial.

11. Otras consideraciones se refieren al papel de los intelectuales. Mientras que el *varguismo* consideraba a los intelectuales algo así como intérpretes de la conciencia nacional, el peronismo los acusaba de su alejamiento de la realidad y les quitaba toda autoridad, dejándolos fuera del proyecto político en ciernes. El interrogante que esta situación suscita en los historiadores del 90, es hasta qué punto el lugar que la inteligencia ocupa en estos dos gobiernos tiene que ver con tradiciones ya existentes en ambos países, o con la naturaleza diversa de estos dos regímenes.

Vargas inaugura una nueva forma de participación intelectual, una nueva tradición, aunque se puedan rastrear sus orígenes en el Brasil imperial. Pero Vargas en una experiencia inédita, incluyó a los intelectuales al proyecto nacional, a la vez que hizo de la cultura un asunto de estado. Dicha política de integración e intimidad entre intelectuales y poder político sobrepasó los límites cronológicos del fin del *Estado Novo* y se convirtió en una característica del campo cultural brasileño. Perón, en cambio, no hizo más que exacerbar una tradición ya común en la Argentina de

entonces. La construcción del andamiaje institucional de Argentina está imbricada por el trabajo de dos generaciones intelectuales: la de 1837 y la de 1880. Sin embargo, la influencia de los intelectuales en el ámbito político se eclipsó y su lugar fue ocupado por la naciente clase política. Todo sucedió, nos dice Silvia Sigal, como si "una vez acabada la fase de construcción, la nación hubiera terminado la misión reconocida a la inteligencia" A partir de entonces, contados fueron los casos donde los intelectuales argentinos compartieron la experiencia del poder. Sin embargo, ni la ausencia ni presencia de una "convocatoria" a la intelectualidad explica por sí sola el rechazo o la adhesión por parte de los intelectuales a sendos regímenes. Como ya se mencionó, en el caso del peronismo el camino se había cerrado antes de que Perón se convirtiera en presidente, dado que los intelectuales lo identificaban como un líder fascista. Por lo que es necesario agregar un elemento histórico para comprender en toda su complejidad las posiciones diferentes de cada una de las intelectualidades.⁴⁰

12. En los dos países se ha revisado el concepto de autoritarismo fijado como característica de los populismos para oponerlo a democracia. Así como se señaló en el análisis de categorías en autores argentinos, los historiadores brasileños piensan que la persistencia de trazos autoritarios junto al peso de los factores tradicionales fueron centrales en la configuración del Estado Novo y que en la política de su país representaron obstáculos al juego democrático. Vargas pertenecía al Partido Republicano local, claramente orientado a la constitución de gobiernos fuertes, capaces de realizar transformaciones profundas en el sentido de la modernización. Por otra parte enfatizan las condiciones materiales y las restricciones que ofrecen las mismas sobre los procesos mentales desarrollados antes o durante los procesos históricos. Para comprender la naturaleza de esos rasgos se volcaron al estudio de los años 30, demostrando especial interés en el análisis del Estado Novo. Así expresan que la revolución del 30 preparó el terreno para el advenimiento de una nueva cultura política que se definió a partir de un redimensionamiento del concepto de democracia, dirigida por una concepción particular de representación política y de ciudadanía y la revisión del papel del estado se complementa con una propuesta diferente sobre el papel del líder en la integración de las masas y la presentación de una nueva forma de identidad nacional.

La revisión de las interpretaciones sobre el populismo en Brasil comienza con la periodización, se recusan los marcos cronológicos consagrados en los análisis anteriores (1930-1964) argumentando que ese período abarca coyunturas diversas, lo mismo cuando se identifica populismo con la “era de Vargas.” Las interpretaciones tradicionales apuntaron como principal característica del régimen brasileño estudiado, la manipulación de las masas, su pasividad social y la adhesión de la mayoría de las clases populares al varguismo, incluso al Estado Novo y a los cálculos deliberados de los líderes. Por nuevos ángulos de abordaje se critican esas interpretaciones definiéndolas como idealismo en algunos casos y en otro pensamiento mítico, porque se subestiman las cuestiones de estructura social y se concentra la responsabilidad de los acontecimientos en procesos mentales anteriores a la acción, pasando por alto los recursos y las restricciones, coacciones y accidentes materiales que parecerían no cumplir ningún papel.

6.3. Síntesis

Podemos realizar un esquema de diferentes categorías y enfoques utilizados para el análisis de los populismos, sin que los nombres de los autores mencionados signifique que coincidan exactamente con todas las características señaladas.

DISTINTOS PLANTEOS PARA EL ESTUDIO DEL PERONISMO	
TENDENCIAS TRADICIONALES	TENDENCIAS ACTUALES
En general, son posiciones que predominan en autores clásicos o tradicionales de la época 1960-90.	En general, son posiciones que predominan en autores de la década del 1990, si bien algunos planteos son anteriores.
(Enrique Dussel, José Luis Romero, Arturo Fernandez, Marcelo Carmagnani, Celso Furtado, Mauro Marini, Alistair Hennessy,	(Juan C. Portantiero, Miguel Murmis, Juan C. Torre, Alejandro Cattaruzza, Darío Macor, Cesar Tcach, Mario Rapoport, Claudio Spiguel, Pablo Gerchunoff, Lucas

<p>Gregorio Weinberg, Lambert, Van Niekerk, Claudio Véliz, Juan José Sebrelli, Natalio Botana, Felix Luna y otros)</p>	<p>Llach, Carlos Altamirano, Maria Estela Spinelli, Marcela García Sebastiani, Cristian Buchrucker y otros)</p>
<p>Tendencia a exacerbar la subjetividad del autor.</p> <p>Se observa cierta tendencia a concepciones míticas por que las interpretaciones sobre los gobiernos populistas confunden con frecuencia las políticas reales y concretas con la imprecisión del universo simbólico populista.</p> <p>Cierto predominio de posiciones ideológicas, culturales y emocionales en el análisis de este fenómeno.</p> <p>A veces existe una postura discriminatoria desde lo social y cultural, con cierto arraigo en la sociedad argentina.</p>	<p>Se observa una tendencia hacia planteos más objetivos y contextualizados.</p> <p>Se trata de investigar el peronismo desde la relación económica y social. Estas relaciones son campo de práctica y producción cultural.</p> <p>Se observa el peronismo, como otras diversas realizaciones históricas, limitado por condicionamientos concretos, mucho menos flexibles que los proyectos basados en mitos y representaciones simbólicas.</p> <p>El peronismo visto desde su arraigo en tradiciones políticas, sociales y culturales de la sociedad argentina.</p>
<p>El peronismo es visto desde la memoria, que generaliza sobre experiencias personales.</p>	<p>El peronismo en el cruce de la memoria y de la historia.</p>
<p>Se observa un planteo inicial sobre el peronismo que se hace desde un diagnóstico de enfermedad y patología y se</p>	<p>El peronismo es visto desde la captación de realidades sociales, desde la transformación de la sociedad. El estudio</p>

<p>desarrolla tratando de ver como librarse de esa patología, de ese virus.</p>	<p>de la historia del peronismo apunta a las transformaciones sociales que se experimentan durante las cuales la sociedad se reorienta.</p>
<p>Se observan estudios enfocados desde la polarización y el furor discursivo. La sobredimensión emocional, no pudo tener en cuenta los cambios sociales.</p>	<p>Los temas materiales no son tan distintos, pero los discursos son de guerra. El odio, el discurso emocional y extremo, tornan imperceptibles las mudanzas, los cambios de política, que pueden salvar situaciones críticas. Se pone el acento en la intensidad de la lucha y se considera la extrema facciosidad como el problema. Desde la lucha por la libertad hasta la lucha por los derechos sociales.</p>
<p>-En muchos casos el peronismo es tratado como una etapa histórica aislada, como ruptura de procesos económicos de crecimiento. Percibido como un proceso de descomposición social, como el inicio de la decadencia en la historia argentina. El gobierno peronista suele aparecer como actor aislado, a veces todopoderoso y otras impotente en su accionar frente a la economía y la sociedad. _El peronismo es visto como suma de procedimientos sin tradición en la política y en la cultura argentina.</p>	<p>_El peronismo es investigado como construcción histórica, desde las tradiciones políticas y culturales del país, que afloran predominantes en una etapa histórica y se trata de diferenciar historia y mito. Hay tradiciones de largo aliento: solidaridad e individualidad. Son procesos de larga duración. -Considera sus procedimientos dentro de aquellos arraigados en la tradición política y cultural del país. El peronismo estudiado desde el antiperonismo opositor y sus tradiciones.</p>

-Estudios comparativos con otros países, pero en general aislados, bajo la concepción de que son fenómenos diferentes que no pueden compararse.	Estudios comparativos con otros países desde una nueva concepción histórica comparativa.
La lucha contra el fascismo corporizado en Perón.	-Se investiga superando la dificultad para diferenciar matices y el espíritu excluyente de las facciones.
-Historias que no estudian los intereses sectoriales y si los estudia, los minimiza, dándole más importancia a cuestiones ideológicas o diferencias políticas (que también esconden intereses individuales y sectoriales)	-Se investiga con el realismo de enfocar los intereses materiales y el sistema de representación de intereses. -Se explora la sobredimensión emocional de los problemas, que no permite la negociación racional. -Estudio de conflictos que surgen por la disposición a conjurar cualquier ataque a los intereses económico-sociales vigentes de sectores o grupos.
El peronismo y la manipulación de sectores de trabajadores. El sindicalismo como autor heterónimo controlado organizativamente desde el estado.	Autonomía del sector obrero, existencia de una tradición reformista en el movimiento obrero, que hacia factible la negociación y acuerdo con el estado. Pactos acordados en términos de acuerdos de intereses.
La categoría corporativismo como opción del peronismo. Su uso.	Visión histórica de la categoría corporativismo.
Juzgado desde valores individuales	Juzgado desde valores individuales y de solidaridad social

DISTINTOS PLANTEOS PARA EL ESTUDIO DEL VARGUISMO

TENDENCIAS TRADICIONALES	TENDENCIAS ACTUALES
En general, son posiciones que	En general, son posiciones que

<p>sobresalen en autores de la época 1960-90, si bien algunos planteos son anteriores.</p> <p>(Calmon, Prado, Bello, Celso Furtado, Ribeiro, Weffort, Honorio Rodríguez, Moniz Bandeira,)</p>	<p>sobresalen en autores de la década del 1990, si bien algunos planteos son anteriores.</p> <p>(Rolim Capelato, Tucci Carneiro,, Boris Fausto, Vavy Pacheco Borges, Cezar de Freitas, Helio Jaguaribe)</p>
<p>El varguismo es visto desde una concepción mítica.</p> <p>Predominio del mito y la ideología sobre las propuestas reales y concretas.</p>	<p>El varguismo es visto desde la relación económica y social. Estas relaciones son campo de práctica y producción cultural.</p>
<p>El varguismo es visto desde visiones que generalizan sobre experiencias de sectores sociales.</p>	<p>El varguismo, como otras diversas realizaciones históricas, está limitado por condicionamientos concretos, mucho menos flexibles que los proyectos basados en mitos y representaciones simbólicas.</p>
<p>Juzgado desde valores individuales</p>	<p>Juzgados desde valores de solidaridad social</p>
<p>-Predomina la visión de sociólogos y cientistas políticos motivados por la discusión <u>de tres líneas de investigación</u>: si las conquistas de los trabajadores fueron por conquista o por “dación”; si el Estado Novo estuvo conectado en forma directa a los intereses del capital industrial y si hubo hegemonía del Estado o autonomía del mismo en la conducción del proceso histórico. (pocos historiadores, muchos cientistas sociales en la investigación)</p>	<p><u>El varguismo es visto desde la captación de realidades sociales. El estudio de la historia apunta a las transformaciones sociales que se experimentan durante las cuales la sociedad se reorienta. Se trata de ver en que aspectos <u>la política varguista fue innovadora y en cuales continuista “de procedimientos arraigados en la tradición política y cultural del Brasil”.</u></u></p>

<p>El varguismo es visto desde la polarización y el furor discursivo. -El furor discursivo supera la realidad material</p> <p>Catalogado como totalitarismo</p>	<p>. Los temas materiales no son tan distintos, pero los discursos son de guerra. El odio, el discurso emocional y extremo, <u>tornan imperceptibles las mudanzas, los cambios de política, que pueden salvar situaciones críticas</u></p> <p>- Discuten el concepto de totalitarismo como inadecuado para la caracterización del Estado Novo, en cuanto plantean que la sólida base de sustentación que construye el gobierno, se estructura en una <u>política de consenso</u> que “envolvía prioritariamente a los sectores de elite”</p> <p>-Exploración de los problemas que no permitieron realizar los cambios de rumbo históricos en el momento justo.</p> <p>-La intensidad de la lucha y la extrema facciosidad es el problema. Desde la lucha por la libertad hasta la lucha por los derechos sociales.</p>
<p>-El varguismo visto como una etapa histórica aislada y como un proceso de descomposición social.</p>	<p>-El varguismo visto como construcción histórica desde las tradiciones políticas y culturales del país. Los procedimientos también son los arraigados en la tradición política y cultural.</p> <p>Hay tradiciones de largo aliento: solidaridad e individualidad. Son procesos de larga duración.</p>
<p>Estudio comparativo pero de procesos</p>	<p>Estudios comparativos con otros países</p>

aislados.	desde una nueva concepción histórica.
La lucha contra el fascismo corporizado en Vargas.	Se explora la dificultad para diferenciar matices y el espíritu excluyente de las facciones.
Historias que no estudian los intereses sectoriales y si los estudia, los minimiza, dándole más importancia a cuestiones ideológicas o diferencias políticas (que también esconden intereses individuales y sectoriales)	Realismo de enfocar los intereses materiales. La sobredimensión emocional de los problemas, no permite la negociación racional.
La categoría corporativismo como opción del varguismo.	Visión histórica de la categoría corporativismo

❖ Cuadro comparativo de elaboración propia, basado en las fuentes señaladas en notas y bibliografía.

Notas

¹Ver Marcela García Sebastiani, *Los antiperonistas en la Argentina peronista*, (1943-1951), BsAs, Prometeo, 2005 y María Estela Spinelli, *Los vencedores vencidos, El antiperonismo y la Revolución Libertadora*, BsAs, Biblos, 2005

² María Helena Capelato, "Os intelectuais e o Poder No Varguismo e Peronismo", *História: Questões & Debates*, 13 (1999): 5-39 y Flavia Fiorucci, *¿Aliados o enemigos? Los intelectuales en los gobiernos de Vargas y Perón*, IUED, University of Geneva, EIAL (Estudios Interdisciplinarios de América Latina y El Caribe), vol. 15, n °2, julio-dic 2004. Flavia Fiorucci, (...) Peronist and Antiperonist Intellectuals, 1945-1956, PHD, ILAS-University of London, 2002; Neiburg, (...) king (...) y otros. Existe amplia bibliografía sobre el tema específico, de la cual se señala la más conocida en los trabajos citados. Estos trabajos son seleccionados por realizar un estudio comparativo.

³ Silvia Sigal, *Intelectuales y peronismo, en Nueva Historia Argentina, TVIII, BsAs, Sudamericana, 2002, cap.X, pág.499*

⁴ *Sur* 237 (1955), citado por María Helena Rolim Capelato, obra cit.

⁵ ¿Flavia Fiorucci, *¿Aliados o enemigos? Los intelectuales en los gobiernos de Vargas y Perón*, obra cit.

⁶ Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo, Siglo XXI, BsAs, 1984.*

⁷ Juan Carlos Torre, *La vieja guardia sindical y Perón*, BsAs, Sudamericana, 1990, pág.89 y 104

⁸ Darío Macor y César Tcach, *El enigma peronista*, en *La invención del peronismo en el interior del país*, UNL, Santa Fe, 2003, pág.18

⁹ Juan Carlos Torre, *La vieja guardia sindical y Perón*, obra cit. pág.96-102

¹⁰ Entrevista a Joseph Page, autor de *Perón*, 2 tomos, 1984. en *Diario La Nación*, 21 de octubre 2004.

¹¹ Hiroshi Matsushita, *Movimiento obrero argentino, 1930-1945*, BsAs, 1983, Hyspamérica.

¹² Darío Macor y Cesar Tcach, *El enigma peronista*, obra cit. pág.21

¹³ *Ibidem*, pág.31

¹⁴ Tulio Halperín Donghi, *La larga agonía de la Argentina peronista*, BsAs, Ariel, 1994

¹⁵ Tulio Halperin Donghi, *la serena lucidez que devuelve la distancia*, entrevista de *Diario Clarín*,

28/05/2005

¹⁶ Ver A Ciria, Partidos y poder; L Ruiz Jiménez, Peronism and anti-imperialism in the Argentine press: "Braden or Perón" was also "Peron Is Roosevelt," *Journal of Latin América Studies*, 30, 1998; M. García Sebastiani, *Los antiperonistas en la Argentina peronista, (1943-1951)*, BsAs, Prometeo, 2005.

¹⁷ Juan Carlos Torre, Elisa Pastoriza, *La democratización del bienestar*, en *Los años peronistas (1943-1955)*, Nueva Historia Argentina, BsAs, Sudamericana, TVIII, 2002, pág.309

¹⁸ Carlos Altamirano, *ideologías políticas y debate cívico*, en *Los años peronistas (1943-1955)*, Nueva Historia Argentina, BsAs, Sudamericana, TVIII, 2002, pág.223

¹⁹ Tulio Halperin Donghi, entrevista cit.

²⁰ Susana Torrado, *Estructura social de la Argentina, 1945-1983*, Bs As, Ediciones de la Flor, 1992, pág.41.

²¹ Tatu Vanhanen, *Prospects of Democracy. A Study of 172 Countries*, Londres, Routledge, 1997, pág.135, 398 (IRP)

²² ver Pablo Gerchunoff y Lucas Llach, *El ciclo de la ilusión y el desencanto*, BsAs, Ariel, 2003

²³ Mirta Lobato y Juan Suriano, *Atlas histórico. Nueva Historia Argentina*, Bs.As, Sudamericana 2000, pág. 397, 398.

²⁴ Pablo Gerchunoff y Damián Antunez, *De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo*, en *Los años peronistas*, Nueva Historia Argentina, BsAs, Sudamericana, TVIII, 2002, pág.197

²⁵ Mirta Lobato y Juan Suriano, obra cit., pág. 390.

²⁶ Mario Rapoport y Claudio Spiguel, *Estados Unidos y El peronismo, La política norteamericana en la Argentina:1949-1955*, BsAs, Grupo Editor Latinoamericano, Colección Estudios Internacionales, 1994, pág.10

²⁷ The New York Times, 27/8/1952, citado por el embajador Paz a Remorino, Washington, 29/8/1952, Informes políticos, embajada de Washington. En Mario Rapoport y Claudio Spiguel, *Estados Unidos y El peronismo, La política norteamericana en la Argentina:1949-1955, 1994*

²⁸ Carlos Escudé, *La ratificación argentina del TIAR en junio de 1950*, Rev. Todo es Historia, N° 257, junio de 1988, pág.10 citado por Mario Rapoport y Claudio Spiguel, obra cit. pág.97

²⁹ Maria Helena Rolim Capelato, *Estado Novo:Novas Historias*, en *Historiografia Brasileira em Perspectiva*, Brasil, 1998, Contexto, pág.183

³⁰ El artículo se refiere a 120 textos y entre ellos, los historiadores están en franca minoría entre los autores.

³¹ Ver Robert M. Levine, *Father of the Poor. Vargas and his era*, Cambridge, 1998

³² Boris Fausto, *Historia concisa de Brasil*, Argentina, Fondo De Cultura Económica, 2003, pág.174

³³ Lúcia Lippi Oliveira, "Apresentação"; Oliveira, Pimenta Velloso y Castro Gomes, *Estado Novo*, citado por Flavia Fiorucci, *¿Aliados o enemigos? Los intelectuales en los gobiernos de Vargas y Perón*, IUED, University of Geneva, EIAL (Estudios Interdisciplinarios de América Latina y El Caribe), vol. 15, n °2, julio-dic 2004.

³⁴ Los dos tipos de abordaje son señalados en el artículo citado *¿Aliados o enemigos? Los intelectuales en los gobiernos de Vargas y Perón*, de Flavia Fiorucci.

³⁵ Boris Fausto, *Historia concisa de Brasil*, obra cit., pág.191

³⁶ Maria Luisa Tucci Carneiro, *O Racismo na História do Brasil. Mito e Realidades*, Brasil, 1999, Ática, págs. 7 y 8

³⁷ Juan Carlos Torre, Elisa Pastoriza, *La democratización del bienestar*, en *Los años peronistas (1943-1955)*, Nueva Historia Argentina, BsAs, Sudamericana, TVIII, 2002, pág 310

³⁸ Ver Maria Helena Rolim Capelato, *Estado Novo:Novas Historias*, en *Historiografia Brasileira em Perspectiva*, Brasil, 1998, Contexto.

³⁹ Angela Castro Gomez, *A invencao do trabalhismo, 1996*. La autora mencional un conjunto de orientaciones innovadoras relacionadas y asociadas con la historia cultural.

⁴⁰ Flavia Fiorucci, *¿Aliados o enemigos?*, obra cit.

Capítulo VII: Los historiadores y las categorías sobre el populismo

7.1. Exploración de algunas categorías en distintos autores.

Algunas categorías muy usadas para tratar de explicar los populismos son corporativismo, fascismo, autoritarismo. Otras menos explícitas pero que sobrevuelan la interpretación del peronismo son su irracionalidad, como mito e ideología. Otro concepto utilizado para su análisis es el de su legitimidad y/o negación de legitimidad. No en todas las obras revisadas existen categorías definidas para el estudio de los populismos. En la obra señalada de Macor y Tcach (editores), no están explícitas en todos los trabajos, pero pueden rastrearse como implícitas. Aparecen especialmente desarrolladas en la obras de Di Tella y Devés. Éste último trabaja primordialmente con conceptos. De las categorías indicadas, se seleccionan de manera singular corporativismo y fascismo en las consideraciones de varios autores, ya que autoritarismo ha sido tratada especialmente en el capítulo IV.

Algunas de las categorías que han servido a veces para el análisis de los investigadores, se basan en un trasfondo de falsas antinomias, que caen en la tentación de observar la historia como si fuese un implacable escenario de opciones extremas. Suponen que la realidad invariablemente los lleva a elegir entre dos soluciones alternativas que se oponen dramáticamente. La Historia Argentina, como ejemplo, en gran parte ha sido tratada como la historia de los falsos dilemas.

Uno de ellos es suponer que todo lo anterior fue malo y que hay que refundar el país. Cada cinco o seis años queremos un país nuevo, una búsqueda de la identidad perdida en algún recodo del camino, una sociedad nueva que encuentre su destino atascado en etapas anteriores. Cada refundación viene con un dejo mesiánico que construirá la verdadera Argentina que “nos merecemos”. Presentado en términos reduccionistas y estrictos, el esquema resulta falso.

El “país ganadero y agricultor” fue opuesto a “país industrial”, ese anacronismo que desató verdaderas batallas, no tuvo en cuenta que el desarrollo y el progreso se dan en la sabia combinación de las actividades. La división tajante entre intereses de trabajadores y de patrones y las posiciones extremas de un lado y del otro, sumergen al país en luchas estériles. La elección totalizante entre lo público y lo privado, entre BsAs y el interior, entre globalización o regionalización. En cada una de las opciones extremas y la presión de tener que elegir entre ellas, se produce la negación de una

opción importante, que impide el desarrollo armónico. Alentar visiones reduccionistas es la forma más segura de frustrar a la nación, que es un concepto integrador y no pertenece a ninguna parcialidad.

7.2. Sobre las categorías de legitimidad y representación

En el período de 1930 al 43 no se habían dado gobiernos legitimados por una auténtica fuente democrática, ni hubo participación política de multitudes. Entre 1946 al 55 el peronismo intentó plasmar un régimen que diera respuesta moderna a estas postergaciones creándose las bases para un nuevo consenso en la Argentina. Esta tarea no pudo ser cumplida. En las formulaciones generales sobre legitimidad y participación, coincidían la gran mayoría de los argentinos y los factores de poder, pero la diversidad de interpretaciones y opiniones a medida que ellas se convertían en un contenido concreto a los programas, hicieron crecer las tensiones y los desacuerdos.

En la teoría del justicialismo la participación masiva en la política desempeña un papel central, de ninguna manera accesorio o extraño al conjunto. En la práctica del decenio peronista los trabajadores consideraron que en ese estado estaban representados, la evidencia al respecto es abrumadora. Si bien los aspectos autoritarios eran evidentes para antiperonistas, es una verdad indiscutible, que no altera la otra. Entre el 46 y 55 la participación de los estratos más bajos en el gobierno creció enormemente. Los sindicatos, con gran participación consultiva, crecieron en su número de miembros de 500.000 en 1946, a 3.000.000 en 1951 y cerca de 6.000.000 en 1952.

Lo mencionado no alcanza para garantizar una participación masiva integralmente democrática, pero el fenómeno debe ser analizado en el contexto histórico concreto, dado que la experiencia argentina previa a 1946 no ofrecía nada en materia de participación a las clases menos favorecidas del país. De allí un efecto psicológico perdurable y que puede ser fácilmente explicado. ¹

7.3. Sobre la categoría corporativismo

Uno de los motivos de inseguridad y tensión política está dado por la visión de lineamientos borrosos de la categoría corporativismo, tanto entre los actores de la época como en la historiografía.

Perón hablaba de una nueva forma de democracia, en la cual los sindicatos y otras organizaciones del pueblo habrían de ejercer el papel de los partidos y además administrar los medios de producción. En 1950, Perón dijo que se estaba en marcha hacia “el estado sindicalista”, considerando que los sindicatos eran más representativos que los partidos políticos. No estaba claro como podía armonizarse este supuesto con el concepto de democracia de partidos y con la Constitución.

“(…) La vaguedad del esbozo permitió que la oposición sospechase intenciones corporativistas, aunque esta concepción peronista no tenía como objetivo la anulación del sufragio universal como ocurría con los modelos corporativistas del nacionalismo restaurador”²

En la época peronista, el tema del corporativismo nunca fue discutido a fondo, y tal vez por ello fue un serio elemento irritante y perturbador en la comunicación política entre el peronismo y la oposición. La mayor ingenuidad del proyecto corporativista o su vago esbozo, estaba en la idea de que una democracia gremial podía evitar los problemas conexos a la lucha ideológica y a las luchas del partidismo; la falta de formulación precisa y el vacío temático en las declaraciones públicas, creaba un ambiente de temores en la oposición, sobre la estructura institucional- que por otra parte- siempre fue aceptada como legítima por Perón. Nadie podía ignorar el origen democrático del gobierno peronista, las elecciones de 1951 le dieron el 62,4% de los sufragios, pero la práctica gubernativa en cuanto a libertades cívicas y derechos de la oposición daba pie a justificadas críticas y preocupaciones. La tradición ideológica del nacionalismo populista y del sindicalismo hizo su síntesis en el peronismo y hacia 1950, la actividad conspirativa de la oposición era constante, los peronistas interpretaban sus medidas autoritarias como una defensa contra las acechanzas de los adversarios.

Para Torcuato Di Tella, a Perón lo había impresionado lo que observó en su visita a Italia, respecto a la organización de todo un pueblo dirigido hacia lo que parecía ser un objetivo nacional común y la aplicación de normas de seguridad social y de desarrollo para zonas atrasadas.

En el pensamiento de Perón, “el equivalente de corporativismo es el de comunidad organizada. En su versión pensada para un país en vías de desarrollo, el componente de intervención estatal en la creación de esos intereses es mayor que en la experiencia pluralista moderna europea, estadounidense o japonesa, porque la práctica de la participación en asociaciones representativas libres de excesivo faccionalismo es aún escasa y entonces la tutela del Estado es vista como necesaria”.³

Cuando Perón asume su cargo de Secretario de Trabajo y Previsión en diciembre de 1943, dijo: “La táctica del estado abstencionista era encontrarse ante ciudadanos aislados, desamparados y económicamente débiles. La contrapartida fue un sindicalismo anárquico, simple sociedad de resistencia, sin otra finalidad que la de oponer a la intransigencia patronal y a la indiferencia del Estado, una concentración de odios y resentimientos. (...) El ideal del estado no puede ser la carencia de asociaciones. Casi afirmaríamos que es todo lo contrario. Lo que sucede es que únicamente pueden ser eficaces (...) de tal manera que constituyan verdaderos agentes de enlace que lleven al estado las inquietudes del más lejano de sus afiliados y hagan llegar a éste, las inspiraciones de aquél.”⁴

Perón en su experiencia europea decía que había visto como los italianos construían su propia forma de “socialismo”. Según Di Tella, la palabra era un poco abusada y pasaba por alto muchos aspectos ligados a las libertades públicas. “Pero en esos mismos tiempos, los que desde otro hemisferio ideológico, llegaban a la Unión Soviética, no se revelaban mucho más críticos. La necesidad de crear, en aquellos años desesperados, era tan grande que incluso los esposos Webb (Sidney y Beatrice) sólidos ideólogos del más reformista laborismo inglés, creyeron entrever en la URSS las bases de una “nueva civilización”.

(...) El corporativismo brindaba un modelo de planificación social y representación de grupos ocupacionales o culturales muy aceptados en ambientes social-católicos”.⁵

En la búsqueda de antecedentes reales en la política nativa, Tulio Halperín Donghi expresa que a principios de siglo la fe cívica por la que luchaba el radicalismo debía ser complementada con tomas de posición frente a temas que obligaban a reconocer en los argentinos no solo a ciudadanos sino a actores sociales y económicos constituídos como tales a partir de afinidades de experiencias e intereses y agrega que uno de los secretos del éxito radical fue su capacidad de instrumentar en su ventaja esa dimensión de la experiencia colectiva que se negaba a

incorporar a su temática política”. Pero las transformaciones siguen avanzando y su resultado sería acortar cada vez más la distancia entre el terreno de la lucha cívica y el de los conflictos y acuerdos sociales.

El clima histórico de la época referida indica que existía en el mundo la necesidad de un cambio civilizatorio, que tenía que ver con la experiencia colectiva, con la organización y planificación de los intereses económicos y sociales y que esos acuerdos sociales y económicos no se definían ni reflejaban con suficiente precisión. Eran vividos como una necesidad, como un tiempo nuevo que debía abrirse paso, sin tener clarificadas ni las denominaciones ni sus contenidos.

En realidad, según estos autores y también de acuerdo a la investigación de Juan Carlos Torre, “no estaba en el cálculo político de Perón dirigir sus propuestas hacia la creación de un sistema corporativista. De hecho él habría de estar entre los primeros en darse cuenta, de que con el triunfo de los ejércitos aliados, llegaba el fin para las alternativas no democráticas al comunismo. Con esa convicción a comienzos del 45, encabezó el ajuste del régimen militar a los nuevos tiempos (...) en el plano interno (...) las libertades públicas fueron restablecidas, los partidos volvieron a la legalidad y se convocó a elecciones presidenciales para 1946⁶.”

Según Carlos Altamirano para Perón *-la preocupación por el ordenamiento de los grupos se conectaba con el de organización como principio obligatorio de la hora-* de este modo coincide con la interpretación de Di Tella en cuanto a que *el equivalente de corporativismo es el de comunidad organizada*. En esta concepción de lo social, las asociaciones profesionales asumían el papel de representar las partes, las funciones del organismo colectivo y el Estado que había abandonado la abstención, encarnaba el punto de vista de la totalidad.

Para Altamirano “la Constitución de 1949, fue la Constitución de la comunidad organizada, el orden de la Nueva Argentina. No era solo un instrumento para autorizar la reelección ni tampoco la reforma fascista que habían augurado los partidos de la oposición⁷.” No obstante, para este autor los partidos y los políticos, aparecían exteriores al organismo social. Esta “exterioridad” tenía una doble vía de rechazo, los políticos a incluir las novedades de la sociedad transformada, especialmente en términos económicos y una gran parte del organismo social a los políticos y partidos tradicionales.

“En verdad, en aquella etapa cambiaron muchas cosas, una fue el papel del estado, en consecuencia su importancia, otra la sociedad civil, que se complejizó paralelamente y se organizó más y más en corporaciones. Y otra la adecuación de la cultura política y social al compás de de esos mismos cambios”⁸.

La concepción corporativa de la sociedad, según se ha analizado en el trabajo, estaba en el pensamiento peronista y reemplazaba la concepción clasista que hasta entonces tenía la mayor parte del sindicalismo argentino. Perón se esforzó por diferenciarse del pensamiento de izquierda y opuso al concepto de lucha de clases el de armonía de clases, la colaboración entre capital y trabajo era el camino para el progreso social y lo expresaba su conductor señalando que buscaba superar el enfrentamiento de clases, suplantándola por un acuerdo justo entre obreros y patronos, al amparo de la justicia que emana del estado.

Además el peronismo, contextualizado dentro de los nacionalismos populares, se integró a la estructura de la cultura política global de la época a través de una identidad que concede gran importancia a la difusión de una conciencia nacional generalizada que brinde a los nuevos actores sociales una orientación común. En este sentido es un “nacionalismo de integración populista” que procura reunir a vastos sectores de la población bajo una nación “concebida con criterios modernos y constructivistas”⁹.

El peronismo siempre expresó mejor que otras fuerzas la relación entre política y corporaciones, mientras el radicalismo era un partido de ciudadanos, aquél era un partido de grupos y corporaciones, con un sentido muy fuerte del poder y capaz con tal de mantenerlo, de entrar en situaciones que otros, más principistas evitarían. Un partido que siempre apeló más a una relación directa entre el líder y la masa que a instrumentos de mediación más institucionales. Y conserva las características de los movimientos nacionales y populares de América Latina, a diferencia de la idea clásica más republicana de los partidos tradicionales de Occidente. El peronismo es un fenómeno particular que explica su prolongada supervivencia por su capacidad de adaptación a las circunstancias. Es un fenómeno perdurable pero a la vez mutante y en esas mutaciones están las razones de su perdurabilidad.

7.4. Sobre la categoría antifascismo identificada con antiperonismo

Los socialistas y comunistas fueron quienes imprimieron el tono de condenación a la candidatura de Perón, aludiendo a ella como la versión argentina de los movimientos totalitarios y nazifascistas. Los socialistas fueron los más virulentos opositores al gobierno peronista y desde sus comienzos la lectura que los dirigentes hicieron del peronismo, concibiéndolo como la versión argentina de los movimientos totalitarios de la Europa de entreguerras, fue determinante para la configuración conceptual de una tradición antiperonista que se consolidó tras el derrocamiento de Perón en 1955. En el marco de la campaña electoral, también en febrero de 1946, el socialista Nicolás Repetto en un discurso pronunciado frente a la Casa del Pueblo denunció a Perón como el instrumento del nazi-fascismo en la Argentina con estas palabras:

“Ya posee el país una “Orden de los descamisados”, fundada por un coronel [...] Esta “Orden” no es una creación accidental no carece de relación con las tendencias fascistas del gobierno militar; ha sido instituida para crear el clima de violencia y desasosiego social que reina en todo el país y la ejecutora material de todas las amenazas y agresiones de que son objeto las asambleas democráticas. Ninguna originalidad es estos recursos de la violencia; son la repetición casi servil de lo que ha ocurrido en Italia y Alemania”.¹⁰

Por ello es que Juan Carlos Torre expresa que “Para quienes contemplaban la coyuntura argentina a partir de las claves provistas por el escenario internacional, de la causa de la democracia con sus enemigos de entonces, la transición desde el antifascismo al antiperonismo habría de ser un proceso casi natural e inevitable”.¹¹

Mientras la Unión Democrática destacaba las virtudes de la democracia liberal republicana y de su valor fundante, la libertad, Perón presentó un proyecto democrático asociado al valor igualdad. Las fuentes de ese proyecto estuvieron dadas por su experiencia en la Secretaría de Trabajo y Previsión, la Doctrina Social de la Iglesia y el ideario de FORJA. En este sentido resultaban interesantes las afirmaciones de los forjistas en relación a la democracia:

“FORJA ratifica su fe en que la democracia es el único régimen político que asegura la paz, la dignidad humana y el progreso de los pueblos: en consecuencia repudia todos los imperialismos y no acepta la intromisión en nuestras instituciones nacionales de los extremismos de derecha o de izquierda, que son incompatibles con la idiosincrasia del pueblo argentino y que pretenden servir a intereses políticos extraños a la argentinidad”¹². Estas palabras alejan al pensamiento nacionalista popular de los fascismos.

En las diversas lecturas antiperonistas, aquellas que asociaban al peronismo con el nazi-fascismo, en tiempos de contiendas y disputas por la supremacía, entre las élites políticas y la dirección de un campo intelectual con significación para el debate público del poder político, eran muchas las voces que atribuían al peronismo la limitación y el estrangulamiento de los espacios de expresión de la disidencia como un rasgo propio de un régimen que abrigaba aspiraciones de carácter totalitario. Esas lecturas poco ayudaban en todo caso a percibir que los sucesivos gobiernos de Perón intentaron preservar de una u otra manera, ciertas facetas legales y legitimadoras de una pluralidad política. Por ejemplo se conservaron las instituciones republicanas, el Congreso y el Poder Judicial no dejaron de funcionar. Se celebraron las elecciones nacionales, provinciales y municipales, fue elegido presidente dos veces seguidas mediante elecciones libres y en las que participaron partidos que estaban en la oposición. La oposición conservó, al menos y en las peores circunstancias un 30% del electorado nacional, tampoco fue el peronismo un régimen de partido único. En ese sentido, los antiperonistas representaban una opción alternativa de poder, tenían legitimidad política para competir con el gobierno¹³.

La alianza de las fuerzas políticas contrarias a Perón, respondía a pautas de entendimiento que estaban en las opciones políticas del espectro partidario argentino, ensayadas además desde la década precedente (los acuerdos electorales se habían ensayado a lo largo de la década del 30 y hasta los momentos previos de la revolución del 43), y no ajenas al influjo del debate europeo en la política local. De cara a las elecciones de febrero de 1946, creyeron que la defensa de los valores institucionales de un liberalismo democrático era argumento suficiente y garantía de apoyo electoral para triunfar en los comicios.

“La aparente obviedad de un fenómeno de ruptura con el pasado y novedoso en fórmulas de relación del estado con la sociedad-como fue el advenimiento del peronismo-concentró los estudios en el fenómeno peronista, pero apenas explicaron porque los partidos tradicionales de la Argentina no se plantearon alternativas a soluciones de connivencia política que por entonces creían las mas acertadas para una salida democrática y consensuada de un gobierno provisional y no legitimado mediante elecciones”¹⁴

“El dilema entre democracia liberal y nazi fascismo condicionaría el equilibrio de la coalición oficialista y las relaciones del gobierno con la oposición, pero sobre todo dividiría a la Argentina en dos polos político-ideológicos irreconciliables”¹⁵.

El momento histórico se presentaba crucial para definir los términos sobre los que se asentaría la unidad de los antifascistas en una coalición política. Recuperar los símbolos unificadores de una tradición liberal interrumpida en los años 30; era ese el núcleo del problema. Así asociaron su movilización con el pronunciamiento de mayo de 1810, se apropiaron de los elementos simbólicos de la historia nacional para hacer de sus alianzas las herederas de un pasado legítimo del país enraizado en la tradición liberal, con un frente liberal y democrático. El tema central del debate era el dilema fascismo-democracia.

Existe una gama de interpretaciones que ubican al populismo como prefigurado en viejas ideas reaccionarias del pensamiento de derecha europeo y en esa conclusión que asimila al populismo a la ideología de derecha europea, confluyen pensadores de ideología liberal como de izquierda. Muchos autores tradicionales identificaron al peronismo con una versión argentina de fascismo¹⁶ como vimos antes. (Sebreli, Marini, Furtado,). Lo importante es dilucidar si esa procedencia es la filiación genética natural que aparece en América como deudora de una u otras corrientes del pensamiento europeo o si la relación es a nivel estructural; ¿queremos decir que se parece, que es un traslado, o que tomó algunas ideas? Porque cada una de estas propuestas implica un análisis y una respuesta distinta. Calificar a los movimientos populistas tratando de identificarlos con las ideologías europeas sería una conclusión forzada. En realidad es una ideología atípica en relación a las macroideologías reconocidas, y por ello la necesidad de explorar la relación genética y estructural que los populismos latinoamericanos mantienen con ellas en un análisis más variado y múltiple, sin reducirlos a una identificación simplista con las

ideologías europeas. Este tipo de ideologías atípicas complejas, para ser explicadas necesitan de un esfuerzo teórico de la historia, tanto como de un análisis estructural de tiempo y espacio y también recibir el aporte de otras áreas del conocimiento (sociología, politología,) para explicarlas más específicamente en los procesos históricos regionales o nacionales¹⁷

7.5. La extrema facciosidad. Tendencia a exacerbar la subjetividad del autor y la sobredimensión emocional.

La intensidad de la lucha entre ambos bandos situados en la fractura política de peronismo y antiperonismo, era la misma hostilidad que enfrentó a radicales y conservadores en tiempos de Yrigoyen. En realidad el conflicto se presenta en la apertura del sistema político y la institucionalización de las realidades propias de una sociedad industrial y transformada, que estuvo atravesada por profundos desgarramientos del consenso nacional. La extrema facciosidad que caracterizó a las luchas políticas tuvo un desenlace previsible: la gestación de una recurrente crisis de legitimidad que incidió en la construcción de una comunidad política más democrática y más igualitaria. El peronismo fue como señala Altamirano en el lenguaje de Tocqueville, *la pasión dominante*, tanto para sus opositores como para sus seguidores.

Acercas de la ideología del populismo hay una gama de interpretaciones que pone de manifiesto la subjetividad de cada autor, su gusto o su disgusto, su deseo de que los populismos desaparezcan considerados como “el mal latinoamericano”. Si se revisa la bibliografía sobre el tema se observa que esta tendencia no es novedosa y que hasta hoy se puede detectar en publicaciones académicas y de divulgación. La consideración del “monstruo del populismo” puede rastrearse sin dificultad: desde un “fantástico mundo apocalíptico” o el populismo como “ideología de reformistas vergonzantes”¹⁸, desde la década del 70 hasta hoy.

En el caso del peronismo, puede afirmarse junto a María Estela Spinelli que: “En la nutrida coalición antiperonista que sumaba día a día nuevos adeptos, (...) la imagen de Perón resultaba absolutamente intolerable. Su persona había sido demonizada”.

Resultaba acusado de reunir, no solo la responsabilidad personal sobre los más diversos crímenes y delitos de toda índole, sino el más completo cuadro de vicios,

perversiones y defectos. Este componente irracional, que tuvo por resultado la deshumanización del personaje se perpetuó a través del tiempo como un rasgo propio del antiperonismo y se hizo extensivo a los peronistas en general.

Sería interesante cambiar el ángulo de observación y entonces la pregunta sería: ¿es un análisis racional en la historiografía pretender que un fenómeno histórico que se mantiene (con todas sus transformaciones) a través de una larga duración, se considere “un mal histórico” y que se explique solamente por razones míticas, por las creencias de la gente, por la ignorancia, cuando tiene un piso histórico de caudal electoral, - por ejemplo en el peronismo - de un 40% histórico? ¿Se explica por una relación de “encantamiento” al decir de ciertos periodistas de opinión?

Históricamente ¿había algún camino para salir del antagonismo, para controlar y gobernar la hostilidad política? Los signos de preocupación por hallar reglas de convivencia cívica aparecieron y se eclipsaron una y otra vez desde 1952. Pero si había algún camino, acaso por la sobredimensión emocional, los protagonistas no sabrían encontrarlo.

“Perón debiera ser aceptado tal como era, la suma de sus partes, y no como un idealizado epítome del bien o del mal”¹⁹ Lo que aparecía frente a la oposición era una nueva realidad de la que había que tomar cuenta y de no ser así contar con la posibilidad de que el peronismo no resultara un hecho transitorio sino una identidad política duradera. Lo que después de 1955 dividirá a los antiperonistas, a veces violentamente, será la cuestión de cómo integrar esa nueva realidad colectiva, sin mantener vigente el peronismo.

Desde la perspectiva actual de los nuevos estudios sobre populismos, el fenómeno trata de ser analizado en el contexto histórico concreto: en el caso argentino la experiencia anterior al 46 no podía ofrecer nada que fuera más motivante en materia de participación a las clases menos favorecidas del país, las que ya venían mostrando desde la década del 30 su desencanto con opciones “revolucionarias” de izquierda y su creciente preferencia por estrategias reformistas. Lo mismo puede decirse del gobierno de Vargas. Por ello el efecto duradero y de ninguna manera inexplicable de los populismos.

*Estamos dispuestos a admitir que el Estado de Bienestar capitalista es lo mejor que podemos esperar.*²⁰ Este pensamiento del filósofo estadounidense Richard Rorty, hace gala de un pragmatismo logrado con mucho esfuerzo y reflexión sobre la

realidad social y política de su país y de otros. Desde esta consideración actual, se dispara la reflexión sobre los gobiernos latinoamericanos que trataron de instaurar el estado de bienestar en sus países y a los que se ha generalizado como “populistas”. No lo inventaron. Fue una alternativa que se difundió por el mundo ante la crisis mundial más reconocida de la historia, que transcurre entre 1929 y al menos hasta la década del 40, y que se utilizó como opción para superar la problemática social desencadenada.

Nadie duda que los cambios en el contexto internacional condicionen fuertemente las opciones de desarrollo de América Latina. Es así que la mayoría de los países latinoamericanos, al igual que en la economía europea de posguerra, pusieron en marcha políticas económicas y sociales fácilmente reconocibles dentro del marco del Estado regulador y planificador en la economía y de bienestar en lo social. Sin embargo las respuestas concretas que los distintos países fueron dando a los desafíos impuestos por la crisis, dependieron del grado diferencial de exposición al shock externo y el variable monto de recursos potenciales para reaccionar a su impacto.

Otra regularidad que puede detectarse en países de la región, es que contrariamente a lo que ocurrió en países desarrollados, la intervención estatal se profundizó verticalmente en la hondura de las reformas y horizontalmente en un tiempo nunca acotado en límites previsibles. Al llegar a los extremos de lo admisible y por los cambios ocurridos en el mundo, desregulación y destrucción del estado de bienestar se realizaron con el mismo criterio: profundidad sin razonabilidad y sin límites. Estas formas de hacer tienen que ver más con las polarizaciones radicales que pueden rastrearse en la historia latinoamericana, que con una característica propia de los gobiernos llamados populistas.

Los populismos, tuvieron los apoyos sociales y capacidades institucionales para implementar dichas políticas y neutralizar a quienes se oponían a ellas. Sin embargo hay que decir también que aquellas reformas estructurales como las políticas de sustitución de importaciones y de promoción del crecimiento por medio de la acción estatal, pasaron a ser *propias de su tiempo* en las décadas del 30 y 40 y hasta mediados del 50. Durante esos años la existencia de empresas públicas y la protección y subsidios a la industria no constituyeron criterios que permitieran distinguir entre gobiernos de distinto signo político - ideológico porque en materia de instituciones económicas los liberales, populistas y desarrollistas compartían un mismo consenso.

Por ello, un cambio de enfoque sobre el populismo, trae además la ventaja analítica de centrarse en la actitud *sobre todo pragmática* que dictó las reformas estructurales. La expresión de Torcuato Di Tella sobre que los populismos son el único vehículo de reforma o revolución en América Latina, dicho hace muchos años, tiene que ver con lo que hoy explica el sociólogo Juan Carlos Torres, marcando una diferencia crucial entre esta ideología atípica y las macroideologías: (...) *en verdad, lo que marca la diferencia crucial desde el punto de vista político es que puede abandonar las banderas desarrollistas y distribucionistas sin perder el respaldo de sus partidarios. (...) logra mantener el capital político necesario para legitimar sus nuevas opciones políticas*²¹.

Mantener los apoyos sociales, la agregación política con el respaldo más estable y duradero de fuertes alianzas sectoriales y las capacidades institucionales, son los desafíos que los populismos han manejado con mayor habilidad que otras opciones políticas y que le han dado su impronta. Pero sin duda habrá que aceptar que la permanencia del populismo y su sobrevivencia se encuentra en los intereses materiales, ya que *fue agente de un beneficio material y de inclusión social para amplios sectores de la población*, más que en los mitos tejidos alrededor de sus líderes, y en el manejo de símbolos y retórica.

En el caso del peronismo lo que más desorienta a investigadores y no investigadores- a muchos los enoja y los deja perplejos- es esta permanencia forjada en su capacidad de transformarse, su mutabilidad, su capacidad de resucitar como una dura realidad que se impone a todos los vaticinios e intentos discursivos de destrucción.

El populismo está inserto dentro de la teoría de la historiografía en la larga discusión que intenta conciliar la libertad con la igualdad. Y en la larga duración de la historia, con el trasfondo del fin de la “república posible” para abrir la etapa de construcción de la “república verdadera”, que debía ofrecer a la vez libertad e igualdad en una fórmula política eficaz y verdadera, derrotero que transcurre sin optimismos fáciles ni certezas.

Notas

¹ ver Buchrucker, Cristian, *Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial.(1927-1955)*, BsAs Sudamericana,1987

² Ibidem, pág. 371

³ Torcuato Di Tella, *Historia social de la argentina contemporánea*, BsAs, Troquel, 1998, pág. 281

⁴ Citado en Torcuato Di Tella, Ibidem, pág.281

⁵ Ibidem, pág. 278

⁶ Juan Carlos Torre, *Introducción a los años peronistas*, en *Los años peronistas (1943-1955)*, sAs, Sudamericana, 2002, pág.27

⁷ Carlos Altamirano, *Ideologías políticas y debate cívico*, en *Los años peronistas*, Nueva Historia Argentina, BsAs, Sudamericana, TVIII, 2002, pág.236

⁸ Carlos Strasser, *Democracia y desigualdad. Sobre la democracia real a fines del siglo XX*. BsAs, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y Agencia Sueca de desarrollo Internacional (ASDI), 2000, pág.73

⁹ Ver Cristian Buchrucker, *Temas antidemocráticos e identidad nacional en la cultura política del cono sur. Un panorama comparativo de seis trayectorias históricas del siglo XX*, en *Estudios Sociales* 27, Rev. univ. semestral, año XIV, Santa Fe, Univ. Nac. del Litoral, segundo semestre, 2004, pág.75 y Anthony Smith, *La Identidad Nacional*, Col. Ecúmene, España, 1997, pág.73.

¹⁰ Spinelli, María Estela, *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la revolución libertadora*, BsAs, Biblos, 2005, pág.149, (la autora investiga dirigentes, partidos y gobiernos)

¹¹ Juan Carlos Torre, *Introducción a los años peronistas*, en *Los años peronistas (1943-1955)*, BsAs, Sudamericana, 2002, pág.29

¹² Cristian Buchrucker, *Nacionalismo y Peronismo. Obra cit.* 1987, pág.269

¹³ Ver Marcela García Sebastiani, *Los antiperonistas en la Argentina peronista*, (1943-1951), BsAs, Prometeo, 2005.

¹⁴ Ibidem, pág.16

¹⁵ Tulio Halperin Donghi, *La República imposible*, (1930-1945), Ariel. BsAs, 2004

¹⁶ José Luis Romero, *Las ideas políticas en la Argentina*, 1956, cit. por Darío Macor y Cesar Tcach, *el enigma peronista*, en *La invención del peronismo en el interior del país*, obra citada, donde marcan también la evolución de Romero que posteriormente toma distancia de la categoría de fascismo, pero sin abandonarla del todo.

¹⁷ ver Cristian Buchrucker, *Historia de las ideologías y politología*, en *Todo es Historia*, n°236, año XIX, enero, 1987, pag 71-77

¹⁸ Donald MacRae, *El Populismo como ideología*, en Ionescu y Gellner (comp.) *Populismo*, BsAs, Amorrortu, 1969

José Isaacson, *Populismo y cultura dependiente*, en Bayer y otros, *El Populismo en la Argentina*, BsAs, Plus Ultra, 1974

¹⁹ Entrevista a Joseph Page, en *Diario La Nación*, 21 de octubre 2004, autor de *Perón*, 2 tomos, 1984

²⁰ Richard Rorty, *Pragmatismo y Política*, Barcelona, Paidós, 1998

²¹ Juan Carlos Torre, *El proceso político de las reformas económicas en América Latina*, BsAs, Paidós, 1998, pág.47

CONCLUSIONES

Sobre la historiografía y la teoría de la historia

Algunos historiadores en la década del 90, exponen una preocupación que se hace cada vez más evidente: la insuficiencia de las herramientas conceptuales en el desarrollo historiográfico y la necesidad de elaborarlas. Esta década marca un retorno crítico de los historiadores sobre su labor, sus procedimientos y sus convicciones. Es una nueva etapa de reflexión sustentada en la necesidad de constituir una teoría del conocimiento de la historia o teoría de la historiografía, basada en los propios métodos disciplinarios, que discuta nuevas categorías y criterios históricos. La historiografía tiene la responsabilidad de aportar la “vigilancia epistemológica”, junto al pensamiento crítico y la observancia ética.

Si la historiografía no da a luz los hechos ni puede modificarlos, se observa que es indispensable la travesía de la abstracción para que cierta certeza o ciencia surja del trabajo historiográfico. La ciencia depende de la razón y la observación, pero a la luz de una teoría. Una de las características propias de la investigación enraizada en la historia, será la habilidad para pensar en términos abstractos, sin esta condición, el pensamiento sobre la disciplina se seguirá creando en otros ámbitos. La historiografía y el pensamiento teórico han ido por caminos diferentes, por lo cual la actividad historiográfica se desarrolló siempre en dependencia de la producción exógena, a pesar de las intenciones de construir un auténtico pensamiento teórico histórico.

Los historiadores se encuentran preocupados por la transformación que se produce en el panorama histórico y piensan que se hace necesario redefinir los supuestos y objetivos de la historiografía para adaptarlos al actual contexto. La preocupación se refiere a la importación de teorías realizadas fuera de la disciplina y aceptadas acríticamente por algunos investigadores y narradores y por su uso tanto en el ámbito académico como en la divulgación.

La teoría de la historiografía en esta época probablemente tendrá como función pronunciarse nuevamente acerca de qué es lo histórico y su método, precisando la naturaleza del objeto de estudio. Se propone entonces una sistematización de otra forma de quehacer historiográfico. Un pensamiento disciplinar de los historiadores, de corte epistemológico y ejercicio académico que

permita la relación con todas las ciencias, es decir la universalidad, pero desde los fundamentos del propio quehacer.

El historiador del futuro, según las deliberaciones de esta época, probablemente reflexionará mucho más sobre metodología, historiografía y teoría de la historia, lo cual no quiere decir que todos y cada uno de los historiadores han de dedicarse a la reflexión historiográfica, sino que un alto nivel de “conocimiento no basado en fuentes” decidirá, cada vez más, la calidad del trabajo histórico con base empírica, superando según Halperin Donghi “la indagación erudita ciega e insaciable apartada de toda consideración de fundamentos teóricos para la historia”.

La teoría general se enriquece con los datos específicos, pero es indispensable para guiar la investigación histórica. Estas reflexiones resumen aspectos de la teoría de la historia en la que están de acuerdo los investigadores analizados en este trabajo.

Dos líneas directrices en el pensamiento de la década del 90

En la década del 90 se pueden observar dos líneas historiográficas: una es la influencia de las tendencias irracionalistas y de valoración mítica, de las teorías de la representación y la atomización de la historia en función del descreimiento de los grandes relatos. Otra tendencia es la que crece como reacción a ella, liderada por varios historiadores que defienden la existencia del mundo real como tal y de la racionalidad. Estos últimos no creen en “una reproducción ilusoria de la realidad” sino en descifrarla hasta donde sea posible, y tomar conciencia de ella.

La historia como disciplina ha pagado en las últimas décadas, un costo muy alto por la dependencia de ciertas corrientes del pensamiento posmoderno. Es por ello que historiadores del 90 piden que se fijen criterios por los cuales se incorpore el pensamiento posmoderno, expresando que “la objetividad de la historia pasa por privilegiar el consenso de la profesión en torno a un conjunto de criterios racionalmente defendibles”. Ello supone la introducción de dos categorías: análisis racional y referente real, para evitar ciertas limitaciones en la escritura de la historia que se pueden identificar con algunos criterios citados como *la relativización radical, la hiperespecialización estéril, la comercialización-consumista, la ideologización, el catastrofismo y la evasión*.¹

Una propuesta es elegir nuevos núcleos centrales en torno a los cuales organizar un conjunto de pensamiento histórico y que esos núcleos se conviertan en categorías para investigar el pasado, como herramientas indispensables para un conocimiento riguroso. Se trata del abordaje de los estudios historiográficos con criterios de conceptualización teórica. En el desarrollo del trabajo se mencionan algunos conceptos seleccionados para un replanteo teórico - que sin ser novedosos en el debate historiográfico - se abordan en esta década renovados y polémicos: *la demitificación* de la historia llamada tradicional y de la nueva, la pérdida y recuperación de la *racionalidad* versus visiones irracionalistas y las controversias acerca del *juicio de realidad* en la historia. El análisis de la historia y de la historiografía necesita de una nueva discusión sobre el mundo real como objeto y campo específico de la historia, en la demitificación como propósito y objetivo disciplinar y el rescate de la racionalidad o razonabilidad, para la explicación de los problemas reales de las sociedades del presente y del pasado.

La década de los 90 fue consolidando una importante corriente demitificadora de la historia tradicional en historiadores europeos, lo que lógicamente influyó en el ámbito latinoamericano y obviamente en el argentino. En ese recorrido de la historiografía se identificaron los mitos que la alimentaron en el transcurso del tiempo. El historiador que recorre ese camino, debe ser sumamente cuidadoso para evitar que el tratamiento demitificador termine apoyando la creación de nuevos mitos.

Demitificar la historia significa método y alejarse de la interpretación facciosa y emocional. La historiografía argentina como consecuencia de la formación intelectual y de las preferencias ideológicas – políticas, muchas veces ha propuesto y propone versiones fuertemente mitológicas, como lo expresa- entre otros investigadores- Halperin Donghi, en su obra *Obsesiones Retrospectivas*. Particularmente en la región latinoamericana, la propensión a adherir a explicaciones míticas es singularmente atractiva, sin que muchas veces se tenga en cuenta que la transformación no viene por el mito, sino por un sentido fuerte de la realidad. El triunfo y la proyección de la historia mítica, se produce por una insuficiencia de un análisis más profundo, que a veces pone el acento en lo más irrelevante, sin diferenciar lo anecdótico de lo importante de modo que se aparta a la historiografía de los grandes problemas.

Tal como ya dijera Eric Hobsbawm, se ha puesto de moda negar que la realidad objetiva sea accesible pero en general, los historiadores creen que sin la distinción entre lo que es y lo que no es, no puede haber historia. Cómo se reúnen e interpretan los datos verificables (que pueden incluir no solo lo que pasó, sino lo que la gente pensó de ello), es otra cosa. El relativismo no vale en la historia más de lo que vale ante los tribunales de justicia. La comprobación en historia, se parece mucho a los procedimientos del Derecho. Los juicios verdaderos no son verdaderos a causa de las convenciones humanas, sino porque la representación mental correcta de un objeto corresponde, en niveles variables de profundidad, a las características verdaderas, al mismo nivel, del objeto representado. Como resultado de observaciones y cálculos previos, el hombre es capaz de desempeñar un número interminable de operaciones que implican una certidumbre objetiva. Como expresó Helio Jaguaribe, la verdad es una cualidad del juicio correcto.

. ¿De qué realismo se trata? Para la historia, se trata de recuperar el realismo del sentido común con instrumentos científicos, frente a las pretensiones absolutas de determinadas escuelas que identificaron realismo con dato o de los que pretenden que realidad es igual a percepción.

La coexistencia de perspectivas plurales en el campo histórico y el reconocimiento de la diversidad implícita en la constitución de la sociedad, ha llevado en sus extremos a discutir la concepción tradicional sobre “lo real”, lo que ha generado una visión que confunde “diverso” con “otra realidad” y su posible comprensión.

La realidad tiene una existencia objetiva, que se halla independiente de nuestra concepción sobre ella. La ciencia progresa a medida que obtiene una representación más cercana de la realidad, que nunca es perfecta. Por otra parte tener una concepción realista de la historia significa tener en cuenta las limitaciones que las condiciones externas ponen a las tendencias utópicas. El juicio de realidad se manifiesta en diagnósticos precisos y lúcidos de la problemática abordada y en las soluciones posibles en cada situación.

En la década del 90 se detecta una preocupación entre los historiadores por el rescate de la racionalidad, pero con los cambios propios de la época. Se puede decir que se fortalece la idea de rescatar la cordura, el buen sentido, el trato inteligente con

la realidad. El rescate de la razón como tarea abarcadora, concreta, histórica y vital. Un pensamiento renovado en esta década nos dice que aún hoy el mundo sufre, no por exceso, sino por un dramático déficit de racionalidad. Se ha vuelto a plantear el antagonismo en términos de irracionalidad y racionalidad. En el rescate de este pensamiento, se recuerda especialmente, que si hubo ruptura con el pasado mítico, fue por la reflexión ilustrada y su herencia fundamental sigue siendo que hay un modo razonable de razonar, con los pies sobre la tierra, con sentido común. “La humanidad no puede permitirse el lujo de hacer tabla rasa de la modernidad y la Ilustración. Cuando se cae en la tentación del borrón y la cuenta nueva, es imprescindible una historia que, desde una racionalidad crítica y autocrítica, analice el pasado (...)”²

Nadie sugiere que la historia se realice de acuerdo a planes racionales. Aquí se trata de la historiografía cuando da explicaciones sobre la situación de una época: esas explicaciones se convierten en interesantes en un contexto teórico y si contienen referencias a algún motivo sistemático. No son racionales cuando se trabaja sobre experiencias políticas que afectan los supuestos de alguna ideología o de alguna escuela historiográfica y que cuando el investigador no las ve cumplidas, hace una crítica general contra la razón como fundamento de la validez de la crítica y ésta se hace total. Lo dicho se convierte en un tema central: La desilusión de una escuela no es equivalente con “el desastre” de “la razón”. Si el hombre destruye definitivamente su confianza en la razón, si cree que la realidad comienza de cero y fundamentada en la irracionalidad, ¿cuál es el destino de la historia y de la historiografía? Queda en pie el escepticismo frente a la razón, porque “es la razón misma la que se hace sospechosa de una fatal confusión entre razón y poder”.

Ya se expresó sobre el tema que la racionalidad debe ser estudiada como un problema unido a la realidad de las relaciones de poder y de los hombres en general, juntamente con el análisis de los ideales y su realización política. Cuando se niega la realidad tal como es y se pretende guiarse por elucubraciones míticas, ideales o utópicas para el análisis de la misma, se cae en irracionalidad. Y los resultados son producto de esa irracionalidad que se sustenta en la falta de coherencia entre lo que creemos, pensamos, decimos, escribimos y la realidad de los hechos concretos.

A causa de ciertas fundamentaciones simplificadoras, no se hace justicia al contenido racional de la modernidad cultural, cuestión expresada por Habermas cuando dice que la dinámica teórica que impulsa una y otra vez a las ciencias, y a la

autoreflexión sobre la ciencia y a los fundamentos universalistas del derecho y de la moral que también se han encarnado en las instituciones de los estados constitucionales modernos y en los modos de formación democrática de la voluntad colectiva, está emancipada de los imperativos de la actividad racional con arreglo a fines.

Cuando se llega a la crítica general contra la razón, se puede terminar entregado al poder irracional de la creencia, y constituir a ésta como un verdadero poder con las consecuencias que pueden inferirse fácilmente. Desvanecer los límites entre realidad y ficción es un problema teórico fundamental que afecta a la historiografía porque atacan su objeto disciplinar y la identificación de razón y poder, porque destruye la capacidad crítica de la razón. Fundamentalmente las visiones míticas, fantosmas y construidas lejos de la realidad, se apoyan en un desarrollo extremo de las posiciones críticas, lo que produce una dificultad constante para construir el futuro.

Algunas voces de investigadores se problematizan el papel de los intelectuales que creen que su función es la crítica radical y para ello hacen uso y abuso de la historia. En las reflexiones de Richard Rorty y Alain Touraine, el papel de los intelectuales disminuye en cuanto a su influencia positiva en las sociedades cuando defienden una crítica extrema y autodestructiva que no permite construir el futuro y distorsiona el pasado.

El camino que la historia recorre hoy, es el que considera el método no solo como conjunto de procedimientos sino como un modo de pensar y de percibir el mundo que puede enriquecer la investigación. Si el propósito del investigador es lograr una nueva comprensión y expresarla teóricamente entonces son aconsejables métodos de construcción de teoría. Los esfuerzos por dar prioridad a la metodología, la historiografía y la teoría de la historia chocan con la falta de formación -cuando no de interés, - de una parte de los historiadores profesionales, y en ocasiones, con una desvalorización de este tipo de trabajos de investigación.

Esa reflexión teórica debe recuperar el mundo real como objeto de la historia y el estudio de las conscientes elecciones de los individuos y los grupos (Paolo Macry) por sobre las estructuras mentales, culturales y ambientales. Éstas son parte de la historia, pero a veces han tratado de convertirse en un todo exacerbando el sustento cultural simbólico, idealizando los aspectos sociales,

confundiendo mito y realidad o estableciendo diferencias tan ambiguas que en realidad no marcan disimilitud.

El presente estudio ha acumulado un considerable acervo de información de los que pueden deducirse conclusiones significativas acerca de procesos o tendencias en la historiografía. Puede decirse que la nueva perspectiva histórica de la investigación en ésta década, si desvía su atención de los hechos impulsados por la acción humana intencional, no es para enfocar en estructuras culturales sino más bien para completar la acción humana con las cambiantes constelaciones de factores que condicionan esa acción y sus interconexiones sistemáticas. Por ello hace falta un camino que emplee nuevas construcciones teóricas como medio de interpretaciones históricas³.

De este modo una línea de investigación realmente nueva ha de responder a los graves desafíos a los que se enfrenta la historia profesional en este momento, con una carga teórica e historiográfica mayor que las simples propuestas de temas y enfoques de investigación, que son insuficientes y, a medio plazo frustrantes, porque lo que necesitamos hoy es más bien “macrohistoria”, “interpretación global” y “re-síntesis”, pero dejando claro que- “la ciencia no ha abandonado sus bases de partida materiales, realistas”.

Categorías, controversias y dilemas

Para señalar las controversias, los dilemas y los conceptos usados en la historiografía del 90, se ha explorado una selección de publicaciones de historiadores argentinos y brasileños, teniendo en cuenta especialmente las obras que se han dedicado de manera singular a la teoría de la historia.

Se investigó -siguiendo el mismo hilo conductor- cuáles fueron los conceptos generales y específicos aplicados al estudio de los populismos, especialmente peronismo y varguismo en la década del 90, comparativamente con los usuales de épocas anteriores. Los autores han fijado su atención en la influencia de los factores tradicionales de mediana duración, utilizando nuevas categorías de análisis que relacionan esos factores con el sujeto, la decisión política y la situación histórica dada.

Se puede decir que el dilema actual es constituir categorías para nuevas visiones globales implícitas o explícitas que reemplacen a las que perdieron su eficacia. Esta problemática se presentó cuando cierta historiografía abandonó un núcleo de temas y problemas capaces de conservarle una mínima coherencia y perdió así la posibilidad de dar cuenta del cambio social a través de una historia más abarcadora.

La conclusión a que se ha llegado en este trabajo- sobre una selección de estudios historiográficos de la década del 90 -es que se hace presente la necesidad de que los historiadores además de construir teoría sobre su quehacer; discutan nuevas categorías universales y específicas para los estudios históricos. Aparecen como ejemplos los intentos de construir paradigmas en dos obras de pensamiento filosófico y político que tienen un interés especial en cuanto buscan la relación entre sus planteos y las cuestiones teóricas que preocupan a los historiadores. Esos autores quieren establecer la relación del desarrollo de las ideas y la historia en el ámbito latinoamericano, uno de ellos plantea la oposición entre corriente identitaria y modernizadora, el otro utiliza las conocidas categorías de progreso y decadencia. Aparece finalmente el paradigma utilizado por el historiador Ciro Flamarión Cardoso que recurre para el análisis histórico contemporáneo, a la oposición de la tradición iluminista y el paradigma posmoderno.

Entre otras obras analizadas, Cornblit realiza un repaso de algunos de los debates historiográficos previos al siglo XX, donde han surgido recurrentemente algunas cuestiones teóricas como el conocimiento de hechos singulares frente a la posibilidad de captar conocimiento universal, o si el historiador puede desprenderse de los datos documentales y elevarse a conclusiones más amplias o sobre el establecimiento de conexiones causales entre hechos, o el de la relación entre la asunción de determinadas posiciones filosóficas respecto de la sociedad y su historia y posiciones políticas específicas.

Se puede concluir que la historia plantea dos tipos de conocimiento: por un lado el que clasifica las conjeturas de los fenómenos reduciéndolos a leyes y por otro un conocimiento que presta atención a cada caso, que trabaja sobre indicios. El primero se mueve por abstracciones y la ciencia como certeza, nace de la abstracción. El segundo analiza individuos específicos, situaciones empíricas, se mueve por casos concretos y por lo tanto infinitamente variables. Es un conocimiento

incierto si no se complementa con un trabajo teórico de sustentación. En la alternativa entre general y particular se recoge buena parte del debate historiográfico tradicional y contemporáneo.

Retomando ese debate se puede decir que el juicio histórico no es una simple intuición de un hecho o la aprehensión de un dato; es un juicio con un predicado-lo que se dice de alguien o algo- y esto involucra un concepto que esta presente en el espíritu de la persona que hace el juicio como idea universal, de la cual si entiende su pensamiento, deberá poder dar una definición. Hay un juicio individual y universal, individual en la medida que describe un estado individual de cosas y universal en la medida que lo describe pensándolo según conceptos universales. Un juicio cuyo sujeto es individual y su predicado lo universal.⁴

Los autores de los capítulos del libro compilado por Cornblit, retoman algunos de estos dilemas con diversas categorías, como la de conflicto político – social, los avances o progresos de las instituciones, el sentimiento nacional o la democracia. Los conceptos como desarrollo, industrialización, cambio social, transición y sociedad moderna. Seguridad, derechos humanos, multiculturalidad, movimientos sociales. Otros grandes conceptos utilizados son: modernización, identidad, revolución, democracia, integración, dependencia, nacionalismo, la historia del despegue, del crecimiento y de las desigualdades del crecimiento.

En las corrientes teóricas activas actualmente, la naturaleza de la sociedad se explica a través de unas pocas grandes categorías: la de acción humana, la de estructura, la de reproducción, la de conflicto y la de cambio. Un problema interesante de investigación como categoría de la historia es la relación entre decisión humana y estructura, el sujeto y la situación histórica dada, para reconocer las limitaciones a las políticas y la influencia de los intereses sectoriales. El foco de atención de las tendencias actuales está puesto en las acciones transformadoras que los individuos o los colectivos emprenden y la resistencia al cambio de las relaciones sociales preexistentes. Se observa que este problema se transforma en categoría del análisis histórico, que es en definitiva analizar los cambios realizados, las propuestas de nuevos cambios, la sobrecarga histórica que conlleva la época estudiada y las resistencias. En este aspecto una conclusión interesante es que las innovaciones que históricamente tienen éxito son las que explotan el cambio, no las que tratan de forzarlo.

Devolver la verdad al pasado

Esta tesis requiere una discusión del papel de la ciencia histórica como depositaria fundamental del saber del pasado, más concretamente en que medida la historia corrige y suple las debilidades de la memoria. La continuidad o ruptura entre memoria e historia necesita de un examen de la prueba que para ambas, significa devolver la verdad al pasado, es una exigencia que aparece en el momento del reconocimiento “del era así”, y esa es la matriz de la historia. El historiador somete sus datos a todas las referencias cruzadas posibles. Y además se relaciona con el análisis epistemológico de la proposición histórica y de la explicación histórica. Por otra parte, analiza e identifica las condiciones principales y los factores que han influido en un proceso histórico, teniendo en cuenta todos los factores y las circunstancias condicionantes pertinentes. La comprensión crítica aclara el porque las cosas han tomado cierta dirección y no otra.

“Los abusos contemporáneos de la memoria, la tendencia de todos los poderes a gestionar la memoria y el olvido, pasan al primer plano de la reflexión. La obsesión conmemorativa o descalificatoria, debe llevar a una crítica de la memoria, cuando conduce a establecer rasgos oficiales del pasado colectivo, o la tendencia al victimismo, obligando al otro al papel de deudor permanente”.⁵

La historia refleja el comportamiento temporal de las sociedades. Las distinciones, lo diferente, las marcas del juego de intereses, la construcción del poder y los claro-oscuros de la historia es lo que el historiador debe indagar y explicitar. Lograr este equilibrio en la historiografía que ayude a aliviar las sobrecargas del pasado será una manera racional de escribir la historia, en la medida que se salve siempre la memoria de aquellos hechos aberrantes considerados delitos de lesa humanidad para que se proteja siempre y se salvaguarde el respeto a los derechos del hombre ya consagrados a través de los tiempos.

Es evidente la preocupación de algunos historiadores por rescatar la verdad del pasado, por vías que no pretenden una confianza ingenua en la objetividad del conocimiento histórico pero tampoco una especie de relativismo histórico absoluto. No debiera aceptarse el fracaso de aquéllos historiadores que tiene formación

científica para apreciar los fenómenos de la realidad histórica y comunicarlos. Ellos están obligados a realizar un análisis de la totalidad del fenómeno histórico. Estos historiadores saben que la primera premisa que no puede obviarse es la complejidad de la realidad que estudian. Para trabajar con esta categoría instrumental, no basta la erudición y el detallismo sino la capacidad para relacionar los factores intervinientes según las categorías de análisis y técnicas de trabajo. El pasado posee la misma complejidad que las sociedades del presente. Cuando se simplifica el conocimiento el resultado puede tener otras formas, diferentes al conocimiento científico, que pueden no oponerse a él, pero se diferencian sustancialmente. En la simplificación se pierde rigurosidad porque para lograrla hay que sacrificar factores, entonces esa tarea responde a otros intereses.

La historiografía debiera tomar siempre en cuenta el complejo modo de hacer historia, teniendo en cuenta que paradigmas utilizados han entrado en crisis o no parecen idóneos para el análisis histórico. Si el abordaje es complejo deben existir pautas o criterios instrumentales para el quehacer específico que se refieran más que a la metodología clásica al modo: demitificación, racionalidad, juicio de realidad.

El pasado no puede cambiar, fue así y no de otra forma, ¿Cómo me acerco a descubrir la verdad? no varía el hecho histórico, lo cual permite fundamentar el juicio de realidad. Es por ello que en la historiografía debiera jugar un papel fundamental la teoría de la historia para la formulación de un paradigma apropiado al siglo. No hay historia nueva que no responda al contexto político cultural en que se vive. Para responder con suficiente rigor científico, el camino es la abstracción como tarea propia del historiador. Tarea necesaria, prioritaria e ineludible.

La disciplina histórica es ante todo, la disciplina del contexto, los hechos se leen en el análisis del contexto en que se desarrolla y del significado particular que tiene dentro de ese contexto. La historia asume con plena conciencia el objetivo de reconstruir las raíces del presente, con el riesgo de denigrar o justificar, e incluso glorificar el presente. Otro riesgo es la búsqueda de valores absolutos, que da origen al apego a adoptar objetivos y formas de conducta radicales.

La modernización tendió a propagar la racionalidad instrumental y de alguna manera a socavar los fundamentos culturales de una sociedad. Como proceso histórico consistió en el difundido uso de una racionalidad instrumental y adopción de una perspectiva mundial. La modernización profundizó la tendencia a suprimir los aspectos mágico-cosmológicos de la cultura llevándolos a su mínima expresión y

subrayar los aspectos prácticos e inmediatos de la vida. La sociedad exige cosas cada vez más prácticas de sus gobernantes. Defensa externa, orden interno, justicia, salud, educación, sistemas administrativos que funcionen.

La propuesta es recuperar la modernidad - como el primer intento objetivo de llegar a un conocimiento teórico del proceso histórico, y recuperar la racionalidad, porque en muchos casos se han perdido las formas y estructuras desbordadas por el contenido emocional, por la tendencia a identificar contrarios, a fusionar todos los aspectos de la realidad y cultura en un principio único.

La finalidad del trabajo ha sido indagar la preocupación de los historiadores por la teoría de la historia y se puede concluir que en general no se ha avanzado mucho en el interés sobre este tema. En particular hay investigaciones dedicadas a la teoría y metodología de la historia, pero usualmente el historiador cuando escribe sus obras, no se plantea la fundamentación teórica de su quehacer, ni se pregunta por las herramientas teóricas que necesita la historia como ciencia. Suelen trabajar con una metodología tradicional de indagación de archivos y de hermenéutica. Un desafío es la pretensión de que el trabajo historiográfico se realice con la conciencia de la necesidad de la teoría y la práctica.

Si hay cuestionamientos sobre los fundamentos científicos del discurso histórico es porque falta teoría de la historia como quehacer específico de los involucrados en la disciplina. Por ello también hay una difusión de la historia con esquemas elementales para el análisis histórico, a pesar del descrédito en ámbitos especializados.

Faltan preguntas y discusiones como ¿qué es digno de historización?, ¿son necesarias ciertas pautas o verdades ordenadoras para un conocimiento científico?, ¿son necesarios un conjunto de criterios racionalmente defendibles? ¿Cómo se pueden acordar criterios en una historiografía amenazada por la invasión incontenible de una masa de hechos tan innumerables como insignificantes? Se sabe que los progresos de una erudición tan esforzada como opaca avanzan más que las exploraciones con una fuerte reflexión, pero la indagación erudita apartada de toda consideración de fundamentos teóricos para la historia marca un alerta y un peligro que preocupa a varios historiadores.

El historiador no inventa el pasado, por indicios apropiados cobra conciencia de que en un momento y un lugar determinado ocurrió algo de

cierta índole. Para analizarlo deberá tener claro cuales son las fuerzas, motivos o impulsos que mueven el proceso histórico, que se ve sometido a un cuádruple régimen de causalidad: factores reales e ideales, azar y libertad humana. Factores reales son las condiciones naturales y materiales que rodean al hombre en una circunstancia determinada, los factores ideales son los que contiene la cultura de una sociedad en un momento determinado de la historia y la de las sociedades con que interactúa. Esos factores forman el medio objetivo y estructural. El azar decide como se combinan los factores que influyen en un momento dado. Los hechos humanos ejercen libertad dentro del contexto dado por los factores reales e ideales y el juego de las circunstancias del azar que delimitan el ámbito de las posibilidades de acción humana.

Populismos y nuevas categorías de análisis

La perspectiva actual de los estudios sobre populismos, tal como se ha expuesto en el desarrollo del trabajo, analiza este fenómeno histórico desde otras categorías y desde otros interrogantes. Cobra importancia el contexto concreto desde sus raíces históricas y los procesos de una sociedad que se transforma, sin desentenderse de los estudios comparativos y referidos siempre al marco internacional que los contiene globalmente.

Varios de los nuevos estudios se basan en la consideración de que el populismo va a ser desde su origen una expresión política de una sociedad ya transformada y que se debiera formular entonces una categoría referida al estado de cambio de la sociedad y la adaptación de políticas adecuadas a ese momento histórico. Por otra parte también se detecta la necesidad de formular una categoría que considere la sobredimensión emocional, la carga de irracionalidad y mito en el tratamiento de estos temas, como también otra que tenga que ver con la política de consenso sobre intereses (que envolvía prioritariamente a los sectores de élite) y los nuevos modos de articular fuerzas sociales con grupos que disponen de partes del poder del Estado. También es interesante adoptar otras categorías para el análisis, como ser, si estos fenómenos representaron una tendencia histórica progresiva o regresiva en términos generales, según la propuesta mencionada de Bunge. Según el autor podría ser considerada progresiva una tendencia, en cuanto cumpliera las pautas de satisfacer necesidades básicas y aspiraciones legítimas de un número

creciente de personas y ampliara la ciudadanía social sin afectar el futuro de las nuevas generaciones.

Para hablar sobre los procesos de reformas en América Latina (entre los cuales se incluyen los populismos) hay que tener cuenta los condicionamientos de la época estudiada. El enfoque más realista es el que pone énfasis en factores contextuales políticos e institucionales, lo que explica porqué se adoptan ciertas políticas y no otras. El proceso de reforma es siempre una batalla política por llevar a la práctica ciertos objetivos que incluye la tarea de movilizar apoyos sociales y capacidades institucionales para implementar ciertas políticas y neutralizar a los que se oponen a ellas. Por esto es necesario investigar como ingresan las reformas estructurales en la agenda de los gobiernos, los recursos políticos y estilos de decisión que presiden su lanzamiento y las reacciones sociales suscitadas por la introducción de las políticas de reforma⁶.

Por otra parte se simplifica el tema al suponer que la clave de las reformas estructurales está predominantemente en la voluntad política de las elites gubernamentales, la visión que presupone que los líderes de gobierno tienen un alto grado de control sobre el contexto institucional y político en el que actúan, no es siempre la más acertada. En el balance, lo que importa más que la voluntad política es el control de los líderes de gobierno sobre los recursos políticos e institucionales que les permiten iniciar las políticas de reformas y luego sostenerlas en el tiempo a pesar de las previsibles resistencias, especialmente, en sus costos distributivos.

Para hacer un balance de los alcances del populismo y su papel modernizante de la estructura social Argentina, resulta interesante evaluar los indicadores de distribución de recursos de poder económicos y educativos, el cual surge de los datos ya manifestados según distintos autores. De esta forma la problemática de la distribución va a tener como punto de partida la extensión de la justicia social. En lo que concierne a la distribución funcional del ingreso, la participación de los asalariados en el ingreso nacional alcanzó uno de sus picos más altos, tal como se ha señalado.

Un examen de ciertas experiencias populistas, muestra que las reformas impuestas se hicieron con una gran concentración de poder y autoridad, mediante mecanismos de cooptación y control político, basados en cambios ya producidos en la sociedad. Hay que decir que las reformas de otro tipo, producidas tradicionalmente, como ajustes estructurales, se han realizado también con alta

concentración de poder, a veces por supresión dictatorial de libertades o a través de apelación a poderes constitucionales de emergencia.

Se habla de una posible deriva autoritaria de los regímenes populistas, sobre esto se ha analizado en este trabajo el concepto de autoritarismo como inserto en varios y distintos regímenes de gobierno. Se puede agregar esta reflexión de Ernesto Laclau contrarrestando las críticas que suponen que los autoritarismos solo aparecen en los gobiernos populistas: “la respuesta al autoritarismo es que si ha habido históricamente un peligro para las democracias latinoamericanas en los últimos 30 años, no ha venido del populismo sino del neoliberalismo”⁷.

Cuando los aparatos institucionales fueron quebrantados por dictaduras militares o por el auge de liberalismos elitistas y de exclusión, en tales condiciones ciertos sistemas políticos de la región trataron de reconstituirse avanzando en democracias populistas. Es así como el ex –presidente chileno Ricardo Lagos reflexiona sobre este fenómeno: “(...) en el fondo, todo es producto del hartazgo de la gente. El preludeo a un fenómeno populista es el fracaso de una gestión, que en pleno crecimiento de un país, no ha sido capaz de adoptar políticas públicas en beneficio de la mayoría”⁸. Y Torcuato Di Tella afirma que: “El caudillismo como sistema de liderazgo en las clases populares, emerge cuando se da una carencia, o particular debilidad, de otras formas de organización”⁹

Este tipo de capitalismo diferente que constituyen las políticas populistas, conformó una de las coaliciones más exitosas y prolongadas que se hayan conocido, pero como señala Roberto Cortes Conde generó también uno de los conflictos más largos y difíciles¹⁰. Los populismos deben ser elaborados críticamente por los historiadores y por la sociedad, como parte ineludible de procesos que se gestaron –no por imposición de un líder o un grupo-sino por cambios que la sociedad misma produjo, a través del tiempo histórico.

En la concepción de varios autores de la década del 90, los populismos se forjan sintetizando e incorporando demandas y logros previos de una forma novedosa. Lograron homogenizar la diversidad de los grupos demandantes en lo político y social y dejaron una herencia que perdura hasta el presente. La historia anterior es decisiva en la conformación de los nuevos movimientos político-sociales, es arbitrario por lo tanto hacer un corte radical entre estos movimientos y los procesos que los precedieron y les transmitieron sus características. Entre ellos y como dos vertientes que aportan a su formación, están los factores tradicionales que se

mantuvieron con poca evolución, como una “cultura de larga duración” y las oleadas sucesivas de las migraciones que aportaron su contribución político-social.

Otra contribución de los estudios de la década del 90 al estudio del peronismo, además de la revisión de las categorías de análisis, los enfoques y perspectivas, han sido los trabajos referidos al antiperonismo, que completan y explican con mayores certezas el origen, desarrollo y perduración de este fenómeno histórico con todas sus transformaciones. Sin duda los estudios realizados sobre el antiperonismo y en general sobre la oposición a los populismos, han sido un gran aporte para descentralizar los enfoques sobre los gobiernos populistas y repartir las responsabilidades frente a las crisis sucesivas.

Otro aporte de los historiadores fue investigar el concepto de soberanía política en el peronismo, que expresaba, por un lado, la “libre determinación de los pueblos” en el plano internacional y por otro también se refería a la supremacía de las decisiones mayoritarias en el espacio político interno. Esta noción es importante para ampliar la idea de democracia en el período 1945-1955: con el significado que se trataría de la instauración de una “democracia social, que venía a reemplazar la democracia liberal de las minorías”. Este nuevo sistema también fue designado “*Comunidad Organizada*”. Respecto a la concepción corporativa de la sociedad, según se ha analizado en el trabajo, estaba en el pensamiento peronista y reemplazaba la concepción clasista que hasta entonces tenía la mayor parte del sindicalismo argentino.

Existe un consenso amplio entre autores nacionales y extranjeros en sostener que los diez años de gobierno peronista ampliaron la ciudadanía, dándose el proceso de fusión entre la ciudadanía política y la social. La participación se expresaba no sólo con el voto masivo hacia Perón, sino también en la práctica de las movilizaciones populares expresión de una política de masas. Para algunos historiadores como Luis A. Romero, el peronismo impulsó una fuerte democratización de la sociedad, según las líneas marcadas desde principios de siglo, estimuladas por el Estado. Para otros, la política social argentina durante la época peronista merece especial atención dadas las consecuencias a largo plazo de estas ambiciosas y decididas políticas sociales. Según Whitehead, el peronismo se convirtió en un movimiento político de masas al parecer inextirpable, y durante los cuarenta años siguientes la política argentina permaneció obsesionada con la cuestión

de si los derechos asociados al período peronista deberían ser o no extendidos, suspendidos o reformados de alguna forma.

Varios investigadores se han preguntado cuál es la causa por la cual un gobierno con legitimidad democrática de origen tuvo desde sus inicios, serios e insalvables problemas con la oposición. Si se analizan las elecciones en las que participó Perón, siempre obtuvo la mayoría sin manipular el resultado de los comicios mediante fraude y sin recurrir a ningún tipo de proscripción. Pero a pesar de ser un sinceramiento electoral, no distendió la relación del gobierno de Perón y sus sectores opositores, sino que acentuó los rasgos autoritarios del gobierno y el faccionalismo de la oposición. El antiperonismo tuvo como rasgo común, la identificación con los valores socioculturales y políticos de una pretendida tradición republicana y el rechazo de la cultura popular del peronismo, como la negación o lo contrario de ella. Según Estela Spinelli, desde esta tradición enarbolada como razón del antiperonismo, la pregunta que surge es porque había que excluir al peronismo y porque los dirigentes antiperonistas concibieron un modelo democrático que excluyera a la mayoría peronista sin que ello implicara contradicción alguna para ellos.

Desperonización y reforma del orden político fueron los problemas del antiperonismo, pero lo que estuvo en la base de la discusión, fue el concepto mismo de democracia. La satanización del peronismo, al que definieron formado por un elenco advenedizo, inepto, amoral, y corrupto, permaneció como imagen en el antiperonismo radicalizado. La desperonización fue vista como defensa de la democracia, contra los enemigos de ella. Identificaron democratización con “desnazificación”. La proscripción, para ellos, constituyó una barrera de protección legítima al sistema democrático. Más variada sin duda fue la interpretación del antiperonismo tolerante, que fueron los artífices de las estrategias frentistas y de la cooptación del peronismo.

El peronismo tuvo una naturaleza fuerte y amenazante, aunque no revolucionaria, durante décadas. Este movimiento fue visto casi siempre como un aliado apetitoso para cualquier grupo civil o militar. Las luchas entre facciones gobernantes han tenido una posible forma de generar un vencedor: aliarse con el peronismo con el objetivo de dominarlo. Pero esto no ha ocurrido tan fácilmente, si la facción innovadora se imponía, por golpes o pactos, pronto los aliados se

convertían en huéspedes no gratos y la alianza se rompía por el excesivo peso de su componente popular volviendo a fojas uno.¹¹

El proceso de ampliación de la participación que realiza el peronismo se vio limitado por la intención de movilizar al pueblo, en muchos casos por la vía autoritaria, y los limitados derechos de expresión de la oposición y la prensa. A ello se sumaba la escasa importancia dada a las instituciones de la democracia republicana, parlamento y partidos políticos. Pero: ¿Cuáles fueron los elementos racionales e irracionales que impulsaron al antiperonismo primero a derribarlo y luego a tratar de superar el movimiento que había incorporado las masas a la política, conmocionando las bases de la tradición político-cultural heredada? ¿Por qué el antiperonismo no pudo excluir al peronismo y reformar el sistema político sobre nuevas bases de representación?

En primer término, estas prácticas políticas pueden encontrar una explicación en la concepción movimientista del peronismo que se interpretó como el “movimiento de la revolución nacional”. Buchrucker contribuye a aclarar este tema cuando dice que como movimiento revolucionario el peronismo postuló una aspiración hacia la totalidad de la nación, hecho que se manifestó en la inclusión de las “tres banderas” justicialistas en el Preámbulo de la Constitución de 1949 y más claramente cuando en 1951-1952 la doctrina del movimiento fue declarada Doctrina Nacional. Esta constante identificación del movimiento peronista con la nación no era fácilmente conciliable con el normal funcionamiento de un sistema pluralista de partidos.

En este sentido otro aporte de Spinelli en sus estudios de los orígenes del antiperonismo, es cuando dice que una de las razones iniciales que explican el recurso a la conspiración por parte del antiperonismo se ubica en el momento mismo en que el peronismo triunfó electoralmente en febrero de 1946, cuando derrotó “ofensiva y defensivamente” el conjunto de los partidos políticos entonces existentes en la Unión Democrática. En el contexto de la inmediata posguerra ésta concibió este triunfo electoral como ilegítimo, puesto que simbolizaba, en su diagnóstico de la realidad política, la adhesión de las masas al fascismo. Frente a este debate ideológico y político, que tanto ha transitado y transita aún la historia argentina, resulta interesante volver a la opinión de historiadores que consideran que entre los años 50 y 70 el debate político argentino estuvo distorsionado por el intento de reducir la pugna peronismo/antiperonismo a la dicotomía (calcada de la Guerra Fría)

entre “dictadura/totalitarismo” y “democracia/libertad” y que simplificaciones de este tipo prestaban un flaco servicio a la precisión de los estudios históricos. Porque no sólo implicaba desconocer los innegables componentes democráticos en la amalgama peronista, sino también el ocultamiento de los aspectos autoritarios en la coalición antiperonista.

La sociedad transformada se puede observar desde la economía con el modelo de sustitución de importaciones que comienza a perfilarse desde 1930 y se consolida luego de 1945 con la llegada del peronismo al poder. A los inicios de la década del 30 había surgido un nuevo sector industrial y sus actores, empresariado nacional y obreros industriales, ganan peso en la vida económica y política. El control de cambios, la nacionalización de la banca y de los transportes no fueron un invento argentino, se experimentaron en otros lados. Pero en un medio y circunstancias dados, respondió de una forma muy pragmática, con la intención de consolidar apoyos políticos que le dieron un inmenso poder. En un país, donde ya se habían experimentado muchos de esos instrumentos, y en un clima ideológico mundial favorable desde la crisis del 30 a la intervención del estado, Perón añadió su especial concepción de la conducción, aprendida en su carrera militar y su convicción de que su base de apoyo eran los nuevos sindicatos surgidos de la organización gremial. Además el sindicato se convirtió en punto de referencia y vía por donde se canalizaba la política providente del Estado. De esta forma el sindicato se convierte en el vehículo principal de la ciudadanía social.¹²

Al promediar la década del 40 ese proceso se profundiza y, con el peronismo en el gobierno, se plantea un esquema semiautárquico que orienta la producción industrial al mercado interno; un modelo de economía mixta fuertemente dependiente del sector público y la centralidad de un sector industrial que depende para su desarrollo de la asistencia pública y la protección aduanera. La industrialización estaba sostenida sobre una transferencia intersectorial de ingresos que a su vez era posible por la especial coyuntura internacional, excepcionalmente favorable para la Argentina. Los altos precios mundiales de los productos rurales estaban siendo aprovechados por el gobierno para financiar sus políticas expansivas.

El sistema impositivo y previsional fue un factor importante pero no el decisivo, en el esquema distribucionista del peronismo. El elemento crucial fue la generosa política salarial. Pero si los aumentos salariales mejoraron la situación de los trabajadores, ¿Quién pagaba esa bonanza?, según los estudios de Gerchunoff y

Llach, una hipótesis debe descartarse de plano: no fueron los empresarios industriales favorecidos por un gobierno que hizo del desarrollo manufacturero una de sus más preciadas banderas.

Señalo algunos de los historiadores que han contribuido especialmente a desarrollar estas categorías en la década del 90 para el caso argentino: Estela Spinelli, Marcela García Sebastiani, Darío Macor, Cesar Tcach, Tulio Halperín Donghi, Cristian Buchrucker, Mario Rapoport, Claudio Spiguel y los sociólogos Juan Carlos Torre, Torcuato Di Tella y el investigador, profesor de Letras Carlos Altamirano.

En la década del 90, tanto las líneas desarrolladas por los autores brasileños sobre el Estado Novo y el varguismo, como las trabajadas por historiadores argentinos sobre el fenómeno similar del peronismo, se acercan bastante en considerar que los movimientos populistas participan de muchos elementos en común, lo que permite generalizar algunas características propias de este fenómeno y reconocer no solo el valor de los estudios comparativos, sino también recuperar la visión holística, entendiéndola por ésta que el estudio de lo social debiera apuntar más a la trama de relaciones. La totalidad interactuante de tales relaciones produce realidades que no se pueden reducir a subjetividades. Por ello se impone el estudio de los sistemas, de las estructuras, de las instituciones. Respecto a los estudios comparativos hay que decir que fueron muchas veces desechados por investigadores que se han ocupado de remarcar más las diferencias de estos fenómenos de lo que consideran sus supuestas similitudes. Insisten en que son procesos absolutamente diferenciados y sin rasgos comunes en los distintos países donde se produjeron. Creemos que con los estudios comparativos y el holismo metodológico, el investigador realiza síntesis creadoras desde el estudio de totalidades que dan cuenta de los fenómenos sociales.

La pregunta final sería ¿en qué momento se configura con mayor nitidez la política populista? Las respuestas parecen acercarse a definir que: en las sociedades ya transformadas y que con los gobiernos populistas sobresalen indicadores que estuvieron presentes antes, constituyendo incluso las características propias de factores que siguieron influyendo en las siguientes etapas históricas.

El varguismo ya no existe mientras que el peronismo perdura, aunque cambiado.

Vargas es hoy una figura histórica poco discutida y las avenidas que llevan su nombre no producen escozor a quien las transita, a diferencia de lo que ocurre con las que recuerdan el nombre de Perón o de Eva Perón. Perón dejó una cantidad de escritos sobre el desarrollo de su doctrina, de Vargas quedó poco más que sus discursos.

En la Argentina el peronismo ha sido mas fuerte y ha estado más estrechamente ligada a la clase obrera urbana, que su equivalente brasileño, un factor que le ha facilitado seguir vigente hasta la actualidad, ocupando el lugar que al quedar vacante en Brasil por la desaparición del varguismo, ha facilitado la formación de una nueva izquierda, el Partido dos Trabalhadores (PT) cuya cuna esta en el área industrial de San Pablo. Este partido constituye una organización muy estructurada más parecida a los partidos laboristas o comunistas de Europa Occidental que a los populismos que proliferan en esta parte del mundo.

El peronismo siempre ha tenido importantes elementos conservadores en su liderazgo y otras formas orientadas al nacionalismo popular, esta peculiar combinación tuvo éxito en sus orígenes, al eliminar prácticamente a la izquierda como alternativa electoral. Pero considerar al peronismo un movimiento conservador o conservador popular, debido a ciertas reorientaciones neoliberales, no parece ser cierto, ya que confunde características de base con políticas económicas instrumentales. Este tipo de política es en gran parte resultado de la globalización de la economía y se reproduce en todas partes. Si el peronismo hubiera sido simplemente una fuerza conservadora, nunca hubiera generado un resentimiento tan intenso en las clases altas.

El varguismo ha tenido raíces más débiles, la menor profundización de la conexión varguista con los estratos populares y la más intensa transformación de su sistema productivo industrial explican que en el Brasil el panorama político en ese nivel social haya cambiado radicalmente. Vargas perteneció al partido republicano local de Río Grande do Sul, era un miembro de la vieja clase política, orientado hacia la formación de gobiernos fuertes, capaces de realizar transformaciones profundas en el sentido de la modernización, pero este partido apenas si merecía tal nombre, y lo mismo ocurrió con otros intentos de formar partidos oficialistas que a lo sumo no pasaban y con poco éxito, del ámbito estadual.

De hecho en 1937, con el golpe del Estado Novo, Vargas no pudo establecer un partido oficial y disolvió los pocos que había. Gobernó como una dictadura

tecnocrática, tampoco organizó el sistema de representación corporativa que la nueva constitución mandaba, pues aduciendo la situación crítica fue posponiendo indefinidamente la ejecución del modelo. En el 45, cuando convoca a elecciones, crea dos partidos, pero nunca pudo unificarlos.

Perón unificó los dos partidos después de su victoria-P Laborista y UCRadical Junta Renovadora, evidenciando la conducción que operó sobre una masa en su gran mayoría ya movilizada, pero poco acostumbrada a la acción asociativa¹³

Perón no avanzó, como Vargas, con una constitución corporativa como la del Estado Novo, en 1937, en Brasil. Sin embargo ello no le impidió utilizar todos los instrumentos a su alcance para producir modificaciones institucionales que tuvieron un prolongado alcance. La combinación de verticalismo y anuencia popular es justamente la característica del populismo en general y del peronismo en particular y solo ciertas condiciones sociales permiten generar esa peculiar combinación.

Las nuevas categorías en los estudios sobre populismos permiten una visión más amplia, compleja y completa de ese fenómeno histórico. Especialmente fijar la mirada en el peso de los factores tradicionales, fundamentar que lo que estuvo en la base de la discusión, en la lucha peronismo / antiperonismo, fue el concepto mismo de democracia y comparar éstas y otras categorías con las desarrolladas por investigadores brasileños, permite reconstruir la mirada holística sobre particulares fenómenos históricos de América latina.

Si las vivencias políticas en varios países de América latina transcurren en la contradicción de la desconfianza en los políticos y el culto carismático de la imagen personal, las causas debieran buscarse en una tradición de debilidades respecto a otras formas de organización política, como señalan historiadores consultados.

Las soluciones autoritarias tuvieron según los autores brasileños, una atracción constante no solo para los conservadores sino para los liberales y la izquierda en los partidos y las asociaciones representativas. Y esa inclinación se busca en la tradición política o cultural de Brasil, reconociendo la oposición de estos movimientos al poder de las oligarquías estatales y a las democracias formales. Estos historiadores buscan desbrozar mito de realidad histórica, diferenciando dos categorías importantes para estudiar el varguismo: el de las iniciativas materiales y el de la construcción simbólica de la figura de Getulio Vargas. Estas son otras de las categorías que pueden compararse eficazmente en los dos países vistos.

Los historiadores brasileños también van a una revisión conceptual sobre las

categorías aplicadas a la experiencia estadonovista y a construir teoría en su propio terreno. Se rescata especialmente en la producción brasileña los paradigmas teóricos elaborados por Ciro Flamarión Cardoso y las revisiones de las historiadoras Maria Helena Capelato, Flavia Fiorucci, Maria Luisa Tucci Carneiro en la demitificación y Angela Castro Gomez en sus orientaciones innovadoras relacionadas y asociadas con la historia cultural. También la nueva síntesis del historiador Boris Fausto y en la actualidad, la elaboración de la obra “Teoría de la historia” de Helio Jaguaribe.

En la época de surgimiento y consolidación de los populismos, una categoría de análisis fundamental fue la percepción de amenaza o peligro para el orden establecido. En general este planteo no tiene actualidad hoy, si bien Di Tella en la época del primer gobierno de Perón, le llamó “el gran miedo” a los tiempos difíciles que se anunciaban, por la influencia ideológica de un caos social en Europa y de las previsibles revoluciones comunistas en este continente con mucha pobreza.

Por otra parte el populismo, significó sin duda, una amenaza al sistema establecido que las clases dominantes interpretaron certeramente como tal. Independientemente de sus objetivos iniciales, los populismos se convirtieron en los principales adversarios del sistema, aún cuando incluían entre los suyos a clases altas que sumaron sus intereses a los nuevos movimientos.

También se ha realizado el análisis del populismo como un momento específico de la coyuntura histórica mundial (período entre guerras) en que nuevas formas de control social fueron engendradas con vistas a la preservación del orden amenazado por conflictos sociales. En un movimiento simultáneo e internacional, las sociedades europeas y americanas buscaron soluciones específicas, adecuando sus realidades históricas a las tensiones sociales que produjo la incorporación de “los otros” a la sociedad constituida que no fue de ninguna manera sin conflictos. La inserción a largo plazo de los populismos en la historia latinoamericana tiene que ver con la resolución de las problemáticas que señalan las nuevas categorías de análisis.

Actualmente las transformaciones de los populismos probablemente se realizarán de acuerdo a las evoluciones de la política y de la sociedad, tal como ocurrió en las etapas históricas de su surgimiento, auge y consolidación. Las innovaciones en el desempeño de estos partidos o movimientos se adaptarán a los cambios de la sociedad y del mundo actual. La aceptación de la pluralidad, participación y cambios económicos vendrán de la lectura de lo que ocurre en el

mundo y de los intereses que se muevan en él, de las organizaciones e instituciones menos verticalistas y más participativas, sin creer en las bases plenamente participativas, que sigue en el mundo de las utopías pero no en el real.

No se puede determinar la muerte de fenómenos históricos por decreto desde el ámbito académico sino que lo determina el mismo proceso histórico real. La historia viva clausura éste o aquel fenómeno. Por ahora se puede decir sobre lo demostrado que es probable que los populismos crezcan y no que desaparezcan, dada su fuerza y su impronta inclusiva, pero con todas las transformaciones que el vivir en el mundo real les imponga. Es factible que se conviertan en las fuerzas tradicionales de América latina, con las que tendrán que lidiar cualquiera otra que surja en el futuro.

Notas

¹ Ver María Alba Pastor, *La unidad o el divorcio de la función teórica y la función social de la historia*, obra cit., pág 53.

² Carlos Barrios, *El retorno de la historia*, en *Hablemos de Historia*, Instituto de Investigaciones históricas de Entre Ríos, Univ. Autónoma de Entre Ríos, año1,nº 1, oct.2001, pág 29

³ Ver *Historical Enlightenment in the Light of postmodernism; History in the Age of the New Unintelligibility* en *History and memory*, 1989, 116, e Ignacio Olabarri, *New History: A longue Durré Structure*, en *History and Theory*, vol. 34,num.1, 1995.

⁴ Ver Helio Jaguaribe, *Un Estudio crítico de la historia*, Tomo1, México, F.de Cul. Econ, 2001, pág. 28.

⁵ Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, Mxco, F.de Cul. Econ, 2004.

⁶ Ver Juan Carlos Torre, *El proceso político de las reformas económicas en América Latina*, BsAs, Paidós, 1998.

⁷ Ernesto Laclau, Entrevista, *E. Laclau y los cambios en los gobiernos de Latinoamérica*, Rev. Veintitrés internacional, setiembre de 2006, año 2, nª 12

⁸ Ricardo Lagos, en *Otra mirada sobre un debate clave, Elogio del Populismo*, Rev. Veintitrés internacional, setiembre de 2006,año 2, nª 12

⁹ Ver Torcuato Di Tella, *Los partidos políticos*, Bs.As, A-Z, 1998, pág. 179

¹⁰ Roberto Cortes Conde, *La Economía Política de la Argentina en el siglo XX*, BsAs, edhasa, 2005

¹¹ Ver “el juego imposible” de Guillermo O’Donnell en, *Modernización y autoritarismo*, BsAs, Paidós, 1972, cap.4.

¹² Ver obras citadas de Romero, Gerchunoff y Llach.

¹³ Ya fue citada la bibliografía sobre el rol de los sindicatos preexistentes en la formación del peronismo y del grado de autonomía con que operaban sus dirigentes, para comparar posturas con algunas disidencias sobre dicha autonomía, ver Juan Carlos Torre, *Perón y la vieja guardia sindical*, ob.cit. y Di Tella, *Sociología de los procesos políticos*, ob cit. También Di Tella, *Los partidos políticos*, ob.cit.